JUAN ANTONIO LÓPEZ GONZÁLEZ

CILÚRNIÇO

SOLDADO DE ROMA



Letrame
Grupo Editorial

© Derechos de edición reservados.
Letrame Editorial.
www.Letrame.com
info@Letrame.com

© Juan Antonio López González

Diseño de edición: Letrame Editorial.
Maquetación: Julio González López
Diseño de cubierta: Rubén García
Supervisión de corrección: Celia Jiménez

ISBN: 979-13-7029-977-4

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor.

Cualquier forrma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

A Carmen, por ayudarme a realizar este sueño.

Omnia Vincit Amor
El amor lo vence todo
Publio Virgilio

Antes de que mojen el dedo índice con la punta de la lengua con intención de pasar a la siguiente página, les sugiero primero que busquen un lugar tranquilo y se sienten lo más cómodo posible. Dejen su mente libre de preocupaciones e intenten retrotraerse dos mil años, solo así podrán disfrutar de esta aventura... ¿Ya? Pues que los dioses les sean propicios y que tengan un feliz viaje.

Capitulum

I

Despuntaba el día cuando un madrugador charlatán, haciendo ademanes con las manos, imploraba a viva voz a los dioses y al César que el nuevo día trajera buenos augurios, mientras, ajenos al pesado sermón, dos hombres protegidos del intenso frío por ponchos con capucha de lana marrón y pertenecientes a las *cohortes viguilium* eran, antes de ser relevados de su arduo trabajo nocturno, los encargados de abrir las dos enormes puertas de madera tachonadas de relucientes clavos de bronce que daban acceso y salida a la amurallada ciudad: una para los viandantes que algunos ya antes del amanecer se arremolinaban a ambos lados cargados con cántaros, cestos y diferentes aperos de labranza esperando su abertura y otra más ancha y alta para cabalgaduras y carros… Por esta última un hombre montado a caballo pasaba, fijándose en los centinelas de guardia, que, envueltos en sus capas, sin prestarle atención, se calentaban las manos sobre el calor que desprendían los incandescentes rescoldos de un brasero, muy distinto a lo que ocurría meses atrás, cuando nada más ver aparecer de lejos el penacho transversal que lucía sobre su casco saldrían a saludarlo y darle novedades. Mirando al oeste aún podían verse los rayos del sol que teñían de un amarillo anaranjado las nubes, a las que a duras penas conseguían traspasar. Aunque ya avanzaba la primavera, y la naturaleza enseñaba ya todos sus colores ocultos durante el largo invierno, los días y las noches seguían siendo fríos y lluviosos, dejando carreteras y caminos encharcados, cosa nada buena para ponerse a hacer un largo viaje; después de salir de la ciudad y cabalgar un trecho entre tumbas, mausoleos y estelas funerarias que se alineaban a ambos lados de la carretera, tomó un camino marcado por las ruedas de los carros que llevaba a un pequeño poblado envuelto en

humo, sobre el cual el caballo, al paso, chapoteaba con sus cuatro patas emitiendo un armónico y acompasado sonido sobre el húmedo barro, haciendo que el jinete que lo montaba se meciera de un lado al otro sobre sus posaderas, que con cara de sueño y la mirada perdida entre las orejas del caballo, y aunque la decisión ya estaba tomada de antemano, no era capaz de quitarse de la cabeza una vocecita que le decía una y otra vez la misma pregunta: ¿te quedas o te marchas?

Dos niños de pelo rubio y grandes ojos azules corrían detrás de un regordete lechón que al verse acosado gruñía escandalosamente.

—¡Dejad en paz al pobre cochino! —les dijo un jinete de pelo largo y cano, el cual llevaba ceñido a la frente por una renegrida cinta de cuero, a la vez que tiraba de las riendas para frenar al caballo, luego pasó su pierna derecha por encima del cuello del equino, para después dejarse deslizar hasta el suelo por la mullida zalea de piel de oveja que protegía sus piernas de la áspera piel del animal, quedando enfrente de los chiquillos, los cuales rápidamente se agarraron a sus arqueadas piernas dejando al pequeño marrano que, escabulléndose entre las ramas entrelazadas que protegían la cochinera, se refugió a resguardo de los mocosos entre las tetas de su madre, que apaciblemente dormitaba sobre el embarrado suelo.

—¿Dónde está vuestro padre, ¡pequeñajos!? —les preguntó el jinete, rápidamente uno de ellos que se relamía con la lengua los mocos que como carámbanos de hielo colgaban de su nariz, le indicó con el brazo extendido la dirección de la choza, mientras el otro jadeante optaba por limpiárselos con la manga de la tosca túnica de lana que portaba, al oír al caballo resoplar y que el perro no paraba de ladrar. César, un germano de casi dos metros de altura y dueño del terruño que le había correspondido por los servicios prestados a Roma tras su emérita jubilación, salió semidesnudo de la choza construida por él mismo a las afueras de la amurallada ciudad de Carnuntum, capital de la provincia romana de Panonia, base de la decimoquinta legión Apolo, una de las favoritas del emperador César Augusto.

—¿Qué haces aquí tan temprano? —le preguntó el germano, que a la vez

que se desperezaba estirando los brazos, bostezó sonoramente.

—¿Tan temprano, maldito vago? ¡Ya hace tiempo que han cantado los gallos!

—A ver, vosotros, dejadlo en paz, porque no vais a darles de comer a los conejos, que tendrán hambre —les gritó el germano a los críos que jugaban entre las piernas del recién llegado con las cinchas de cuero del desgastado *cingulum militare* que portaba a la cintura y que al oír la voz de su padre salieron a regañadientes corriendo de entre las piernas del jinete hacia el pequeño cercado situado al lado de la cochinera, donde convivían amigablemente gallinas y conejos comandados por un presumido ganso.

—Amigo, ahí los tienes; son iguales que su padre, y es que no hay nada mejor que procrear de buena mañana para que los niños nazcan sanos y fuertes —dijo el gigantón a la vez que se acomodaba los calzones a la cintura.

—Ya lo veo, se ve a la legua que tus padres te debieron de engendrar bien temprano, ja, ja, ja —le respondió el recién llegado.

La puerta de la choza volvió a abrirse, saliendo de ella atusándose los cabellos Deolinda, una germana alta de pelo rubio y ojos azules como el cielo que César salvó un día de la esclavitud, y con el paso del tiempo el amor hizo mella en ellos, haciendo que no pudieran vivir el uno sin el otro.

—¡Por qué no pasas y comes algo! —le dijo el germano, mientras cogía por la cintura a la mujer.

—¡No, gracias! Vengo a despedirme, ya es hora de regresar a casa.

—¿Te lo has pensado bien? Han pasado muchos años, amigo, y los muertos no esperan por nadie. ¡Quédate, aquí hay terreno de sobra! Te ayudaré a construir una choza, te buscaré una buena mujer y dentro de poco tendrás unos pequeños mocosos corriendo por aquí. ¡Piénsatelo!

—Ya está pensado y no hay marcha atrás. ¿Qué quieres que haga aquí? Toda mi vida he sido un soldado, un legionario de caballería imperial y no sé hacer otra cosa. A mí no se me da bien el azadón, amigo, y si me quedo, lo más seguro es que acabe de mercenario de algún rico comerciante, y como comprenderás, ya hemos luchado bastante, así que como prometí a mi

madre que algún día regresaría, es lo que voy a hacer, a no ser que alguien por esos caminos me lo impida de malas maneras… Siempre he cumplido mis promesas y solo me queda esta por cumplir.

César se acercó al hombre de piernas arqueadas y los dos se fundieron en un fuerte y sonoro abrazo.

—Te conozco hace muchos años y sé que el motivo de tu regreso, además de tu promesa, es encontrar a aquella muchacha que conociste en Asturica Augusta; si no recuerdo mal, Lúa se llamaba, ¿verdad? ¿Cómo es posible que después de tantos años sigas sin poder olvidarla?

—Aunque he estado con otras mujeres, tienes razón, nunca la he olvidado porque todas las noches cuando hay luna se encarga de recordármela. Ya sé que es imposible y que han pasado muchos años, pero como te dije un día el destino me tiene…

—¡Ya, ya lo sé! Te tiene preparado algo bueno para ti, ja, ja, ja. Bueno, amigo, sabes que me cuesta mucho, pero te prometo que rezaré a tus amigos, los dioses, y hasta a ese que dicen, por ahí, que es el único dios verdadero, para que vuestros caminos se vuelvan a encontrar.

—Gracias, grandullón, pero me parece que tendrás que rezar mucho para que eso ocurra, pero la esperanza es lo último que se pierde, y dejémonos de amoríos imposibles, dioses y destinos. Mi padre me ha dejado en su testamento bastante dinero, más de lo que necesito, y hasta dos esclavos a los que les he dado la libertad, y como vosotros sois mi única familia y el día que mis amigos como tú dices me lleven con ellos, supongo que estaré lejos de aquí, he decidido que mi paga de jubilación sea para vosotros.

—No tienes por qué…

—¡Déjame hablar! Te recuerdo que aún soy tu superior, ya he dado instrucciones al portaestandarte de la segunda para que te lo haga llegar.

—Vuelvo a decirte que no hace...

—¡Cállate la boca y escuchadme los dos! —respondió el hombre moviendo el dedo índice de un lado al otro—. Con ese dinero y el tuyo tendréis para vivir holgadamente hasta que... Bueno quiero decir hasta que seais viejecitos.

—¿Y cómo te lo devolveremos? —preguntó Deolinda.

—No teneis que devolverme nada, lo único que os voy a pedir a cambio es que al próximo germano que nazca en esa choza, si es mujer, la llaméis Lúa, y si es hombre, le pongais el mío, con eso quedó pagado. Deolinda le dio un beso en la mejilla y con la cabeza gacha se introdujo en la choza, dejando solos a los dos amigos.

—Y tú cuídate y procura que esos pequeños no tengan que pasar lo que nosotros hemos pasado. ¿Entendido, optio?

—¡Entendido, señor! —respondió el germano sacando pecho, el cual, después de limpiarse los acristalados ojos con sus rubias coletas, preguntó —: ¿Sabes lo que echo de menos?

—¿La vida militar? —respondió el jinete irónicamente.

—¡No me jodas!, echo de menos el sol de Asturica Augusta. ¿Te acuerdas?

—¡Claro que me acuerdo!

—¿Las hemos pasado putas, eh, amigo?

—¡Muy putas!, pero hemos tenido suerte, otros se han quedado por el camino —le respondió el hombre, que sujetaba sus cabellos con una renegrida cinta de cuero, los dos se quedaron pensativos, cogidos uno al otro por el hombro y con la mirada acristalada perdida en el horizonte, sabiendo que a partir de ahora ya no se volverían a ver nunca más.

—Amigo, ha sido un orgullo haberte conocido y haber servido a tus órdenes, aunque un día me dejaste los ojos a la funerala sabes que aquí siempre tendrás a tu familia —le dijo el germano con voz temblorosa.

—Gracias, también para mí ha sido un orgullo el haberte tenido como amigo, aunque no tengas ni idea de cazar jabalíes.

Los dos, que permanecían aún cogidos uno al otro por el hombro, entonaron una sonora carcajada.

Capitulum

II

Cinco lustros atras.

Las blancas gaviotas planeaban sobre el vertical acantilado, mecidas por un fuerte viento que como de costumbre azotaba por los cuatro costados haciendo batir bruscamente las ramas cargadas de hojas del viejo roble, dios de los astures y guardián de la justicia que crecía a las afueras de la muralla que defendía el castro situado sobre una escarpada península de nombre Noega. Las primeras golondrinas llegadas de tierras más calurosas sobrevolaban su cima con sus rápidos vuelos anunciando que con su presencia los días serían cada vez más largos, los pendencieros petirrojos merodeaban su parte baja vigilantes de que otras aves no osaran entrar en sus dominios, mientras algún que otro cárabo comenzaba a hacer su nido aprovechando la frondosidad de sus ramas y en el cual los moradores del poblado dejaban en su base todo tipo de pequeños amuletos para implorar al dios árbol, buenas cosechas, fertilidad, salud, y ya entrado el otoño sus bellotas les proporcionaban parte de su alimento. Sus dioses representados en toda la naturaleza astur eran los árboles, el agua, las montañas, pero hoy la máxima autoridad espiritual del poblado había convocado una reunión de la comunidad tribal, la cual debía celebrarse, al igual que los rituales sagrados, ante un roble, y en la que participaban tanto hombres como mujeres.

Veinte años atrás de la Gran Guerra en la cual llegó a participar el mismísimo emperador César Augusto trayendo consigo parte de su prestigiosa guardia pretoriana, y después de dos revueltas contra el Imperio Romano, los astures fueron vencidos y sometidos al poder de Roma, su derrota les salió cara, la mayoría de los guerreros que no murieron en el

campo de batalla, optaron por suicidarse antes que entregarse al feroz enemigo y al resto se les cortaron las manos para que no pudieran esgrimir nunca más sus armas, esto llevó a que los campos quedaran sin cosechas, a la hambruna y a la casi exterminación, pero los cilurnigos, nombre de los pobladores de la tribu, resurgieron de sus cenizas, y gracias a sus mujeres, las cuales habían sido violadas por las tropas invasoras, y los pocos ancianos que sobrevivieron, consiguieron salir adelante, el tiempo pasó y una nueva generación surgió, unos de sangre romana, otros auténticos cilurnigos.

Bajo un cielo plomizo, el druida, ataviado con un largo sayo de lana negra que arrastraba por el suelo y apoyándose en un robusto bastón que sujetaba con su mano derecha, llegó dando grandes zancadas a las afueras del poblado. De su cuello colgaba un brillante *torque* de bronce que simbolizaba la figura espiritual del poblado mientras sobre su cabeza portaba una corona de sagrado muérdago, de origen *pésico*; buen orador y conocedor de las propiedades curativas de las plantas, había llegado hace años al castro al parecer huido de las tropas romanas y decidió quedarse para enseñar sus conocimientos al pueblo cilurnigo, falto por aquel entonces de liderazgo espiritual, aunque se murmuraba que la causa de su llegada era un marido despechado que lo buscaba no con muy buenas intenciones. Los hombres y las mujeres de más edad fueron llegando provistos de rudimentarios taburetes sobre los cuales con cierta dificultad se fueron sentando alrededor del sagrado y centenario roble. El murmullo de voces fue subiendo poco a poco de intensidad hasta que una voz las acalló.

—Os he reunido en este lugar sagrado para deciros que ayer llegaron unos jinetes romanos para informarnos que dentro de unos días llegará un *conquisitor* con órdenes de reclutar a todos los hombres en edad militar, lo que quiere decir que tendremos que entregar a nuestros jóvenes para servir al Imperio, y os recuerdo, al cual pertenecemos —dijo con solemnidad el druida dando un golpe con su bastón sobre el suelo.

—¿Cómo es posible? No puede ser. —dijeron todos los reunidos a la vez.

—Somos demasiado viejos, ya levantamos el poblado una vez y nos ha costado mucho sufrimiento criar a sus hijos. —Las mujeres lo miraron atónitas.

—¡Sí, no me miréis así, son sus hijos! Los hemos adoptado, puesto nuestros nombres y el Imperio no nos ha enviado ni un mísero saco de trigo y ahora vienen a por ellos… Malditos, malditos, romanos —dijo uno de los ancianos amenazando al cielo con el puño cerrado, mientras con la otra mano se agarraba al inestable taburete para no caerse, todos ellos se habían salvado de la criba romana escondiéndose en las inaccesibles grutas que abundaban en los verticales acantilados y a donde los legionarios desconocedores del terreno no se atreverían a bajar.

—¡No pude ser! Tiene razón, el poblado desaparecerá, cualquier tribu puede venir y apoderarse de nuestro poblado y no podremos hacerles frente —dijo siseando otro anciano de boca arrugada al que le faltaban los dientes.

—Nos ha costado mucho criar a nuestros hijos y nadie lo sabe mejor que nosotras, aun sabiendo que son fruto de sus violaciones, no estamos dispuestas a que se los lleven —dijo malhumorada una de las mujeres, y antes de que alguien nuevamente tomara la palabra, el jefe tribal se puso de pie haciendo caer la pequeña silla ricamente tallada donde se encontraba sentado para rápidamente explicar desde su punto de vista militar lo que se debía hacer, superviviente de la Gran Guerra y al cual le faltaba la mano derecha quizá porque el verdugo tuvo mucho trabajo ese día y se le olvidó cortarle la izquierda, rondaba ya la cincuentena, de pelos y barba más blancos que negros, vestía una túnica de lana marrón ceñida a la cintura por un ancho cinturón de cuero del cual pendía a la derecha una reluciente *falcata* mientras sobre los hombros a modo de capa portaba una impresionante piel de oso.

—¡Lucharemos! Podemos unirnos a otras tribus y hacerles frente —dijo el jefe tribal mientras desenfundaba su *falcata* con la mano buena, en la que lucía una bruñida muñequera de latón.

El murmullo se elevó más...

—¡Eso, lucharemos, qué son un puñado de romanos para nosotros! —

gritaron encolerizados todos los ancianos a la vez, mientras las mujeres con las manos entrelazadas rezaban en voz baja, implorándole al dios árbol que no hubiera más guerras.

—¡Lucharemos, lucharemos! ¿Os habéis visto? Habláis como si fuerais un gran ejército. ¿Os tengo que recordar cuántos de nuestros hombres han regresado de la guerra? ¡No habéis escarmentado! Os recuerdo que, si consiguiéramos matar a diez romanos, luego enviarían a cien a mil y esta vez creo que la destrucción de nuestro pueblo sería total —gritó el druida mientras los amenazaba con el bastón.

—¡Llamemos a Castus, el esclavo! Él estuvo sirviendo con los romanos, quizá sepa algo que se pueda hacer para que no se los lleven —gritó uno de los ancianos que, encorvado y sujeto a dos bastones a duras penas, se mantenía de pie.

—¡De acuerdo, id a llamarlo! —respondió el druida.

Todo quedó en silencio, perturbado solamente por el repiqueteo del martillo en la fragua y el graznido de las omnipresentes gaviotas que, impulsadas por el viento, sobrevolaban el poblado. Pasado un tiempo, entre una fina niebla que venía del mar, un hombre hizo acto de presencia, aunque era conocido por todos como el esclavo su verdadero nombre era Castus y había sido hecho prisionero siendo muy joven en la Galia por las tropas romanas, rondaba ya la cuarentena y hacía años que los cilurnigos lo habían encontrado malherido al regreso de una de tantas emboscadas que solían hacer a los carros de bagaje de la Legión V Alaudae, en la cual servía como esclavo a un rico *legatus*, al ir a recoger las pertenencias de los muertos que quedaban sobre el campo de batalla se dieron cuenta de que aquel hombre que yacía en el suelo gimiendo y que portaba una chapa colgada al cuello no era romano, fue curado de las graves heridas que había sufrido y cuando se repuso pasó a formar parte de la tribu, donde fue tratado siempre como uno más, y él, en correspondencia, además de trabajar, les enseñaba la lengua del Imperio para que pudieran comunicarse con el dómine dueño y señor de la cercana *domus*, así como de todas las tierras de labor de los alrededores las cuales arrendaba a los que antes eran sus

verdaderos propietarios y con precisión matemática enviaba a sus mercenarios a cobrar los impuestos que nunca llegaban a Roma. Se enamoró de una muchacha cilurniga con la cual vivía en una cabaña que como todas las del poblado era de construcción circular, paredes de ramas entrelazadas recubiertas de barro sobre las cuales descansaba un voluminoso techo de paja seca que los protegía de las inclemencias del tiempo, y aunque los dos portaban al cuello amuletos fálicos que representaban la fertilidad, el dios *Cernunnos* nunca les concedió descendencia.

—¡Espero que mi reclamada presencia en este sagrado lugar os sea útil! ¿En qué puedo serviros? —preguntó Castus haciendo una pequeña inclinación de cabeza.

—¿Nos hemos perdido o debe haber otra calzada para llegar al poblado, señor?, por esta parece que hace tiempo que nadie transita —dijo el portaestandarte al decurio que cabalgaba a su lado.

—Posiblemente, pero el último *miliarium* indicaba esta dirección. Lo que sí es seguro es que duro tuvieron que trabajar nuestros legionarios en estos bosques, hostigados continuamente por estos bárbaros, para que hoy pudiéramos pasar por aquí —contestó el oficial.

El suelo de la calzada estaba tapizada por un manto de húmedas hojas color ocre caídas el otoño anterior que tapaban las puntiagudas piedras que la cimentaban al quedar desprovista de la capa de zahorra, la cual, a causa de las inclemencias del tiempo y el nulo mantenimiento, la habían hecho desaparecer dejándola por sitios casi intransitable, mientras a ambos lados de las cunetas crecía una enmarañada vegetación que junto a la pertinaz niebla y la humedad reinante daba la sensación de transitar a través de un túnel verde, los negros mirlos, asustados al ver gente, emitían su característico «¡¡tchar-tchar!! a la vez que el «¡¡keerr!!» del arrendajo avisaba a las demás aves que habían llegado intrusos al bosque, las espinosas zarzas que colgaban de los árboles se enganchaban en las capas y en las crines de los caballos dificultando el avance de la decuria, que a veces tenía que desmontar para quitar algún que otro árbol caído que

impedía el paso a las cabalgaduras, y por si fuera poco las urticantes ortigas les martirizaban las pantorrillas y los pies de los jinetes, sus cuerpos empapados hasta los huesos, pues las capas con capucha de piel de vaca que portaban, aunque untadas con sebo de cerdo para impermeabilizarlas, ya no soportaban más agua, era como si los dioses de los astures quisieran que no llegaran nunca al poblado, de repente los caballos de primera línea erizaron sus orejas y resoplaron nerviosos, el decurio tiró de las riendas con la mano izquierda hacia su barriga a la vez que levantaba el brazo derecho con la palma de la mano extendida en señal de alto.

—¡Dejadme pasar! —gritaba el optio que venía al trote de retaguardia, enganchándose en las espinosas zarzas, portando la *spatha* desenvainada en la mano derecha con la que cortaba el espeso follaje para poder pasar hasta la parte delantera de la formación.

—¿Qué ocurre, señor?, ¿por qué nos detenemos? —preguntó el suboficial.

—No lo sé, señor, pero los caballos intuyen algo —respondió el portaestandarte, mientras el decurio, con el dedo índice apoyado sobre los labios, siseaba, ordenando silencio.

Todos centraron la mirada en la parte delantera de la formación, intentando ver algo a través de la niebla. El decurio puso su mano sobre la empuñadura de su arma mientras todos los demás prepararon sus escudos y sus lanzas para repeler al enemigo que los acechaba.

—¡Mire, señor, algo se mueve, hay delante! —indicó el portaestandarte con el brazo extendido.

El decurión entre la niebla agudizó la vista mirando a donde le indicaba, de repente el follaje crepitó saliendo de él dos enormes jabalíes acompañados de sus rallones que gruñendo cruzaron el camino sin inmutarse escabulléndose nuevamente entre la maleza, al momento un coro de risas resonó por todo el bosque.

—¡Qué pequeños y peludos son estos astures! —gritó entre risas el portaestandarte, por un momento las penurias quedaron olvidadas, hasta que la voz del oficial los puso en la realidad.

—De esos astures de los que te ríes hicieron falta ocho legiones para doblegarlos al poder de Roma, así que no subestimes al enemigo por pequeño que sea —le recriminó el decurio al portaestandarte.

—¡Optio a retaguardia! Los demás adelante —gritó el decurión. Después de cabalgar varias leguas, como si se hubiera abierto una puerta, el enmarañado camino dio paso a la pradera donde pastaban rebaños de vacas y ovejas de lana negra, un perro empezó a ladrar y el pastor que estaba al cuidado del ganado quedó petrificado al verlos, el pobre hombre temblaba de miedo, no se esperaba ver salir de la espesura a tantos hombres montados a caballo con sus grandes penachos, lanzas y escudos.

—*Ubi est oppidum?* —le preguntó el decurio haciendo bocina con las manos.

El pastor, sin entender nada e intuyendo que le preguntaban por el poblado, levantó el brazo derecho y con el dedo índice extendido les indicó el norte, el camino se adentraba en tierras de cultivo donde crecían berzas y repollos, dando a entender que las gentes eran agricultores y ganaderos y que el poblado estaba cerca.

—¡Buscad un sitio donde acampar, hoy nos quedaremos aquí! —ordenó el oficial levantando el brazo derecho. Había dejado de llover y el sol asomaba tibiamente, dejando que sus rayos fluyeran entre las nubes grises, bandadas de gaviotas planeaban en el aire indicando la cercanía del mar, que muchos de los que formaban la decuria nunca habían visto. Dicha decuria, al igual que otras que fueron diseminadas por la geografía astur, pertenecían a un ala de caballería auxiliar de la legión X Gemina acantonada en Asturica Augusta, donde tenía su cuartel general, y había cruzado la cordillera a través de los estrechos desfiladeros surcados por caudalosos ríos de aguas color turquesa que conducían al oriente astur, compuesta por el decurión Marco Macrino, hombre ya en la treintena condecorado por su valor con *torques* y *phalerae* en las guerras de la Galia, ostentaba mando de pretor, lo que le permitía recaudar impuestos y, al igual que las demás decurias, reclutar hombres en pueblos y castros para engrosar las filas del Imperio, un optio segundo al mando, diez jinetes auxiliares y

tres mulas con los pertrechos necesarios para montar un pequeño campamento, el decurión descabalgó de su caballo y entregó las riendas a un auxiliar para que se hiciera cargo del animal, cogió su vara de vid por los extremos y poniéndola sobre la espalda estiró los brazos desentumeciendo su cansado cuerpo.

—¡Optio! —gritó el primero al mando.

—¡A la orden, señor! —gritó marcialmente el optio que llegó rápidamente al galope de retaguardia.

—Prepara todo para acampar y escoge a dos hombres para que se acerquen mañana al poblado y a la vez que hagan de exploradores.

—¡Sí, señor!

Rápidamente, como tantos días al acabar la jornada, mientras unos delimitaban el pequeño campamento, otros bajaban de las mulas los pertrechos entre ellos los pila muralia o *sudis*, que con sus afiladas puntas servirían de protección al campamento, otros se dedicaban a la instalación de las tiendas, dos para la tropa y una más grande para los oficiales, mientras otro se afanaba en la ardua labor de hacer fuego, colocó ordenadamente la leña que traía sobre sus brazos en el suelo, introdujo entre los troncos una pequeña bola de pelo de caballo que haría de yesca y, poniéndose de cuclillas, sacó de una pequeña bolsa de cuero que portaba al cinto el *igniarium* y el pedernal, los cuales entrechocó varias veces hasta hacer que sus chispas avivadas por los soplidos del germano prendieran la hoguera con la que calentarían, además de sus cenas, sus cansados cuerpos. Cuando el campamento estuvo instalado, el optio apartó la piel de la entrada que hacía de puerta de la tienda y, asomando la cabeza por ella, dijo:

—¡Señor, como ordenó, le traigo los dos exploradores!

—¡Que pasen!

Los dos auxiliares, restregándose los ojos por culpa del humo de la hoguera, entraron y se pusieron en posición de firmes.

—Vosotros dos iréis al poblado e informaréis a su jefe que en unos días nos presentaremos en nombre de su emperador César Augusto con el fin de reclutar a todos los hombres que estén en edad militar, no quiero problemas

ni con hombres ni con mujeres, ¿entendido?, si me entero de que cogéis aunque sea una brizna de hierba os romperé el espinazo a golpes.

—¡Sí, señor! —contestaron los auxiliares con desgana.

—¡Me habéis entendido! —preguntó con más énfasis el decurio.

—¡Sí, señor! —gritaron los dos a la vez.

—Pues idos a preparar el equipo y mañana temprano partiréis.

Los dos saludaron militarmente y, dando media vuelta, salieron de la tienda cuchicheando.

—Es muy fácil decir «no quiero problemas, no quiero problemas». Pero si nos atacan, ¿qué hacemos? Yo le oí decir que a estos astures hicieron falta cinco legiones para doblegarlos.

—No nos atacarán por la cuenta que les trae, además yendo conmigo puedes estar tranquilo —le respondió sonriendo el único de todos los auxiliares de piel negra al que todos los componentes de la decuria llamaban Mourus, originario de la lejana provincia de Numidia, famosa por su caballería, considerada la mejor de todo el Imperio, mientras el resto de jinetes habían sido reclutados en distintas tribus de Germania. El decurión cogió su manta de campaña y se la puso sobre los hombros, luego se sentó sobre un viejo tronco que había en el suelo y le indicó con la mano al optio que se sentara a su lado.

—Me estoy haciendo viejo, no aguanto el frío como antes, cuando acabemos en este poblado habremos acabado el reclutamiento en esta provincia, nos reuniremos con los demás decuriones en Lucus Asturum y volveremos a nuestro campamento antes de que llegue el invierno y allí te invitaré a un buen vaso de vino, espero que todos estos hombres que vamos a reclutar sean buenos aplasta-caminos.

—¿Aplasta-caminos, señor?

—Así los llamaba un centurión a la infantería legionaria con el cual serví cuando era optio como tú ahora, precisamente luchó en estas tierras con la legión I Augusta al mando del general Cayo Antistio, al principio les dieron duro los astures, pues los cabrones no luchaban nunca en campo abierto hubo que ir a buscarlos a las montañas, pero eso conllevaba sufrir

emboscada tras emboscada, poco a poco consiguieron sacarlos de los bosques y que lucharan en campo abierto y, claro, allí los masacraron, pero unos años después volvieron a organizarse otra vez en las putas montañas causándonos de nuevo muchas bajas, así que el emperador, cansado ya de que le tocaran los cojones, encargó a su amigo el gran Agripa para que acabara con ellos, y así fue, los derrotó por completo.

—Supongo que los legionarios nos llamarán a nosotros «culo aplastado», por estar tanto tiempo sentados sobre el caballo —dijo riéndose el optio.

—He escuchado todo tipo de insultos y motes sobre nosotros, pero eso que dices debe de ser lo más fino que he oído en muchos años, lo que sí está claro es que nos les caemos bien, aunque a veces tengamos que salvarles el culo, y lo entiendo, no es lo mismo guerrear o hacer una larga marcha andando que montado sobre un caballo.

—¡Señor! —dijo marcialmente uno de los auxiliares que le hizo entrega a cada uno de un trozo de torta de pan caliente y carne seca.

—¡Gracias, muchacho! ¿Han cenado todos? —le preguntó el decurio mientras pasaba el pan rápidamente de una mano a otra para no quemarse.

—¡Sí, señor! Y la primera guardia ya está en su puesto si no ordena alguna cosa más.

—¡No, que se retiren a descansar!

Los dos oficiales, que permanecían sentados sobre el viejo tronco, se quedaron en silencio y con la mirada perdida en el chisporroteo de las brasas de la fogata que el optio removía lentamente con una delgada rama.

—¿Sabes? A veces siento pena de estos chicos que reclutamos —dijo el decurión rompiendo el silencio mientras se metía en la boca un trozo de carne seca.

—Es nuestro trabajo, señor, necesitamos hombres para defender a Roma.

—¡Roma! Muchacho, llevo luchando para ella media vida, he perdido grandes amigos, no he podido tener esposa ni hijos, y me dan pena porque, al igual que muchos de nosotros, no volverán a ver nunca a sus familias, yo nunca conocí a mi padre, también lo reclutaron como a ellos y no volvió jamás, por eso mi *cognomen* es Proculos, que quiere decir «nacido en

ausencia de su padre».

—Pero defender a Roma también tiene sus cosas buenas —le respondió el optio tirando la rama sobre el fuego—. Gracias a ella tiene un puesto de responsabilidad, buena paga y, cuando se licencie, le dará tierras y aún podrá formar una familia, al igual que todos estos hombres que reclutamos, gracias a ella y a los dioses dejarán de ser bárbaros.

—¿Cuántos años tienes, Flabio? —le preguntó el decurión llamándolo por su nombre.

—¡Veinticinco, señor!

—Si llegas a los míos te acordarás de esta conversación, y referente a los dioses, el único que conozco y me saca de apuros es este —le dijo el decurio que, levantándose, dio unas palmadas sobre la funda de la *spatha* —. ¡Este es nuestro mejor dios, tenlo siempre bien limpio y a mano. ¿Has entrado en combate alguna vez?

—No, señor, estaba destinado en Lucus Augusti, pero mi tío hizo que me trasladaran a la Décima y en concreto a esta decuria.

—¿Por qué a esta precisamente y quién es tu tío si puede saberse? —le preguntó el oficial.

—Su nombre es Aurelius Vetio y es el *praefectus cohortis* de las tropas auxiliares de caballería de la X legión.

El decurión, al escuchar el nombre, irguió el cuello y abrió los ojos desmesuradamente, a la vez que escupía al suelo el trozo de carne que mantenía en la boca y que de duro que estaba se resistía a ser masticado.

—¡Aurelius Vetio! Maldito cabr...

—¿Qué le ocurre, señor? Perdóneme si he dicho algo inoportuno.

—¡No, perdóname tú a mí, muchacho, no era mi intención…! ¡Así que Aurelius Vetio es tu tío! —respondió el decurión rascándose la nuca.

—Sí, señor, y le tiene mucho aprecio, me dijo que usted era el mejor decurión de la legión y que con usted estaría seguro y aprendería muchas cosas.

—Hace tiempo que no nos vemos, yo también le tengo gran aprecio. ¿Sabes? Siempre me ganaba jugando a los dados, yo creo que los tenía

trucados, así que ten cuidado si algún día juegas contra él. Hemos estado juntos en muchas batallas y nos conocemos desde que éramos tiros, a él desde joven siempre le gusto más el mando, no sé cómo se las arregla, pero como siga así no tardando mucho lo nombrarán *legatus*, ya lo verás, y yo me alegraré por ello, a mí, sin embargo, me gusta más la aventura, y ya ves, mientras él se queda en el campamento calentito, a nosotros nos envían a este lugar frío y húmedo a por reclutas, pero no te preocupes, Flavio, procuraremos no dejar mal a tu tío, ¿y ahora qué te parece si nos vamos a descansar, ah?, se me olvidaba, mañana quiero ver formada a la decuria con todo el equipo de combate por si a nuestros vecinos del poblado se les ocurre darnos problemas —le dijo el decurio dándole una palmada sobre la rodilla.

—¡Así se hará, señor! —respondió el optio poniéndose de pie.

—¡Y vosotros cerraréis la boca de una puta vez! —gritó el oficial a la tropa cuyos miembros, metidos en sus tiendas, voceaban las jugadas y las cantidades de dinero apostadas a los dados, y poco a poco el pequeño campamento se fue quedando en silencio, solo perturbado por algún que otro ronquido. A la mañana siguiente los primeros rayos del sol se colaban por las rendijas de la desgastada tienda donde dormía el decurión Marco Macrino, el cual se despertó asustado por las voces que daba el optio mandando formar, se desenrolló de su manta de campaña sentado sobre su camastro, cosa que solo él y su optio tenían el privilegio de tener y que les permitía dormir separados del húmedo suelo, mientras que la tropa se las tenía que ingeniar todas las noches para agenciarse algo mullido para pasar la noche.

Después de restregarse varias veces la cara con las manos y quitarse las lagañas se puso su pesada *lorica amata* y sus armas, cogió su vara de vid acomodándola debajo del brazo y, poniendo la mano a modo de parasol para adaptar sus pupilas a la claridad, salió al exterior, dio unos pasos para alejarse de la tienda y, mirando al cielo azul, echó la primera meada de la mañana acompañada por un par de sonoros pedos.

—¡Buenos días, señor, tal como ordenó, la decuria está formada con todo

el equipo! —gritó marcialmente el suboficial, que había llegado a paso ligero a darle novedades, al verlo salir de la tienda, el cual levantó la vara de vid en señal de aprobación y saludo.

—¡Por todos los dioses! Creía que no existía el sol en estas tierras —le respondió el decurio después de echar un trago de agua de su renegrido odre. Pasada la revista a la pequeña tropa los dos elegidos para ir al poblado prepararon sus monturas para iniciar las órdenes recibidas, mientras en el cielo totalmente azul una pareja de busardos ratoneros emitía su melancólico maullido dando círculos en el cielo. Los dos jinetes se acercaron hasta donde estaba el decurio, el cual los estaba esperando con su vara de vid en su mano derecha, dándose golpecitos con ella sobre la izquierda.

—¡Nos vamos, señor! ¿Ordena alguna cosa más? —le dijo el auxiliar al que todos llamaban Mourus.

—¡No! Podéis iros, estad alerta, y si veis gente armada os dais la vuelta, ¿entendido?

—¡Sí, señor! Los dos auxiliares espolearon sus monturas y lentamente desaparecieron tras la pequeña colina. Los dos jinetes se adentraron por un estrecho camino que discurría entre campos de cultivo, los cuales habían sido desarbolados dejando cantidad de troncos que permanecían apilados sobre la pradera, más lejos varias mujeres con la espalda encorvada trabajaban la tierra, todas vestían túnicas de color negro y cubrían sus cabezas con un paño del mismo color, las cuales, extrañadas al verlos, se incorporaron dejando un momento sus aperos de labranza, pues hacía años que no veían soldados del Imperio, de los cuales no tenían muy grato recuerdo.

—¡Mira, mujeres! —farfulló el desdentado germano irguiendo el cuerpo sobre el caballo para poder verlas mejor, un golpe recibido con la empuñadura de un *gladius* que se cruzó en su camino en una amañada partida de dados era el culpable de que el auxiliar luciera una despoblada dentadura, la cual era siempre motivo de regocijo entre sus sufridos compañeros cuyas caras, cuando tenían que mantener una conversación con

él, eran rociadas de molestas gotitas de saliva.

—En esta maldita tierra solo hay niebla, lluvia y árboles, espero que en el poblado tengan un buen burdel, llevo meses sin tocar a una mujer, que bien estábamos en la Galia, allí sí que había mujeres, ¿eh, Mourus?, ahora que lo pienso nunca te he visto con una mujer ni hablar de ellas. ¿Qué es, que no hay mujeres en tu tierra? —le preguntó el germano.

—¡Cállate la boca! Si quieres seguir conservando los pocos dientes que te quedan, y déjate de mujeres, ya sabes lo que nos dijo el decurio y ese no se anda con bromas —le contestó el númida a la vez que espoleaba con fuerza al caballo. El animal alzó el cuello y, dando un lastimero relincho, se puso al trote seguido del germano que, haciendo una mueca con la cara, murmuraba en tono burlón—: ¡Cállate la boca, cállate la boca!

Después de atravesar huertos de labor y pequeñas praderías donde pastaban ovejas, cabras y unas enormes vacas, la calzada se adentraba en ligera pendiente en un pequeño bosque de inclinados pinos cuyos troncos torcidos el fuerte viento del oeste se había encargado poco a poco de forjar, al llegar a lo alto se encontraron con otro camino que por la izquierda se unía al que ellos llevaban y al cual se incorporaban gentes al parecer de distintas tribus por lo variado de sus indumentarias transportando sobre sus espaldas y cabezas cestos con pescado, hortalizas, conejos y gallinas. Después de cabalgar un pequeño trecho por el embarrado camino llegaron a un pequeño descampado donde la gente se arremolinaba entre un gran girigay ofreciendo a viva voz sus pestilentes productos a varias mujeres que, estrañadas, volvían sus cabezas para mirarlos.

—Estas brujas no nos quitan ojo —dijo el germano apretando el mástil de su lanza.

—Siento decírtelo, pero creo que no es a ti a quien miran, supongo que esta gente no estará muy acostumbrada a ver un hombre negro montado sobre un caballo.

—¡Creo que tienes razón! —respondió el germano echando una carcajada, luego tiraron de las riendas, los caballos levantaron sus cabezas y se pararon resoplando, ante ellos se encontraban ya las murallas de piedra

rojiza que defendían el castro de Noega.

—¡Castus! Te hemos llamado porque hace unos días llegaron unos jinetes romanos con orden de reclutar a nuestros jóvenes, y como tú serviste en Roma, igual sabes si existe alguna ley para que no se los lleven —le preguntó el druida.

—Lo siento, yo no sé nada de leyes, como sabéis, caí prisionero y fui vendido como esclavo, solo servía a mi dómine, siento no poder ayudaros —les respondió Castus, quedando un momento pensativo con la mano en la barbilla—. ¿Y si los escondemos unos días en los acantilados? Luego podrían huir a las montañas, allí no los encontrarían y después de un tiempo podrían volver al poblado. No creo que se preocupen mucho por unos cuantos muchachos.

—¡Gracias, Castus! ¿Qué crees que harían los romanos con nosotros? Son especialistas en todo tipo de torturas, de alguna manera nos harían hablar, los declararían prófugos y tarde o temprano darían con ellos para más tarde condenarlos a la pena de muerte, y no te quepa duda, alguno de nosotros correría igual suerte, así que lo mejor será reunir a todos los jóvenes y que ellos decidan, la supervivencia de nuestra tribu está en peligro. Acto seguido, el druida se dirigió al jefe tribal y, señalándolo con el bastón, le dijo:

—Tú eres el jefe de la tribu, hasta ahora solo te he oído lanzar arengas militaristas que, en mi opinión, nos llevarían a la destrucción. Ahora te toca a ti la tarea de explicárselo a los muchachos.

—Sigo pensando que sería mejor hablar con otras tribus y entre todos hacernos fuertes, pero si la voz de los dioses me pide que hable con los muchachos, hablaré —dijo el jefe con ironía, rascándose sus plateadas barbas.

La noticia corrió rápidamente por el poblado de boca en boca. El revuelo era grande y daba un poco de vida al poblado falto de alegría, los jóvenes, ajenos a lo que les venía encima, ascendían jadeantes como todos los días por los escabrosos acantilados por los que aprovechando la bajamar bajaban

a mariscar a los resbaladizos pedreros, pero hoy cuando llegaron al centro del poblado vieron que sus madres los estaban esperando.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntaron los mozos.

—El jefe tribal quiere hablar con vosotros —contestó una de las madres.

—¡Yo como jefe de los cilurnigos quiero deciros que en unos días llegará un enviado de Roma con la orden de reclutar a todos los jóvenes de este poblado! Hemos tenido una reunión en el roble sagrado presidida por el druida, el cual ha decidido que cada uno de vosotros decida lo que quiere hacer.

—¿Y qué queréis que hagamos? ¿Luchar, rezar a los dioses o acaso escapar? Darían con nosotros hasta en el fin del mundo, pertenecemos a su Imperio y sabíamos que tarde o temprano esto iba a suceder, yo creo que no hay más solución que obedecerlos —respondió el más alto y fuerte de todos los jóvenes, y aunque su madre siempre lo llamaba cariñosamente «mi príncipe», su nombre era Mael, además de ser el más alto y fuerte era también por varios meses el de más edad de los mozos y el único que por sus venas corría verdadera sangre cilurniga, pues, cuando los invasores romanos llegaron violando y arrasándolo todo a su paso, su madre ya estaba embarazada de varios meses.

—Bueno, bueno, eso es lo que tú piensas, veremos lo que dicen los demás, daos cuenta de que si os marcháis el pueblo morirá. Toda la población es vieja, nos quedaremos sin mano de obra para cultivar los campos y nosotros ya no podemos bajar por los acantilados a pescar —gritaba el jefe tribal gesticulando con el muñón de su mano derecha, indicando la dirección de los acantilados.

—Después de haber masacrado a nuestros padres, ¿crees que yo voy a servir a Roma?, no estoy de acuerdo contigo —le respondió a Mael uno de los muchachos.

—Yo tampoco, no pienso pasar mi vida luchando y quedar muerto en un campo de batalla.

Y si llamamos al propietario de la *domus* que interfiera por nosotros, él es romano, sabe que si nos marchamos no tendrá mano de obra para trabajar

los campos y se quedará sin cosecha.

—¡Ese hijo de perra! Mejor marchar con los romanos, nos paga una miseria por nuestros productos, nos hace pagar por pasar por sus tierras que son nuestras y encima tenemos que aguantar las borracheras de sus mercenarios —dijo Belarmo, un delgado pero fibroso muchacho de pelo rubio, su cara era como sacada de una estatua de blanco mármol del mismísimo templo de Júpiter, vio la luz en una pequeña choza a escasos pasos del acantilado donde el ruido de las olas chocando contra las rocas fue su primera nana, su madre siempre le hablaba de su verdadero padre, pero él sabía que era fruto como otros de un botín de guerra y su pelo rubio se encargaba de recordárselo. Poco a poco todos los jóvenes fueron dando su opinión.

—¡A dónde vas, ten cuidado! —vociferó un hombre con los brazos en alto, Castus ni lo miró siquiera, siguió su carrera tropezando con todo lo que encontraba a su paso, hasta que llegó nuevamente adonde se celebraba la reunión.

—¡Por fin os encuentro! —dijo Castus al encontrarse con el druida, que se encontraba apartado del bullicio, dejando que llevara el protagonismo el jefe tribal.

—¿Qué quieres? ¿Acaso has tenido otra idea?, ¿que se escondan debajo de sus camastros, tal vez? —le respondió en tono irónico el druida.

—¡No! Creo que puedo tener la solución para los muchachos —respondió el esclavo con voz entrecorta, que con el cuerpo encorvado y las manos sobre las rodillas trataba de coger aliento.

—Vamos a mi choza, allí hablaremos más tranquilos —le dijo el druida cogiéndolo por el hombro.

Entraron en la choza del líder espiritual en la que Castus nunca había estado antes, el druida abrió la puerta empujándola con el pie dejando entrar primero a Castus el cual fue recibido por un fuerte olor a humo mezclado con sudor, potaje y hierbas aromáticas, de sus renegridas paredes colgaban plumas, amuletos, cuernos de distintos animales y plantas secas, sobre una mesa reposaban varios caparazones de grandes crustáceos donde a modo de

cuencos se servían los medicinales brebajes, a un lado contra la pared había un camastro cubierto por pieles de oveja, una pequeña hoguera situada en el centro protegida por un círculo de piedras sobre la que descansaba una marmita se encargaba de caldear la estancia y en torno a ella dos pequeños troncos que lo mismo servían para cortar leña como para sentarse sobre ellos.

—¿Y bien, qué te parece mi morada? —le preguntó el druida al esclavo al verlo tan ensimismado, mirándolo todo.

—¿Qué pensabas que te ibas a encontrar aquí? ¿Alguna bruja o quizás al mismísimo Lug? Pues, como puedes ver, esto es todo lo que poseo.

—Perdona, no era mi intención… —respondió ruborizado Castus.

—No tiene importancia, ya estoy acostumbrado, y a ver, volviendo a los que nos ha traído aquí, ¿cuál es esa solución? —le preguntó el druida mientras le indicaba con la mano que se sentara sobre uno de los troncos.

—Recuerdo que los vecinos de la *domus* en la que servía, tenían dos hijos, a los cuales los llamaban en tono despectivo «las hijas de mi dómine», que los dioses lo partan.

—¿Qué tienen que ver unos insultos en todo esto? —le preguntó el druida mientras depositaba sobre la mesa la corona de muérdago.

—¡Déjeme acabar! Los llamaban *poltronos*.

—¡Me estás poniendo nervioso! —dijo el druida poniéndose de pie de un salto, luego anduvo unos pasos y apoyó el bastón sobre la renegrida pared de la choza y rápidamente volvió a sentarse bruscamente.

—¿Me vas a decir de una vez qué quieres decir? ¿Qué tienen que ver esos *polonos*, o como se diga en esa maldita lengua, en todo esto?

—Los llamaban *poltronos* porque cuando iban a ser reclutados se cortaron los dedos pulgares y así los dieron por inútiles para el servicio militar. ¡Eso es lo que significa!

El druida agachó su cabeza y se quedó un buen rato pensando, mientras se acariciaba sus largas barbas.

—Así que tenemos que cortarles los pulgares para que no sirvan a Roma y se puedan quedar en el poblado. ¡Por todos los dioses! —dijo el druida

poniendo las manos en la cabeza.

—¡No a todos! Solo a los que no quieran ser reclutados, así se quedarán y podrán formar nuevas familias, para eso no les hacen falta los pulgares, de esa manera el pueblo tendrá sangre nueva, si no se tendrán que ir con los romanos, y esos no se andan con bromas.

—De acuerdo, hablaré con ellos; y que los dioses nos ayuden.

El druida se puso de pie y cogió de nuevo su bastón, se acercó a Castus y dándole una palmada en el hombro le dio las gracias, luego salió de la choza cabizbajo en dirección adonde se encontraban los jóvenes. Mientras las demás madres con las manos en la cabeza lloraban desconsoladas, mirando al cielo, implorando a los dioses, la madre de Mael lo cogió por el brazo y con fuerza lo separó del grupo de jóvenes que hablaban en voz alta unos con los otros de los pros y contras que se les venían encima.

—Hijo mío, es difícil para una madre tener que separarse de su hijo, pero creo que es mejor que te marches con los romanos, aquí no tienes porvenir, no tardando este pueblo desaparecerá como barrido por el viento, lo presiento, sé que antes fueron nuestros enemigos, pero ahora son el futuro, con ellos conocerás nuevas tierras, nuevas gentes, no hagas caso a esos y vete, no tengas pena por mí, ya he vivido suficiente, vete y demuéstrales lo fuerte que es nuestra raza, rezaré a todos los dioses para que donde estés te protejan, toma esta pulsera, me la dio tu padre el día que se tuvo que marchar y es el único recuerdo que tengo de él, ahora quiero que la lleves tú, mi príncipe, hasta ahora nos ha dado suerte y también te la dará a ti, ya lo verás … Prométeme que tendrás cuidado, hijo mío.

—Te lo prometo, madre, y también te prometo que volveré, no sé cuándo, pero volveré.

La mujer se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla al joven cilurnigo sabiendo que era el último que le daría, al igual que años atrás se lo había dado a su padre. Otra vez Roma se llevaba a un ser querido, antes se lo había llevado como enemiga, ahora como amiga.

Un viento frío que azotaba del nordeste enturbiaba la mañana que había

amanecido por fin con el cielo azul, el decurión condujo su caballo sujeto por las riendas hasta el tronco donde había estado sentado el día anterior, puso su pie derecho sobre él para apretarse la correa que sujetaba la espuela a su *caligae* haciendo lo mismo con el pie izquierdo y dando dos fuertes golpes sobre el suelo la acomodó, luego se subió al troco y de un salto montó sobre su percherón negro, que resopló al recibir el peso del jinete, el cual se protegía con una pesada *lorica amata* sobre la que sujetas por un arnés de correas de cuero brillaban sus condecoraciones, sobre la espalda una capa ya gastada de muchas campañas así como dos relucientes pieles de zorro al cuello que lo protegían del frío, mientras que atados a la cintura unos *bracae* de gastado cuero se encargaban de proteger tanto las posaderas como las piernas de roces sobre el cuerpo del equino. Su rango era fácilmente reconocible tanto montado a caballo como a pie por el penacho transversal de crin de caballo que lucía sobre su casco, sus armas eran una *spatha* que pendía de un *tahalí* del lado izquierdo, cosa reservada solamente a los oficiales y colgando del *cingulum* al lado derecho un bruñido *pugio*. El decurio cogió las riendas, se acomodó sobre el duro *corniculum* y echó un vistazo a toda la formacion que, junto con las mulas cargadas con el bagaje y los dos auxiliares que ya habían regresado del poblado, esperaba la orden de partir.

—¡Estamos listos, señor! —gritó marcialmente el optio mientras caracoleaba con el caballo, este portaba en la mano izquierda las riendas y en la derecha una vara que acababa en un pomo de metal con el que se azuzaba las espaldas de los legionarios en combate, de piel blanquecina y pelo anaranjado atendía al nombre de Flavio Vetio Rufus, portaba su arma al igual que el decurio al lado izquierdo y de su casco sobresalían dos grandes plumas que indicaban su rango, los demás jinetes se protegían también con *lorica amata*, *clipeus* que portaban a la espalda, lanza y una *aljaba* con cuatro jabalinas que colgaba del *corniculum* de sus caballos, que solían ser de razas de pequeña alzada y, al contrario de los oficiales, portaban la *spatha* del lado derecho. El portaestandarte quitó la funda que protegía el *vexillum* dejando ver el número de su unidad bordado en oro

sobre fondo rojo, el oficial echó un último vistazo a la formación y llevando el dedo corazón de la mano derecha hasta la nariz taponó el orificio nasal derecho y sonándose con fuerza hizo que los mocos salieran dejando libres las vías respiratorias, haciendo lo mismo con el orificio izquierdo, luego se limpió los pringados dedos en la descolorida capa, cogió su vara de vid e indicó la dirección que tenían que seguir.

—Bueno, vamos a ver a esos *peregrini —dijo* sonriendo el decurio al portaestandarte.

El viento del nordeste seguía azotando moviendo capas y crines, al poco tiempo llegaron a los campos de cultivo y poco después al cruce de caminos del cual le había comentado Mourus al decurio su situación. Pasaron cerca de los tenderetes donde las gentes dejaban sus quehaceres para mirarlos no de muy buenas maneras, enfrente estaban ya las murallas que protegían el castro, los caballos erizaron sus orejas y resoplaron nerviosos al pasar al lado del majestuoso roble sagrado con su tronco retorcido por los años y donde colgando de sus ramas bajas se distinguían cantidad de amuletos que tintineaban al chocar unos contra otros movidos por el viento.

—¡Optio!—gritó el decurión mientras levantaba el brazo en señal de alto.

—¡Señor! —respondió el suboficial desde retaguardia.

—Que dos auxiliares se queden aquí en la puerta de guardia, los demás adelante.

—¡Sí, señor! Tú y tú ya habéis oído —ordenó el segundo al mando, señalando a dos auxiliares con la vara de mando. Pasaron el profundo foso cavado en la roca por un rudimentario puente hecho de troncos atados unos a otros sin que gente armada se lo impidiera, sobre el cual los cascos de los caballos retumbaron haciendo eco entre el foso y la muralla, ya dentro del castro y después de ascender una pequeña cuesta por la que discurría un embarrado camino el decurio, tiró de las riendas hacia su pecho haciendo parar al caballo a dos pasos del impresionante acantilado que caía a plomo hasta el mar y desde donde podía verse toda la costa que como dientes de sierra iba formando una sucesión de playas de arena dorada y rocosos

acantilados con sus paredes verticales donde se estrellaban con fuerza las blancas olas del bravo *Cantabricus Oceanus*. Luego giró el cuerpo sobre la silla de montar para mirar a su derecha donde a lo lejos en el horizonte brillaban las gigantescas montañas con sus nieves perpetuas, luego tiró de la rienda derecha para indicar a su caballo la dirección a seguir incorporándose de nuevo a la formación donde se encontró con su suboficial, los dos llegaron a lo alto de una pequeña elevación desde la cual podía verse todo el poblado construido sobre una estrecha llanura que ocupaba todo el ancho de la península, sus chozas de techos de paja, de los cuales salían columnas de humo, eran de planta circular construidas con ramas entrelazadas que luego se cubrían de barro. En el centro del poblado sobresalía una choza más grande y a lo lejos se oía el martillar de algún herrero y el ladrido de los perros asustados al llegarles el olor de gente extraña, varios hombres salieron a su encuentro, uno de ellos, el más alto, portaba un largo bastón y un gran *torque* de bronce al cuello, otro era de mediana edad de pelo y barbas canosas al que le faltaba la mano derecha, y a ese mismo lado portaba al cinto una reluciente *falcata*, detrás de ellos los acompañaban dos ancianos posiblemente del consejo de la tribu.

El decurión tiró de las riendas haciendo parar al caballo, el cual bajó el cuello, y con su pata delantera escarbó el terreno, el romano pasó su pierna izquierda por encima del cuello del animal y se dejó deslizar por el *corniculum* hasta el suelo, inmediatamente uno de los auxiliares le cogió las riendas mientras el optio y el portaestandarte, que ya habían descabalgado, se pusieron detrás del decurio.

—*Gratissimum ómnium*, ¡bienvenidos a Noega! *Oppidum Noega* —apostilló el druida.

—Esperábamos vuestra llegada y los dioses han querido daros la bienvenida con este espléndido día.

El decurión levantó su vara de vid en señal de saludo.

—*Meum nomen est Marcus Macrinus*, decurión de caballería de la legión X Gemina y nuestra misión por orden de nuestro *imperator* Caesar Augustus es la de reclutar en este *conventus*, y este es mi segundo al

mando, el optio Flavio Vetio.

El druida hizo una pequeña inclinación de cabeza como saludo, no su acompañante, cosa que no pasó desapercibida a los romanos.

—Estaréis cansados, ruego, me acompañéis a la gran cabaña donde podremos hablar tranquilos.

—¿En qué lugar podemos instalar nuestro campamento?

—Donde mejor estaréis será en esa parte, la muralla os protegerá del viento y estaréis cerca del pozo de agua —le indicó el druida con su bastón.

—Que monten el campamento, y distribuid las guardias, quedas al mando —le dijo el decurio al portaestandarte, el cual respondió poniéndose firme:

—¡A la orden, señor!

—¿Dónde están las gentes del poblado? ¿No se ve a nadie? —preguntó el decurión irguiendo la cabeza.

—Tenéis que perdonarlas, no están acostumbradas a ver gente armada, la mayoría es gente mayor y no tiene muy buenos recuerdos de los soldados.

—No tienen nada que temer, gracias a Roma hoy hay paz no solo en el *conventus* sino en toda Hispania —apostilló el romano.

—Poco a poco volverán a su vida normal, ya lo veréis, pasad y acomodaos.

Antes de entrar en la gran cabaña rodeada, al igual que todas las del castro, por cantidad de restos de conchas de mejillones, lapas y bígaros, los romanos tuvieron que quitarse los cascos, pues la puerta no tenía mucha altura, dando a entender que las gentes de la tribu no debían de ser muy altos, al contrario de los auxiliares germanos de la decuria, que algunos montados a caballo casi arrastraban sus *caligae* por el suelo. El primero en pasar fue el hombre que portaba la *falcata*, que rápidamente se sentó en una especie de trono que presidía la sala hecho del tronco de un árbol flanqueado a izquierda y derecha por fasces de lanzas que recordaban que habían sido un pueblo guerrero, de las paredes colgaban rojizos caparazones de distintas especies de crustáceos, enormes cornamentas de ciervo y escudos redondos de madera recubiertos por pieles de animales que daban

un toque de color al lugar, ya que el que más predominaba era el negro, el centro era ocupado por una enorme mesa de madera, mientras varios braseros instalados estratégicamente en cada esquina se encargaban de iluminar y caldear la sala mientras un oloroso heno tapizaba el suelo.

—¡Tomad asiento! —dijo el hombre de la barba canosa.

Los dos romanos se sentaron sobre unos taburetes de madera en torno a la mesa al igual que hicieron los demás consejeros y el druida, pusieron sus cascos en el suelo y mientras acomodaban sus capas y sus largas *spathas*, por la puerta entraron dos jóvenes mujeres vestidas con unos ceñidos trajes de lana verde oscuro portando unas jarras y unos cuencos de madera que dejaron sobre la mesa, luego de echar una pícara mirada a los romanos salieron entre risitas por la pequeña puerta.

—Por favor, servíos vosotros mismos, es la bebida de nuestros dioses. La elaboramos fermentando el jugo de las manzanas, os gustará —les dijo el druida esbozando una pequeña sonrisa.

El optio cogió la jarra y sirvió a su superior para luego servirse él mismo. Los dos levantaron las jarras en señal de brindis.

—¡Por el emperador! —Luego regaron el gaznate con el dulzón caldo, pero ninguno de los presentes se unió al brindis.

—¡Vuestros dioses tienen buen gusto! —le respondió el decurio limpiándose los labios con el brazo derecho. El hombre sentado en el trono se quitó la piel de oso que portaba sobre los hombros y entonces pudieron ver el enorme *torque* de bronce que brillaba sobre su cuello. No había duda de que era el jefe tribal.

—Mi nombre es Ninmedo y soy el jefe de los cilurnigos como podéis ver, vuestros legionarios no se fiaban mucho de nosotros y después de varias revueltas decidieron dejarnos mutilados —les decía el jefe enseñándoles el muñón de la mano derecha.

—Pero bueno, ya han pasado muchos años y ahora todos pertenecemos a Roma.

Entonces levantó el cuenco y poniéndose de pie gritó:

—¡Por el dios Lug!

Entonces, todos levantaron sus cuencos:

—¡Por el dios Lug! —gritaron, a la vez que se ponían todos de pie, excepto los dos romanos, que permanecieron sentados.

—Sabéis muy bien, nuestra lengua quien os la ha aprendido —preguntó el decurio.

—¡Id a buscar a Castus! —ordenó el jefe.

Inmediatamente, uno de los consejeros abandonó la choza en busca del galo.

—Según nos dijeron vuestros mensajeros, tenéis orden de reclutar a nuestros jóvenes, nosotros no estamos de acuerdo, pues si os los lleváis sería el fin de nuestra tribu. ¿Os dais cuenta de lo que eso supone para nosotros? ¿No tenéis ya suficientes soldados en todo el Imperio? —dijo el jefe con tono amenazante.

—Antes de que continúes, te recuerdo, ya que lo mencionas, que este castro y sus gentes pertenecen al Imperio, y como tal tiene que acatar las leyes de Roma, y entre ellas está el contribuir a su defensa, nosotros solo cumplimos con nuestro deber, que es reclutar, al igual que se ha hecho en otros castros, pero también te digo que tenemos otros métodos que espero no tenga que utilizar, mañana a primera hora espero tener a todos los hombres en edad militar delante de mi tienda, así como todos los víveres necesarios para su manutención para varios días de viaje; y si nos perdonáis tenemos que supervisar el campamento —le contestó el decurio en tono amenazante; y sin más cogieron sus cascos y agachando la cabeza salieron de la choza, el buen día con el que habían entrado en la choza se había transformado en una espesa niebla que entraba del mar, que mezclada con el humo de las hogueras, impedía ver a no más de cinco pasos, no se habían alejado de la gran tienda cuando tropezaron con dos hombres que venían de frente, uno era el consejero y el otro el galo, el cual al ver a los romanos inclinó la cabeza haciendo una reverencia.

—¡Alto ahí! —dijo el decurión, cogiéndolo por el brazo.

—Tú no eres de esta tribu, esta reverencia solo se hace en los palacios de Roma. ¿Quién eres?

—¡Soy un mercader! —le respondió Castus.

—Mañana, cuando nos entreguen a los reclutas, te quiero ver allí con ellos. ¿Entendido, mercader?

—¡Allí estaré! —contestó el hombre, perdiéndose después entre la niebla.

—¡Que la guardia esté alerta esta noche!

—¡Sí, señor! ¿Piensa que los *peregrini* puedan darnos problemas? —le preguntó el optio.

—No lo creo, aunque no he visto gente armada, exceptuando al jefe con su *falcata*. Será mejor estar preparados, me huele que algo tienen preparado —contestó el oficial dándose golpecitos con el dedo índice en la nariz.

Después de una pequeña caminata, los dos llegaron al campamento. El decurio se apoyó en uno de los *sudis* y echó un vistazo alrededor para controlar la posición del pequeño campamento.

—Flavio, ¿te has fijado que solo hay una salida? ¿Con qué fin estas gentes habrán construido este castro en este lugar? Si un enemigo consigue traspasar la muralla y se adueña de la puerta, solo les queda o rendirse o tirarse por el acantilado, no lo entiendo.

—Tiene razón, ya me he dado cuenta —respondió el pelirrojo, que entrecerrando los ojos escudriñaba entre la niebla lo poco que se veía del poblado.

—¡Señor, todo en orden! —gritó marcialmente el portaestandarte, que apareció entre la niebla.

—¡Dónde están los caballos! —le recriminó el decurio.

—Los mandé atar, entre la muralla y las tiendas, no se preocupe, señor, están bien protegidos. Si alguien pretende hacerles algo, tendrá que pasar obligatoriamente por delante de nosotros.

—De acuerdo, di que nos acerquen algo de comer.

El portaestandarte levantó el brazo en señal de saludo, dio media vuelta y se marchó para cumplir la orden, el decurión y el optio entraron en su tienda y se dejaron caer en sus camastros de campaña.

—¡Señor! —Se oyó la voz del portaestandarte.

—¡Qué ocurre ahora! —dijo el decurio saliendo de la tienda malhumorado.

—Perdone, señor, uno de los centinelas que dejamos en la puerta dice que una especie de legionario pregunta por el decurión Marco Macrino.

—¿Qué quiere decir con una especie de legionario? ¿Y cómo cojones sabe mi nombre? Flavio, vete a ver quién es, que te acompañen dos auxiliares. No me fío de nadie y encima está esta puta niebla, ¿sabe alguien quién es el dios o diosa de la niebla para rezarles para que desaparezca de una puta vez? —gritó el decurio metiéndose nuevamente en la tienda.

Al cabo de un tiempo se oyeron pasos y unas plumas aparecieron por la entrada de la tienda.

—¿Y bien? —le preguntó el decurio.

—Es un soldado de la *domus* que al parecer está cerca de aquí y me dio esto para usted y espera respuesta —respondió el suboficial haciéndole entrega al decurio de un cilindro de cuero.

—¿Qué soldado? No creo que acampe por aquí cerca ningún destacamento ni ninguna legión.

—Viste como un legionario, pero su *lorica* y yelmo no son de ninguna que yo conozca, pero sí me fijé en que llevaba un *gladius* reglamentario de infanteria.

El decurión se sentó en su camastro y extrajo del cilindro un pergamino que, después de desenrollarlo, lo leyó en voz alta.

« Lucius Veranius ad Marcum Macrinum, salutem.

Quaeso, cum fieri potest, invitationem accipias ut domi meae pernoctem, ubi nuntius cum novis mandatis a praefecto cohortis Aurelio Vetio subscriptis, quae ad te pertinent, acceptus est».

«***Lucio Veranius a Marco Macrino, salud***

***Ruego aceptéis cuando os sea posible la invitación de pernoctar en mi casa, en la que se ha recibido un correo con nuevas órdenes firmadas por el praefectus cohortis Aurelius Vetio, las cuales os incumben*».**

—No entiendo nada. Tu tío nos reclama y un tal Veranius nos invita. ¿Cómo es posible con lo grande que es el Imperio que sepan que estamos

aquí? —dijo el decurio mientras enrollaba nuevamente el pergamino.

—No lo sé, señor. ¿Qué le digo al legionario?

—¿Qué le vas a decir, que aceptamos, o quieres que el *praefectus cohortis* nos corte los huevos?

El optio, sonriendo, dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta de entrada al castro, donde, acompañado por los dos centinelas germanos, esperaba el hombre la respuesta, el cual de un salto montó sobre su caballo saliendo al galope.

—¡Señor! —se oyó nuevamente en el exterior de la tienda.

—¿Qué cojones pasa ahora? —respondió en voz alta el decurio.

—Como me ordenaron, le traigo algo de comer, señor —contestó uno de los auxiliares, que le hizo entrega de un cuenco con vinagre mezclado con agua, una torta de pan y un trozo de cecina.

—Perdona, muchacho, déjalo ahí y vete a descansar.

—Que tengan buena noche, señor.

Después de dar buena cuenta de las simples viandas, el decurión se reclinó en su camastro con las manos detrás de la cabeza.

—¿Sabes, Flavio?, no sé quién es este tal Lucio Veranius y qué órdenes podrá tener, pero suena bien eso de la invitación, espero que en ella se incluya una buena cena.

—¡Y esperemos que no sea carne seca! —le respondió el optio riéndose.

El día amaneció nuevamente gris y un fuerte viento que venía del este hacía zarandear las lonas de las tiendas del campamento, tres auxiliares se acercaron al *praetorium*, donde los esperaban sus jefes, al llegar hicieron el saludo militar y uno que portaba una silla y una mesa de campaña las instaló delante de la entrada de la tienda, los demás se colocaron a ambos lados armados con sus lanzas y escudos, el optio se sentó y ordenó sus *tablillas* y *stilus* sobre la pequeña mesa, el decurio acomodó sobre la cabeza el casco y metió debajo del brazo su vara de vid, alzó la mirada al cielo, donde una bandada de gaviotas sin mover sus alas planeaban llevadas por el viento hacia el acantilado, luego echó un vistazo hacia el poblado y escupiendo al suelo gritó:

—¿Está todo preparado?

—¡Sí, señor! —respondió el optio, que permanecía sentado delante de su mesa.

A unos cuantos pasos a la izquierda de las tiendas, el resto de la decuria estaba formada con todo su equipo, menos dos auxiliares que hacían guardia en la puerta de entrada al castro y con orden de que nadie saliera por ella. Al poco tiempo se empezó a oír hablar en el poblado.

—¿Saldrán por fin de sus madrigueras? —le preguntó el optio con tono irónico a su superior, este cogió su vara de vid con su mano derecha acomodándola de nuevo debajo de la axila del mismo lado, cuando por un estrecho camino que llevaba desde las chozas a la muralla, vieron aproximarse al jefe tribal al druida y a unos muchachos, el druida saludó con una pequeña inclinación de cabeza, mientras el jefe tribal se puso a su derecha sin saludar y los muchachos se quedaron detrás.

—Como has ordenado, Te hacemos entrega de diez muchachos para que procedas a su reclutamiento —dijo el druida, mirando encolerizado a los ojos al decurio.

—¡Quitadle la espada, no se vaya a cortar su mano buena! —dijo el decurio a uno de los auxiliares señalando al jefe tribal con su vara, inmediatamente el auxiliar salió de la formación para cumplir la orden, al oírla el jefe de los cilurnigos echó mano a la empuñadura de su *falcata* con intención de desenvainarla, pero el druida lo cogió fuertemente por el brazo y le dijo entre dientes:

—¡No lo hagas!

El auxiliar germano, armado con una lanza, al verse amenazado, se puso en guardia mientras el druida rápidamente se puso entre los dos con los brazos en cruz pidiendo calma.

—Por favor, entrégame el arma —le dijo el druida extendiendo la mano, entonces Ninmedo desenvainó lentamente su *falcata* y con rabia la tiró al suelo, gritando en su lengua:

—¡Malditos romanos, teníamos que haberlos aniquilado a todos!

—¿Diez, solamente? —preguntó el decurio sin prestar atención a las

palabras del jefe tribal—. No me cuadra esta cantidad para este poblado, daos cuenta de que llevo tiempo haciendo este trabajo, así que si pretendéis engañarme, os resultará difícil —se explicaba el decurio cuando por el camino apareció Castus cabizbajo, portando en la mano algo envuelto en un trozo de tela.

—Pero, si tenemos aquí al mercader, aunque aquí a la luz del día te pareces más a un… Diríamos a un desertor, ¿verdad? —le preguntó el decurio en tono irónico, mirando al cielo.

—¡No, señor! No soy ningún desertor.

—Eres el que ha enseñado nuestra lengua a esta gente, ¿verdad?

—¡Sí, señor!

El decurión le puso su vara de vid en la barbilla, haciéndole elevar la cabeza.

—Dime quién eres y qué haces aquí.

El galo desenvolvió el trozo de tela y le enseñó una chapa metálica sujeta por una argolla de hierro.

—¡Esclavo! ¿Eres un esclavo? —Rio el decurio mirando a su optio.

—Primero soy de la tribu de los eburones, mi pueblo fue masacrado por vuestras legiones y los que quedamos vivos fuimos vendidos como esclavos, como es mi caso, servía a un dómine destinado a estas tierras, yo iba en los carros del bagaje de la legión V Alaudae, cuando fuimos emboscados, el resto que recuerdo es que estas gentes me cuidaron como si fuera uno de ellos, cosa que siempre les estaré agradecido.

—Eburones, astures, nos ha costado mucho someteros al poder de Roma, pero bueno, yo no estoy aquí para detener esclavos. Dime dónde están el resto de los jóvenes y los caballos, y te dejaremos en paz. Si llevas aquí tiempo, tienes que saberlo. Dímelo antes de que tenga que hacerlo de otra manera, la cual tú sabes de sobra. ¿Verdad? —le dijo el decurio bajando poco a poco su vara.

—Sobre los caballos, solo tenemos uno y viejo que utilizan para labores del campo, los de monta los tiene todos confiscados el dómine de la *domus* grande, así evita que nadie salga de aquí sin su control, tiene miedo de que

alguien salga y cuente a dónde van los impuestos que les cobra, y lo de los jóvenes no puedo decírtelo, eso tendrán que ser ellos mismos, ¿lo comprendes?

—¿No tienen ningún registro de nacimientos?

—No, señor, no conocen la escritura, no hay nada escrito, su cultura se la pasan de padres a hijos, todo está en sus cabezas, por eso no quieren que os llevéis a los jóvenes —contestó el galo casi llorando.

El decurión respiró hondo y miró a los reclutas, parecían hombres fuertes, todos con sus zurrones de piel de cabra a la espalda y un pequeño cuchillo al cinto, sus cabellos eran algunos castaños y otros rubios, y solo uno que sobresalía de los demás por su altura, tenía el pelo negro, cogió su vara con la mano izquierda mientras con la derecha se rascó el cuello, todos lo miraban en un silencio absoluto solo interrumpido por el viento que zarandeaba capas y tiendas, volvió a coger la vara con la diestra y señalando al poblado —gritó:

—¡Buscad por todo el poblado y traédmelos a todos aquí!

Enseguida salieron corriendo cuatro auxiliares a paso ligero con sus lanzas en ristre, que fueron entrando una por una en todas las chozas y revolviendo todo, mientras todos los demás permanecían expectantes en riguroso silencio solo perturbado por el cacarear de las gallinas asustadas y el ladrar de los perros, de vez en cuando se oían ruidos metálicos y el de rotura de piezas de cerámica, pasado un tiempo los auxiliares se presentaron al decurio.

—¡Nada, señor, no hay nadie!

—¡De acuerdo, volved a la formación!

El decurio dejó su vara sonoramente encima de la pequeña mesa y anduvo unos pasos hasta encontrarse cara a cara con el druida. Sacó su *pugio* de su vaina ricamente decorada con incrustaciones de plata y poniéndoselo en el estómago le dijo:

—¡Tú, que eres augur! O haces que vengan todas las gentes del poblado ahora mismo, o sabrás lo que se tarda en morir con una estocada en el estómago.

El druida permaneció inmóvil, mirando a los ojos al decurio, mientras temblorosamente sujetaba su bastón.

—Con tu actitud me estás dando la razón por la que hay más jóvenes en el poblado, ¿verdad, viejo loco?

El druida movió la cabeza y escupió con fuerza en el suelo.

—¡De acuerdo, tú lo has querido!

El decurión guardó su *pugio* en su vaina, miró a la formación y, con un ligero movimiento de cabeza que los auxiliares entendieron perfectamente, se pusieron a ambos lados de los reclutas y del jefe tribal apuntándolos con sus lanzas.

—¡Optio! Córtale la mano que le queda al jefe, así sabrán que no bromeo, a ver ahora cómo se las arregla para sacársela a mear.

—¿Yo, señor?

—¡Sí, tú! ¿O es que no me expreso bien?

El optio se levantó de su silla, un sudor repentino invadió todo su cuerpo, parecía que su *lorica* pesaba el doble, era la primera vez que iba a hacer daño a un ser humano, pensaba que sería en el campo de batalla como en tantas historias que le habían contado, no cortándole una mano a un pobre hombre, dos auxiliares cogieron al jefe por los brazos, el cual echando espumarajos por la boca maldecía a todos los dioses romanos mientras forcejeaba para poder zafarse, cosa imposible intentar zafarse de un auxiliar germano, es como intentarlo del abrazo de un oso, incluso con un *gladius* clavado en el pecho no te soltarán mientras les quede un soplo de vida, uno de los germanos le cogió el brazo bueno y extendiéndolo a la fuerza lo puso sobre la pequeña mesa haciendo caer al suelo el *stlilus*, las *tablillas* y la vara de mando del decurión.

—¡Quítale la muñequera! —dijo el optio con voz temblorosa, el germano rápidamente obedeció la orden, mientras el jefe tribal seguía forcejeando y maldiciendo, el optio desenvainó su *spatha* de caballería y cogiéndola con las dos manos la hizo ascender, todos la siguieron con la mirada y cuando estaba en lo más alto para coger fuerza para el golpe final:

—¡Basta, deteneos! —gritó una voz, el decurión levantó la mano

derecha indicándole al optio que se detuviera, el cual mantenía su *spatha* en alto. De la formación, abriéndose paso con los codos, salió un mocetón que sobresalía de los demás por su altura, fuerte, de pelo negro, sujeto a la frente por una cinta de cuero, el decurión al verlo hizo un gesto de aprobación y los auxiliares lo dejaron pasar.

—¿Y bien…? Tú dirás, ¿qué quieres, ocupar su lugar o tienes algo que decirnos? —le preguntó el oficial, que permanecía firme, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Yo haré que vengan, pero deja en paz al jefe y al druida.

—¡Soltadlo!

Ell optio, aliviado al oír la orden, bajó la *spatha* y la envainó, mientras el jefe seguía con sus insultos.

—¡Cierra la boca de una puta vez! ¡O te la cierro yo! —le gritó el decurio echando la mano a la empuñadura de su arma.

El joven cilurnigo se acercó al jefe tribal, el cual le decía entre dientes:

—¿Qué vas hacer? ¡No se te ocurrirá decirles nada a estos cabrones, recuerda quién es el jefe aquí!

Sacó su pequeño cuchillo y cortó la tira de cuero que sujetaba el cuerno que portaba Ninmedo a un costado y poniéndolo en la boca lo hizo sonar cuatro veces, luego con rabia lo tiró al suelo. En aquel momento el viento, como si no estuviera de acuerdo con lo que estaba ocurriendo en el poblado, sopló con más intensidad, aullando entre los huecos de la muralla.

«El viento, siempre el viento, desde que hemos llegado a estas tierras no ha parado de soplar; parece que el dios Eolo, en vez de vivir en su isla Eolia, viviera aquí porque no me gustaría a mí el mando como a Aurelius», pensaba el decurio mirando al cielo, donde las nubes grises corrían desbocadas hacia el este, su mente por unos segundos quiso liberarse de todo, parecía que el tiempo se había parado, pero no, miró al frente al norte y vio cómo varios grupos de personas se acercaban hasta llegar a unos diez pasos de donde estaba la formación.

—¡Estaban escondidos junto a las mujeres jóvenes en los acantilados, señor, por eso no los encontrábamos, qué cabrones! —dijo un auxiliar de

los que habían estado buscando por el poblado, el decurión estaba acostumbrado a aquella situación, era normal que algún mozo se escapara al monte o se escondiera en algún lugar inaccesible y en estos casos al oficial siempre le venía a la memoria el caso que le había contado ya hace tiempo un centurión de las *cohortes urbanae*, de uno al que se le ocurrió hacerse pasar por cerdo, se había rapado el pelo y andaba a cuatro patas desnudo y compartía porqueriza con los marranos, y así pasó desapercibido mucho tiempo hasta que llegó el día de matanza, entonces cuando vio llegar al matarife con el cuchillo en la mano, se irguió y salió corriendo a entregarse a las autoridades diciendo: «Mejor servir en la legión que colgado en un tenderete».

—¡Estarás contento, ya los tienes todos aquí! —dijo el druida.

—No quiero hablar contigo ahora. ¡Tú, acércate! —dijo el decurio apuntando con el dedo al mocetón que había tocado el cuerno.

—Tú, que por lo que veo sabes nuestra lengua, diles que salgan solamente los hombres en edad militar, la demás gente puede marcharse.

El mocetón repitió las palabras en su lengua, pero nadie se movió.

—Bueno, pues ya que no queréis salir por las buenas, saldréis por las malas, que ya me tenéis hasta los cojones, vosotros tres hacedlos salir y acabemos con esto de una puta vez —dijo el decurión señalando con la vara de mando que había recogido del suelo a tres auxiliares, los cuales dejaron sus lanzas en el suelo, escupieron sobre las manos y, cuando se disponían a desenfundar sus armas, un muchacho de pelo castaño salió de entre la gente, luego otro y otro, así hasta diez, todos tenían la cabeza gacha y las caras pálidas y llevaban las manos vendadas.

—¡Optio, hazte cargo! —gritó el decurio.

—¡Sí, señor!

—¡Bárbaro! ¿Por qué llevas vendadas las manos? —preguntó el optio al primero que había salido y que, con gesto de dolor y al igual que un niño asustado, las escondió en la espalda.

—A ver, ¿qué escondes hay? ¡Enséñame las manos!

El joven, ante la insistencia del romano, extendió las manos envueltas

cada una por un paño cubierto de sangre.

—¡Tú, mujer, quítale las vendas! —gritó el optio a una de las mujeres que protegían a los muchachos, la cual lentamente fue desenrollando las ensangrentadas vendas, dejando al descubierto la lacerada mano a la que le faltaba el dedo pulgar.

—¡Por todos los dioses, señor, se han cortado los pulgares! —gritó el optio.

—¡Malditos locos! ¿Qué habéis hecho? Revísalos a todos.

Todos fueron revisados, algunos lloraban, otros se mordían el labio inferior manteniéndose a duras penas de pie aguantado el terrible dolor, el decurión Marco Macrino había visto en su vida muchas muertes, cuerpos mutilados, gritos de dolor y de clemencia, a los cuales estaba acostumbrado, pero eran enemigos en el campo de batalla; sin embargo, la visión de aquellos muchachos le encogió el corazón.

—Señor, esto suelen hacerlo en Roma algunos jóvenes de familias acomodadas, así quedan exentos del servicio militar —le dijo el optio al decurión al oído.

—¿Qué has dicho? —respondió el oficial.

—Que esto suelen….

—Ya, ya te he oído —lo interrumpió el decurio que, con semblante pensativo, se rascaba las barbas.

—Así que, en Roma, pero nunca en un castro remotamente alegado de la capital del Imperio, a no ser que alguien conociera…

El decurio desenfundó su *spatha* de caballería y se fue derecho a por Castus, que permanecía inmóvil en el mismo lugar, poniéndole la afilada punta del arma en la garganta.

—Esto es cosa tuya, porque estas gentes no me acabo de creer que supieran que con esto quedarían libres del ejército, lo habéis planeado los tres, ¿verdad?

El galo asintió con la cabeza.

—Lo que no sabíais es que lo que habéis hecho está penado con la muerte. Tendría que crucificaros a los tres, habéis mutilado de por vida a

estos pobres muchachos; ¿por qué?, ¿por la supervivencia del poblado o por vuestra supervivencia?, has trabajado el campo y cuidado muchas ovejas, ¡druida!, y tú, valiente jefe tribal, has bajado acaso a pescar por esos putos acantilados —gritaba el decurio a la vez que iba pasando el arma de la garganta del galo a la del druida, al que el viento movía su larga melena y al que sin dejar de apuntarlo con el arma le dijo—: No te mataré, antes voy a decirte una cosa: no tardando llegará una caravana de colonos que se establecerá aquí, traerán prosperidad, que era lo que buscabais, ¿no?, vendrán veteranos de las legiones con sus mujeres y niños, Roma no abandona a sus provincias y tú no tendrás cabida en la nueva *Oppidum Noega*, los dioses del Imperio no te aceptarán, así que vete buscándote cómo ganarte la vida, y si no, ahí tienes el acantilado, y ahora marchaos todos antes de que me arrepienta, menos tú, esclavo, tú vendrás con nosotros —gritó encolerizado el decurio.

Cabizbajos, todos dieron media vuelta y entre murmullos, quejas y lloros se dirigieron hacia sus respectivas chozas, seguidos unos pasos atrás, como hace el pastor cuando cuida de sus ovejas, por el druida que, mirando al cielo, dijo entre dientes:

—Maldito seas, Marco Macrino, que Aramo, dios de los caminos y encrucijadas, te confunda para que nunca vuelvas a tu querida Roma.

—¿No habéis oído? ¡Marchaos! —les gritó un auxiliar amenazando con la lanza a un grupo de mujeres que permanecía sin moverse.

—¡Señor! ¿¡Qué hago con estas viejas que no quieren marcharse!? —preguntó el auxiliar.

—Son las madres de los que os lleváis, creo que tendrán derecho a despedirse de ellos —le recriminó el esclavo.

—Lo tendrán, pero de momento que esperen y, por tu bien, calla la puta boca y únete a la formación que, de momento, las órdenes las doy yo —respondió el decurio, amenazándolo con la vara de vid—. Y ahora atended todos, soy el decurión Marco Macrino y este que os tomará vuestros nombres es el optio Flavio Vetio, al cual tenéis que respetar y obedecer porque algún día igual os tiene que salvar el culo, desde este momento sois

tiros y vuestro deber será servir al emperador César Augusto, aunque penséis lo contrario habéis tenido suerte, otros jóvenes como vosotros han sido reclutados pero no para servir en el ejército, sino para trabajar en las minas de oro o de remeros en una galera, y os digo que es mejor morir con honor en un campo de batalla que morir enterrados en vida en una mina o ahogados en el mar, cuando lleguemos a nuestro campamento recibiréis instrucción militar se os dará ropa, *stipendium*, y podréis portar armas, seréis legionarios de Roma, cosa que no podrán decir vuestros compañeros que se han mutilado de por vida, si alguno tiene pensado desertar, seréis perseguidos por todo el Imperio y tarde o temprano os cogerán y luego vuestros propios compañeros os darán muerte; y ahora poneos ahí en fila de uno —les indicó el decurio con su vara de mando.

Algunos de los reclutas se miraban unos a otros con cara de risa, tenían ganas de conocer lugares nuevos y entrar en batalla, otros pensaban en que no volverían nunca a ver a sus seres queridos, a su pueblo, hasta que la voz del optio los devolvió rápidamente a la realidad, el cual ya estaba sentado enfrente de la pequeña mesa preparado con su *estilus* y sus *tablillas*.

—*Quod est tuum praenomen*? —preguntó el optio al primero, levantando ligeramente la cabeza para poder ver su cara.

—¡Mael! —respondió el astur que había tocado el cuerno.

—*Quod est opus tribus*?

—Cilurnigo.

—¡El siguiente, rápido! —gritó el suboficial.

—¡Belarmo!

El optio fue escribiendo en su tablilla encerada el nombre y la procedencia de cada uno, cosa que los jóvenes miraban ensimismados, pues nunca antes habían visto su nombre escrito y menos de dónde procedían.

—A ver tú, bárbaro, ¿cuál es tu nombre?

—¡Abieno!

—¿Y cuál es tu tribu?

El joven, que no tenía ni idea de lo que le preguntaba, contestó encogiendo los hombros.

—¡Idos todos a la mierda! —contestó el optio enfadado—. Como me tenéis hasta los cojones, os pondré a todos lo mismo, perteneciente a la tribu de los cilurnigos, nacido en el castro de nombre Oppidiun Noega, perteneciente al Conventus Asturum de la provincia Tarraconensis.

Y así, entre un gran guirigay, uno a uno fueron dando sus nombres: Bilio, Dolfo, Alucio, Biegino, Aravo, Eutimio, Auledo.

—Ya están todos, señor. ¿Y con esos otros qué vamos a hacer?, ¿los ajusticiamos?

—¡Ajusticiar! Ya se han ajusticiado ellos solos.

El decurión cogió la tablilla y contó en voz alta a los reclutas: ¡diez! Luego con el dedo contó los nombres en la tablilla como sus datos. ¡Diez! Todo correcto, puso el dedo pulgar por debajo del dedo anular y haciendo fuerza con él estampó su sello en la tablilla. Ya no había marcha a tras, a partir de ahora su destino sería servir a Roma y a su emperador César Augusto.

—Vosotros tres encargaos de coger agua y víveres para el camino, que os acompañe el esclavo y que os explique dónde queda la *dumus*, vosotros podéis despediros de vuestras madres, pero rápido, quiero dejar a este poblado lo más rápido posible. ¡Los demás desmontarán el campamento! ——ordenó el decurio, luego miró al cielo que amenazaba lluvia, las gaviotas seguían planeando sobre el aire, se oían llantos y rezos a los dioses en voz alta, poco a poco los reclutas se fueron acercando hasta quedar formados en fila de a dos preparados para la marcha, los lloros de sus madres iban subiendo de intensidad, así como los rezos a todos los dioses astures, árboles, montes, ríos, cruces de caminos, para que los protegieran. Los tres auxiliares junto al esclavo regresaban con los víveres, los cuales los colgaron en las mulas ya cargadas con todo el bagaje del campamento.

—¡Estamos listos, señor! —gritó el optio extendiendo el brazo en señal de saludo.

Uno de los auxiliares llegó a paso ligero portando por las riendas al caballo del oficial, luego con el cuerpo encorvado entrelazó sus manos, sobre las cuales el decurio puso su pie derecho a la vez que con la mano

derecha se sujetaba fuertemente a uno de los cuernos del *curniculum*, mientras con la izquierda se cogía a la crin del cuello del equino y haciendo un fuerte impulso sobre ellas montó en su negro percherón dejando las marcas del tachonado de sus *caligae* en las manos curtidas del germano, se puso al cuello el *focale* para protegerlo de los roces de su *lorica amata*, se ató el barboquejo del casco y, echando su capa sobre el hombro izquierdo, gritó:

—¡Segunda decuria! ¡A caballo! Optio, que los reclutas vayan en el medio de la formación.

—¡Sí, señor!

El portaestandarte alzó su *vesillum*, donde se podía ver el número de su decuria y a la legión a la que pertenecían, espoleó al caballo y orgulloso se puso en primera línea al lado del decurio, que permanecía con el brazo derecho levantado, el cual bajó rápidamente haciendo que toda la decuria y los reclutas se pusieran en marcha. Las madres lloraban viendo a sus hijos cómo lentamente iban desapareciendo detrás de la muralla. Una de ellas, de pelo color plata y cuyo rostro reflejaba a pesar de alguna arruga que había sido no hace mucho muy bella, se acercó al decurio de antes que este se pusiera en marcha.

—¿Puedo decirte una cosa antes de que partáis, romano?

—Habla, mujer, y rápido —respondió el oficial mientras el percherón escarbaba con su pata delantera en el suelo.

—Sabía que no ibas a hacer daño a nadie, debajo de ese casco se esconde una persona con buen corazón, pues tú también tienes madre y comprendes lo que sufrimos cuando perdemos un hijo, solo te pido por nuestros dioses y por los vuestros que cuides de ellos, son lo único que tenemos. ¡Prométemelo!

El decurión miró a la cara a aquella mujer y quiso ver en ella el rostro de su madre, pero se dio cuenta de que ya no la recordaba.

—¡Prométemelo! —sonó la voz de la mujer nuevamente.

—¡Te lo prometo, y ahora apártate, que aún nos queda un largo camino que recorrer! —respondió el decurión que, espoleando al caballo, salió al

trote incorporándose a la cabeza de la formación, el puente de troncos retumbó al paso de los caballos, y al llegar al gran roble el percherón negro volvió a resoplar, las gentes de las tiendas de las afueras miraban cabizbajas pasar erguidos en sus caballos a los soldados del Imperio, que se llevaban a diez cilurnigos y a un esclavo que un día hace tiempo adoptaron como uno más en su tribu, las voces de las súplicas a los dioses se fueron difuminando, los reclutas echaron una última mirada hacia atrás, pero solo pudieron ver las murallas de piedra rojiza que protegían su tribu, el pueblo poco a poco se fue quedando atrás, pronto llegaron al cruce de caminos e iniciaron la pronunciada bajada que los llevaría siguiendo el río a la *domus* en la cual los esperaban nuevas órdenes.

Capitulum

III

Al llegar al cruce de caminos situado a poca distancia del castro, la formación inició el descenso por el empinado sendero más transitado y conservado que por el que hacía días habían llegado y que en zigzag llevaba desde lo alto del acantilado hasta el estuario, donde las aguas dulces del río se juntaban con las saladas del mar. Las enormes dunas de arena sobre las que crecía el verde barrón les impedían ver la costa, tras las cuales las fuertes olas producían una bruma salada que, llevada por el fuerte viento que soplaba del oeste, les refrescaba la cara. Siguieron el camino que discurría al lado de la ría, que poco a poco se iba adentrando tierra adentro, en sus márgenes se veían algunas barcas, construidas de madera y cuero, que permanecían atadas en endebles pasarelas, hechas de tablas que hacían de pequeños muelles de amarre, así como otras cuya vida había terminado, quedando como esqueletos en la arena, pronto la ría se convirtió en una inmensa marisma sobre la que bandadas de cisnes, ánades, garzas y corpulentos gansos la sobrevolaban emitiendo sus graznidos, mientras, asustadas al paso de las caballerías, cantidad de limícolas se ponían a salvo escabulléndose rápidamente entre la tupida vegetación.

—¡Amigo! Rezaré a los dioses para que no me toque servir en tropas que tengan que ir a pie.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de malo ir andando?

—¿Qué tiene de malo?, ¡mira lo poco que llevamos andado y ya estoy cansado de ver rabos y culos de caballo! ¿Y qué me dices de las boñigas? De pisar tanta mierda ya no me veo los pies, por favor, Aramo, dios de los caminos y encrucijadas, interfiere por mí; yo quiero ir como esos de coletas largas que nos acompañan a caballo o en carro.

Los dos astures no pudieron contener la risa; eran los primeros de la

formación. Mael y el pequeño, no en años, sino en estatura. Auledo era su nombre, y como todos los demás ya había cumplido la veintena, pelo castaño y fuerte como un toro, se le ocurrió venir al mundo un día que su madre, aprovechando la marea, había bajado a la playa cercana a mariscar y allí acuclillada detrás de unas rocas dio a luz, la primera intención fue ahogarlo en uno de los pozos que llenos de algas quedaban entre las rocas en la baja mar, pero no pudo, fue más el amor que sintió al ver aquel indefenso cuerpecito que todo el odio que había acumulado durante nueve meses. Mientras Auledo con las manos entrelazadas imploraba a los dioses para que le consiguieran un buen destino dentro de la legión, los demás caminaban más serios con la mirada perdida, pensando en cómo sería su vida ahora solos sin sus familias, otros simplemente pegando patadas a cualquier pequeña piedra que osara ponerse en su camino, de repente una voz los hizo despertar y dejar a un lado sus pensamientos.

—¡Alto! —gritó el decurio.

—Descansaremos aquí, aprovechad para beber y comer algo, luego proseguiremos a pie para que descansen los caballos.

Aprovechando una pequeña pradera que era respetada por el agua, todos los jinetes descabalgaron y sacaron algo de comer. Los astures se sentaron en el suelo e hicieron lo mismo de sus zurrones. El decurio entregó las riendas de su caballo al portaestandarte y se dirigió a pasar una pequeña revista a la decuria. Según pasaba, se iba fijando que todo el material estuviera en orden; todo tenía que estar en perfecto estado, tanto armamento como hombres y monturas; los auxiliares lo saludaban agachando levemente la cabeza y diciendo «señor».

—¡Quién te ha dado permiso para quitarte el casco! —le gritó el decurio a un auxiliar que mientras comía un bocado se había colgado el casco del cuerno del *corniculum*.

—¡Lo siento, señor, no volverá a ocurrir!

—¡Optio! Toma nota, este hoy dormirá con el casco puesto, y tú, sujeta bien esa cincha, o acabarás cayendo del caballo.

Los siguientes en pasar revista eran los astures, los cuales permanecían

sentados en el suelo comiendo, al pasar al lado de Auledo este le extendió la mano ofreciéndole un trozo de queso, el decurión lo miró fulminándolo con la mirada mientras el astur, extrañado por el desprecio, encogía los hombros y metía el trozo de queso en su boca. El decurio, después de echarles un rápido vistazo, levantó la cabeza mirando al cielo y resopló con rabia, mientras los reclutas lo seguían expectantes con la mirada.

—¡Poneos todos en pie! —gritó el oficial encolerizado, amenazándolos con su vara de mando.

—Cuando pase delante de vosotros, os pondréis firmes, y cuando os hable o tengáis que dirigiros a mí, me trataréis de señor, ¿entendido? Ya os dije cuando os tomaron los nombres que desde ese momento pertenecéis al ejército, aquí ya no está mamá para salvaros el culo, ahora vuestra madre es Roma y vuestro padre es el emperador César Augusto, al que debéis fidelidad hasta la muerte, y esto solo lo diré una vez, así que meteos en la mollera que no se sentará nadie hasta que yo lo ordene. ¿Entendido?

—Sí, señor, sí, señor ——contestaron algunos, mientras otros se ponían de pie sin mucha prisa.

—¡No oigo nada! —gritó más fuerte el decurio blandiendo con fuerza la retorcida vara.

—¡Sí, señor! —gritaron las diez voces al unísono a la vez que se ponían firmes.

El decurio dio media vuelta y se encaminó a la vanguardia de la formación, donde el portaestandarte le ofreció las riendas de su percherón negro.

—Gracias, tráeme al esclavo, quiero hablar con él.

—¡A la orden, señor! Al poco tiempo el portaestandarte se presentó con el esclavo cogido fuertemente por el brazo y de un empujón lo puso delante del oficial.

—¡Aquí lo tiene, señor!

—¿Qué es lo que quiere de mí? Como verá yo ya no tengo edad para ser recluta —preguntó el galo, mientras el decurio tranquilamente y sin prestarle atencion acariciaba la frente de su caballo.

—¿Qué es lo que quiere de mí? ¡Señor! —dijo, haciendo énfasis en *señor*.

—Así está mejor, y tranquilízate, solo quiero hablar contigo, sentémonos en esas piedras, estaremos más tranquilos, estás aquí como, llamémoslo, intérprete, aunque no lo creas me caes bien y te he hecho un favor sacándote del poblado, cuando lleguen los nuevos colonos, muchos de ellos son veteranos de las legiones que lucharon en Germania y no les gustaría encontrarse con un bárbaro de la tribu de los eburones, además el Imperio te debe una compensación.

—¿Una compensación? ¡Por qué!

—Hombre, creo que te la mereces, después de todo lo que te hemos hecho; y, sin embargo, has enseñado nuestra lengua a estos *peregrini*, te mereces casi ser romano y, por cierto, buena jugada la de cortar los pulgares a esos muchachos, habéis restado nueve soldados al emperador y dejado nueve inútiles al poblado que no podrán trabajar en la puta vida, y de haber sido otro el que comandara esta decuria ten por seguro que hoy no tendría ninguno la cabeza sobre los hombros, al igual que tú, el druida y el valiente manco, pero verás cómo sirven para follar, que era lo que querían, ¿no? Los espera una vida placentera y llena de hijos.

—¿Quiere decir que me dejará libre? —preguntó el eburón.

—No, yo no puedo darte la libertad, no eres mi esclavo ni tengo para pagarte tu *aurum vicesimarium*, pero te prometo que cuando lleguemos a Lucus Asturum podrás marcharte. No creo que nadie te reclame después de tanto tiempo, pero dime cómo son estos muchachos que reclutamos.

—Buena gente, los he visto crecer, son fuertes y nobles, darían la vida uno por el otro.

—¿Y del dómine qué sabes?

—Nunca estuve en la *domus* ni lo conozco personalmente, ¿qué quiere que le diga?, es romano, con eso queda dicho todo, y como tal se ha apoderado de todas las tierras que arrienda a sus legítimos dueños, que son los cilurnigos haciéndoles pagar abusivos impuestos por ellas, una vez al mes envía a sus mercenarios a cobrar no de muy buenas maneras, incluso se

han llevado a varias jóvenes por la fuerza, supongo que las tendrán esclavizadas, y por si fuera poco tiene puestos de control en los caminos, en los que hay que pagar por pasar mercancías, y respecto a los caballos ya se lo he contado, me gustaría encontrármelo cara a cara.

—Tranquilo, si no quieres que esos mercenarios te rebañen el pescuezo, de momento pasaremos la noche en la *domus*. Además, como tú dices, es ciudadano de Roma y supongo que con muchos contactos, puedes ir con tus compañeros; y una cosa: no todos los romanos somos iguales.

El galo se levantó y se fue hacia donde estaban los astures ocupando su sitio. El decurio permaneció unos segundos sentado y pensativo, dando vueltas a su vara de vid entre las dos manos. El cielo seguía gris y el fuerte viento se había tornado en suave brisa que acompasadamente movía las altas plantas acuáticas que, como bailarinas, efectuaban una danza ofrecida a los dioses.

—¡Todos de pie, ya está bien de descanso, nos vamos! —ordenó el decurio.

Todos cogieron las riendas de sus caballos y comenzaron la marcha a pie, después de un tiempo de caminata se cruzaron de frente con dos lentos carros tirados por bueyes y cuyos ejes emitían un penetrante chirriar, uno cargado con leña y el otro con ánforas y pieles, los hombres que los conducían con unas largas varas de avellano los hicieron parar para dejar paso al contingente militar. El decurio levantó la mano en señal de saludo y ellos se lo devolvieron un poco perplejos al ver tanta gente armada que por lo menos rompía la monotonía del viaje.

—No creo que suban esos carros, ¿por dónde bajamos? —preguntó el portaestandarte al decurio que caminaba a su lado.

—Supongo que lo subirán a hombros y ayudados por los infelices que se cortaron los pulgares —respondió el decurión esbozando una sonrisa. Poco a poco se fue acabando la marisma y la vegetación acuática fue dando paso a verdes praderías. Los fresnos y los avellanos seguían serpenteantes el curso del río al igual que el pequeño camino que seguía la decuria, la cual ya habían montado sobre sus cabalgaduras.

—¡Optio a la vanguardia! —gritó el decurio. Rápidamente, el suboficial espoleó a su caballo, que salió al galope. Cuando llegó a primera línea, tiró de las riendas fuertemente, haciendo que el caballo frenara estrepitosamente.

—Que vayan por delante dos exploradores —ordenó el decurio, los cuales regresaron al poco tiempo y desde sus monturas extendieron el brazo en señal de saludo.

—¿Habéis visto algo?

—Sí, señor, nada más pasar esa pequeña loma hay una torre de vigilancia con dos hombres armados y un poco más lejos se encuentra la gran villa, señor.

—¡De acuerdo! Volved a vuestro sitio y que todos permanezcan alerta, corred la voz.

—¡Eh, tú, mira! —le gritó a su compañero el centinela que estaba de guardia desde lo alto de la torre de vigilancia, indicándole con el dedo índice lo que se acercaba por el camino, el cual dormitaba sentado en un pequeño banco con la cabeza ladeada y la espalda apoyada sobre uno de los troncos que sustentaba la torre y que rápidamente al oír la voz se puso en pie, se puso el casco y acomodó rápidamente su uniforme.

—¿Qué hacemos?, estos no parecen cilurnigos —preguntó asustado al ver gente armada.

—¡Tranquilo! No nos atacarán, son romanos como nosotros y, que yo sepa, no estamos en guerra con nadie.

—¿Seguro que son romanos?

—Claro, zoquete, ¿no ves el *vexillum* rojo?, ¿o ya no te acuerdas?

Al poco tiempo la decuria se detuvo delante de la pequeña torre y los dos vigilantes saludaron militarmente.

—¡A la orden, señor! —dijeron los dos en voz alta al ver sobre el casco del decurión su penacho transversal y, aunque ya no pertenecía a ninguna legión, seguía infundiéndoles respeto.

—¿Qué hacéis aquí?, ¿qué significa este puesto? —les preguntó el oficial sujetando las bridas de su percherón al somnoliento.

—Somos los encargados de cobrar los *portorium* por las mercancías que pasan por aquí, pero como veo que no lleváis ninguna, podéis pasar sin pagar —le respondió rápidamente el otro de los vigilantes en tono irónico desde lo alto de la torre.

—No veo, que pertenezcáis a ninguna corte urbana.

—¡No, señor! Pertenecemos a la guardia personal del dómine dueño y señor de este territorio —respondió sonriendo y enseñando sus sucios dientes el otro vigilante.

El decurio, sin hacerles mucho caso, espoleó al caballo a la vez que gritaba la orden de avanzar rápidamente toda la decuria, se puso en marcha dejando atrás el pequeño puesto y a sus vigilantes por un camino marcado por las ruedas de los pesados carros que discurría en ligera pendiente protegido a ambos lados por espigados cipreses dando la sensación de hallarse en la Vía Apia de Roma, pero no, una fina lluvia que había comenzado a caer les recordó que se encontraban en las agrestes tierras transmontanas, al llegar a lo alto de la loma el decurio se apartó de la formación esperando a que llegara el optio de retaguardia.

—Mira, ahí tenemos nuestra cena —le dijo el decurio señalando con el brazo extendido la situación de la gran *domus* la cual estaba iluminada por unos tibios rayos de sol que a duras penas penetraban entre las nubes grises que hacían brillar sus tejados mojados.

—¡Lo que me temía! Con el tamaño que tiene la villa, te apuesto el sueldo de un mes que este elemento está robando a manos llenas.

—¿Por qué está tan seguro, señor? —preguntó el suboficial.

—Flavio, muy sencillo. Cuando veas una *domus* fíjate en el tejado. Cuanto más tejas tenga, más dinero ha robado su dueño, no falla —contestó el decurio chasqueando la lengua. La conversación quedó interrumpida al ver aproximarse a dos jinetes al galope que, al llegar a su altura, detuvieron sus sudorosos purasangres, y uno de ellos que portaba en la mano una retorcida vara de vid, gritó:

—¿Quién de vosotros es el decurión Marco Macrino?

—¡Yo soy! Por el aspecto que tienes y tu vara de vid, supongo que no se

te olvidaría que este casco ya indica mi rango, pues hueles a legionario desde lejos.

—¡Ja, ja, ja, perdona! Sed bienvenidos, el dómine Lucio Veranius os espera. Rápidamente, dieron vuelta a sus caballos y cabalgaron al lado del decurio en dirección hacia la villa.

—Tenéis buen ojo, déjame que me presente, mi nombre es Virgilio y efectivamente milité como centurión en la legión V Alaudae.

—Creía que los veteranos de vuestra legión habían sido destinados a Emerita Augusta.

—Bueno, me gusta la acción y no me apetecía ponerme a trabajar en una nueva ciudad ni volver a casa, el dómine necesitaba gente experta y aquí estoy digamos que haciendo de guardia pretoriana de la cual soy el prefecto, ¿comprendes?, la villa es grande y nunca se sabe lo que puede suceder, a ti por tu aspecto veo que no te queda mucho tiempo para licenciarte, si quieres necesito buenos veteranos, hay buen sueldo, buena comida y de vez en cuando alguna mujer guapa, ja, ja, ja, qué más podemos pedir, piénsatelo. ¿Habéis reclutado a esos putos cilurnigos?, no le va a causar mucha gracia al dómine que os los llevéis…

—No estoy aquí para causar gracia a nadie y ahora, si me disculpas, tenemos una invitación de tu jefe.

El veterano centurión levantó su mano derecha en la cual sujetaba su vara de mando y, dando un pequeño golpe en su casco en señal de saludo, se dirigió rumbo a las caballerizas. Después de entrar por la puerta principal que permitía la entrada montado a caballo y que daba paso a un amplio patio, cruzado en aquel momento por un regimiento de presumidas, chillonas y blancas ocas conducidas magistralmente por un jovenzuelo que se protegía de la lluvia con un enorme gorro de paja y donde los esperaban tres criados resguardados debajo del alero del tejado para protegerse de la fina lluvia, dos de cuales nada más verlos salieron corriendo para hacerse cargo de las riendas de los caballos de los oficiales, estos descabalgaron y echando una pequeña carrera se resguardaron también debajo del alero donde el decurión aprovechó para echar un vistazo alrededor mientras su

optio se sacudía dándose golpes la empapada ropa.

—El decurión Marco y el optio Flavio, ¿verdad? —preguntó el trecer criado.

—¡Sí, esos son nuestros nombres! —respondió el oficial con cara de asombro.

—Ruego me acompañéis y no os preocupéis por vuestros hombres, el dómine ha ordenado que sean bien atendidos.

Los dos équites, dando grandes zancadas y salvando charcos, siguieron al que parecia ser el *atriense*. La villa encalada de inmaculado blanco olía a una mezcla de rosas, potaje de verduras y estiércol de caballo, el *atriense* abrió la puerta y después de pasar el *vestibulum* llegaron al *atrium* adornado con estatuas y blancas columnas de mármol y en cuyo centro se encontraba el *impluvium* en el cual se recogía el agua de lluvia la cual al caer hacía un tintineo dando al lugar un estado de calma solo perturbado por el sonido de los clavos de hierro de las *caligae* al chocar contra las relucientes losetas del suelo, en el jardín perfectamente conservado paseaba un ave de gran porte al que nunca antes habían visto, de plumaje azul y verde y que arrastraba majestuosamente una gran cola por el suelo.

Mientras, en un almacén adyacente a los establos donde se guardaban carros y aperos de labranza, otro de los sirvientes se encargaba entre voces y risas de acomodar a la tropa, al poco tiempo hicieron su aparición dos criados con sus cabezas y ropas totalmente empapadas, portando sobre el hombro derecho de cada uno el extremo de una cimbreante y delgada barra de hierro sobre la cual en su centro, sujeta por una mugrienta cadena, pendía una humeante olla que rápidamente posaron en el suelo, a la vez otro criado depositaba también sobre el suelo un pesado sacó que portaba sobre la espalda y de cuyo interior fue sacando cuencos de madera los cuales fue entregando junto con un trozo de pan uno a cada hombre, mientras esto ocurría los dos criados que habían traído con mucho esfuerzo desde la cocina la pesada olla estiraban la dolorida espalda y movían el brazo derecho arriba y abajo para desentumecerlo.

—¡Eh, muchachos, comida! —gritó uno de los auxiliares, el criado que

había portado el saco les fue sirviendo con un enorme cazo el apetitoso potaje en los cuencos y según eran servidos en estricto orden se sentaban sobre la paja seca que haría también esta noche de mullida cama, acto seguido hizo su presencia otro criado el cual tenía una pierna más corta que la otra portando encorvado sobre el hombro un odre de vino que movía de un lado a otro a causa de la cojera, uno de los germanos se dio cuenta enseguida de lo que portaba y se levantó como un rayo.

—¡Déjame ayudarte, buen hombre! No vaya a ser que con tanto movimiento lo derrames.

Todos, entre voces y risas, sorbieron el potaje rápidamente para dejar sus cuencos limpios para llenarlos de nuevo, pero esta vez de vino rojo. El primero en llegar para servirse fue el ágil Auledo, pero se encontró de frente con uno de los auxiliares, un gigantón germano de largas coletas rubias que lo cogió por un brazo y, como si fuera un mosquito, lo estrelló contra la pared.

—¡Lo que faltaba! Que un maldito tiro probara antes que yo la preciada bebida de los dioses —gritó el gigantón.

El germano se sirvió y bebió glotonamente mientras los demás auxiliares se reían en voz alta del astur, luego con el brazo derecho se limpió los restos de vino que había derramado sobre sus rubias barbas, cuando se volvió a agachar para echar más vino del odre, se encontró de frente con unas perneras de piel de oveja que se lo impedía, el germano fue incorporándose poco a poco hasta que sus caras quedaron más o menos frente a frente.

—¿Sueles empujar así a todos o solo a los que son más pequeños que tú? —le preguntó el astur de pelo negro que respondía al nombre de Mael, los demás germanos empezaron a hacer un pequeño corro alrededor de ellos al ver que iba a ver pelea y hasta alguno empezó a hacer apuestas.

—¡Maldit…!.

Al germano no le dio tiempo siquiera de acabar la frase cuando un enorme cazo se estrelló contra su cara haciendo salir desperdigadas cantidades de gotitas de sangre mezcladas con vino, el gigantón puso los ojos en blanco y cayó de bruces echando sangre por la nariz sobre la paja

que tapizaba el suelo, todo quedó en silencio mientras el cilurnigo permanecía en guardia con las piernas abiertas y el cazo en la mano para defenderse con él por si alguno de los demas auxiliares pretendía vengar a su compañero, pero no, al contrario, todos se dieron media vuelta sentándose nuevamente sobre el oloroso heno sin prestar la menor atención al compañero que permanecía sin sinsentido sobre el suelo, al ver que la cosa se había calmado el cilurnigo tiró el cazo al suelo, cogió nuevamente el odre y vertió vino en el cuenco de Auledo y en el de los demás astures, cuando todos quedaron servidos lo taponó nuevamente con el tintado tapón de madera y se lo entregó a uno de los germanos, el cual tenía la cara surcada por una cicatriz y que sujetando el odre le dijo:

—¡Tienes huevos, cilurnigo! Hacía tiempo que no veía a alguien jugarse el pellejo por un compañero, hoy, sin querer, te has convertido en líder de tu grupo, cuenta conmigo si algún día necesitas ayuda.

El joven le respondió asintiendo con la cabeza.

—¡Qué mierda! No nos ha dado tiempo siquiera de apostar —dijo uno de los auxiliares rompiendo el silencio, mientras los astures se pavoneaban levantando el brazo de su compañero que valientemente se había enfrentado a todo un veterano legionario.

—¿Qué pasa aquí y qué hace ese hombre tirado en el suelo? —gritó el portaestandarte, que había quedado al mando y regresaba de las caballerizas de revisar el bagaje.

—¡Le ha debido de sentar mal el potaje, señor portaestandarte! —respondió, riéndose a carcajadas, uno de los auxiliares.

—¡Sí, fue por comérselo directamente del cazo, ja, ja, ja! —Rieron todos los demas.

—¡No me toquéis los cojones, no quiero problemas! Daos cuenta de que somos invitados en esta casa, no quiero tener que ir a buscar al decurión, así que bebed con moderación, que hay para todos, y procurad descansar, que mañana nos espera otro día duro.

—Hay para todos, hay para todos, ¿qué estarán comiendo y bebiendo el decurio y el plumas?, lo más seguro es que los estará sirviendo una hermosa

esclava y a nosotros caldo y vino aguado. Siseaba el germano de los dientes rotos, que permanecía sentado al lado de Mourus, apartados de los demás auxiliares.

—Si tan mal estás, puedes ir con ellos, lo más seguro es que te invitarán y te dejarán estar a solas con alguna esclava, ja, ja, ja.

—¡Que se vayan todos a la mierda! Y tú también, maldito Mourus —gritaba el sin dientes, tirando el cuenco en el suelo mientras el númida seguía riendo.

—¡Este será vuestro *cubiculum*! —les indicó amablemente el sirviente mientras decurión y optio, al no estar acostumbrados a tanto lujo, miraban asombrados a todos lados.

—Podéis quitaros vuestras ropas, el baño os está esperando, yo esperaré fuera.

Con una reverencia, el sirviente salió de la sala y cerró la puerta. Sobre las camas había unas túnicas blancas que reposaban sobre los mullidos colchones rellenos de plumas de oca.

—Por todos los dioses, estamos en la casa del mismísimo Júpiter, hasta el suelo está caliente —chillaba el optio contento como un niño sentado sobre la cama, los dos rápidamente se ayudaron uno al otro a quitarse las pesadas armaduras que, junto a sus armas, dejaron sobre una pequeña mesa, la cual al recibir tanto peso abrió sus patas y rechinando se inclinó quedando apoyada sobre la pared, luego libres de peso se quitaron túnicas y *caligae* quedando los dos desnudos frente a frente, uno, el más joven, todo de piel azafranada, el otro de piernas curvadas de tantos años encima de un caballo, de piel blanca como la leche, sobre la que resaltaban como tatuajes las zonas expuestas a los elementos.

—¿Qué miras, muchacho, nunca has visto desnudo a un decurión de la legión imperial? —preguntó el oficial levantando los brazos y exhibiendo sus bíceps.

—Perdóneme, señor, no era mi intención.

—No hay nada que perdonar, hoy olvidaremos nuestros rangos, ¿no te parece?

Entre anécdotas y risas se pusieron las blancas túnicas hasta que se abrió la puerta por la que apareció el sirviente

—¡Ruego me sigan!

Como dos críos, aguantando la risa, siguieron al sirviente por un pequeño pasillo que los conducía al balneario.

—¡Si sois tan amables de darme vuestras túnicas!

Los dos se las quitaron y amablemente se las entregaron al sirviente, el cual las puso sobre un banco de mármol blanco y, haciendo nuevamente una reverencia, desapareció por el pasillo.

—¡Por todos los *cingulum* de la X! —dijo el decurio introduciéndose en las calientes aguas del *caldarium*.

—Hacía tiempo que no echaba una meada tan a gusto, esto no es lo mismo que los baños públicos, ¿verdad, Flavio? Si te viera tu tío aquí relajado como un rico dómine, mientras él estará pensando que estás aprendiendo el arte de la guerra.

Entre las risas que hacían eco en la bóveda del balneario se oían unas voces que poco a poco se iban acercando, se abrió la puerta y...:

—¡Flavio, dame un puñetazo! Por si estoy soñando.

—¡No, señor! No está soñando.

Entraron dos jóvenes muchachas, una vestía una *estola* verde y la otra roja, las dos de brillante pelo negro portando un cesto de mimbre, entre pícaras risitas se acercaron a los équites invitándolos a salir, ante la insistencia los dos optaron por salir del agua tapándose avergonzados sus partes con las manos, las muchachas expresándose en un mal latín les indicaron que se acostaran sobre unas estrechas mesas cubiertas por blancas toallas donde con la ayuda de un *estrigilo* suavemente les quitaron la roña, los afeitaron y les cortaron el pelo.

—¡Recuerde, señor, que el centurión Virgilio le dijo que sería bien recibido cuando se licenciara, no sé a qué espera! —le dijo el optio, que permanecía echado boca abajo sobre la mesa, apoyando la cabeza sobre los brazos cruzados.

—Antes me quedo en Noega, tanto lujo me huele mal y yo pocas veces

me equivoco —le respondió el oficial, que, echado sobre la mesa en la misma posición que el optio, levantó levemente la cabeza y con el dedo índice se tocó varias veces la punta de la nariz.

—Tú sigue siempre alerta, tendríamos que habernos bañado con la *spatha* al cinto, nunca estuve tan alejado de ella como hoy. —El optio se quedó pensativo.

Las risas de las muchachas se apagaron de golpe al oír una palabra que había dicho el decurio.

—¡Noega! ¿Conocéis nuestro pueblo? —preguntó una de las muchachas.

—Sí, venimos de allí, estuvimos de reclu…

—¿Sois acaso cilurnigas? les preguntó carraspeando el optio.

—¡Sí lo somos! Nos trajeron aquí por la fuerza los hombres de ese tal Virgilio y no podemos…

La conversación quedó interrumpida por la presencia del sirviente, y las muchachas con la cabeza agachada desaparecieron echando una pequeña carrerilla tras la puerta por la cual habían entrado. El sirviente les entregó para que se calzasen unas *soleae* y les alcanzó las túnicas. Los dos se las pusieron y las ataron a la cintura con un estrecho cinturón de cuero.

—¡El dómine os espera! —les dijo el sirviente agachando levemente la cabeza.

Cuando todos dormían, una mano se posó sobre la boca de Belarmo, que abrió sobresaltado los ojos.

—¡Shhhh! —le dijo Mourus con el dedo índice sobre la boca, indicándole que guardara silencio—. Levántate, tenemos una misión que nos ha encomendado el decurión.

—¿Qué misión? —preguntó en voz baja el astur.

—Ahora te la explicaré, cuidado con dónde pisas, no vayas a despertar a alguien. Esa noche los puestos de guardia corrían a cargo de los hombres armados del dómine dejando exenta de servicio a la decuria cuyos miembros por una noche podían dormir a pierna suelta, cuando salieron del cobertizo había dejado de llover, la luna tapada por las nubes que corrían impulsadas por el viento iluminaba la noche de vez en cuando dejando ver

por momentos el cielo estrellado, después de alejarse un buen trecho se toparon con un carro apoyado en el suelo sobre sus varas.

—¡Alto, aquí es! —dijo Mourus que, desenfundando su *pugio* y poniéndoselo rápidamente en la garganta al asustado muchacho.

—¿Qué pasa?, ¿qué te he hecho? —dijo el astur, abriendo desorbitadamente los ojos.

—Tranquilo, no me has hecho nada, solo quiero que te portes bien. Si así lo haces y no dices nada a nadie, te llenaré de oro. Por el contrario, si te portas mal, te cortaré la lengua y no podrás rezar nunca más a tus dioses, ¿comprendes?

El rubio astur temblaba de miedo e incapaz de decir nada, sintiendo la punta del *pugio* en su tráquea.

—Y ahora ponte de rodillas —dijo el moreno, clavándole el *pugio* un poco más fuerte, luego apartó el *cingulum* y levantó su desgastada y sucia túnica, dejando al aire su enorme y negro falo.

Después de acabar la obligada felación, el joven astur vomitó asqueado en el suelo, el númida saciado y con la respiración entrecortada y sin quitarle el *pugio* de su garganta hizo que se pusiera de pie al tembloroso astur.

—Tranquilo, muchacho, te has portado muy bien, desde ahora ninguno de esos salvajes germanos osará hacerte daño porque Mourus será tu amigo y cuidará de ti. ¿Serás tu amigo de Mourus?

El rubio astur asintió con la cabeza, limpiándose con el brazo las babas que colgaban de su boca, mientras el númida con chulería enfundaba su *pugio*.

—Y ahora vayamos a dormir, y recuerda que los dioses no quieren a nadie que no tenga lengua, porque entonces ellos no entenderían sus súplicas. ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo! —respondió el astur restregándose los ojos por donde brotaban las primeras lágrimas.

Cuando regresaron al cobertizo en silencio, no se dieron cuenta de que entre la paja un ojo los observaba, perteneciente a un individuo que al

respirar emitía un molesto siseo producido por la falta de varios dientes.

Pasaron a la gran *oecus* pavimentada con un gran mosaico hecho de teselas de varios colores, las paredes estaban pintadas de color rojo, amarillo y negro con motivos de caza, cantidad de lucernas ricamente decoradas y puestas estratégicamente por toda la sala daban luz, enfrente sentado sobre una cátedra de madera finamente tallada y, flanqueado por dos enormes estanterías llenas de pergaminos enrollados, los esperaba el *pater familias*, hombre delgado, de tez blanquecina y marcadas ojeras, rondaría la cincuentena, peinado con unos pequeños rizos que le caían por la frente, solo le faltaba la corona de laurel a la cabeza para ser emperador, había llegado a Hispania años atrás, nacido en el seno de una pudiente familia de patricios de la cual era el mayor de tres hermanos todos naturales de la comercial ciudad romana de Ostia, el olor del oro le hizo establecerse en tierras transmontanas donde consiguió hacer todavía más grande su fortuna dedicándose a la compra y venta de esclavos, ganándose con ello una buena reputación entre los altos cargos del ejército del cual ahora era suministrador de productos tanto agrícolas como ganaderos para avituallar a las legiones que se encontraban diseminadas por todo el Conventus Asturum. Al entrar sus invitados, se puso de pie y extendiendo la mano derecha, dijo en voz alta:

—¡Ave, César!

—¡Ave! —respondieron los romanos sorprendidos extendiendo el brazo derecho.

—¡Sed bienvenidos, gloriosos soldados de Roma! Veo que os han tratado bien mis esclavos. ¿Alguna queja?

Los dos militares se miraron uno al otro y se quedaron en silencio.

—Pues entonces no perdamos tiempo, tenemos mucho de qué hablar; por la edad deduzco que tú eres el decurión Marco ¡Verdad!, y tú eres Flabio, perdón, el optio Flavio, sobrino de mi buen amigo Aurelius Vetio, *praefectus cohortis* de la muy famosa X legión, gracias a ella pudimos meter en vereda a estos salvajes de cilurnos o cilurnigos o como se diga, aunque también tengo que decir que son buenos metalúrgicos. Pero

perdonad, no me he presentado, mi nombre es Lucio Veranius y soy el *pater familias* de esta villa —vociferaba el dómine por la sala, frotándose las manos, envuelto en su blanca toga, como si fuera un senador de Roma.

—Pero pasemos al *triclinium*, donde nos espera la cena. Supongo que tendréis hambre —les dijo el dómine, indicándoles con la mano que se recostaran sobre los *klinai*. Rápidamente, un sirviente le quitó las *soleae* al dómine para luego hacer lo mismo con los dos invitados, los cuales se miraron uno al otro con extrañeza, cosa que no pasó desapercibida al dómine.

—¡Muchachos! Tenemos la costumbre de permanecer descalzos mientras nos llenamos la barriga, je, je, je —les dijo el dómine riéndose mientras acomodaba un cojín debajo del brazo izquierdo, sobre el cual permanecía recostado.

—Ruego disculpéis nuestra torpeza, en las legiones nos han aprendido a montar sobre un caballo de diversas maneras, pero nunca acostarnos sobre un *klinai* —le respondió el decurio.

De una puerta situada a la izquierda de la sala hizo su presencia una joven patricia, vestida con una *estola* de color blanco inmaculado, atada debajo de sus pechos por un *patagium* dorado, sobre su hombro izquierdo reposaba una palla de brillante seda verde y alrededor de su cuello portaba un collar de azabache negro que hacía juego con el color de su pelo, tendría unos dieciocho años y con andar parsimonioso se reclinó sobre los mullidos cojines rellenos de plumas al lado del dómine, el corazón del joven optio latió con fuerza durante el pequeño instante en que sus miradas se cruzaron.

—Os presento a mi esposa, no hace mucho que ha llegado de Roma y no acaba de acostumbrarse a este clima; querida, estos son el decurión Marco y su segundo al mando el optio Flavio, pero dejémonos de hablar y comamos.

Dio unas pequeñas palmadas y al instante aparecieron los criados, que depositaron sobre la mesa bandejas repletas de mariscos, carne, dulces, así como varias jarras de vino, el dómine enseguida hizo cuenta de una de las pinzas de un descomunal bogavante que descansaba en el centro de la mesa sobre una de las bandejas, la cual despanzurró dándole un fuerte golpe con

la reluciente maza de bronce de un almirez que le había acercado uno de los sirvientes, haciendo salir despedidos por la mesa los trozos del suculento manjar, Marco Macrino optó por arrancar el muslo de un dorado pollo mientras el optio Flabio comía más con los ojos a la dómina que con la boca.

—¿Flavio?

—¡Señor! —contestó el optio asustado.

—¿No os gustan los mariscos? —le preguntó el dómine al verlo que no apartaba la vista de su joven esposa.

—¿El qué? Ah, sí… Bueno, es que la tropa, señor, somos más de carne —respondió el optio cambiando el campo visual hacia la mesa y cogiendo de ella una pringosa paloma.

—Pues, como puedes apreciar en estas tierras, a pesar de su infernal clima, hay buenas carnes, je, je, je.

Y así, entre el ruido del cascar crustáceos, chupetones de dedos y sorbos de vino, se llegó al final de la cena, entonces la joven patricia susurrándole al oído pidió permiso al dómine para retirarse, esta inclinó la cabeza levemente en señal de despedida y salió por la misma puerta por la que había entrado acompañada de una criada, no sin antes esbozar una pequeña sonrisa dirigida directamente al pelirrojo romano, luego al quedar a solas el decurio tomó la palabra.

—Os damos las gracias por el trato recibido tanto a nosotros como a mis soldados, tengo entendido que un correo os ha dejado un mensaje para mí, si fueras tan amable de entregármelo, mañana temprano tenemos que continuar viaje, nos esperan en Lucus Asturum, donde se harán cargo de los reclutas que llevamos.

—Os lo daré enseguida, pero ya que esas órdenes también me incumben a mí, os diré que os lo toméis con calma, así que servíos más vino, vais a tardar en tomar tan buen caldo como este, traído desde la mismísima Emerita Augusta, tierra donde, según me escribe mi amigo Lucilio, ingeniero encargado de la construcción de los grandes acueductos, dice que calienta el sol todos los días, no como aquí, también me han llegado

noticias de que nuestro emperador tiene pensado construir una gran ciudad en la costa a poco camino de aquí, ¿os dais cuenta lo que eso supone?, que todas las mercancías y cargamentos de oro que engrandecen a Roma pasarán por delante de mi puerta, nuestro emperador Augusto, que los dioses protejan muchos años, tuvo visión de futuro cuando romanizó estas oscuras y húmedas tierras, es una pena que os llevéis a esos bárbaros cilurnigos con la falta de mano de obra que se necesita en las minas.

—No lo dudo, dómine, pero el Imperio es muy grande y se necesitan muchos legionarios para protegerlo, y sin ellos no existiría Roma.

El *pater familias*, que mientras hablaba se frotaba las manos presagiando las nuevas riquezas que se avecinaban y que harían incrementar más todavía sus arcas, se levantó de su *klinai* y, antes de poner sus pies en el suelo, un sirviente que permanecía de pie a su espalda, rápidamente le calzó las *soleae*; ya calzado se dirigió hacia una mesa de mármol sustentada por tres pies de brillante bronce y sobre la cual reposaba un pequeño cofre, el dómine lo abrió sacando de su interior un pergamino que acto seguido entregó al decurio, mientras el optio, reclinado sobre el *klinai*, miraba a izquierda y derecha con ojos asustados no dando crédito al pensar la cantidad de dinero que tendría el dómine para permitirse tantos lujos, el decurio se levantó y poniéndose él mismo las finas *soleae* cogió el pergamino quitó con cuidado él lacre sellado por el *praefectus* y, acercándose a una *lucerna* para poder ver mejor, lo desenrollo y comenzo a leer.

Aurelius Vetius ad Marcum Macrinum

Care amice, cum has epistulas legeris, conscriptionem militum perfecisse et ad Lucum Asturum redire puto. Quoniam tibi eam coram tradere non possum, quia nescio ubi exacte fueris, decrevi eam in bonis manibus magni amici mei Lucii Veranii, magni servi Romae, relinquere, qui te in omnibus quae tibi opus sint adiuvabit. Spero nepotem meum fabulae suae respondebit et bonus eques futurus erit et tibi, ut suo gradui dignum est, serviet. Nova mandata sunt ducenti equi Asturicae Augustae ante finem temporis aestivi tradere. Hi tibi in domo tradentur. Magnus amicus meus

gradus sequendos explicabit. Sine ulteriore mora, deos precor ut te protegant et tibi bonam fortunam dent.

Aurelius Vetius
Praefectus cohortis legio X Gemina

Aurelius Vetio a Marco Macrino

Querido amigo, cuando leas esta carta supongo que habrás terminado con el reclutamiento y que estés volviendo a Lucus Asturum, ante la imposibilidad de entregártela en mano al no saber exactamente dónde te encontrabas, he optado por dejarla en las buenas manos de mi gran amigo Lucio Veranius, gran servidor de Roma y que os ayudará en todo lo que necesitéis. Espero que mi sobrino haga honor a la saga y sea un buen jinete y te sirva como le corresponde a su rango. Las nuevas órdenes son entregar en Asturica Augusta antes de que finalice el tempus aestivum, la cantidad de doscientos caballos, los cuales te serán entregados en la domus, mi gran amigo te explicará los pasos a seguir. Sin más, ruego a los dioses que os protejan y os den buena suerte.

Aurelius Vetio
Praefectus cohortis legio X Gemina

—¡Doscientos caballos! —gritó el decurio ante el asombro del dómine y el optio.

—¿No te ves capaz de llevar a cabo la misión? —le contestó de malas maneras Lucio Veranius.

—¡Qué órdenes son esas! —preguntó el optio.

—Tu querido tío nos manda llevar antes de que acabe el verano doscientos caballos de aquí a Asturica Augusta.

El optio rápidamente se incorporó, quedando sentado sobre el mullido *klinai* e inclinando el cuerpo hacia delante, puso las manos sobre la cabeza y dijo:

—¡Doscientos caballos hasta Asturica Augusta! Es como mandar dos

centurias y solamente contamos con una decuria.

—Las órdenes son para obedecerlas, optio y ahora si nos disculpáis, dómine, nos retiramos a descansar, mañana hay que estar con las ideas claras.

El dómine hizo un gesto con la mano en señal de aprobación, dieron media vuelta y, cuando estaban a punto de salir por la puerta:

—¡Marco! —lo llamó el *pater familias* por su nombre—. ¿Podría hablar contigo un momento a solas?

—Por supuesto, vete a descansar, Flavio, yo iré en un momento —le dijo el decurio al optio, el cual, sin mediar palabra, cerró la puerta y se retiró a su *cubiculum*.

—Por favor, toma asiento, ¿te apetece un vaso de vino? —le preguntó el dómine cogiendo una reluciente copa de plata para servirle, mientras haciendo un gesto con la mano, los sirvientes abandonaron la sala dejándolos solos.

—No, gracias, este vino de Emerita Augusta es muy fuerte para mí y quiero estar sereno mañana.

—Je, Je, je, pues yo me serviré un poco.

—¿Puedo haceros una pregunta?

—Por supuesto, ¿qué queréis saber, decurión?

—¿Cómo sabíais que nos encontrábamos en Noega?

-—Los ojos del emperador lo ven todo, amigo mío, pero eso no importa ahora. —Sujetando la copa con la mano derecha, el dómine dio unos pasos hasta ponerse al lado del decurio y arrimando su pestilente boca al oído del romano le susurró al oído—: ¿Sabes cuánto valen esos caballos que tenéis que llevaros?

—No es mi cometido saberlo, dómine.

—¡Pues voy a decírtelo yo, no lo ganarías tú aunque vivieras dos vidas! Son los caballos más buscados y deseados por las legiones, pequeños pero ágiles y fuertes, los llaman asturcones y solo los hay en estas montañas transmontanas.

—¿A dónde quiere ir a parar? No pretenderá sobornarme… Yo no soy

uno de sus mercenarios, sé que esos caballos, en la mayoría, son confiscados a las pobres gentes de los castros y que les cobra impuestos que me parece que nunca llegan a su querida Roma, tenga cuidado, dómine, los ojos del emperador lo ven todo.

—Déjate de tonterías, decurión, y como veo que eres listo, hablaremos claro, voy a hacerte una proposición: ¿qué te parece si de esos caballos se perdieran digamos la mitad?, es un camino muy largo y pueden pasar muchas cosas, ¿comprendes?, podrías ganar mucho dinero ahora que está próxima tu licencia, hasta ahora habrás pasado muchas penurias, supongo, ¿y qué has recibido a cambio?, mala comida, poca paga, incluso te puede ocurrir que te quedes muerto en un campo de batalla o quedar lisiado para siempre y ser repudiado por todos, olvídate de Roma, está muy lejos, únete a mí y no te arrepentirás.

—¡Olvidáis que yo juré obediencia al emperador! ¡Soy un soldado! ¡Soy un decurión de Roma!

—Ja, ja, ja, decurión de Roma, ahí, donde tu estás, se han sentado *tribunos*, *prefectos* y hasta *legatus*, tú eres el de menor rango al que le ofrezco llegar a ser alguien importante y tener muchos denarios, además no los pagaría el emperador, lo pagarían los seguros, al igual que cuando un barco se hunde en alta mar, y a veces, muchacho, no ha salido siquiera del puerto.

—¡Lo siento! No puedo aceptar, quiero más morir honrosamente en un campo de batalla a que alguien dude de mi honorabilidad, y espero que esto no llegue a oídos del *praefectus*, Aurelius.

El dómine depositó la copa sobre la mesa y con ojos desorbitados volvió a acercarse al decurión, echándole nuevamente su mal aliento:

—¡Ese que nombras! Sí, tu queridísimo amigo y tío de ese imberbe optio, sí, el *praefectus cohortis* de la heroica X Gemina, quiere llegar a Roma. ¡Quiere el púrpura! Pero para lograrlo hay que tener mucho dinero. ¿Y quién se lo facilita? El *pater familias*, sí, Veranius, muchos me deben el puesto que ostentan —le decía encolerizado el dómine dándose golpes con el puño cerrado sobre el pecho, mientras de la comisura de sus labios

colgaban pequeñas babas blancas de la rabia acumulada.

—Hoy son los caballos, mañana serán mulas, tiendas, cueros, armas, sillas de montar, trigo y hasta la paga de los legionarios, todo es poco para llegar al senado, al púrpura. ¡A Roma! —gritó el dómine, dejándose caer de culo sobre un *solium* quedando con los brazos colgando y mirando al decurio, que permanecía impertérrito de pie en el medio de la sala.

—¡Marco Macrino!, Roma, progresa así, ¿comprendes? —dijo el dómine mientras sacaba de su toga un fino pañuelo con el que se secó el sudor que le caía por la frente.

—Sí, comprendo, a veces no tenemos trigo ni ropa para mantener a miles de legionarios que se dejan su vida en los campos de batalla, para que unos pocos puedan comprar sus togas color púrpura, mañana de una manera u otra saldré con los doscientos caballos y por los dioses que serán entregados en su destino; y ahora, si me disculpáis, tengo que reunirme con mis soldados, me importan más ellos que todas las togas de Roma.

El dómine dio dos palmadas y rápidamente la puerta se abrió, entrando por ella el antiguo centurión Virgilio, el cual llevaba la mano en la empuñadura de su *gladius*.

—¿Me llamabas, dómine?

—¡Tranquilízate, no ocurre nada! —le ordenó el dómine con el brazo medio extendido, enseñándole la sudada palma de su mano.

—Mañana, que esté todo preparado para que el decurión y sus hombres puedan partir sin problema con doscientos asturcones, y facilítale todo lo que necesite.

—¡Sí, señor, ahora mismo nos pondremos en ello! —gritó el antiguo centurión inclinando la cabeza en señal de saludo.

El decurión sin decir palabra dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta. Cuando se giró para cerrarla, vio al dómine levantarse, el cual extendió el brazo derecho y gritó:

—¡Ave, Marco Macrino!

La decuria, junto a los reclutas, estaba formada y lista para la revista en la pequeña explanada delante de las caballerizas, el primero por la derecha

era el *vexillarius*, que portaba desplegado el *vexillum*, que ondeaba movido por la fresca brisa de la mañana, era el único de la decuria, exceptuando a los mandos, que era romano, su nombre era igual al de su padre Lucio, el cual también había servido de abanderado en la legión IX Hispana. El optio miró al cielo, donde las nubes estaban altas, lo que presagiaba que de momento no llovería, luego recorrió toda la formación inspeccionando que todo estuviera en perfecto estado de revista, el oficial hizo acto de presencia con su resplandeciente *lorica* sobre la cual brillaban sus *torques* y *phalerae,* los componentes de la decuria no lo habían visto nunca tan limpio y afeitado, con su capa roja y sus pieles de zorro al cuello parecía más un *legatus* que un simple decurión de caballería, pero a pesar de su buen aspecto sus ojos denotaban que no había pegado ojo en toda la noche, la lujosa cena y el baño habían quedado en segundo plano después de la conversación mantenida con el malvado Veranius, que, aunque era sabido por todos que a lo largo y ancho del Imperio había corrupción, nunca pensó que le tocara a él tan de cerca, el optio, que había permanecido ajeno a los trapicheos del dómine y de su tío, también portaba todo su equipo reluciente gracias a los criados de la *domus* que se habían pasado toda la noche limpiándolo.

—¡Buenos días, señor! ¿Ha dormido bien? La segunda decuria, de la sexta centuria de la tercera cohorte, está lista para pasar revista. Están presentes diez auxiliares con su armamento reglamentario, diez reclutas y un civil, así como doce caballos y dos mulas con todos los pertrechos, ¡señor! —vociferó, el suboficial militarmente.

—Tengo que deciros que, mientras viajábamos hacia aquí, se han recibido nuevas órdenes de nuestro *praefectus cohortis* —gritó el decurio a la formación—. Dichas órdenes son llevar en el menor tiempo posible doscientos caballos hasta Asturica Augusta, como con diez auxiliares sería difícil llevarlo a cabo, desde hoy a los reclutas se les entregará una montura y trabajarán como si fueran veteranos hasta llegar a Lucus Asturum, donde se nos unirán más auxiliares de caballería.

Las caras de los germanos, que se miraban unos a otros, presentaban

distintas muecas de extrañeza ante este nuevo trabajo de conducir caballos, no así los astures y, entre ellos, Auledo, que, riéndose, se frotaba las manos al pensar que se habían acabado las largas caminatas, el gesto no pasó desapercibido por el optio, que no podía permitir tales desmanes en la formación y menos de un *peregrini*, el cual llegó por la parte trasera de la formación y con el pomo de su bastón de mando le propinó un golpe en la parte posterior de las rodillas que lo hizo doblarse hasta casi hacerlo caer al suelo.

—¡Qué pasa, no te sostienes de pie! Claro, estuviste bebiendo anoche y el señor ha dormido mal, ¿verdad? Pues a la formación hay que venir sereno, cagado y meado, ¿me entiendes, bárbaro?

—¡Sí, sí, señor! —contestó mordiéndose los labios el joven cilurnigo que, a causa del golpe, a duras penas podía ponerse erguido.

—Menos mal, porque igual te tengo un día entero de pie, pero no hoy que tenemos prisa, lo dejaremos para cuando apriete más el sol. ¿Te parece bien, mierdecilla? —le gritó el optio enfrentándose al astur y, mientras esto ocurría, el antiguo centurión llegaba montado sobre su espléndido purasangre que, después de efectuar con chulería un caracoleo, se detuvo al lado del decurión.

—¡Ya tienes listos los caballos! Si me acompañas, te los enseñaré.

—Primero, como ordenó el Dómine, necesito once caballos de monta, dos mulas y alimentación para la tropa, así como dos tiendas de campaña. Fuiste centurión, no creo que deba explicarte nuestras necesidades para un largo viaje.

—Me caes bien, decurio, lástima que no hayamos coincidido en nuestros destinos.

—No puedo decir lo mismo, nunca me cayó bien la guardia pretoriana y menos sus prefectos, o mejor diría: ¡Mercenarios!

Con una carcajada, el centurión espoleó a su caballo y se perdió entre las caballerizas.

—¿Alguno de vosotros ha montado alguna vez a caballo? —gritó el decurio estirando el cuello mirando a los astures, rápidamente uno dio un

paso al frente, su nombre era Alucio, de complexión delgada y pelo castaño, era el más joven de todos los cilurnigos, fue en sus primeros años un niño enfermizo, tanto que su madre no le puso nombre hasta ser ya un mozalbete por miedo a que los dioses se lo llevaran prematuramente.

—Señor, solo teníamos un viejo caballo, que se utilizaba para labores del campo, pero sobre el que todos alguna vez hemos trotado.

—¡Suficiente! Al que monta una vez ya no se le olvida en la vida —le respondió el decurio aguantándose la risa, y de repente dio varios pasos, poniéndose delante del gigantón germano que permanecía firme en la formación.

—¿Y a ti qué cojones te ha pasado con esa nariz y esos ojos a la funerala?

—¡No sé la causa, señor! Debí de tropezar con algo anoche, pero no me acuerdo de nada —respondió el germano con la cabeza gacha, mientras los demás auxiliares a duras penas podían contener la risa.

—¡Basta de risas! A partir de ahora se acabaron las bromas y menos con los reclutas. Quiero que los ayudéis para que entre todos cumplamos la orden que se nos ha encomendado. ¿Entendido? No os quiero recordar que pertenecemos a la Décima. ¿Y qué quiere decir eso? —gritó el oficial.

—¡Que somos los mejores! —gritaron los auxiliares a la vez.

Después de la motivadora arenga hizo acto de presencia un jovenzuelo de bigote incipiente y carrillos sonrojados portando sobre su mano derecha las riendas del lustroso percherón negro mientras en la izquierda sujetaba un pequeño taburete que puso en el suelo para que el decurio pudiera subir cómodamente al caballo, el decurión después de comprobar que las cinchas estaban bien apretadas cogió las riendas, se sujetó fuertemente a las crines del cuello del caballo y de un salto se montó en su caballo desestimando el taburete, lo que, de no hacerlo, hubiera herido su amor propio ante la tropa que no le quitaba ojo.

—Perdón, mi dómine, Virgilo me… —dijo el jovenzuelo parando en seco la conversación al ver que el decurión levantaba la mano, no de muy buenos modales.

—¿Dómine? Muchacho, en mi vida me han insultado de muchas maneras, pero nunca como lo has hecho tú ahora.

—Lo, lo siento, perdóneme si le he ofendido, mi dómine, digo señor, pero por favor no me azote —respondió aterrorizado el joven, protegiendo la cabeza con el brazo.

—¿Por qué iba a azotarte?

—Los soldados de Virgilio lo hacen cuando hago algo mal, dómine.

—Como verás, yo no uso látigo, así que puedes estar tranquilo, y ahora, ¿qué ibas a decirme?

—Gracias, dómine, señor… Virgilio me ha encargado que os dijera que os espera en el cercado que queda aquí enfrente —dijo el muchacho señalando la dirección con el brazo extendido, luego cogió el taburete y, haciendo una pequeña reverencia, se dirigió a la *domus*.

—Optio, ordena que se ponga en marcha la decuria, yo iré por delante, os espero en el cercado.

—¡A la orden, mi dómine! Perdón, señor.

—Ríete si quieres de ese pobre muchacho, no sé cómo te sentirás tú, pero yo creo que soy un privilegiado porque, a pesar de haber nacido en un barrio pobre de Roma, nunca nadie me ha abierto las espaldas con un látigo, y ahora larguémonos de aquí de una puta vez.

A las afueras de la villa, al fondo, en un pequeño valle por donde discurría un pequeño arroyo, se encontraba el cercado, hecho de ramas entrelazadas, en cuyo interior pastaban tranquilamente los asturcones, caballos robustos de pequeña alzada, largas crines y color negro. Virgilio y dos de sus ayudantes esperaban con el resto de cabalgaduras y mulas cargadas con los pertrechos, tal como había pedido el decurio, el cual, al llegar a su altura, tiró de las riendas parando al percherón, que resbaló sobre el barro.

—Ahí tienes tus caballos y todo lo que me has pedido, por cierto, se me olvidaba entregarte esta vara de avellano. Ya puedes tirar la tuya de vid, ya que ahora pasarás de decurión a pastor, ja, ja, ja.

—¿Te acuerdas de que te dije que no me gustaban los pretorianos?

Virgilio se le quedó mirándolo esperando la explicación.

—No me gustan porque tienen un mal sentido del humor —le contestó el decurio escupiendo al suelo al tiempo que llegaba toda la decuria.

—Ahí, aunque no me creas, coincidimos; a mí tampoco me gustan, y ahora antes de irte tienes que firmarme la entrega, si no nuestro amado *pater familias* se quedaría sin cobrar y eso sí que no te lo perdonaría —dijo Virgilio sacando de la sarcina que portaba cruzada al pecho una tablilla encerada donde estaba escrito todo el material entregado, tanto animales como víveres—. Como podrás observar, todo está en orden.

El decurión, después de leerlo, cerró el puño de su mano derecha y estampó su sello sobre la cera.

—Con esto queda todo listo; ese camino os llevará hasta Lucus Asturum.

—¡Espera un momento! —gritó el decurio, el cual de su cinturón que sostenía su *cingulum militare* arrancó varios tachones de plata, arrojándolos al suelo—. ¡Esto es por los once caballos, las mulas y los pertrechos; ahora sí queda todo listo! Espero que lo hagáis llegar a vuestro *pater familias*, y cuidado con quedaros con ello, que según vuestro dómine, los ojos del emperador lo ven todo…

Uno de los legionarios desmontó, recogiendo rápidamente los pequeños lingotes de plata de entre el barro, y después de limpiarlos en la culera de su túnica, se los entregó al centurión para después, de un salto, montar nuevamente sobre su caballo, y sin mediar palabra los tres espolearon a sus caballos en dirección a la villa. No habían galopado un corto trecho cuando Virgilio frenó su caballo y, dando media vuelta, lo puso en dirección hacia el decurio. Puso sus manos en la boca a modo de bocina y gritó:

—¡Pastor! Acuérdate de cerrar el cercado, ja, ja, ja.

El optio fue el encargado de entregar un caballo a cada recluta y asignar las tareas; también se le hizo entrega a Castus de su correspondiente montura. Los caballos de los reclutas tenían marcadas en el cuello las mataduras que les dejaba el pesado horcate de madera al que se sujetaban las cinchas para tirar del arado, la mirada triste, belfos blancos y de sus grupas sobresalían puntiagudos huesos que anunciaban la vejez.

—¡Prestad atención, *peregrini*! Que solo lo explicaré una vez… —gritó el optio—. Esto es muy sencillo, luego cuando lleguéis al campamento, si tenéis la suerte de servir en caballería, los instructores os lo explicarán no de tan buenas maneras como yo ahora, así que atentos si no queréis ir hasta Asturica Augusta andando, al montar sujetad las crines con fuerza a la vez que la rienda con la mano izquierda, la palma de la derecha la apoyáis sobre la grupa, dais un fuerte impulso con las piernas y ponéis la barriga sobre el lomo, luego pasáis la pierna derecha de este modo y ya está, fácil, ¿no?, ahora cogéis esta cuerda que es la rienda. Si tiráis de ella para este lado, el caballo irá para acá y si tiráis de ella para el otro, irá para allá, y por último, si tiráis fuertemente de las dos a la vez, el caballo levantará la cabeza y se parará. Ahora tenéis que conseguir hacerlo rápido, pues de hacerlo o no algún día dependerá vuestra vida. ¿Entendido? —gritó marcialmente el optio.

—¡Sí, señor! —gritaron contentos todos los cilurnigos a la vez.

—¡Señor, optio! ¿Puedo hablar con usted?

—¿Qué te pasa a ti ahora? —contestó de malas maneras el suboficial.

—¿Puedo cambiar de caballo?; este que me ha asignado es demasiado grande para mí —le recriminó Auledo, que llevaba sujeto por las riendas un desgarbado jamelgo.

—Espera que voy a ir a hablar con el dómine para que te haga entrega de un hermoso purasangre; ¿quiere el *tribuno* algún pelaje determinado? ¡Lárgate de mi vista! Y si no lo puedes montar, lo llevas por las riendas. ¿Entendido? —gritó encolerizado el optio mientras golpeaba en el suelo con el bastón de mando.

—¡Sí, señor! —respondió Auledo, que salió despavorido al encuentro de sus compañeros con cara sonriente, porque, a pesar de la riña, se encontraba contento, ya que los rezos que había hecho a los dioses para que no le tocara infantería habían surtido efecto, y él y todos los cilurnigos harían el viaje a caballo.

Todos fueron montando, algunos ágilmente de un salto como les había enseñado el optio, otros tuvieron que ser ayudados por algún compañero e

incluso alguno se cayó por el lado contrario al ser empujados con mucho ímpetu entre risas y juramentos a los dioses, y después de un tiempo se oyó la orden del optio de formar. El rubio Belarmo se reía con sus compañeros, pero pronto le cambió el semblante cuando vio acercarse montado sobre su caballo a Mourus, el cual al pasar a su lado se paró dando unas palmadas sobre la funda de su *pugio*, luego arreó a su caballo para ponerse en la formación no sin antes guiñarle un ojo al asustado astur, el númida estaba muy orgulloso de su *pugio* ricamente damasquinado, se lo había ganado a un borracho centurión de la legión XII Fulminata en una partida de dados cuando los dos coincidieron en una campaña en Siria, mientras el decurión, montado sobre su caballo, le daba vueltas a la cabeza pensando en la encerrona en la que lo había metido su amigo el *praefectus* Aurelius, cuando la voz del optio lo volvió a la realidad.

—¡Señor, estamos listos!

—Perdona, ¿qué decías?

—Que la tropa esta lista, señor.

—Gracias, Flavio. ¿Alguno de vosotros tiene alguna experiencia sobre guiar una manada de caballos o mulas? —preguntó en voz alta el decurio a los auxiliares—. Por lo que veo, al parecer todos procedéis de clase senatorial —dijo con sorna el decurio al no recibir ninguna respuesta de los auxiliares, que se miraban serios unos a los otros.

—Yo nunca he conducido caballos, señor, pero he visto cómo los pastores trasladan a sus ovejas y cabras de un sitio a otro —dijo uno de los cilurnigos que, golpeando con sus talones la barriga de su caballo, lo hizo dar un paso al frente.

—¡Qué quieres decir! ¡Explícate!

—Pues, señor, ponen siempre por delante a un carnero que es el que… Bueno, ya sabe, el que...

—Está bien, muchacho; ya lo hemos entendido, pero vete al grano.

—Pues nada, ellas lo siguen sin problema. Con esto quiero decir que tenemos que localizar al jefe de la manada. Lo llevaremos siempre en primer lugar y los demás caballos lo seguirán sin problema.

—¡De acuerdo! Ya que eres el único que ha dado alguna idea, quedas encargado de esa tarea, ¡optio! Encárgate de que los demás reclutas le ayuden, ¿tu nombre era?

—¡Mael, señor!

—Recoge esa vara; te servirá para arrear a los caballos y a poder ser que cada uno se haga con una.

Mael explicó a sus compañeros lo que se tenía que hacer en el cercado, luego, acompañado de los hermanos Eutimio y Biegino, aunque en realidad no lo eran, pues este último se había quedado huérfano de madre nada más nacer y fue criado por la madre de Eutimio que hacía poco que había dado a luz y que con mucho sufrimiento ella sola consiguió sacarlos adelante a los dos, viviendo siempre como hermanos… Los dos otearon toda la manada desde puntos distintos, hasta que los tres coincidieron en el mismo ejemplar, que a estas alturas de la primavera ya había perdido el lanudo pelaje amarronado del invierno, exhibiendo ahora su brillante color negro. Su cabeza pequeña, sus largas crines y su aspecto fuerte determinaron que no había duda.

—¡Aquel! ——gritaron los tres.

El decurio observaba la maniobra y dio orden de que todos estuvieran atentos para incorporarse a sus respectivos puestos en la formación.

—Que estén todos preparados; en cuanto lo cojamos lo intentaremos llevar hasta la puerta para ponerlo el primero, entonces la abriréis y todos lo seguirán y ya no habrá vuelta atrás —gritaba Mael, el cual se había metido en el cercado entre todos los caballos; la pradera estaba mojada y el terreno blando haciendo que se enterrara casi hasta la rodilla. Lleno de barro y de boñigas, llegó a la altura del asturcón, el cual, mosqueado, dejó de pastar y levantó la cabeza, el astur intentó cogerlo por las largas crines para montarlo, pero el animal agachó el cuello, levantó sus patas traseras y moviendo la cabeza a ambos lados con fuerza hizo que saliera despedido el cilurnigo, que, dando una voltereta en el aire, cayó al suelo de espaldas entre el barro. Medio aturdido se levantó, limpiando las manos en la parte trasera de su sayo de piel.

—¡Venga, Mael, otra vez! ¡Ya es tuyo! —gritaban los astures, mientras el decurio seguía mirando desde lo alto de su percherón, que escarbaba con su pata delantera en el suelo al esforzado trabajo del astur. Mael volvió a intentarlo; esta vez fue acercándose poco a poco agachado entre los otros caballos. Cuando estaba a pocos pasos del semental, este se levantó nuevamente sobre sus patas traseras y con un relincho inició una galopada en dirección a la puerta.

—¡Abrid la puerta! —gritó el astur.

Rápidamente, Eutimio abrió la puerta al tiempo que llegaba relinchando el garañón, que al verse acosado por un hombre vestido con sayo negro y cubierto de barro salió al galope del cercado saltando y dando coces; de repente se paró y volvió a levantarse sobre las patas traseras dando un fuerte relincho; entonces toda la manada fue saliendo poco a poco del cercado siguiendo al líder. Pronto el cercado quedó libre de caballos, entonces Mael, sacudiéndose el barro, se dirigió hasta donde estaba atado su caballo, encontrándose con Mourus y el germano sin dientes, que se habían quedado en retaguardia.

—¿No hueles a mierda de caballo, germano? —le decía, en tono irónico, Mourus al sin dientes, inspirando varias veces seguidas por la nariz.

—¡Sí, mucho! A estos cilurnigos les gusta mucho andar entre la mierda —le respondió siseando el germano, que desde lo alto de su montura permanecía con los brazos apoyados sobre los cuernos del *corniculum*. El astur pasó la cuerda por encima del cuello del caballo y se dispuso a montar. Cogió impulso y, cuando estaba en el aire, Mourus pinchó con la punta de su lanza en la grupa al pobre animal, el cual, asustado, levantó sus patas traseras, haciendo que el astur saliera despedido por el lado contrario por el que pretendía montar y quedando de espaldas, sujetándose a duras penas al caballo por las crines para no caer al suelo.

—Ja, ja, ja, estos son los soldados de caballería que van a servir al gran Augusto, que se caen solos del caballo. Es mejor que te envíen a la infantería, muchacho, así solo te caerás si tropiezas contra alguna piedra.

—O contra alguna boñiga de caballo —apostilló riéndose el sin dientes

El cilurnigo tranquilizó al animal acariciándole el cuello, cogió su vara del suelo y, apuntándoles con ella a los dos, les dijo en tono amenazante:

—Ten cuidado conmigo, piel negra, porque como se te ocurra tocarme los cojones otra vez, te borraré esa puta sonrisa de tu cara y ese puñal que tan orgulloso portas será mío, y a ti no te dejaré ni un diente en tu boca y pasarás el resto de tu vida sorbiendo sopas. ¡Recordadlo!, porque un cilurnigo siempre cumple lo que dice.

—Ja, ja, ja, qué miedo nos das, desdentado, dile cuántos han querido matarme y ninguno ha vivido para contarlo, y el puñal que tan orgulloso porto se llama *pugio*, pu, gi, o, ¿te enteras, recluta?

Los auxiliares riéndose dieron vuelta a sus caballos y espoleándolos salieron al encuentro de la columna, el cilurnigo después de escupir en el suelo de rabia contenida, cogió una manta de lana marrón que llevaba atada al zurrón, la desenrolló y la colocó lentamente sobre la grupa del caballo a modo de *tapetum*; luego, con cuidado, como si fuera una reliquia sagrada, la acarició varias veces pasando la palma de la mano suavemente sobre ella de un extremo al otro mientras pensaba que aquella simple manta de lana marrón que su madre pacientemente había tejido era el único vínculo que lo unía a ella y a la que posiblemente no volvería a ver jamás… El cilurnigo, después de restregarse con la mano los acristalados ojos, se cogió fuertemente a las crines del cuello del caballo y de un salto se montó, esta vez sin problemas, sobre el equino. Se acomodó sobre la manta y con la vara que portaba en su mano derecha, fustigó al caballo dándole un pequeño golpe en la nalga para iniciar el viaje que lo llevaría hasta Lucus Asturum.

Capitulum

IV

Desde lo alto de una pequeña colina se divisaban a los lejos las imponentes montañas cubiertas de nieve que se extendían de norte a sur, al contrario de la gran cordillera que separaba a los astures transmontanos de los cismontanos y que discurría paralela al mar o sea de este a oeste, y que el sol del atardecer escondido entre las nubes las teñía de un color anaranjado, y al fondo se encontraba la llanura que con mucho trabajo los legionarios habían desarbolado para convertirla en grandes praderías y productivas tierras de labor, y sobre la cual se encontraba la ciudad de Lucus Asturum. Un cernícalo se cernía en el aire, batiendo incansablemente sus alas, oteando alguna presa para llevársela a sus crías, mientras la gran manada, con su paso cansino, la cual llegaba a ocupar varias leguas, hacía callar a su paso el melodioso canto de los pájaros. El decurio paró su caballo con la intención de coger de una mata de romero que crecía al lado de unas piedras una rama con la que se restregó las manos para luego olerlas profundamente.

—Este olor me recuerda a mi madre, cuando me mandaba que le cogiera romero para condimentar las comidas. También crecía, como está entre piedras, al lado de una chumbera; toma, restriégate con él, así se te quitará un poco el olor a caballo —le dijo el decurio haciéndole entrega de la restregada rama al portaestandarte que cabalgaba a su lado.

Pronto oscurecería, y antes de acampar les quedaba por pasar un pequeño bosque de robles por el que transcurría la calzada, sobre la cual en una de sus cunetas se encontraba la columna cilíndrica de un miliario donde podía verse tallado sobre él, además del nombre del emperador Augusto, las millas que quedaban hasta la próxima población. Los auxiliares y reclutas iban repartidos por toda la columna, dos siempre en vanguardia vigilando al

semental, el decurio siempre acompañado por el portaestandarte y Mael, un poco más retrasado, cabalgaba en el centro, mientras en la retaguardia cabalgaban el optio junto a dos auxiliares y las mulas con el bagaje, el resto subían y bajaban con sus varas vigilando que ningún caballo se saliera de la gran manada. Entraron en el bosque ya al final de la tarde, lo cual hizo incrementar la oscuridad entre la frondosidad de la tupida arboleda, el ruido acompasado de los cascos de los caballos era como una nana cantada por una rolliza matrona que, junto al tiempo que llevaban sobre la montura, hacía que de vez en cuando se les cerraran los ojos en un placentero sueñecito, de repente se oyó el chasquido inconfundible del entrechocar del cuero de una honda, el impacto de su mortífera munición fue inminente contra la carrillera derecha del casco del decurión, en un segundo todo se le quedó nublado, la cabeza se le movía lentamente de un lado a otro, sus manos soltaron las riendas mientras su cuerpo se inclinaba hacia delante dando con la cara contra las crines del cuello del caballo para después inclinarse hacia atrás cayendo de espaldas sobre la dura calzada.

—¡Desmotad! Nos atac… Agggg —intentó decir el portaestandarte, pero de su boca ensangrentada solo salían espumarajos rojos; una flecha le había traspasado la garganta de lado a lado. Soltó las riendas y el *vexillum*, para echar sus manos al cuello por el que brotaba sangre sin cesar. Su cuerpo se dobló como un muñeco de trapo, cayendo del caballo por el lado derecho, quedando tendido entre convulsiones en el suelo hasta que su corazón se quedó sin sangre. Su cara quedó reposando sobre el manto rojo con el número II de su unidad bordado en oro.

Los caballos de la manada, acostumbrados al griterío, seguían pasando sin prestar importancia a lo que ocurría. El astur echó rápidamente pie a tierra, del bosque vio salir a un hombre armado con un *gladius* que se dirigía a rematar al oficial. Mael estaba desarmado, solamente portaba su vara de avellano, se acercó rápidamente al caballo del portaestandarte, que tranquilamente ramoneaba las ramas bajas de un árbol, y de su *aljaba* que portaba sujeta al *corniculum* extrajo una *lancea*, sin pensárselo levantó el brazo y echándolo hacia atrás para hacer fuerza la lanzó con ímpetu, la cual

salió cortando el aire en el momento en que el enemigo se disponía a levantar su arma por encima de su cabeza para rematar al decurio, esta lo penetró por debajo de la axila traspasándole el pulmón y el corazón, el hombre permaneció un instante con los brazos levantados hasta que puso los ojos en blanco dejando caer su *gladius*, que cayó clavando su afilada punta en el suelo a escasa distancia de la cabeza del decurio para luego caer muerto encima del romano, que permanecía aturdido sobre el empedrado suelo sin poder defenderse, sin darle tiempo de recuperación del bosque surgió otro enemigo, este equipado de escudo y *gladius*, el decurio a duras penas levantó la cabeza del suelo y borrosamente vio a Mael, que cogía el *gladius* que había quedado clavado en el suelo al lado de su cabeza preparado para cogerlo por su empuñadura, el enemigo llegaba gritando y con su arma en alto rápidamente el cilurnigo cogió del suelo una podrida rama de roble para utilizarla como escudo levantándola en el momento que el hombre le asestaba un mandoble, quedándole el *gladius* clavado por su filo a la rama, cosa que aprovechó el cilurnigo para asestarle una estocada en el estómago que había dejado desprotegido, el hombre cayó de rodillas echando mano a su barriga gritando, para luego caer de lado al suelo, mientras Mael con las rodillas semiflexionadas sujetaba con fuerza el *gladius* con su mano derecha y la rama que hacía de escudo con la izquierda escudriñando todo a su alrededor por si surgían más enemigos, luego se relajó un poco y pudo escuchar que se oían voces por todo el bosque, tiró la rama al suelo y saltó por encima del hombre que yacía en el suelo dirigiéndose hacia el decurio que permanecía en el suelo con el muerto encima, Mael lo agarró por el cinturón y lo apartó a un lado dejando libre al decurio.

—¡Déjeme que le ayude a quitarse el casco! —le dijo el astur mientras le desataba el barboquejo.

—¡Gracias, muchacho! Si no es por ti, no lo cuento. ¿Hemos sufrido alguna baja?

—¡Que yo sepa, han matado al portaestandarte! Tenga, beba un poco de agua.

El decurión le cogió el odre al astur y se echó agua por la cabeza; luego se incorporó, dando un pequeño traspié; el astur hizo intención de cogerlo, pero el decurio levantó el brazo, indicándole que no era necesario.

—Estoy bien, gracias; solo un poco mareado —dijo el decurio poniendo sus manos sobre los riñones a la vez que estiraba su espalda hacia atrás, luego se acercó al cuerpo del portaestandarte, que yacía en el suelo sobre un charco de sangre; se agachó, le quitó el casco y acarició sus cabellos, luego partió la flecha que le traspasaba el cuello y la tiró con rabia entre la hojarasca. —Le quitó la capa, tapando con ella el cuerpo del desafortunado portaestandarte.

—Pobre muchacho, era demasiado joven para morir.

En aquel momento llegó el optio al galope, gritando.

—¿Se encuentra bien, señor?

—Sí, gracias a este muchachote, que se ha despachado él solo a estos dos. ¿Tu nombre, era?

—¡Mael, señor! —respondió marcialmente el cilurnigo.

—Bueno, pues desde ahora te llamaré Longus, así no se me olvidará. Eres rápido con las armas, ¿quién te ha enseñado a luchar? —le preguntó el decurio con voz entrecortada.

—¿Nadie me ha aprendido a luchar? Quizá lo lleve en la sangre, pues mi madre siempre me decía que mi padre era un gran guerrero.

—No lo pongo en duda, una madre siempre dice la verdad —le respondió el decurio mientras le daba una palmada sobre el hombro—. ¿Y cómo os ha ido a vosotros por retaguardia?

—Hemos perdido a uno de los auxiliares; un proyectil de una honda le entró por un ojo, matándolo en el acto, y una de las mulas fue alcanzada por una flecha; ya he ordenado que la sacrifiquen.

—Tienes sangre en el brazo. ¿Te han herido? —le preguntó el decurio.

—Solo un rasguño, señor, vi venir la flecha y me tiré del caballo, pero no pude evitar que me rozara el brazo —le contestó el optio mientras pasaba la mano por la herida, restándole importancia. Al poco se oyeron los cascos de un caballo acercarse; todos se pusieron en guardia con sus armas en

posición para repeler el ataque, hasta que vieron que era el gigantón germano de los ojos a la funerala quien se acercaba montado sobre su caballo.

—¡Señor, nos han robado parte de los caballos! —dijo jadeante.

—¿Y los hombres están bien? —le preguntó el decurio.

—Sí, señor, aparecieron al galope; eran unos cuatro jinetes, montaban unos buenos purasangres y en un momento separaron la manada…

—¡Déjalo! Si no hay más bajas, lo demás no importa, ya los recuperaremos. ¿Cuántos se llevaron?

—La cifra exacta no la sé, pero media manada es posible, y no eran simples ladrones de caballos, señor, sino expertos jinetes.

—¡Y expertos honderos! —apostilló el optio.

El decurio se echó el pelo mojado hacia atrás con las manos, luego desató el *focale* y se secó el cuello y la cara. Se dirigió hacia uno de los que yacían en el suelo y con el pie le dio la vuelta para verle la cara, observando que aún le quedaba un pequeño hilo de vida.

—¡Hijos de puta! Si es uno de los mercenarios de Veranius, el muy cabrón, los ha enviado para matarnos y robarnos los caballos.

El decurión sin mediar palabra desenvainó su *spatha* clavándosela al mercenario en el corazón, el cual puso los ojos en blanco y dando una pequeña convulsión dejó de respirar.

—¡Esto por el portaestandarte! —le dijo el decurio malhumorado al cadáver del mercenario, después le puso el pie en el pecho para extraer el arma, limpió el filo manchado de sangre con la túnica del muerto para acto seguido envainarla, cogió el *focale* que se le había caído al suelo, y se lo anudó nuevamente al cuello.

—En resumen, además de saber quiénes nos han atacado, hemos sufrido dos bajas, nos han robado parte de los caballos y nos tendremos que deshacer de una mula. ¿Correcto?

—Pero ¿por qué quiere matarnos y robarnos los caballos el dómine? —preguntó el optio.

—Es una historia muy larga, ahora déjame ver esa herida.

El decurio le echó un vistazo poniendo mala cara.

—Tendría que vértela un médico, tú quedarás al mando, te llevarás los cuerpos del auxiliar y del portaestandarte y el resto de la decuria, así como a los reclutas y los caballos que nos quedan, hasta Lucus Asturum, allí buscarás un buen sitio para acampar, y yo me llevaré.

—¡Llevaré! Pero ¿a dónde va? —le recriminó el optio levantando los brazos.

—Primero recuperaremos los caballos que nos robaron, segundo mataré a esos putos mercenarios, y tercero le recordaré a Veranius que es difícil acabar con un romano nacido en el barrio de la Subura; y ahora obedece mis órdenes y déjame hablar; me llevaré a dos auxiliares y si mañana por la mañana no hemos vuelto, sigue con la misión, entregar a los reclutas y llevar los caballos que quedan a Asturica Augusta y entregarlos a tu tío. Digo al praefectus Aurelius, ¿entendido?

El optio asintió inclinando levemente la cabeza.

—¿¡Lo has entendido!? —gritó el decurio.

—¡Sí, señor!

—Yo me ofrezco voluntario para ir a matar a esos cabrones —le propuso el gigantón germano.

—¡Y yo! Quiero encontrármelo cara a cara; nos ha hecho la vida imposible durante muchos años. Ruego me permita ir con usted —dijo Mael en voz alta.

—Cuente también conmigo, señor —dijo Castus, que había llegado, sin que nadie se diera cuenta, desde la retaguardia.

—¿Habéis sacrificado a la mula como he ordenado? —le preguntó el oficial.

—Sí, señor, pero al cambiar los víveres para repartirlos entre las otras mulas, se rompió una de las alforjas que contenía el grano, derramándose en el suelo…

—Bueno, no te vamos a castigar por eso —le respondió el decurio.

—Sí, pero eso no es todo, señor, solo contienen una cuarta de grano, el resto es paja seca y piedras para simular el peso; he revisado las demás

alforjas que nos dieron en la villa y todas están igual, lo mismo con la sal y la carne seca, nos han engañado los muy hijos de puta.

—Esto ha sido obra del listo de Virgilio, a este recordadme, cuando lo mate, de no pagarle el viaje al barquero, así su alma quedará condenada a vagar por el inframundo para siempre; se lo merece por traidor. Bueno, no os preocupéis, recogeremos víveres en Lucus Asturum y ahora volvamos adonde estábamos. Tú, Longus, coge la *spatha* del portaestandarte y su caballo, te lo has ganado, y tú, escla…, Castus, recoge los gladios de los mercenarios; necesitamos un hombre más, que nos cubra la retaguardia y quede al cuidado de nuestros caballos.

—Yo me encargaré de traerlo, señor —gritó Mael, se agachó y con cuidado quitó el *tahalí* que sujetaba la *spatha* del portaestandarte que yacía en el suelo y orgulloso se la puso cruzando el pecho. Cogió las riendas, las pasó por el cuello del caballo y de un salto montó sobre el *corniculum*, mientras Castus recogía todas las armas de los mercenarios, el decurio vio en el suelo que sobre unas hojas caídas había una pequeña bola de hierro oxidada; el oficial se agachó cogiéndola con los dedos índice y pulgar de su mano derecha para luego depositarla sobre la palma de su mano izquierda.

—¡Maldita hija de puta! Tan pequeña y a poco me envías al Hades… —la maldijo en voz alta el decurio mientras la miraba.

—Esas bolas están construidas en Noega, los cilurnigos son los únicos que tienen hornos de fundición por estos contornos. Son maestros en el arte del hierro —le contestó Castus.

—Ya, ya me lo había dicho tu amigo, el *pater familias*, las plegarias que gritaban las viejas del poblado a sus dioses cuando nos marchábamos pidiendo que acabaran conmigo no han hecho efecto, por muy maestros del hierro que sean, por esta vez.

Envolvieron a los muertos en sus capas y los ataron con cuerdas, luego los depositaron sobre la grupa del caballo, doblados por la cintura; sus cabezas colgaban boca abajo, por un lado, y los pies por el otro. Mientras un auxiliar sujetaba las riendas desde su montura, el optio cogió del suelo el *vexillum* manchado de sangre y se lo entregó a uno de los auxiliares; luego

montó en su caballo y acercándose al decurio le extendió la mano, haciendo este lo mismo, dándose los dos un fuerte y sonoro apretón de manos.

—Esta gente que lleva exceptuado a César son inexpertos, señor, me quedaría más tranquilo si lo acompañaran más auxiliares..

—¿Inexpertos? No he visto a ninguno de los auxiliares que nos acompañan luchar de esa manera y menos para defenderme; te apuesto una jarra de buen vino que si la cosa se hubiera puesto peliaguda, alguno se habría largado dejándome solo; estos astures son belicosos de nacimiento, así que no te preocupes, todo está controlado.

—Entonces mucha suerte y que los dioses le acompañen —gritó el optio a la vez que extendía el brazo en señal de saludo.

—¡Ya te dije! ¿Cuál es el mejor dios? ¿Recuerdas? —le respondió el decurio dando unas palmadas en la funda de su *spatha*.

—¡Recuerda las órdenes! Y cuando lleguéis a Lucus Asturum procura que te vea un médico esa herida, y ahora idos… El optio dio orden de marcha y poco a poco se fueron perdiendo de vista entre la espesura del bosque.

El mercenario elegido por Virgilio para comandar la emboscada desmontó de su sudado purasangre; rápidamente un criado salió corriendo para cogerle las riendas y llevarlo al establo.

—Luego vendré a verle, espero que esté bien seco y cepillado, si no te haré probar el látigo.

—Quedará limpio y seco y comerá del mejor heno, señor —le contestó el criado con el cuerpo encorvado en señal de respeto.

—Hijo de perra, rezaré para que un día te caigas del caballo y te rompas la cabeza —susurraba en voz baja el liberto de nombre Bardo, originario de las belicosas tierras cántabras, donde, al igual que otros hombres de su castro, fue apresado y luego como escarmiento castigado de por vida a trabajos forzados al negarse a pagar los *tributum* para financiar el paso de una calzada por sus tierras, luego fue comprado hace años por el *pater familias* a un viejo conocido suyo tratante de esclavos que se tuvo que resguardar a causa de una gran tormenta cerca de la villa cuando eran

conducidos a las minas de oro, perteneciente a la tribu de los vellicos, aprendió pronto a leer y escribir y gozaba de la confianza del dómine, por eso a pesar de ser libre prefirió quedarse en la *domus* trabajando, hasta que llegaron los hombres de Virgilio, entonces las cosas cambiaron y el chasquido del látigo sonaba muy a menudo dejando muchas espaldas en carne viva con el beneplácito del dómine. Virgilio, al oír retumbar los cascos del caballo en el patio, salió al encuentro del mercenario, el cual, al verlo acercarse, lo saludó militarmente extendiendo el brazo; el antiguo centurión le dio un pequeño golpe en la mano con su vara.

—Te recuerdo que ya no pertenecemos al ejército.

—Fueron muchos años de servicio, señor, y cuesta quitárselo de la cabeza.

—¿Y bien?

—Los caballos ya están en el cercado y como ordenó hemos liquidado al decurión y al optio.

—¿Seguro?

—Sí, señor, el primero en caer fue el jefe, le abrimos la cabeza con un tiro de honda y al optio lo vi yo mismo caer del caballo traspasado por una flecha.

El mercenario se quedó pensativo con la cabeza baja.

—¿Tienes algo más que decirme? ¿Por qué esa cara? ¡Dime!

—Hemos sufrido dos bajas, señor.

—¡Cómo es posible!

—Pues sería que ellos eran más rápidos..

—¡Las bromas solo las hago yo! ¿Me entiendes?

El centurión rápidamente le echó mano al cuello al mercenario, apretándoselo fuertemente; el cual a duras penas movía la cabeza, hasta que la poderosa mano de Virgilio fue dejando poco a poco de apretar, permitiendo que el aire penetrara por fin a los pulmones, haciendo que el hombre quedara con el cuerpo encorvado, tosiendo.

—¡Por todos los dioses, teníais todo a vuestro favor! Tenía que haber ido yo y no haberte confiado a ti la misión, y te digo una cosa: si quieres seguir

conservando la cabeza sobre los hombros, espero que no surjan problemas. Ahora reconocerán a los muertos y se darán la vuelta; no creo que se den tan fácilmente por vencidos.

—¡No lo creo, señor! Los hemos visto alejarse con el resto de la manada en dirección a Lucus Asturum y sobre un caballo colgaban dos cadáveres.

—¡Dos cadáveres! —dijo el centurión rascándose la barbilla.

—Mañana, antes de que salga el sol, recuerda ir a recoger nuestras bajas; no quiero que la gente los vea pudrirse y llegue a oídos del dómine; y de lo ocurrido, ni una palabra a nadie. ¿Entendido?

—¡Así se hará, señor! Si no ordena alguna cosa más…

—Sí, antes de irte, que alguien quede de guardia vigilando los caballos, no me fío de esos hijos de puta.

El mercenario se dio la vuelta y se encaminó hacia un pequeño edificio al lado de las caballerizas que hacía de cuartel.

El *pater familias* lo esperaba sentado en su cátedra. Extendió su mano derecha en la que sujetaba una copa de plata finamente grabada y en la que un jovenzuelo de pelo negro le servía vino. Unas jóvenes sirvientas fregaban de rodillas el gran mosaico, dejando las teselas brillantes, mientras el dómine observaba con ojos lascivos sus culos moverse adelante y atrás. La puerta se abrió haciendo chirriar sus bisagras, haciendo acto de presencia la figura imponente de Virgilo, con su capa roja y al cuello una piel de lobo, mientras su mano derecha sujetaba siempre la retorcida vara de vid, recuerdo de su antiguo cargo de centurión.

—¡Retiraos! —gritó Virgilio a las sirvientas, las cuales recogieron los calderos y desaparecieron a la carrera inclinando levemente la cabeza. Cuando quedaron a solas, el dómine se levantó, dejando la copa sobre la pequeña mesa de mármol.

—¡Te recuerdo que aquí las órdenes las doy yo! —le reprimió el dómine.

—Perdón, dómine, no era mi intencion...

—¿Y bien, habéis acabado con ese hijo de perra de Marco Macrino, ardiente defensor de Roma?

—Sí, dómine, le partieron la cabeza.

—¡Su cabeza! Os tenía que haber pedido que me la trajerais; no me fío…, sabe, bueno, sabía demasiado. Los teníamos que haber matado aquí, pero no quiero sangre en mi *domus*.

—También hemos liquidado al optio.

—Pobre, *praefectus* se ha quedado sin su querido y pelirrojo sobrino, pero bueno, el púrpura lo cura todo.

—¿Y los caballos?

—Hemos recuperado más de la mitad; ya están encerrados en el cercado; yo me he adelantado para informarle.

—¡Muy, bien! El emperador ya tiene más suministro de caballos para sus legiones; diles a tus hombres que se les recompensará por el trabajo y, por supuesto, no pienses que me olvido de ti, también serás bien recompensado; y ahora déjame solo, tengo que redactar una carta.

El centurión levantó su vara de vid, dando con ella un pequeño golpe en el casco en señal de saludo, dio media vuelta y salió abriendo la chirriante puerta.

Los tres hombres miraban el vapor que salía de sus calientes orinas al contraste con el frío relente de la noche; el decurión miraba al cielo estrellado con la mano izquierda apoyada en la cadera mientras con la derecha sujetaba su flácido pene, el germano hacía filigranas con el chorro, mirando la distancia máxima que podía alcanzar, mientras que el astur, a causa del frío y del miedo, sujetaba su retraído miembro con las dos manos con las piernas abiertas para no mearse los mocasines de piel de cabra; los nervios hacían malas pasadas, Castus y Auledo no tenían ganas, pero había que mear, luego no habría tiempo. Cuando acabaron, el decurión les ordenó que revisaran el armamento; nada podía fallar, pues nadie iba a venir a ayudarlos.

—¿Todo bien? —le preguntó el oficial a Auledo, que era la primera vez que se ponía un *gladius* al cinto, eso y que contaran con él para una misión le hacía parecer importante.

—¡Sí, señor! Con ganas de entrar en acción.

—¡Así me gusta! —le dijo el decurio mientras le daba un pequeño

puñetazo en la barbilla para a continuación gritar: «¡Montar!». Todos de un salto montaron sobre sus caballos para iniciar el viaje de vuelta hacia la *domus*, el decurio cabalgaba al lado de Castus, el germano de largas coletas llevaba de compañero a Mael, y Auledo pendiente de todas las conversaciones y con el cuerpo erguido, como si fuera un general, cabalgaba solo, cerrando la formación.

—¿Por qué te has presentado voluntario? ¿No temes por tu vida ahora que sabes que te dejaré libre? —le preguntó el romano al eburon.

—Puede ser porque después de tantos años me siento ya cilurnigo, siempre me han tratado bien y si acabando con ese cabrón de Veranius podrán vivir mejor, con eso me doy por satisfecho; además quiero liberar a las muchachas que tiene esclavizadas; hace falta gente joven en el poblado.

—Claro, se me olvidaba que las esperan diez valientes con los pulgares cortados —le respondió el decurio con ironía. Mientras las conversaciones seguían también entre el germano y el astur, había que quitar el miedo de alguna manera y el germano curtido en mil batallas era especialista en ello.

—¿Sabes que esas perneras que llevas me recuerdan algo?, pero no consigo saber… Me debo de estar volviendo viejo. ¿Cuál es tu nombre, muchacho?

—Mael, pero el decurión ahora me llama Longus, que no sé lo que significa. ¿Y el tuyo?

—¡César!, todos me llaman César, aunque no es mi verdadero nombre. Cuando me reclutaron, como a ti ahora, me acuerdo de que me preguntó de malas maneras un mierda de optio: ¿Cuál es tu nombre? Y le dije el primero que me vino a la cabeza: ¡Julio César! Qué cara se le quedó al cabrón cuando se lo dije, ja, ja, ja, ¿sabes quién era?

—¡Ni idea! —respondió el astur, negando con la cabeza.

—¡Qué raro que no hayas nunca oído hablar de él! Pues, según cuentan, fue un famoso general que ganó muchas batallas; además, creo que era familia del emperador; vamos, que para ellos es como un dios y que, igual que yo, luchó hace muchos años con la Décima contra los galos.

—¿Quiénes son los galos? —preguntó el cilurnigo.

—¿No me dirás que no sabes quiénes son los galos?

—¡Pues no! —respondió nuevamente el astur, encogiendo los hombros.

—Como dicen los romanos, ¡por todos los dioses! —dijo el germano implorando al cielo—. Son una tribu que vive muy, muy lejos de aquí, son como nosotros, pero más feos, ja, ja, ja. Y siguiendo con el general más tarde, me enteré de que lo habían asesinado en Roma sus propios compañeros.

—¿Y por qué lo mataron si era un dios?

—Pues muy sencillo, porque no les debía de caer tan bien como decían, y bueno, el caso es que César quedé. Como verás, yo también fui reclutado como tú por estos hijos de puta de romanos. Como no tienen ni idea de luchar, tienen que reclutar hombres fuertes como tú y yo para que los defiendan. Mientras ellos solo piensan en follar, beber y estar guapos, fíjate que hasta se cortan el pelo y se bañan en eso que llaman termas. ¡Ríete, hombre! Y relájate, que estás muy serio —le decía el germano, dándole una palmada en la espalda—. ¿O eres muy serio o estás cagado de miedo? Aunque, según el decurio, antes te has portado como un experto luchador, llevándote por delante a esos dos. ¡No te preocupes! Tú ponte a mi lado; les cortaremos los huevos a esos cabrones y luego nos beberemos su vino, y ahora que me doy cuenta, esta mierdecilla que llevamos aquí detrás, ¿estás seguro de que sabrá sujetar bien de los caballos? ¿Cuál es tu nombre, hombrecito?

—¡Auledo, qué pasa! —respondió el cilurnigo con chulería.

—No pasa nada, hombre, solo avisarte que tengas cuidado con ese cuchillo que portas, no te vayas a hacer daño con él.

—Descuida que no me haré daño, y antes de beberos todo el vino, acordaos de mí —respondió el astur.

El pequeño campamento fue instalado a las afueras de Lucus Asturum en un terreno completamente llano donde los caballos pastaban tranquilamente; Mourus salió sigilosamente de su tienda para no despertar a su *contubernium*.

—¿A dónde vas? —le susurró el sin dientes.

—Duérmete y calla de una puta vez —le contestó en voz baja el númida, que sigilosamente se dirigió adonde tenían atados los caballos y montó en el suyo sin ponerle el *curniculum*, dirigiéndose al trote hasta donde pastaba la manada y donde sabía que el optio le había asignado al rubio astur la guardia de los caballos. Tranquilamente, fue cabalgando hasta que vislumbró la silueta del joven sentado sobre su caballo. Se paró y echó un vistazo hacia el campamento por si alguien lo seguía, el cual a lo lejos era iluminado tenuemente por las llamas de una pequeña hoguera. Luego miró al cielo lleno de estrellas y arreó al caballo. El joven Belarmo, armado con una simple lanza, al oír que alguien se acercaba, se puso alerta.

—¿Quién anda ahí? —dijo con voz entrecortada el astur.

—Hace buena noche, ¿verdad? —respondió el númida, que a la vez que desmontaba del caballo desenfundaba sigilosamente su arma.

—¡Tira esa lanza! No vayas a mancar a alguien y desmonta despacio. El astur, al verse amenazado, tiró la lanza, que cayó cerca de los pies del númida.

El astur, tembloroso, pasó su pierna izquierda por encima del cuello del caballo para desmontar, deslizándose de cara al númida. Cuando le faltaba poco para tocar el suelo, recibió una patada haciéndole chocar una pierna contra otra y al no hacer pie cayó sobre la mullida hierba. Rápidamente, la *spatha* del moreno estaba sobre su espalda.

—Y ahora tranquilo, sabes que somos amigos, solo vamos a jugar a eso que te gusta tanto. Supongo que no le habrás dicho a nadie lo nuestro, ¿verdad?

—¡No! ¡No se lo he dicho a nadie!

—Bien, así los dioses podrán seguir oyendo tus plegarias, porque sin lengua sería más difícil, ¿verdad? El númida se encontraba encima de la espalda del joven astur, mientras lo amenazaba con el arma pinchándole con ella cada vez que intentaba zafarse, Mourus, que respiraba aceleradamente, intentó quitar hacia un lado la funda de la *spatha* que se le había quedado entre las piernas y con una sola mano no era capaz, entonces clavó el arma en el suelo para tener las dos manos libres, momento que aprovechó el astur

para propinarle con fuerza un codazo alcanzándolo en la misma cuenca del ojo, el númida poniéndose de pie echó las manos a la cara dando un grito de dolor, entonces el astur al verse libre se levantó y salió corriendo, pero no había dado unos pasos cuando una lanza se clavaba en su espalda rompiéndole el esternón, el rubio cilurnigo, fruto como tantos otros de un botín de guerra, cayó de rodillas, intentando coger la lanza con las manos, pero los brazos ya no lo obedecían, daba bocanadas intentando meter aire a sus pulmones, pero nada servía ya, su cuerpo fue cayendo lentamente hasta dar de bruces contra la hierba húmeda, a lo lejos sus ojos vieron por última vez la luz de una hoguera que iluminaba a duras penas el pequeño campamento donde sus compañeros dormían, luego la oscuridad total. Mourus recogió su arma clavada en el suelo para envainarla, se acercó hasta el cadáver que yacía boca abajo, le dio la vuelta y se quedó unos instantes mirándolo, mientras con una mano se restregaba el dolorido ojo.

—¿Por qué tuviste que huir? ¡Yo te quería, quería protegerte, que fueras mi amigo! Maldito seas —gritó el númida entre lloros.

Cogió la lanza con fuerza y la extrajo del cuerpo para luego tirarla con desprecio al suelo, cogió por las riendas el caballo del astur y con mucho esfuerzo depositó el cadáver, doblado por la cintura, sobre la grupa del caballo, sus largas melenas rubias colgaban al igual que sus brazos de un lado, mientras sus piernas colgaban del otro, el númida se subió a su caballo, se acercó al del astur cogiendo sus riendas y se dirigió hasta una zona pantanosa la cual estaba cubierta por una fina niebla, arreó a los caballos que chapoteando pasaron entre juncos y vegetación acuática, después de un largo trecho, cuando el agua llegaba a la panza de los caballos, tiró de las riendas del caballo del astur hasta dejarlo enfrente del suyo, desde lo alto de su caballo se dobló hasta llegar a coger los cabellos del astur y tirando de ellos le levantó la cabeza mirándolo por última vez.

—¡Ahora te puedes ir a reunir con tus dioses! —le dijo, y cogiéndolo por el cinturón, lo tiró al agua. El joven astur, que estaba tan orgulloso de hacer su primera guardia, cayó boca abajo para luego poco a poco ir dando la vuelta hasta quedar boca arriba con los ojos abiertos.

—¡Maldito! ¿Por qué me miras así?, tú fuiste el que pegaste y quisiste huir; conmigo hubieras tenido de todo, y bien bueno he sido que no te he cortado la lengua.

Mourus se bajó del caballo; el agua lo cubría hasta más arriba de la cintura y cogiendo por el cuello al cadáver lo sumergió.

—¡Muere, maldito! ¡Muere y no me mires más! Tú has tenido la culpa. El númida soltó el cadáver que quedó en el fondo quizás enganchado en alguna raíz o tronco sumergido; luego miró a su alrededor; la niebla le impedía ver a más de diez pasos. Cogió con sus manos agua y se la echó por la cara, montó en su caballo y lo espoleó en dirección al campamento.

Los cinco jinetes llegaron a un pequeño bosquecito de pinos a poca distancia del cercado, donde el decurión levantó el brazo en señal de alto.

—Aquí dejaremos los caballos, los yelmos, capas y odres, todo lo que nos estorbe; tenemos que ser ágiles. ¿Cuál era tu nombre?

—¡Auledo, señor! Te quedarás al cuidado de las caballerías; si cuando amanezca no hemos llegado, te das la vuelta y te unes al optio en Lucus Asturum y te tendrás que dar prisa, pues ellos tienen orden de marcharse también, ¿entendido?

—¡Sí, señor! —respondió el astur, poniéndose firme como si fuera un veterano legionario.

La noche seguía clara y un olor a resina que provenía del bosquecito de pinos invadía la atmósfera, Mael cogió dos *lanceas* de la *aljaba* y los cuatro con el cuerpo encorvado y portando sus desenfundadas armas firmemente apretadas se dirigieron cuesta abajo por un pedregoso y resbaladizo camino por el que discurría un serpenteante regato que vertía sus aguas delante de la entrada del cercado que, acentuado por el entrar y salir de las caballerías, se convertía en un pringoso cenagal, después de andar un trecho entre helechos y rectos tallos de cola de caballo que crecían vigorosos a los lados del camino vislumbraron la luz de una antorcha que iluminaba la puerta del cercado y apoyado en ella se encontraba un somnoliento mercenario de guardia.

—Los muy cabrones no las tienen todas consigo; han puesto guardia en

el cercado. Esto quiere decir que Virgilio se huele que volveríamos a por los caballos. Longus, tú que has demostrado que eres bueno con la lanza, ¿podrás acertarle?

—Si me acerco un poco más, creo que sí.

—¡«Creo» no me sirve! Tienes que darle seguro a la primera, si no dará la voz de alarma y se joderá todo —le susurró el decurio.

—¿Sabe cómo pescámos en el río, señor?

—¿A qué viene eso ahora?

—¡Pescábamos con una vara larga con la punta afilada que lanzábamos a los peces, así que no me...!

—De acuerdo, de acuerdo, me has convencido, adelante y piensa que tienes mucha hambre y ese de ahí es un pez.

—¡No se preocupe, no fallaré!

El cilurnigo con el cuerpo agachado se encaminó hacia el mercenario despacio con la lanza en alto cual si fuera un experto lanzador; cuando llegó a la distancia prudencial que él creía correcta, aposentó sus pies firmemente sobre el barro, echó lentamente el brazo derecho hacia atrás a la vez que inspiraba fuertemente por la nariz hasta que sus músculos se tensaron al máximo, entonces como un resorte el brazo salió hacia delante dejando libre la *lancea*, la cual pasó por detrás del mercenario y fue a clavarse en las ramas entrelazadas del cercado produciendo un chasquido.

—¿Qué cojones pasa? —dijo asustado el centinela, y sin darle tiempo a reaccionar, una segunda *lancea* salió surcando el aire; su mortífera punta traspasó la delgada *lorica* de cuero, clavándosele en la espalda por debajo del omoplato. El mercenario incó sus rodillas en el suelo, echando sus manos a la espalda, y cuando iba a girar la cabeza para pedir auxilio, una *spatha* le traspasó el cuello, el cual cayó de bruces sin decir palabra sobre el lodazal delante de Mael, que con las piernas abiertas en posición de alerta, ya enfundaba el arma; luego se secó el sudor con su mano derecha, mientras sigilosamente chapoteando sobre el barro llegaban los demás.

—A poco nos matas del susto, menos mal que te dio por coger dos lanzas; bueno, sigamos adelante y no paséis al lado de la antorcha; desde la

villa pueden ver nuestras sombras —susurró el decurio.

—¡Eres el mejor! ¿Qué pensaste, que era una trucha o un salmón? —le dijo César al cilurnigo mientras le daba una palmada en el hombro—. ¿Te acuerdas de que te dije que estos romanos no tenían ni puta idea de luchar?; tenemos que ser los *peregrini*, como nos llaman los muy hijos de pu...

—¿Quieres callarte?, ¡pareces una verdulera de un mercado, siempre hablando! —le recriminó el decurio al germano mientras el astur le guiñaba un ojo. Después de comprobar que el mercenario estaba bien muerto, se encaminaron hacia la villa.

—Ahora tú y yo, *peregrini*, tendremos que caminar siempre por la hierba. Nuestras *caligae* meten mucho ruido sobre la calzada de piedra, ¿entendido? Cuando lleguemos nos ayudaremos para subir al muro e iremos a dar por la parte de atrás del *horreum*, enfrente están las caballerizas y al lado se encuentra, digamos, el cuartel general —susurró el decurio que, al igual que los demás compañeros, caminaba encorvado arrastrando el hombro por la pared.

—¿Cómo sabe todo eso si nunca ha estado aquí? ¿Quién se lo dijo? —preguntó el germano.

—Cuando nos recibieron en la puerta, eché un vistazo rápido alrededor y todo quedó en mi cabeza; llevo muchos años guerreando y todavía estoy vivo, ¿comprendes? Hay que estar siempre atento porque nunca se sabe dónde te pueden joder, y ahora basta de cháchara; tú, César, y tú, Longus, os encargaréis de los del cuartel; es fácil de encontrar, tiene dos antorchas encendidas colgadas a ambos lados de la puerta; yo iré a por el centurión, que supongo que entablará pelea, y a ti, Castus, te dejamos el privilegio de liquidar al dómine.

—¿Cuántos cree que habrá ahí dentro? —preguntó en voz baja Mael.

—Creo que más o menos unos cinco —le respondió el decurio girando la mano habierta varias veces.

—¡Cinco! Y vosotros os vais a por dos.

—No te preocupes, astur, que son cinco antiguos legionarios para nosotros —le contestó el germano tapándose la boca, para que no se le

oyera reír.

—¡Aquí es! Ayudadme a subir.

Todos permanecían con el cuerpo agachado, Mael puso las manos entrelazadas en las cuales el decurio apoyó su *caligae*, el astur flexionó sus piernas y dando un impulso elevó al decurio hasta lo alto del muro, luego hizo la misma operación con Castus, los dos se quedaron en cuclillas arrimados a la pared al otro lado del muro entre una mata de geranios esperando al astur y al germano, este último entrelazó las manos en las que Mael apoyó el pie y dando un fuerte impulso se encaramó también en lo alto del muro, el germano se escupió en las manos y después de frotárselas enérgicamente se preparó para trepar, pero todo lo que tenía de grande lo tenía de torpe y, aunque sus brazos llegaban perfectamente a lo alto del muro, era incapaz de dar el suficiente impulso, y cada vez que lo intentaba, sus largas piernas resbalaban arañando la encalada pared.

—¿Qué os pasa? —susurró el oficial apartando los geranios.

—¡Dame la mano! —le decía Mael en voz baja, extendiendo el brazo desde lo alto del muro.

—¡Me tenéis hasta los huevos! Daos prisa que pronto amanecerá —susurraba el decurión desesperado.

—¡Vamos, que no se diga, un impulso más y estarás arriba!

Haciendo un gran esfuerzo y aguantando la risa, por fin el germano apareció en lo alto del muro ayudado por el astur llevándose por delante varias tejas que cayeron sobre los maltrechos geranios, que amortiguaron el ruido.

—Recuérdame que en la próxima traigamos las máquinas de asedio —dijo el gigantón escupiendo al suelo.

—Déjate de gilipolleces y baja con cuidado, que vais a despertar a toda la villa.

Todos ya en el interior y después de llevarse por delante geranios, hortensias y hasta un trepador rosal, se encaminaron agachados dando la vuelta al *horreum*, donde delante de ellos efectivamente vieron un pequeño edificio tenuemente iluminado por dos antorchas.

—Bueno, aquí nos separamos, si todo sale bien, nos reuniremos en la puerta de salida.

—¿Y si sale mal? —preguntó el germano al decurio.

—Entonces, que cada uno intente salvarse el culo como pueda, y os recuerdo que yo no obligué a nadie a venir, fuisteis vosotros los que me pedisteis que os trajera, y me estoy arrepintiendo —respondió el oficial.

Mael y César esperaron a que sus compañeros se alejaran en dirección a la gran casa; cuando los perdieron de vista, iniciaron la aproximación hacia el pequeño edificio donde, según el decurión, descansaban los mercenarios encargados de defender la villa. No se habían alejado siquiera unos pasos cuando a su encuentro les salió un enorme y babeante mastín de color cervato que, por suerte, en vez de ladrar se enfrentó a ellos gruñendo.

—Lo que nos faltaba, no contábamos con este —dijo el cilurnigo reculando varios pasos.

—Tranquilo, que este no dirá ni guau —respondió el germano desenfundando lentamente su arma, mientras el astur seguía reculando poco a poco. El germano permaneció quieto, mirando a los ojos, color avellana, del can, hasta que este enseñando los afilados dientes llegó a la peligrosa distancia de apenas un paso… Entonces el gigantón, sin mediar palabra, le propinó un golpe seco con la bola de la empuñadura de su *spatha* entre los dos ojos que lo fulminó; el perro se abrió de patas y cayó al suelo igual que un pellejo de vino.

—¡Ves cómo no dijo ni guau! —apostilló el germano haciendo señas con la mano para que se acercara el cilurnigo. Ya sin nadie a la vista, los dos llegaron de puntillas y se asomaron por un pequeño ventanuco. Los mercenarios efectivamente eran cinco; cuatro de ellos jugaban una partida de dados que uno tiraba sobre una mesa de madera sobre la cual reposaba una jarra y varios cuencos. La sala estaba iluminada por varias lucernas y un brasero chisporroteante impregnaba la noche de olor a leña. Mael y el germano se apostaron a cada lado de la puerta agachados y con las armas fuertemente cogidas con la mano derecha. De repente el mercenario que estaba de pie estiró los brazos dando un gran bostezo.

—¡Voy a echar una meada! Tengo la vejiga llena de vino, bueno, creo que es más agua que vino.

Sus compañeros se rieron, salió por la puerta y se encontró con una estocada en el bajo vientre, el hombre abrió desorbitadamente los ojos, se agachó para echar las manos a la barriga cuando un fuerte tajo le cortó la cabeza dejándola medio colgando, el mercenario cayó de bruces sin mediar palabra, el cilurnigo entró por la puerta con la *spatha* en alto bajándola con toda su fuerza sobre la cabeza del mercenario que estaba de espaldas a la puerta abriéndosela de arriba abajo, el hombre al instante soltó los dados que tenía en la mano, los cuales cayeron bailoteando por el suelo, mientras su cabeza caía dejando los sesos desparramados por la mesa, al que estaba a su derecha, el germano, que había entrado rápidamente detrás del astur, le clavó la *spatha* en la oreja izquierda saliéndole la afilada punta por la oreja derecha haciendo en su recorrido que sus ojos se le salieran de las cuencas. Su cabeza cayó también sobre la mesa dando un golpe seco. Todo fue tan rápido que nadie dijo una palabra. Los dos que quedaban situados enfrente se levantaron como resortes, tirando la jarra de vino y los cuencos que había sobre la repleta mesa. Uno dio unos pasos atrás e intentó sacar su arma para defenderse. Rápidamente, el germano miró hacia el cadáver que tenía a su lado, que portaba a su cintura un *gladius* el cual le quedaba a la altura de su mano izquierda, lo extrajo y lo lanzó sobre el tercer hombre el arma salió por los aires dando una, dos, y a la tercera vuelta penetró en medio de su pecho partiéndole el corazón al mercenario, apenas le había dado tiempo a desenfundar cayó de espaldas contra la pared y poco a poco se fue deslizando hasta quedar sentado en el suelo dejando una mancha de sangre sobre la blanca pared, el germano rápidamente echó mano a la jarra de vino levantándola antes de que se derramara todo el líquido, cogió un cuenco y se sirvió lo poco que restaba, con la pierna empujó al hombre al que había traspasado la cabeza tirando al suelo, cogió el taburete y se sentó tranquilamente, el cuarto hombre tiró su *gladius* al suelo en señal de rendición.

—¡Por los dioses, no me matéis! Yo soy un legionario como vosotros

que solo obedece órdenes.

—Tú has sido uno de los que intentaron matarnos para robarnos los caballos, ¿verdad? —le gritó Mael amenazándolo con su *spatha*.

—¡Yo no sé nada de robar caballos, además, ¿a ti qué te importa?, tú no eres romano! —respondió el mercenario con voz temblorosa.

—Entonces, ¿por qué llevas los pies manchados de boñigas de caballo? Estuviste en el cercado y esos caballos nos pertenecen.

El mercenario, al verse descubierto, empujó el brasero, que cayó desparramando las ascuas ardiendo por el suelo con la intención de salir corriendo por la puerta. Llegó a la puerta, sí, pero el cilurnigo ya le había clavado su *spatha* en el costado; el hombre cayó al suelo, gimiendo encima del cadáver de su compañero, donde el astur acabó rematándolo.

—Mi pueblo ya no aguantará más vuestras borracheras, y tenías razón: no soy romano, soy cilurnigo —le dijo el astur al muerto mientras envainaba su arma, luego arrastró con el pie un taburete y se sentó a la mesa, la cual estaba llena de sangre y sesos; el germano le puso delante un cuenco y del de él le sirvió un poco de vino; los dos elevaron los cuencos entrechocándolos en el aire.

—Por la amistad, ¡¡Largo! —gritó el germano.

—¿Largo? —respondió extrañado el cilurnigo.

—¿No decías que no sabías lo que quiere decir Longus?, pues más o menos en su puta lengua quiere decir que eres alto y delgado o algo así, y ahora voy a decirte una cosa: si quieres largarte para tu pueblo, puedes hacerlo; yo hablaré con el decurión y te prometo que no te pasará nada; ya has hecho bastante; has salvado la vida de un oficial romano que te ha separado de tu familia y te has cargado a unos cuantos indeseables; otros no han desenfundado la espada en años para defender a su amadísimo emperador como tú has hecho.

—No quiero marcharme; mi madre me dijo que Roma es el futuro.

—¡Futuro! Ya ves lo que es Roma: muerte y más muerte, y nosotros somos sus verdugos; aprovecha ahora, hazme caso y lárgate, después será demasiado tarde.

—Gracias, pero no quiero pasarme la vida bajando y subiendo acantilados hasta que un día me resbale y desaparezca en el mar; ahí lejos el destino me tiene preparado algo bueno para mí, además, ¿cómo os iba a dejar solos?

—Bueno, entonces vete hacia la puerta donde quedamos con el decurión, esperando que todo le haya salido bien; yo antes de marcharnos tengo que encargarme de unas cosas.

El decurio y Castus llegaron al muro donde se encontraba la puerta que daba acceso a la residencia del dómine, la cual encontraron cerrada.

—¿Qué hacemos ahora? —susurró Castus. De repente, la puerta se abrió lentamente, apareciendo tras ella tenuemente iluminado por la luz de una lucerna, el liberto Bardo.

—Pasad, ya os he visto llegar, los demás sirvientes ya están descansando, pero yo tengo muchas cosas que hacer antes de irme a dormir, por eso os he visto llegar. Soy ya viejo, pero mi oído es excelente. ¡Gracias, gracias! Mis súplicas a los dioses han hecho efecto, venís a matar a ese cabrón de Virgilio, ¿verdad? Ya me he enterado de lo que os han hecho; le oí cómo se lo contaba al dómine; decía que os habían quitado los caballos y que habían matado al decurión y al optio. Tu nombre es Marco, ¿verdad?

—Sí, lo es, y como puedes ver, no lo han conseguido. Y ahora dinos, ¿dónde se encuentra ese traidor? —preguntó el romano.

—Su *cubiculum* es el tercero de la derecha y el del dómine aquel del final, seguidme. ¡Gracias dioses, gracias!

El liberto caminaba con el brazo derecho levantado, en cuya mano portaba la pequeña lucerna, proyectando sobre la pared las sombras de los tres hombres, como si fueran espectros. El decurión caminaba pisando de lado para mitigar lo más posible el ruido de los clavos de sus *caligae*, aunque todo él metía ruido; su *cingulum*, las anillas de su *lorica amata*, todo era un tintineo de metal contra metal.

—¿Por qué haces esto? —le preguntó el decurio.

—He trabajado mucho para ser liberto, pero desde que ha llegado Virgilio, volvimos a ser esclavizados por él y por su látigo. ¡Lo maldigo!

Hemos rezado mucho para que llegara este día.

—Ahora déjanos solos y sigue rezando por nosotros a tus dioses.

Castus, tembloroso, como habían quedado anteriormente se dirigió con su *gladius* en la mano en dirección a la sala donde dormía el dómine al final del corredor, mientras el decurio contaba las puertas de los *cubiculum* extendiendo los dedos de su mano izquierda, primera, segunda, tercera, cogió la manilla y lentamente abrió la puerta, la habitación se encontraba bien iluminada por varias lucernas y un brasero sustentado por tres patas del que colgaba una pequeña barra de hierro con la que se revolvían las brasas, Virgilio se encontraba desnudo con el culo en dirección a la puerta con los brazos en jarra mientras una muchacha de pelo negro permanecía de rodillas enfrente de él, al oír abrirse la puerta se dio la vuelta dejando ver su erecto pene el cual fue perdiendo rápidamente su rigidez al encontrarse de frente con la punta de una *spatha* apuntándole a la barriga.

—¡Quién cojones! —dijo asustado Virgilio—. Pero si es Marco Macrino. ¡Tú, vete! ¡Déjanos solos! —le gritó a la muchacha, que cogió sus ropas del suelo y, tapándose los pechos, salió de la habitación corriendo. El decurión sacó del sobado monedero de cuero que pendía al cinto una bola de metal que tiró al suelo, la cual fue rodando hasta quedar parada al lado del pie descalzo del antiguo centurión.

—¿La reconoces? Los que crecimos en el barrio de la Subura, somos difíciles de matar.

—La verdad, te creía muerto, estos veteranos que tengo a mi servicio no me sirven; alguno se va a quedar sin cabeza, por eso te ruego que pienses la oferta que te hice; necesito hombres como tú, un día le cortaremos el pescuezo al dómine y seremos los dueños de todo este Imperio. ¿Qué te parece?

—¡Tienes razón! Tus hombres ya no te servirán: ya están camino del Hades y solo quedas tú.

Con la punta de la *spatha* cogió la túnica roja que estaba encima de la cama y se la tiró a los pies.

—Toma, vístete. No me gusta matar hombres desnudos.

Virgilio se puso la túnica y atusó sus cabellos.

—Me permitirás morir como un soldado romano.

El decurión le dejó que cogiera su *gladius* que dentro de su funda colaba de una larguirucha percha de madera.

—Esto es otra cosa; ya estamos iguales, *gladius* contra *spatha*, infantería contra caballería.

—No estamos iguales, los de caballería la tenemos más larga. —Se reía el decurio mientras daba pequeñas vueltas alrededor del centurión.

—Veo que tienes buen sentido del humor, decurión, es mejor morir riendo.

El centurión se abalanzó sobre el decurio con su *gladius* en alto; el choque de las dos armas, de las cuales salieron chispas, fue brutal. El centurión reculó unos pasos y volvió a abalanzarse esta vez con una estocada en dirección al vientre del decurio, que se apartó lo justo para que el centurión pasara de largo, lo que aprovechó el de caballería para ponerle la zancadilla dando con su cuerpo en el suelo, el centurión se levantó encolerizado y cogiendo un pequeño taburete por una de sus patas lo utilizó de escudo embistiendo con furia nuevamente, el decurio se defendía, pero sus mandobles iban a parar al improvisado escudo, ante el ímpetu que ponía el centurión el decurio tuvo que dar unos pasos atrás con tal mala fortuna que sus pies tropezaron contra una alfombra de piel de oso que cubría el suelo, el romano cayó sobre sus doloridas espaldas quedando desarmado, en dos pasos el centurión le puso el *gladius* a una cuarta del corazón, unas gotas de sudor resbalaban por su frente cayendo sobre el rostro del decurio.

—¡Si hubieras aceptado mi oferta, hubiéramos formado un buen equipo! Aún estás a tiempo.

—¡Id a la mierda tú y tu oferta! Y si vas a matarme, acaba de una vez.

El centurión cogió con las dos manos el *gladius* y lo levantó por encima de la cabeza para hacer fuerza, pero la punta de una barra de hierro forjado salió del pecho del centurión haciéndole soltar el *gladius*, que se estrelló contra el suelo haciendo un estruendoso ruido metálico, Virgilio echó las manos a la barra que le había traspasado mientras un hilo de sangre salía

por su boca, el decurio se puso de pie rápidamente mientras el antiguo centurión de la legión V Alaudae caía desplomado sobre la alfombra quedando su cara con los ojos abiertos enfrente de una gran cabeza de oso disecado con las fauces abiertas, mientras de pie en el medio de la sala el liberto Bardo permanecía con la mirada perdida, el decurio se acercó a una pequeña mesita que estaba al lado de la cama sobre la cual reposaba un látigo, lo cogió y volvió sobre sus pasos, cogió la mano derecha del liberto y le puso el látigo en ella diciéndole al oído:

—¡Lo has conseguido! Ya has matado a este cabrón.

El decurión cogió su *spatha* del suelo y salió al corredor, donde oyó unos ruidos que provenían de la entrada a la casa, donde vio a Castus con el brazo levantado diciéndole adiós; el decurión Marco Macrino levantó su brazo igualmente y lentamente lo movió también de un lado al otro.

—Hasta siempre, Castus, ya eres libre… —dijo para sí mismo el decurión.

(Anteriormente en la habitacion del *pater familias*)

Castus abrió la puerta de la habitación del dómine portando un puntiagudo *gladius* perteneciente a uno de los muertos de la emboscada en su temblorosa mano derecha; sus mocasines y pantorrilleras así como su túnica de piel de oveja negra hacían resaltar su pelo ya plateado atado con una fina tira de cuero sobre la frente al estilo astur, nunca había entrado en esa habitación un hombre vestido como él y menos portando un amenazante *gladius*. El dómine permanecía de pie, vestido aún con su toga y la cabeza tapada, rezando, enfrente de un pequeño altar incrustado en la pared del cual salía un humo que envolvía la sala con un fuerte olor a incienso. La patricia se encontraba sentada sobre un *triclinium* peinándose los cabellos, cosa rara porque era costumbre en Roma que las dóminas durmieran en otra habitación; un gran brasero iluminaba la sala junto a varias lucernas que hacían brillar las teselas del gran mosaico del suelo, así como las paredes pintadas de negro y naranja, y a la derecha se encontraba la cama sobre la que reposaban varios cojines de varios colores.

—¿Qué haces aquí, bárbaro? ¿Cómo te atreves a entrar en mis

aposentos? Sal de aquí inmediatamente si no quieres que te corten la cabeza.

Castus mirándolo fijamente ni se movió.

—¿No me has oído? ¡Fuera de aquí!

—¡Virgilio! ¡Virgilio! —gritó el dómine descubriéndose la cabeza.

—Es igual que lo llames, los muertos no escuchan a nadie.

La patricia atemorizada dejó caer su peine y salió corriendo de la sala.

—¡Virgilio! ¡Bardo!

—Es inútil; nadie vendrá a defenderte.

—¿Qué es lo que quieres? ¿Quieres dinero?, te lo daré.

La rotunda voz del *pater familias* se volvió temblorosa.

—No quiero nada, ¡vengo a matarte!

—¡Matarme! ¿Por qué? ¿Qué te he hecho?, yo no te conozco; además, por tu aspecto, tú no eres de aquí.

—¡Sí, soy cilurnigo! ¿Los conoces?, ¿o solo conoces a sus hijas, a las cuales esclavizas?; se te acabó cobrarnos los abusivos impuestos y enviarnos a tus borrachos mercenarios; se te acabó robar nuestras cosechas y nuestros animales; ¡nadie va a llorar por ti, dómine!

El *pater familias* se arrodilló delante de Castus.

—Escucha, te daré lo que me pidas, tengo dinero, joyas, oro, sí, te daré oro, podrás ser rico; yo no diré nada de lo que ha ocurrido aquí, te lo juro por todos los dioses.

Mientras el dómine hablaba, Castus no se dio cuenta de que una mano se introducía en la toga en busca de una pequeña daga, el eburon sintió un pinchazo en la ingle, rápidamente Castus levantó su *gladius*, pero la falta de experiencia y el nerviosismo hicieron que lo golpeara con la parte plana del *gladius* en la sien izquierda, el *pater familias* cayó sin sentido sobre las limpias teselas, rápidamente el antiguo esclavo salió de la habitación hacia el pasillo en donde se encontró con el liberto Bardo parado enfrente de la puerta del *cubiculum* de Virgilio donde se oía entrechocar de aceros, fue abriendo puertas una por una hasta que dio con las jóvenes cilurnigas, todas estaban juntas en una esquina del pequeño *cubiculum* tapándose el rostro

con su largo pelo.

—No, nos matéis, por favor.

—Nadie os va a hacer daño, ¿no me reconocéis? ¡Soy Castus!

—¿El que llaman el esclavo? —respondió una de las jóvenes.

—¡El mismo! Y ahora tenemos que marcharnos rápidamente y no os preocupéis que el dómine ya no hará más daño a nadie.

—¡Entonces, vámonos para casa! —dijo la de más edad.

Todas salieron en fila corriendo por el corredor en dirección a la puerta de salida. El último en llegar a ella fue Castus, que se detuvo al sentir que algo húmedo arrollaba por su pierna. Echó la mano a la parte interior del muslo para luego mirarla a la luz de una lucerna que colgaba al lado de la puerta, viendo que estaba manchada de sangre. De repente un sudor frío empapó todo su cuerpo a la vez que su corazón empezó a palpitar velozmente, entonces se dio media vuelta y vio al fondo del corredor al decurión que salía del *cubiculum* de Virgilio y que con el brazo levantado le decía adiós.

El decurión se dio media vuelta en dirección a la habitación del dómine de la cual salía un fuerte olor a incienso para como buen oficial comprobar que todo había salido bien, allí se lo encontró tirado en el suelo boca abajo, pero al romano le extrañó que no hubiera sangre junto al cuerpo, solo un fino reguero rojo que se perdía en dirección al corredor, decidió entrar en la sala cuando una de sus *caligae* tropezó contra una pequeña daga que había en el suelo que, impulsada por el golpe, salió resbalando sobre las brillantes teselas hasta impactar con el cadáver del dómine, el decurio, extrañado de que no hubiera sangre, se agachó para darle la vuelta poniéndolo boca arriba, efectivamente la toga estaba impoluta sin mancha de sangre alguna, entonces lo cogió por la nuca para levantarle la cabeza para ver si respiraba.

—Ay, ay, por todos los dioses, ¿dónde estoy? —susurró el cadáver, el decurio al oírlo sobresaltado soltó la cabeza del dómine que libre impactó, haciendo un sonido hueco sobre las brillantes teselas.

—¡Está vivo el muy cabrón! —gritó el decurio dirigiéndose al liberto, que entraba por la puerta en ese preciso momento, el romano se fijó en su

cara, que estaba marcada con la forma de la hoja del *gladius* a la altura de la sien—. Este Castus no ha tenido huevos y se ha marchado dejando el trabajo a medias.

—¡Mátalo! ¡Mátalo! —gritaba nerviosamente el liberto sin quitar las manos de la boca.

—Cállate, nadie va a matar a nadie. Ahora harás lo que yo te diga, quítale la ropa y date prisa.

El liberto se agachó y rápidamente empezó a deshacer la blanca toga del dómine que permanecía en el suelo sin sentido, moviéndolo de un lado a otro…

—¡Ya está, dómine! —dijo el liberto refiriéndose al decurio, mientras con el brazo se limpiaba las gotas de sudor que corrían por su frente.

—¡No me llames dómine!

—¡Perdón! Decurión Marco, es que estoy muy nervioso.

—Ahora quítate la ropa y pónsela a él.

—¿Qué pretendéis, dómi…? Perdón, decurión.

—¡Ya lo verás!

El liberto, cada vez más nervioso, se quitó rápidamente la ropa, mientras daba grandes bocanadas intentando meter más aire a sus cansados pulmones. Ahora solo quedaba volver a vestir a Veranius, pero costaba mucho trabajo mover un cuerpo en el suelo por segunda vez.

—¡¡Ya está! —dijo con voz entrecortada el agotado liberto, que permanecía puesto de rodillas en el suelo.

—Te queda el calzado, y con ese peine, quítale ese peinado de patricio y ahora ponte tú su toga; supongo que sabrás ponértela después de tantos años de sirviente.

—¡Sí, sí, señor!

El liberto se puso con algún que otro problema la toga. Era la primera vez en su vida que se sentía importante, el cansancio había desaparecido de repente y hasta su cuerpo un poco encorvado por el duro trabajo parecía más erguido. Por último, cogió el trozo de paño sobrante y se lo puso sobre el hombro derecho, haciendo que sus pliegues quedaran perfectos.

—¡Ya está! —dijo.

El decurio se sentó en el *triclinium* observándolo vestido con la blanca toga mientras se exhibía moviéndose de un lado al otro, mientras el dómine, aún aturdido del golpe, intentaba farfullar alguna palabra… El romano se agachó y, cogiendo la mano derecha del dómine, escupió sobre el dedo anular de este para poder quitarle el anillo que portaba, luego poniéndose de pie apartó los mullidos cojines para sentarse nuevamente sobre el *triclinium*.

—Toma, ahora ponte este anillo y escúchame bien, desde ahora tú eres el dómine de esta villa, tu nombre es Lucio Veranius, serás el administrador y *pater familias*, supongo que no con mano tan dura como este cabrón. Mis hombres ya han acabado con los mercenarios, lo sé porque si no ya habrían llegado rápidamente para salvar a su jefe, y Virgilio ya es historia, así que no tendrás problemas con ellos. Desde este momento este es un esclavo renegado que quiso matar a su dómine; yo mismo lo entregaré a las autoridades de Lucus Asturum.

—Pero ¿qué decís? ¿Estáis loco? Nos queda su mujer; nos denunciará.

—Eso ya es cosa tuya, un *pater familias* tiene que saber solucionar sus problemas, y no te preocupes, esto ocurre en Roma todos los días, yo tengo que entregar doscientos caballos; ah, te quedan unos cuantos cadáveres por enterrar.

El decurio, que seguía sentado sobre el *triclinium*, dio unas palmadas sobre sus rodillas y se puso de pie.

—Solo hay una cosa que desentona —dijo el decurión rascándose la cabeza.

—¿Cuál es, dómi…, señor? —preguntó asustado el liberto.

—¡Tu cara! Es difícil encontrar a un rico dómine con la cara curtida por el sol como la tuya —respondió riéndose el romano que, dirigiéndose hacia una pequeña mesita sobre la cual reposaba una jarra con agua, la cogió, y acercándose al ahora esclavo, la derramó sobre la cara del destituido *pater familias* que, al recibir el frío líquido, dio un respingo a la vez que abría el ojo que le quedaba sano, pues el otro, al igual que el pómulo, estaba

completamente hinchado a causa del fuerte golpe que le había propinado Castus, el decurio, lo cogió por el cinturón y lo levantó en vilo.

—¿Qué ha ocurrido?, ¿a dónde me llevas? Pero si eres tú. ¡Virgilio, Virgilio! —gritaba aturdido el nuevo esclavo, balanceándose de un lado al otro.

—Por mucho que grites, nadie va a venir a ayudarte y da gracias a los dioses de que aún estés vivo. ¿No te parecen bastante todas las riquezas, que tenías que ensuciarte por unos caballos? Ahora lo has echado todo a perder, maldito egoísta —le respondió el romano.

Llegaron al *vestibulum* donde se encontraba la puerta de salida de la residencia del dómine, donde el decurio se dio la vuelta para mirar por última vez al nuevo *pater familias*, que con su toga blanca permanecía firme con la mirada perdida al final del corredor. El decurio con el esclavo cogido por un brazo llegó a la puerta principal de la villa; allí estaba, como habían quedado, esperándolo, Mael.

—¿Qué tal, señor, ha acabado con ese cabrón?, y este que le acompaña, ¿quién es?

—Luego os lo contaré, ¿y a vosotros cómo os ha ido?

—Todo perfecto, señor.

—Tenemos que irnos rápidamente, pronto amanecerá. ¿Dónde está César?

—Me dijo que tenía unas cosas que arreglar —le contestó el cilurnigo moviendo la cabeza a un lado y al otro; de repente entre la oscuridad, como un fantasma, apareció la gigantesca figura de un ser con tres cabezas.

—¡Por todos los dioses! ¿Qué es eso, señor? Mael desenfundó su *spatha*, que emitió su característico sonido metálico, y se puso en guardia.

—¿Quién ha desenfundado? —gritó el germano, la sombra quedó al poco tiempo iluminada por dos pequeñas lucernas colgadas a ambos marcos de la puerta principal, delatando al fantasma, que no era otro que el gigantón César, que portaba sobre su hombro izquierdo un gran pellejo repleto de vino, y sobre el otro a modo de alforjas dos grandes gallinas. El astur envainó nuevamente el arma, mientras el oficial no podía refrenar la

risa.

Las muchachas salieron corriendo de la villa en silencio y sin llevar de ella ninguna pertenencia; después de un largo trecho, al ver a lo lejos la luz de unas antorchas, se resguardaron entre unos arbustos a la espera de Castus, que venía más retrasado.

—¡Cuidado! Que no os vean —dijo el eburon con voz entrecortada, dejándose caer de lado entre los arbustos.

—Es el puesto donde se pagan los impuestos por pasar las mercancías; cuando nos dirigíamos hacia la villa había dos vigilantes armados y solamente se puede pasar por ahí —explicaba Castus, sujetando el *gladius* en su mano derecha cada vez más temblorosa.

—Tenemos que buscar la forma de atraerlos hacia aquí, pero de uno en uno.

La mayor de las muchachas tomó la palabra.

—Las mujeres somos expertas en atraer a los hombres; piensan más con lo que tienen colgando entre las piernas que con la cabeza.

—Bueno, mira si consigues traer a uno hasta aquí.

Castus clavó el *gladius* en el suelo y se quitó la cinta de cuero que le sujetaba el pelo; dio unas vueltas en una mano y otras en la otra e hizo fuerza varias veces separando las manos para probar la resistencia del cuero. Ahora había que esperar, mientras las demás muchachas permanecían en silencio, escondidas entre los arbustos, abrazadas unas a las otras.

—¡Por Castor y Pólux! ¿Ves lo mismo que yo o estoy soñando despierto?

—¿Qué dices?

—Mira lo que se aproxima por el camino.

Los dos mercenarios se quedaron mirándose uno al otro sin dar crédito, por el camino se acercaba una muchacha de pelo negro que le llegaba hasta el pecho, andares sensuales, vestida con una ceñida túnica roja. Cuando llegó adonde se encontraban los dos hombres, uno de ellos echó las manos al cinturón, acomodándolo en la cintura mientras estiraba su cuerpo para parecer más alto.

—Tengo permiso del dómine para que me dejéis pasar —les dijo la muchacha.

—Eres una esclava de la *domus*, ¿verdad? —le preguntó uno de los centinelas.

—Es una cilurniga de mierda —respondió el otro.

—¿Sabes que, para pasar, aunque tengas permiso, tienes que pagar?; son órdenes del dómine.

—¡Sí, pero yo no tengo dinero!

—Bueno, podemos llegar a un acuerdo.

—¡No te metas en líos! Si se entera, Virgilio nos matará a latigazos.

—¡Cállate la boca, siempre estás igual, Virgilioo, Virgilioo!

—¿Qué te parece, muchacha, si tú y yo llegamos a un acuerdo? El plan que la cilurniga había pensado está saliendo bien.

—Bueno, si es lo que yo pienso, podemos acercarnos a aquellos arbustos, que ahí hay menos luz; no me gusta tener mirones.

El mercenario la siguió hasta los arbustos, la cogió por la cintura apretándola contra él mientras ella disimuladamente daba media vuelta para ponerlo de espaldas a los arbustos donde la esperaba Castus con su cinta de cuero. Cuando lo tuvo cerca, se la echó al cuello apretando fuertemente. El mercenario soltó a la muchacha echando sus manos al cuello gimiendo al no poder respirar. Los gemidos llegaron a oídos de su compañero, que le gritaba:

—Lo estás pasando bien, ¿eh, cabrón? Como se entere el dómine, vas a gemir de otra manera; ya verás, luego dirás que calle la boca.

El mercenario no paraba de moverse dando patadas y, por mucho que apretara Castus la cinta, sus fuerzas ya no daban para más; su corazón se estaba quedando sin sangre. La muchacha, al ver que el mercenario casi llegaba a quitarse la cinta, cogió el *gladius* con las dos manos, que estaba clavado en el suelo, y se lo clavó en el estómago; lo mantuvo clavado hasta que el antiguo legionario fue deslizándose poco a poco al suelo, quedando sentado entre los arbustos con la lengua colgando y los ojos abiertos, mientras su compañero volvía a gritar:

—¡Mucho tardas!

—¿Qué es, que no te la encuentras? Ja, ja, ja.

—Ahora nos queda el otro.

La voz de Castus era cada vez más débil. La muchacha extrajo el *gladius* y en voz baja les dijo a sus compañeras:

—Ahora me tenéis que ayudar; yo lo entretendré mientras vosotras os acercáis con cuidado y acabáis con él, ¿de acuerdo?

La muchacha se dirigió hasta donde estaba el segundo hombre, que, al verla llegar, le gritó:

—¿Dónde está mi compañero? ¡Puta cilurniga!

—Se ha quedado rendido; como ves, no era tan hombre como presumía. Ahora te toca cobrar a ti.

La muchacha se dirigió andando sensualmente hasta el haz de luz que proyectaban las antorchas; el mercenario babeando la cogió del brazo y le dio violentamente la vuelta poniéndola de espaldas hacia él. Le levantó la túnica y puso sus callosas manos en sus nalgas.

—Ahora, vas a saber lo que es un romano, no como ese que has dejado rendido.

—Venga, ahora que está de espaldas, aprovechad, tenéis que matarlo —les susurraba Castus, pero las muchachas estaban paralizadas de miedo; entonces el galo inhaló fuertemente aire por su nariz, le quitó el *gladius* a una de las muchachas y, soltando el aire lentamente, salió corriendo.

—¿Qué cojones pasa aquí? —gritó el mercenario dando media vuelta en el momento en el que la punta de un *gladius*, el arma más mortífera creada por Roma, perforaba el cuero de la *lorica* del veterano legionario quedando clavado en un costado. Los dos cayeron al suelo uno encima del otro, el mercenario entre convulsiones dejó de respirar, la muchacha se acercó a Castus, que permanecía encima del legionario muerto, cogiéndolo por los brazos.

—¡Vamos, levántate! Gracias a ti lo hemos conseguido; ahora tenemos que llegar a Noega.

—¡Yo ya no puedo! Ahora tenéis que seguir vosotras solas, ya sois

libres.

La muchacha se puso de rodillas a su lado, levantándole la cabeza y apoyándola contra su pecho. Al verlo a la luz de las antorchas se dio cuenta de que sus piernas estaban llenas de sangre y que ya no podía hacer nada por él; entonces le acarició los cabellos y lo besó en la frente mientras el eburon le apretaba su mano hasta que la presión fue disminuyendo poco a poco. El esclavo que un día fue liberado por el pueblo cilurnigo moría sabiendo que les devolvía el favor, dejándoles libres del opresor Veranius, mientras por el este empezaba a vislumbrarse el nuevo amanecer.

Llegaron al cercado; la antorcha era ya solamente un rescoldo; el mercenario yacía en el suelo entre el barro boca abajo con la lanza clavada en la espalda; el astur tiró de ella con las dos manos extrayéndola del cuerpo y lo mismo hizo con la que permanecía clavada en las ramas del cercado; luego le dio la vuelta al cadáver para poder quitarle el *gladius* y la capa.

—¡Esto ya no lo necesitarás! —le susurró Mael al muerto. Echó la capa en el suelo y depositó el *gladius* con su funda sobre ella, envolviéndolo con cuidado para luego ponerlo debajo del brazo, listo para partir, mientras el germano de una patada abría la puerta del cercado.

—¡Arre, arre, fuera, fuera, caballo! —gritaba el germano metido entre el barro, dándoles palmadas sobre sus grupas según iban saliendo por la puerta y que en perfecta formación iniciaron el camino otra vez hacia Lucus Asturum en busca de sus compañeros de manada.

—¡No se preocupe, señor! No pararán hasta que se encuentren con sus compañeros. El olor dejado por la manada les guiará, arre, arre, fuera, fuera, caballo.

—¡A dónde me lleváis, cabrones! Todo el poder de Roma caerá sobre vosotros, no tendréis sitio donde esconderos, y a ti, decurión de mierda, te cortarán la cabeza. No sabéis el poder que tengo yo; soy el *pater familias*, soy Lucio Veranius —gritaba el esclavo, mientras movía el brazo a un lado y a otro para intentar zafarse de la mano del decurio.

—¡Cállate la boca, esclavo traidor, mira que querer asesinar al dómine!

A ti sí que te va a caer el poder de Roma.

—Pero ¿qué dices? Yo soy el dómine; soy Lucio Veranius.

—¿Veis lo que os dije?, está loco; tu nombre es Bardo y has querido asesinar al dómine, menos mal que lo protegen los dioses y podrá seguir beneficiando a Roma y a su emperador.

El esclavo se desgañitaba dando voces, echando saliva por su apestosa boca, mientras el decurio en voz baja les iba explicando más o menos lo que había ocurrido y lo que iba a hacer con el esclavo. De repente del bosque de pinos apareció Auledo con los caballos.

—He visto pasar la manada y pensé que me podías necesitar.

—Por supuesto que te necesitamos, toma, lo prometido —le decía el germano mientras le ponía encima de la grupa del caballo el pellejo de vino y las gallinas, el cual resopló por los ollares al recibir el peso. Todos montaron en sus caballos y, en el que quedaba libre que pertenecía a Castus, montaron al esclavo atado de manos…

—Mira, en esta capa tengo envuelto un *gladius* para regalárselo a Belarmo, hace días que lo veo muy triste. ¿Sabes tú qué le puede pasar?

—Igual echa de menos a su mamá —comentaban Mael y Auledo, que cabalgaban uno al lado de otro, y por detrás de ellos cabalgaba el esclavo, gritando y maldiciendo al decurión y a todos los cilurnigos. Mientras, por el este, empezaba a vislumbrarse el nuevo amanecer…

Los cinco jinetes estaban ya próximos a entrar en el bosque donde habían sufrido la emboscada cuando el decurio se fijó en que el germano hacía un rato que cada poco miraba para atrás y no era buena señal.

—¿Qué te ocurre? ¿Tienes pulgas en el culo, que no paras de moverte?

—¡No, señor! Pero me parece que alguien nos sigue.

El decurio no dudó ni un momento del experto germano y rápidamente lo mandó esconderse en el bosque. Mientras ellos seguían al paso, el decurio por precaución echó mano a la empuñadura de su *spatha*. De repente su mirada quedó fija en un punto sobre las dos orejas de su caballo, su mente empezó a darle vueltas y una voz en su interior le decía: «¡Siempre has confiado en tu *spatha*, ponderándola por delante de los

dioses; no serían ellos los que hoy te han salvado la vida dos veces y no tu *spatha*!». Unos gritos de mujer despertaron su mente, poniéndola de nuevo en la realidad; delante de él estaba el germano, que sujetaba por las riendas un purasangre blanco en cuya grupa estaba sentada la joven patricia y esposa del dómine, vestida solamente con una fina túnica. La cara del romano pasó del moreno al pálido.

—Mirad lo que he encontrado en el bosque; creo que es una de las putitas del dómine.

—¡Cállate la boca! —le gritó el decurio—. ¿Por qué nos seguís?

—¡Por favor, no me matéis! ¡Llevadme con vosotros! Os lo ruego, no quiero estar más con ese viejo baboso.

— Tranquila, nadie te va a hacer daño y lo siento mucho, pero no podemos llevaros con nosotros; lo único que podemos hacer es acompañarte hasta Lucus Asturum, que es adonde nos dirigimos.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Quién es? —le preguntó el germano en voz baja al decurio.

—Siempre estás metiendo la pata, es la esposa del dómine. El germano soltó las riendas y se echó las manos a la cabeza.

—¡Por las barbas de mi abuelo! ¡Perdone, señor! Claro que he metido la pata, pero hay que reconocer que tiene buen gusto el cabrón.

La patricia pasó al lado del esclavo y se fijó en su cara; tenía el ojo y el pómulo hinchados y estaba medio adormilado; ella lo reconoció rápidamente pero sin decir palabra arreó su caballo hasta llegar a la altura del decurio.

—¿Quién es ese esclavo que lleváis? —preguntó la joven.

—Es el esclavo que organizó la revuelta en la *domus* e intentó matar al dómine, lo entregaremos a las autoridades militares en Lucus Asturum.

Los dos se quedaron mirándose a los ojos; el decurio se quitó su capa y se la ofreció a la joven poniéndosela sobre los hombros, luego espoleó a su caballo y levantando el brazo derecho gritó: «¡En marcha!». Los cuatro jinetes juntos, el esclavo y la patricia, pusieron rápidamente al trote a sus caballos en dirección al campamento donde los esperaban sus compañeros.

Capitulum

V

La mañana amaneció con una fina niebla, cubriendo con su húmedo manto la extensa llanura donde pastaban tranquilamente parte de la manada. El optio Flavio Vetio pasaba lista por segunda vez al ver que le faltaba un hombre y, para más señas, uno de los cilurnigos llamado Belarmo.

—¿Alguien sabe algo de Belarmo? —preguntó el optio a la formación.

—Por la noche yo lo vi marcharse con su caballo y armado con una lanza, pero no lo he vuelto a ver —le respondió uno de los auxiliares germanos.

—Yo le ordené que hiciera guardia donde la manada; espero que no haga lo que todos pensamos; a los desertores se les da caza enseguida y ya se os ha dicho lo que les pasa después.

El optio guardó en su tienda la tablilla donde estaban escritos los nombres de todos los hombres de la mermada decuria, así como el de los reclutas. Todos tenían cara de sueño y ganas de romper filas para preparar el *prandium* y calentarse un poco en la pequeña hoguera, pero algo les llamó la atención; los caballos estaban nerviosos emitiendo pequeños relinchos y bufando por sus ollares y la mayoría de los que se podían ver a través de la niebla miraban todos con las orejas tiesas para el mismo sitio. El que más relinchaba era el semental que escarbaba nervioso con su pata delantera en la húmeda hierva.

—¿Qué les pasa a los caballos? —preguntó uno de los astures.

—Habrán olfateado a una buena yegua —le respondió uno de los auxiliares entre risas.

—¡Lo han conseguido! Son los asturcones que nos robaron —gritó el optio dando un puñetazo al aire.

Los caballos fueron apareciendo a través de la niebla, mezclándose con

el resto; los relinchos y bufidos fueron subiendo de intensidad; era como si se alegraran de ver a un amigo que hacía tiempo que no veían; al poco tiempo todos estaban tranquilos pastando nuevamente. Cuando todo se calmó apareció a través de la niebla montado sobre su corpulento percherón negro, el cual sobresalía en altura sobre los pequeños asturcones, sobre la cabeza del decurión resaltaba el casco con su penacho transversal de crin de caballo y sobre su pecho los relucientes *torques* de plata, a su lado cabalgaba una mujer envuelta en una capa roja con dos pieles de zorro al cuello, más atrás iba Mael sujetando las riendas de un caballo que transportaba un hombre con las manos atadas, a su lado cabalgaba el gigantón germano y un poco más retrasado el pequeño Auledo, que portaba sobre la grupa de su caballo un pellejo de vino y dos gallinas… El optio extendió la mano derecha en señal de saludo y el oficial se lo devolvió levantando su vara de vid. Inmediatamente un auxiliar se hizo cargo de las riendas del caballo del decurio, el cual desmontó y estrechó fuertemente la mano del optio para luego poner las manos en los riñones para ayudarse a estirar la maltrecha espalda.

—¿Cómo va esa herida? ¿Te la ha visto un médico?

—No, señor, no hemos ido a la ciudad todavía, pero ya ha parado de sangrar —le contestó el optio a la vez que pasaba la mano sobre la herida.

—Como verás, nos fuimos cinco y regresamos seis, y entre ellos una mujer, y lo mejor es que no hemos sufrido ninguna baja, hemos acabado con esos cabrones de mercenarios y recuperado los caballos. El recluta Longus se ha comportado como un profesional. Este muchacho llegará lejos, ya lo verás.

—¡Mira! —le dijo dándole un codazo Mourus a el sin dientes, señalándole con el dedo lo que traía el decurión sobre un brioso corcel.

—¡Por todos los dioses, el jefe nos trae una mujer de botín de guerra; el muy cabrón, por eso no quiso llevarnos con él a recobrar los caballos, ¡la quiere para solo para él! —respondió el desdentado rascándose las barbas.

—No creo que te la deje probar; es imposible comer carne con una boca tan desdentada. Ja, ja, ja. —Rio Mourus, dándole un manotazo sobre la

espalda—. Anda, sigue arreando caballos, que es para lo que sirves.

—La mujer es la esposa del dómine, ¿verdad? —preguntó el pelirrojo mientras el caballo de la joven patricia se ponía al lado de los dos oficiales. Las miradas entre ella y el optio se cruzaron como había ocurrido en la cena en la *domus*.

—¡Te sienta bien esa capa y esas pieles! —le dijo el romano sin apartar la mirada de sus ojos.

—¡Y a ti esas plumas! —le contestó la joven, refiriéndose a las plumas que portaba en el casco.

El decurio los miró a los dos y meneó la cabeza; sabía que aquella mirada y la conversación entre los dos podrían traer problemas. El suboficial agachó levemente la cabeza en señal de saludo, fijándose en sus blancos pies, que calzaban unas simples *soleae*, las cuales solo las más pudientes utilizaban para andar por el interior de sus casas, dando a entender que debió de abandonar la *domus* apresuradamente.

—¿Has tenido algún problema después que os dejamos? —le preguntó el decurio al segundo al mando.

—No, señor, el único problema es que nos falta un recluta que no ha vuelto de la guardia que se le asignó esta noche ¿Y qué hacemos con los cadáveres del portaestandarte y el auxiliar, señor?

—Ordena a dos auxiliares que busquen suficiente leña; hoy por la noche haremos la incineración. ¿Dónde los tienes?

—Siguen sobre el caballo, alejados del campamento.

—¡De acuerdo! Ahora dejaremos al germano César al mando; tú y yo iremos primero al pueblo a dejar al esclavo y a la dómine, y luego volveremos para hacer entrega de los reclutas.

—¡A la orden, señor! ¿Y qué ha sido de Castus? Veo que no ha regresado.

—Lo he dejado libre; se lo ha merecido; por cierto, cuando nos despedimos, supongo no sabía que se había dejado su misión a medias.

—¿Su misión? —preguntó el optio.

—Olvídalo… ¿Y ese recluta crees que habrá desertado o se habrá ido a

la ciudad de juerga?

—¡No lo creo, señor!

—Bueno, si esta noche no se presenta, lo tendremos que declarar prófugo, avisado estaba.

La niebla poco a poco se fue disipando, dejando ver el cielo cubierto de nubes, todas ellas de diversas tonalidades de gris, manteniéndose solamente al lado del río y en las zonas encharcadas. Lejos del campamento, el optio ayudó a la dómine a desmontar, cogiéndola en brazos para que no pusiera sus delicados pies en el embarrado suelo, introduciéndola en la tienda *praetorium*, y sin apartar la mirada de sus vellos ojos la depositó en el suelo delicadamente, donde la esperaba el decurión.

—Señor, si no ordena ninguna cosa más, iré a dar las órdenes al auxiliar César.

Él decurión le indicó con la mano que podía irse quedándose a solas con la joven dómine.

—Si eres tan amable me gustaría hablar contigo —le dijo el oficial mientras con la mano le indicaba que tomara asiento en uno de los camastros. La tienda olía a sudor y a humo; la muchacha cogió la punta de la capa poniéndola disimuladamente tapándole la nariz.

—Como podéis observar, la vida militar no tiene muchos lujos —le dijo el decurio, que tomó también asiento sobre el otro camastro, entrecruzó sus dedos, inclinó un poco el cuerpo y, apoyando los codos sobre las rodillas, se dirigió a la dómine—. Primero decirte que tú no estabas dentro de nuestros objetivos así que puedes estar tranquila que nadie te va a hacer daño y segundo quiero explicarte por qué ha sucedido todo esto: tu esposo ha querido sobornarme para que le entregara la mitad de la manada, para luego volver a vendérsela al ejército llenando nuevamente sus arcas y, como no accedí, nos envió a sus mercenarios, que nos hicieron una emboscada con el fin de robarnos los caballos, y en la cual desgraciadamente murieron dos de mis mejores soldados, no en batalla limpia sino por la avaricia de quien ya sabes, pude haberlo matado y saquear y quemar la villa, pero no sé por qué, igual es que me estoy haciendo viejo opte por perdonarle la vida. El resto,

más o menos, ya lo sabes. Aunque nací en un barrio pobre de Roma, aún puedo mirar a los ojos a mis soldados de frente porque a día de hoy nadie puede llamarme corrupto.

—Sé que mi palabra vale poco, pero quiero decirte que lo que has hecho te honra y si llegara a oídos del emperador… —El decurio levantó la mano haciéndola callar.

—Dejemos en paz al emperador, que tendrá otras cosas de que preocuparse. Bueno, el llevarte con nosotros es imposible, nos quedan todavía muchos días de viaje, y como te dije lo único que puedo hacer es llevaros hasta Lucus Asturum, que nos queda cerca, y allí conseguir una escolta que os lleve de vuelta a la *domus*, lo siento, pero no puedo hacer nada más, mis órdenes son entregar los caballos lo más rápido posible y de ello depende la vida de muchos hombres. He dejado a Bardo al cuidado de la villa. ¡Pero tu sigues siendo la dómine! Tu esposo ya no te molestará y el hijo de pu…. ¡Perdón! Virgilio y sus mercenarios tampoco. Bardo no creo que te ponga ningún problema; al contrario si sigue las instrucciones que le di, entre los dos podréis llevar perfectamente la villa.

—Gracias, pero yo no soporto vivir en esa *domus*. En ella he vivido los peores días de mi vida, ni consigo acostumbrarme a esta tierra fría y húmeda; además, quedarán por resolver cantidad de sus trapicheos. ¿Cómo lo solucionaré?

—Bardo te ayudará, es perro viejo, lleva mucho tiempo en la villa y conoce sus entresijos; verás cómo él lo soluciona; bueno, tienes tiempo para pensarlo hasta que lleguemos a la ciudad, eres muy joven todavía y podrás encontrar a otro hombre con el que podrás formar otra familia.

El decurión se puso de pie, dando dos palmadas sobre sus rodillas, y salió de la tienda, dejando cabizbaja a la joven patricia, mientras a Mael y a Auledo los recibían sus compañeros astures como héroes y sobre todo por traer dos espléndidas gallinas y un gran pellejo de vino. La algarabía llegó a oídos del optio, el cual, ya montado en su caballo, gritó:

—¡Tú, el de las gallinas!

—¡Sí, señor!

—¿Cuál es tu nombre?

—¡Auledo, señor!

—Quedas encargado de preparar las gallinas y de que ese odre de vino no sea tocado por nadie hasta la cena. ¿Entendido?

El pequeño astur encogió los hombros y agachó levemente la cabeza.

—¡No te he oído! —gritó el optio mientras su caballo nervioso escarbaba la hierba con su pata delantera.

—¡Sí, señor!

El optio espoleó su caballo en busca del decurio, el cual cogía las riendas del caballo sobre el que montaba el amotinado esclavo; al llegar a su altura, el decurio le dijo:

—Tú acompañarás a la patricia, y mantente un poco retrasado de nosotros; no quiero que este cabrón hable con su esposa.

En aquel momento apareció Mael, cabizbajo.

—¿Qué te ocurre, Longus? —le preguntó el oficial.

—Ya me he enterado de que mi compañero no se ha presentado a la lista; señor, ha debido de pasarle algo, él era el que más ilusión tenía por ser soldado; es imposible que haya desertado.

—Bueno, ya le dije al optio que esperaremos hasta la noche, igual se ha ido de juerga y se ha perdido; si aparece hoy seremos benevolentes.

—Tome, señor; entregue esto a la chica.

Mael le hizo entrega al decurio de la capa que le había quitado al mercenario junto con su *gladius*.

—Gracias, se la entregaré de tu parte.

El decurio acto seguido se la entregó al optio, cuando el astur no había andado unos pasos.

—¡Longus! Coge a dos compañeros y da una batida a ver si lo encontráis.

—¡Gracias, señor! Saldremos ahora mismo —le respondió el astur con cara sonriente.

La dómine salió de la tienda con la capa del decurio sobre los hombros y acomodándose las pieles de zorro al cuello. Un auxiliar le sujetaba las

riendas de su purasangre lo más cerca de la tienda para evitar que se ensuciara los pies de barro. El optio, al verla, desmontó rápidamente para ayudarla a montar.

—¡Permíteme que te ayude! —le dijo el pelirrojo que, sin dejar de mirarla, entrelazó sus manos para que la joven patricia pusiera su delicado *soleae* y con un suave impulso alzarla sobre el *tapetum* de piel de oveja que protegía el lomo del blanco corcel.

—¡Gracias! ¿Nos vamos? —le dijo ella sonriendo.

—Ah…, ¡sí! —dijo el optio como si hubiera despertado de un sueño, luego cogió las riendas de su caballo y, de un salto, quizás él que menos esfuerzo le costó en toda su corta vida de jinete de la legión X Gemina, montó sobre el *corniculum* mientras el decurio que había estado pendiente de todo, movía lentamente la cabeza en señal de negación, para después dar la orden de partir en dirección a Lucus Asturum.

A media mañana, regresaron Mael y sus dos compañeros, uno de los cuales portaba las riendas de un caballo sin jinete; delante de la hoguera del pequeño campamento los esperaba de pie con los brazos en jarra César.

—¿Qué, habéis encontrado algún rastro?

Mael desmontó de su caballo, portando en su mano derecha una lanza.

—Sí, hemos encontrado su lanza y su caballo, pero de él ni rastro…

El gigantón se aproximó al astur y lo cogió apretándolo por el hombro, diciéndole:

—¡Tranquilo, hombre! Se habrá dado la vuelta para su castro; no tendría ganas de aguantar a estos hijos de puta de romanos.

Mael, en un gesto de rabia, clavó la lanza en el suelo.

—Yo que le traía un *gladius*, con las ganas que tenía de tener uno, le tuvo que pasar algo. Cuando el jefe tribal nos explicó las opciones que teníamos, él fue de los primeros que quería marcharse, así que no me creo que desertara, y lo más extraño es que no se llevara el caballo…

La conversación fue interrumpida por el exagerado cacarear de una gallina; los dos se dirigieron detrás de las tiendas, donde encontraron a Auledo de rodillas, desplumando viva a la gallina, mientras la otra atada por

las patas permanecía quieta en el suelo.

—Pero ¿qué haces? —le gritaron sus compañeros echando las manos a la cabeza, haciendo que el pequeño astur soltara asustado la gallina.

—Pero bueno, ¿cuándo se ha visto desplumar a una gallina viva?

Cilurnigo y germano se fundieron en una gran carcajada.

—Atiende, borrico —le dijo Mael, mientras desenfundaba su pequeño cuchillo que portaba sujeto a su cinturón.

—¿Nunca has visto a tu madre desplumar una gallina? Primero tienes que matarla, luego preparas una olla con agua hirviendo, la metes dentro y después de un tiempo la desplumas; mira cómo se hace.

Mael cogió la gallina por las patas y la metió debajo del brazo, dejando solo libre el cuello; cogió su cuchillo y le cortó la cabeza.

—Ahora haces lo mismo con la otra —le dijo entre risas Mael mientras la ponía en el suelo, donde la pobre y desplumada gallina, echando sangre por el pescuezo, revoloteaba sin cabeza dando vueltas por la húmeda hierba…

—También puedes emplear el *gladius* que tan honrosamente portas —apostilló el germano, luego los dos, cogidos por los hombros, se fueron en dirección a su *contubernium*; al pasar al lado de una de las tiendas, casi tropiezan con Mourus, que salía medio agachado de la suya.

—¡Hombre, César! Ahora te juntas con los tiros; vigílalos bien, creo que alguno ha desertado.

El cilurnigo echó rápidamente su mano derecha a la empuñadura de su *spatha*, pero el germano le sujetó el brazo, apretándoselo fuertemente, mientras le decía:

—¡Déjalo! No es momento ni lugar.

Los dos se alejaron, mientras la cara del númida fingía una sonrisa.

—Un día, te van a borrar esa risita de la cara —le decía siseando el desdentado germano que, como el númida, salía de su tienda.

—Cállate la boca y métete en tus asuntos, germano de mierda, ya te dije que lo han intentado muchos y ninguno está vivo para contarlo —le decía el númida al sin dientes, dándole pequeños golpecitos con el dedo índice en el

pecho.

—No recuerdo tu nombre.

—¡Es que no te lo he dicho! —Hablaban desde sus monturas el optio y la patricia.

—Mi nombre es Aula y el tuyo creo que es Flavio, ¿verdad?

—¡Cierto! Mi nombre es Flavio Vetio, optio de la legión X Gemina, aunque todos mis amigos me llaman Rufus.

—¡Salve, optio Rufus! —le gritó la patricia, con el brazo extendido en señal de saludo militar, mientras su cara esbozaba una sonrisa.

—Por lo que se ve por aquí, los civiles tenéis la costumbre de saludar militarmente; ya es la segunda vez en poco tiempo que me lo hacen. ¿De dónde eres?

—Mucho preguntas, optio, soy de Ostia, mi padre es un rico mercader, se llama Cayo Crispo y tenía mucha amistad con mi… esposo, mi esclavo, no sé cómo llamarlo, me entregó como si fuera una mercancía a este baboso; los odio a los dos.

—Lo siento, no era mi intención hacerte recordar malos…. —le contestó el pelirrojo mientras su cara hacía una extraña mueca de dolor por el cual tuvo que soltar la rienda de la mano derecha.

—¿Qué te ocurre?, ¿estás enfermo?

—Es la herida del brazo que molesta un poco. —El optio cerró y abrió la mano varias veces hasta que el dolor se fue calmando.

—Pues tienes que hacértela mirar; ya te lo dijo el decurión —le dijo la joven con cara de preocupación.

El decurión y el esclavo cabalgaban tal como había ordenado el superior, más adelantados que el optio y la joven, el dómine seguía con las manos atadas y en su cara podía verse perfectamente marcada desde la oreja hasta el ojo izquierdo la hoja del *gladius*, también tenía el mentón hinchado y amoratado del golpe que se había dado al caer al suelo sin sentido. Al montar con las manos atadas se tenía que sujetar apretando las rodillas sobre el cuerpo del animal para no caerse, las cuales por su parte interior del roce con la dura piel del animal las tenía en carne viva, pero todo esto no le

impedía seguir maldiciendo al decurión.

—¿A dónde me llevas, hijo de perra? Juro por los dioses que daré contigo, aunque te escondas en el lugar más recóndito del Imperio. Pondré precio a tu cabeza y así tarde o temprano alguien te la cortará. ¡Lo juro, lo juro! Tú no sabes quién es Lucio Veranius —gritaba desgañitándose el *pater familias*.

—¿Quieres callarte? ¿O quieres que te tape yo la boca? Y te lo vuelvo a recordar: tu nombre es Bardo —le gritó aún más fuerte el decurio.

Llegaron a lo que años atrás había sido un campamento militar y hoy era todavía a medio construir una bulliciosa ciudad enclavada en un importante cruce de caminos, dos torres defendían sus *porta principalis* que, como parte de su muralla, estaban construidas de piedra, y en muchos sitios aún conservaba el antiguo *vallum* de madera así como el foso de defensa, a su alrededor se habían construido chozas castreñas pertenecientes a distintas tribus de las zonas limítrofes, también podían verse casas de construcción romana donde zapateros, herreros, alfareros y curtidores del cuero vivían al amparo de las legiones de Roma, el ir y venir de carros de chirriantes ejes tirados por bueyes y mulas cargados de madera y mercancías de toda índole los obligaba a tener que hacer cola para poder entrar por la estrecha *porta principalis* que permitía el acceso a la fortificada ciudad, después de un tiempo por fin consiguieron traspasar la puerta que daba paso a la estrecha calle principal flanqueada a ambos lados por soportales sustentados por columnas de madera perfectamente torneadas en cuyo interior a refugio de las inclemencias del tiempo se vendía carne, hortalizas, frutas, miel, aceite y todo tipo de especias, una amalgama de olores se entremezclaban con el olor nauseabundo que emanaba de un reguero que fluía por el medio de la calzada hecha de losas de piedra, las pocas que eran visibles, pues las boñigas de caballos y bueyes así como todo tipo de inmundicias las tapaban casi por completo, la gente se paraba a mirarlos y se tapaban la boca con las manos para cuchichear unos con otros extrañados al ver a un oficial militar con su imponente penacho transversal llevando de las riendas a un esclavo atado de manos, y lo mismo a los que los seguían, otro militar acompañado

por una mujer montada sobre un espléndido purasangre ataviada con una capa roja y pieles de zorro al cuello y que por su color de piel y su pelo no había duda de que se trataba de toda una patricia romana, a mitad de la calle se encontraron con un legionario que al ver al decurión se paró y lo saludó militarmente.

—¡Legionario!

—¡Señor!

—¿Dónde se encuentra el puesto de mando?

—Al final de la calle, antes de llegar a la porta decumana, ¿quiere que le acompañe?

—Gracias, legionario, no es necesario; por lo que veo, la ciudad no es muy grande para perderse.

El decurio se despidió del legionario dando un pequeño golpecito con su vara sobre el casco y arreando al caballo. Lentamente, llegaron a un edificio del que colgaba en su parte central a resguardo de un tejadillo el estandarte de la Décima legión, escoltado a ambos lados por dos feroces cabezas disecadas de jabalí; la puerta estaba custodiada por dos legionarios apostados uno a cada lado y armados de *scutum* y *pilum* que, al ver al decurión, se cuadraron, y uno de ellos gritó:

—¡Optio *custodiarum*!

—¡A la orden, señor! ¿En qué puedo serviros? —le preguntó el optio de guardia, que al oír que lo llamaban los centinelas se personó rápidamente en la puerta.

—¡Quién está al mando!

—El centurión Egnatius de la legión X Gemina, señor.

—Dile que quiere verlo el decurión Marco Macrino, pero antes, si no te importa, ayúdame a bajar al reo.

—¡A la orden, señor! Le avisaré rápidamente de su visita.

El joven optio ayudó al decurión a bajar del caballo al maltrecho dómine que, igual que a un saco, lo posaron en el suelo, para luego a paso ligero dirigirse hacia la sala donde se encontraba el centurión.

—El centurión Egnatius os recibirá ahora mismo, y no os preocupéis por

los caballos; daré orden de que se encarguen de ellos.

El decurión, acompañado por el esclavo, al que cogía fuertemente por el brazo, entró en el pequeño despacho.

—Buenos días, soy…

—Ya me han dicho quién eres y también sé que eres de caballería. Vuestro olor os precede.

El centurión tan siquiera levantó la mirada de la mesa sobre la que a un lado reposaba su casco con el penacho transversal de crin de caballo negro y blanco, así como su retorcida vara de vid.

—Muy bien, y ese que te acompaña, ¿quién es? —le preguntó el centurión poniéndose de pie.

—Yo soy Lucio Veranius y haré que os corten la cabeza a los dos, hasta el emperador Augusto se enterará de lo que estáis haciendo, malditos hijos de pu…

No pudo acabar la frase cuando una enorme argolla de hierro de la que pendían las llaves de las mazmorras se estrelló en su cara, haciéndolo escupir dos dientes ensangrentados y haciéndolo caer de rodillas sobre el suelo.

—¡Nadie te ha preguntado, ser repugnante! Y dime, ¿para qué me traes esta escoria que se permite nombrar al emperador como si fuera su amigo?

—Se llama Bardo y es un esclavo culpable de organizar una revuelta para matar a su dómine, menos mal que mi decuria pernoctaba cerca y pudimos salvarle la vida al dómine, gran benefactor de Roma y propietario de una gran villa que se encuentra no muy lejos de aquí.

—¿Y qué quieres que haga con él?

—Que lo encierres en una mazmorra; se ha vuelto loco y solo dice que es Veranius, que es el nombre del dómine al que quería matar.

—¿Que lo encierre? Y tener que darle de comer todos los días, no puedo mantener una boca más.

—Yo *zoy* Veranius, si me *dejáif libref* os daré oro, todo el que *vuestroz* ojos no han *vizfto* jamás.

—¡Veis lo que os decía, está loco, loco!

—¡Optio! —gritó el centurión mientras cogía las llaves del suelo. El joven optio abrió la puerta y entró rápidamente sin darse cuenta de que el centurión le había lanzado la oxidada argolla de la que colgaban las llaves de la mazmorra, que impactaron contra el pecho del inexperto optio que, asustado, no logró cogerlas a tiempo, cayendo al suelo produciendo un estruendoso ruido metálico.

—¡Hay que estar más atento! —le gritó el centurión.

—¡Sí, señor! —gritó también el optio mientras se agachaba a coger la argolla con las llaves.

—Encierra a este loco y quítalo de mi vista de una puta vez.

El optio lo levantó, cogiéndolo del brazo, mientras el esclavo seguía farfullando por su boca ensangrentada y desdentada.

—¿A *dóndezz* me *lleváizz*, *cabronezz*, *dejazzme* y os daré todo el oro que *tengozz*, dejazzme...

El optio cerró la puerta y las voces del desafortunado *pater familias* se fueron disipando poco a poco.

—Lo entregaremos a la próxima caravana de esclavos que pase rumbo a las minas de oro y verás cómo allí se le quitarán las ganas de hablar con el emperador —le dijo el centurión al decurio entre risas.

—Pero siéntate, decurión… Marco, ¿verdad? Y cuéntame qué haces por estas tierras, además de solventar revueltas de esclavos. —El decurio tomó un pequeño taburete y se sentó dando las gracias, se quitó el casco y lo puso sobre la mesa.

—Bueno, primero, tengo que decirte que aquí no huele a rosas precisamente. —Los dos explotaron en una sonora carcajada.

—Tengo órdenes del *praefectus cohortis*, Aurelius Vetio, de hacerte entrega de los reclutas que…

—¿Reclutas? Te han dado mal las órdenes, a los reclutas los tienes que entregar en Uxo. Es la última ciudad antes de llegar a las grandes montañas.

—Las órdenes que he recibido están bien claras, entregar a los reclutas en Lucus Asturum y conducir a doscientos caballos hasta Asturica Augusta; parece que los dioses me están tomando el pelo; hemos sufrido una

emboscada en la que he perdido a dos auxiliares y he tenido que usar a los reclutas como si fueran veteranos.

—Sobre los reclutas, hace tiempo que el centro de reclutamiento está en Uxo y el que te toma el pelo no son los dioses, sino algún escribiente que ese día estuviera borracho y escribió mal el lugar. Además, te queda de paso. ¿Doscientos caballos? Parece que se prepara algo grande, son dos centurias, amigo mío.

—Tenía pensado que me dejaras diez legionarios que supieran montar, hasta llegar al cuartel general.

—Amigo mío, cuento con veinticinco legionarios y supongo que alguno de ellos estará enfermo, o se hará el enfermo, nuestra misión es vigilar los convoyes que vienen con el oro de las minas que se encuentran en el occidente de la provincia, si le pasa algo a uno de esos carros, mi cabeza aparecería clavada en una pica a las puertas de este cuartel, lo siento, pero no puedo desprenderme de ninguno, pero cuando llegues a Uxo, allí tendrás que tomar la calzada que sube hasta el campamento de la Carisa, no recuerdo ahora si son de la Décima o de la Séptima, quizás te puedan ayudar.

En aquel momento entró la optio.

—Perdone que les moleste, el esclavo ya está encarcelado. ¿Ordena alguna cosa más?

—¡Sí! Que nos traigan algo de comer y una jarra de vino.

El optio dio media vuelta y cerró la puerta tras de sí.

—Si entrego a los reclutas, me quedan ocho auxiliares de caballería para cuidar una manada de doscientos caballos. El decurio puso su mano derecha sobre la frente, frotándola de derecha a izquierda para después echarse el pelo hacia atrás.

—¡Lo siento, amigo! —le dijo el centurión dejando caer su cuerpo hacia atrás de la silla.

Mientras esto pasaba, el optio Flavio desmontaba del caballo y, cogiéndolo por las riendas junto a las del purasangre de la patricia, los ató a las argollas de un poste clavado en el suelo en el cual permanecían también

atados el percherón del decurio y el caballo que había transportado al esclavo, el optio después de atarlos se acercó al purasangre para ayudar a desmontar a la joven, esta pasó su pierna por encima del cuello del caballo no sin antes tapar sus piernas con la capa para luego dejarse deslizar hasta los brazos del optio, que la esperaba para cogerla por la cintura y lentamente posarla sobre el suelo, los dos cuerpos se juntaron mirándose uno a otro mientras sus corazones latían desbocados, el optio levantó su mano derecha hasta la frente de la muchacha donde con el dedo índice apartó un mechón de pelo negro que impedía ver en toda su plenitud su bello rostro; luego de mirarla un instante lo depositó suavemente sobre la oreja de la patricia, mientras los centinelas se miraban de reojo uno al otro al ver la inusual escena.

—Nunca he visto mujer tan hermosa como tú —le susurró el optio mientras los dos se cogían de las manos sin apartar la mirada uno del otro.

—Gracias por cuidar de mí, optio Flavio —le dijo la patricia que, poniéndose de puntillas, le dio un beso en la mejilla.

—Te cuidaría hasta que los dioses me llevaran con ellos —le respondió el pelirrojo, mientras la joven le ponía la mano en la boca haciéndolo callar.

—No vayas tan deprisa, optio, eso que estás pensando, aunque sería muy bonito es imposible, date cuenta lo que somos un soldado que vaga de aqui para ya por el imperio y una mujer que ahora mismo no sabe si está casada o es viuda, lo único que sabe es que tiene que rehacer de nuevo su vida tal como le dijo un decurion, aquí nos separamos, no quiero que nos hagamos daño, ¿comprendes? Toma, entrégale la capa al decurión —le dijo la patricia con ojos acristalados. El optio recogió la capa del decurio y la puso sobre la grupa de su caballo, luego desató la capa que le había entregado Mael y con el pugio le hizo una abertura en el centro.

—Toma póntela por la cabeza, así te tapará todo el cuerpo y te dara calor. —De repente, una voz les transportó nuevamente a la realidad.

Un esclavo tocó con sus nudillos brevemente en la puerta, esperando la voz del centurión que le mandase pasar. La orden no tardó en llegar; el esclavo abrió la puerta, entrando por ella con el cuerpo un poco encorvado,

portando sobre su mano izquierda una bandeja sobre la que había pan, queso, miel, fruta y una jarra de barro con vino. La depositó sobre la mesa para a continuación salir de la habitación haciendo una pequeña reverencia. El centurión se levantó y se dirigió a un pequeño armario de donde sacó dos copas de vidrio.

—Estas son para las grandes ocasiones; eran de un antiguo *legatus* que las dejó aquí olvidadas y mira que le habrán costado sus buenos denarios. Se tuvo que marchar rápidamente para Roma, según dicen por ahí su mujer… Entiendes, ¿verdad? —dijo el centurión enseñándole el puño cerrado con el dedo índice y el meñique extendido—. Mujeres, mujeres acaban con nosotros, pero qué seríamos nosotros sin ellas, ¿verdad, Marco? Ja, ja, ja. —Reía el centurión mientras vertía vino en las copas.

—Tengo que pedirte un último favor.

—Dime, ¿qué necesitas? —le respondió el centurión mientras vertía miel sobre un trozo de pan con queso.

—Viaja con nosotros una joven patricia que nos encontramos en el camino.

—¿Y dónde está si puede saberse?

—¡Ahí fuera, en el puesto de guardia, está acompañada por mi optio!

—Por todos los dioses, habérmelo dicho antes. Daré orden de que pase.

—La pobre muchacha huyó de la revuelta que ya comentamos y te rogaría que le pusieras una pequeña escolta para acompañarla de regreso a la *domus*.ahora que la cosa esta mas calmada.

—¡Lo siento, militares, no! ¡Optio, que pasen la mujer y el optio de caballería, que al parecer se encuentran en el puesto de guardia! —gritó el centurión—. Ya te comenté que no puedo prescindir de ninguno; pero como favor tengo un conocido que tiene un buen carro, que utilizan a veces algunos adinerados para ir a putas a Ovetum, una ciudad que queda próxima de aquí… Por unas monedas la llevará sin problema, y sabe ser discreto.

El decurio hizo intención de sacar unas monedas, pero el centurión, cogiéndolo fuertemente por el brazo, se lo impidió. La puerta se abrió y entraron los dos optios que habían dejado sus cascos en el puesto de

guardia; caballería e infantería se distinguían además de por sus armas porque uno vestía calzones de cuero que protegían sus arqueadas piernas hasta las rodillas y el otro lucía sus desnudas y peludas piernas al aire, y tras ellos cabizbaja entró la joven muchacha envuelta en su capa roja a modo de poncho.

—¡Optio, trae dos sillas para que se puedan sentar! Y, por favor, serviros algo de comer.

El centurión puesto en pie les indicaba con su mano la bandeja que aún contenía algunas viandas. El optio trajo dos sillas donde tomaron asiento el optio Flavio y a su lado la patricia Aula, el decurión se puso de pie y se dirigió al centurión.

—Lo sentimos, pero no podemos perder más tiempo; te agradezco tus atenciones y tú, Aula, quedas en buenas manos; el centurión Egnatius se encargará de llevarte sana y salva a la villa;y recuerda que ahora eres tu la que manda, nosotros tenemos órdenes que cumplir.

El centurión, poniéndose de pie, se aproximó al decurión y los dos se estrecharon fuertemente las manos haciendo un movimiento de arriba abajo.

—Buena suerte, amigo, que los dioses os protejan —le dijo el centurión con cara triste; el optio Flavio estaba ausente; sus ojos miraban fijamente a Aula, que, sentada y envuelta en aquella capa roja que Mael le había quitado al mercenario muerto, parecía tan indefensa, y él, todo un optio perteneciente al ejército más poderoso del mundo, no podía hacer nada por ella, solo despedirse para siempre.

—¡Optio, tenemos que marcharnos! —La voz del decurión resonó en la cabeza del pelirrojo; los dos dieron media vuelta y salieron por la puerta haciendo sonar los clavos de sus *caligae* sobre las losas del suelo, mientras los legionarios que hacían guardia con sus grandes *scutum* y sus *pilum* se cuadraban al ver pasar a un decurión y un optio de la caballería de la legión X Gemina.

Salieron por la porta decumana y espolearon sus caballos para ponerlos al galope; el optio seguía ausente y cada poco echaba mano a su herida, que lo seguía molestando; al poco tiempo llegaron al campamento, donde un

auxiliar se encargó de los caballos.

—¡Sin novedad, señor! —les gritó marcialmente el gigantón germano que había quedado al mando.

—¿Ha dado señales de vida, el astur?

—¡No, señor, pero encontraron su caballo y su lanza, pero del muchacho ni rastro!

—Es raro que no se llevara el caballo —dijo el decurio mientras se desataba el barboquejo.

—Llamaría la atención enseguida, señor, estas gentes son pobres y, por lo que he visto, no suelen tener caballos, así que dejándolo pasaría más desapercibido —le respondió el germano.

—Sí, señor, son listos estos cilurnigos, yo habría hecho lo mismo. Optio, voy a acostarme un poco, llevo dos días sin pegar ojo. Diles a todos que cuando se guarde el sol incineraremos a los muertos, que preparen la leña, luego nos comeremos esas gallinas y abriremos el odre de vino en honor al portaestandarte y al auxiliar, para mañana en cuanto amanezca emprender la marcha. Cuando estéis preparados me llamáis.

—¡A la orden, señor! —El optio lo saludó con el brazo extendido.

—Ya habéis oído, a trabajar; supongo que habréis cogido bastante leña; venga, se acabó de holgazanear —gritaba el optio amenazando a la tropa con su bastón.

—Se acabó la tranquilidad, a este puto plumas, un día le voy a meter su bonito bastón por el culo —le decía el germano sin dientes a Mourus, mientras se levantaba del suelo lentamente.

—¿Qué hablas, maldito vago? Venga, muévete y encárgate de reunir toda la leña que puedas, si no quieres probar el pomo de mi bastón —le gritó el optio.

—¡Métetelo donde te quepa, maldito romano! —farfullaba en voz baja el germano moviendo la cabeza y tocándose sus partes, haciéndole burla al optio.

Más tarde, como le habían ordenado cuando volvía con un haz de leña sobre los brazos, observó que al optio se le había caído el bastón y que se

encontraba con el cuerpo encorvado, echando mano a su brazo vendado con cara de dolor.

—¡Jódete! Espero que la flecha que te hirió estuviera envenenada, así dejarás de mandar de una puta vez —murmuraba el auxiliar sin dientes mientras escupía en el suelo. La tarde tocó a su fin y la oscuridad se fue apropiando lentamente de la llanura; la pira para la incineración estaba ya preparada y al decurio, tal como había ordenado, lo había despertado el optio. Mandó formar a toda la decuria así como a todos los reclutas astures con el fin de rendir honores a los fallecidos. El germano sin dientes y otro auxiliar al cual llamaban Larguirucho fueron los encargados de traer los cadáveres, transportándolos a hombros hasta la pira, los cuales seguían sobre la grupa del caballo en un lugar apartado del campamento. El sin dientes y Larguirucho, que portaba en su mano derecha una antorcha, llegaron hasta donde se encontraba el caballo, que permanecía atado a una estaca clavada en el suelo… El pobre animal ya se había comido toda la hierba a su alrededor que le permitía llegar su cuello, al verlos llegar relinchó nervioso con ganas de que le quitaran la pesada carga.

—¿Dónde pongo la antorcha? —dijo el germano larguirucho en voz baja.

—Tendrás que sujetarla tú, ¿y por qué hablas tan bajo?, no creo que los despiertes —le respondió él sin dientes sonriendo. Cogieron al primer cadáver, que era el portaestandarte; el sin dientes lo cogió por una de las cuerdas que ataban el improvisado sudario, haciéndolo caer al suelo entre las boñigas del caballo.

—¡Ten cuidado! No merece que lo trates así, era un portaestandarte —le recriminó el larguirucho.

—¿Qué quieres, que lo lleve en brazos hasta la pira? Por mí se quedaría aquí pudriéndose; es un puto romano y, además, por si no te has enterado, está muerto; no le debe dar mucho más el trato que le demos, y ahora échame una mano y larguémonos pronto de aquí, que huelen que apestan. El larguirucho se acercó portando la antorcha que iluminó al cadáver, y los dos se quedaron mirándose uno a otro al ver que el cuerpo a causa del *rigor*

mortis permanecía doblado, manteniendo la misma postura que tenía sobre el caballo.

—¿No podemos llevarlo así? —dijo el larguirucho.

—Sujétalo por los pies, mientras yo tiro del cuerpo hacia atrás.

El sin dientes lo cogió por los hombros mientras el larguirucho, que había clavado la antorcha en el suelo, lo sujetaba fuertemente por los pies, y tirando fuerte hacia atrás, consiguieron dejarlo totalmente estirado en el suelo.

—¡Vamos a bajar al otro! —le dijo el sin dientes mientras se limpiaba las manos en la culera. Hicieron la misma operación con el cadáver del auxiliar; cuando se dieron vuelta para posarlo al lado del portaestandarte vieron que se había incorporado de nuevo, quedando como sentado en el suelo.

—¡Por las barbas de Thor, menudo susto me ha dado el puto romano! —gritó el larguirucho que con los ojos desorbitados dio un salto como si el suelo le quemara los pies.

—Ahora es puto romano, no te caía tan bien, déjame a mí, verás cómo no le quedan más ganas de levantarse, esto lo tenía que hacer el puto pelirrojo de mierda, todas las peores cosas me las manda a mí.

El sin dientes cogió el cadáver del portaestandarte y le dio la vuelta poniéndolo boca abajo quedando en forma de uve invertida sobre el suelo, el sin dientes dio unos pasos atrás hasta donde se terminaba la iluminación de la antorcha, entonces cogió impulso y dio un salto cayendo de culo con todo su peso sobre la espalda del desafortunado portaestandarte, el cual emitió por su boca como un maullido al expulsar el aire que aún tenía en su cuerpo a la vez que se oía un crac de huesos rotos, el germano delgaducho al oírlo dio unos pasos hacia atrás muerto de miedo sin darse cuenta del otro cadáver que yacía en el suelo, con el cual tropezó cayendo de espaldas gritando entre la mierda del caballo.

—¿Quieres callarte de una puta vez? Vas a hacer que venga toda la decuria —le decía en voz baja el sin dientes, este se agachó y cogió la antorcha, levantándola y viendo que el cuerpo del portaestandarte por fin

estaba echado completamente igual que el del difunto germano sobre la húmeda hierba.

Los gritos habían llegado hasta el campamento, donde ya había malas caras por la tardanza y, claro, además, por el olor a gallina asada que llegaba a las narices de la formación que el astur Auledo estaba preparando. El optio ordenó rápidamente, al oír los gritos, que fueran dos auxiliares más a ver qué pasaba. Rápidamente, se dirigieron hacia donde estaban los cadáveres; enseguida el sin dientes vio que se aproximaban dos hombres iluminados por el fuego de una antorcha.

—¿Ves, idiota?, ya están aquí, espero que no venga el plumas a jodernos.

—¿Qué os pasa? ¿qé son esos gritos?

Los dos auxiliares vieron al larguirucho levantarse con las manos llenas de mierda de caballo, limpiándoselas en la capa del germano muerto; inmediatamente el sin dientes desenvainó su *spatha* y dijo:

—Coged ese cadáver y lleváoslo, nosotros llevaremos el otro y, como me entere de que decís algo de que lo habéis visto aquí, os rajo de arriba abajo. ¿Entendido?

La mañana amaneció encapotada con un cielo gris y con la habitual fina lluvia, el decurión miró al horizonte donde se podían ver las grandes montañas donde decian que habitaban los dioses astures cubiertas por oscuros nubarrones. Dando grandes pasos se dirigió hasta donde la noche anterior se habían incinerado los cadáveres y donde solo quedaban algunos rescoldos aún humeantes. Allí se encontró con dos reclutas astures, cavando en el suelo una pequeña fosa para enterrar las cenizas de los desafortunados legionarios.

—El destino de estos hombres habría sido morir con honor en el campo de batalla, defendiendo a Roma de sus enemigos, pero han muerto por un color por el que los hombres venden su alma para conseguirlo, convirtiéndolo todo a su paso en escoria. ¿Sabéis cuál es?

—¡No! —contestaron los cilurnigos encogiendo los hombros sin saber lo quería decir el romano.

—Ya sé que no lo sabéis. ¡Yo os lo diré: el púrpura! —respondió el

decurio que, apretando los dientes de rabia, dio media vuelta, dirigiéndose nuevamente sobre sus pasos al campamento, donde lo esperaba el optio, dejando a los astures mirándose extrañados uno al otro.

—Señor, todo listo, están presentes ocho auxiliares y nueve reclutas y contamos con dos mulas de carga y tres caballos de refresco; el del desertor lo he utilizado para llevar pertrechos y he asignado el puesto de portaestandarte al auxiliar César.

—¡De acuerdo!

El decurión, montado ya sobre su caballo, levantó el brazo derecho para luego bajarlo, indicando el camino a seguir…

—¡En marcha! —gritó, lentamente; entre gritos de arre, arre y diversos tonos de silbidos, toda la manada se puso en marcha. El decurión tiró de las riendas para parar a su percherón, mientras toda la formación iba pasando delante de él e inclinaba la cabeza levemente en señal de saludo. Cuando pasó el último hombre, antes de arrear de nuevo a su caballo, echó un último vistazo al pequeño montículo de tierra donde quedaron sepultadas las cenizas del auxiliar y del portaestandarte. Después de mirar al horizonte nuevamente, el decurión espoleó al caballo, que salió al galope hasta llegar a su sitio en el centro de la formación. Atrás quedaba la hierba aplastada con la forma de las tiendas, una pequeña hoguera que la fina lluvia iba apagando y un *gladius*, clavado sobre la húmeda hierba

La manada seguía con su paso cansino; algún caballo se paraba a ramonear algunas hojas bajas de los árboles que crecían a lo largo de la calzada. Cruzaron al lado de una *mutatio* donde unos críos dejaron por un momento de cepillar los caballos de refresco que tenían que tener siempre listos para el cambio de montura de los correos que a toda prisa surcaban las calzadas del Imperio, para echar un vistazo a la gran manada que pasaba delante de sus ojos, conducida por unos hombres altos de pelo y barbas rubias que nunca antes habían visto y que al pasar a su lado les hacían muecas y les sacaban sonriendo la lengua, pero lo que más los impresionó fue ver al decurión con su impresionante casco con penacho transversal que, montado sobre su percherón negro, les parecía más un gigante que un

legionario. «¿Cuántas historias de batallas les habían contado sus padres y sus abuelos? ¿A cuántos enemigos habrán matado?», pensaban los críos mientras lo saludaban, moviendo de un lado al otro las manos, y este con una inclinación de cabeza y levantando su vara de vid les devolvió el saludo. Los niños, orgullosos de que todo un decurión de caballería los saludara, lo siguieron con la vista hasta que su balanceada silueta se fue perdiendo lentamente entre la gran manada… A media mañana, llegaron a lo alto de una pequeña colina y, mientras la manada seguía su paso, los cilurnigos, obligados por uno de ellos, pararon sus monturas, centrando todas sus miradas al mismo lugar, que no era otro que el Mons Vindius, como ellos conocían a la gran cordillera donde habitaba el dios Vindonius el blanco, el druida del poblado les decía en sus rezos que detrás del Mons Vindius no había nada, solo el abismo, y el que osara cruzarlas perecería… El decurio, junto al nuevo portaestandarte, al darse cuenta de que los reclutas no avanzaban, arreó su caballo para ver qué les ocurría.

—¿Qué os pasa? ¿Por qué no avanzáis? —les preguntó el decurio, tirando de las riendas, refrenado al caballo.

—En esas montañas se acaba la tierra, detrás de ellas no hay nada; si las pasamos caeremos al abismo y moriremos todos —le respondió uno de los cilurnigos de nombre Bilio indicando con el brazo extendido hacia las enormes montañas, las cuales eran visibles desde su castro.

—Ja, ja, ja, ¿quién os ha contado eso? Esto es cosa del druida, ¿verdad? Entonces, ¿cómo se supone que han llegado nuestras tropas para luchar contra vuestros padres?, ¿por dónde han llegado los romanos que visteis en los pueblos? Detrás de esas montañas existen otros pueblos como el vuestro; yo os juro por vuestros dioses y por los míos que no os pasará nada, y ahora, adelante, tenemos mucho camino por delante.

Todos los astures se pusieron a regañadientes nuevamente en marcha y fueron ocupando sus respectivos sitios en la formación. En aquel momento llegó de retaguardia Mael montado sobre su caballo, y el decurión al verlo tiró de la rienda izquierda de su percherón para ponerlo delante e impedirle el paso al astur.

—¿Cómo se llama el de pelo castaño que monta el caballo negro? —le preguntó el decurio. El astur estiró el cuello para poder localizarlo.

—¡Bilio, señor!

—Bueno, pues le dices que no quiero oírlo hablar más de sus dioses y que deje de meter miedo con su verborrea a los demás reclutas; no quiero tener en mis filas ningún aspirante a druida. Si lo oigo otra vez, ¡ya sabes!

El decurio dio unas palmadas a la empuñadura de su *spatha*.

—No se preocupe, señor, se lo diré y no hablará más.

—¡Más le vale! —le respondió el decurio apuntándolo con su vara de vid; luego tiró de la rienda derecha para dejar pasar al caballo del astur que este arreó hasta llegar al lado de Bilio.

—¡Salve, Mael! —le gritó con tono sarcástico Bilio con el brazo extendido. Desde que era un niño, entre el druida del poblado y Bilio siempre hubo una buena amistad, casi como padre e hijo. No era raro que el líder espiritual lo mandara de vez en cuando al joven a buscar fuera de las murallas plantas y raíces medicinales cuyo conocimiento había aprendido anteriormente, ausencia que aprovechaba el druida para visitar a la madre del muchacho para reconfortarla tanto carnalmente como espiritualmente, cosa que no pasaba desapercibida por las demás mujeres del poblado.

—No le gusta al jefe que estés hablando constantemente de nuestros dioses y que atemorices a los muchachos con tus historias.

—Yo no me meto con sus dioses, así que él respete a los nuestros. Ya veo que te has vuelto muy romano últimamente, incluso vas armado.

—¡No te lo repetiré más! No quiero que les pase nada a los demás por tu culpa; el druida se ha quedado en el pueblo, aquí todos nos hemos apuntado voluntarios para hacernos soldados y tú fuiste uno de los primeros.

—¡Voluntarios! ¿Qué querías, que me cortara los pulgares?, nos hubieran llevado; quisiéramos o no, tendría que haberme ido con Belarmo, ese ha sido el más listo, te apuesto algo a que ya está en el pueblo durmiendo calentito y nosotros con esta mierda de romanos cuidando caballos.

—¡Sí me entero! Que Belarmo ha desertado y le pasa algo por llenarle la cabeza con tus historias de dioses; te juro que haré que te reúnas pronto con

ellos ¡Quedas advertido!

El cilurnigo dio media vuelta y arreó su caballo en dirección a su puesto al final de la manada. La calzada los condujo hasta un pequeño puente de piedra por el cual a duras penas cogía un carro y que sorteaba un estrecho pero caudaloso riachuelo. Los auxiliares que iban en cabeza de la manada enseguida se pusieron unos a cada lado del puente para evitar que los caballos intentaran cruzar el río, cosa que la mayoría optó por pasar por el puente, y los menos solamente se acercaron a saciar su sed para después reincorporarse de nuevo con sus compañeros de viaje. El paso de toda la manada llevó su tiempo, dada la estrechez del puente, tiempo que alguno de los hombres aprovechó para echarse algo a la boca o hacer sus necesidades.

El decurión permanecía sentado en su caballo, observando el paso de la manada, cuando se le acercó el optio:

—¡Hombre, Rufus! ¿Qué tal por retaguardia?

—¡Bien, señor! Los reclutas se portan bien y eso que no han recibido instrucción militar. ¿Podría pedirle un favor?

—Sé lo que me vas a pedir y la respuesta es ¡no! Es sobre Aula, ¿verdad?

El optio asintió con la cabeza.

—Eres un optio *equitum* de la caballería legionaria de Roma, y posiblemente te nombre optio *candidatus* y pronto podrás ascender a decurión y quieres echarlo todo a perder por culpa de una rica patricia, sabes que no nos está permitido casarnos, tienes dos opciones: la deserción y te vas a vivir con ella para estar escondido de por vida, o si consigues de alguna manera traerla contigo, entonces, ¿qué sería?, ¿tu esclava? ¿Te la imaginas viajando llena de polvo en los carros de bagaje detrás de la legión?, ¿te la imaginas esperándote a que regreses de una batalla?. No lo soportaría, ¿y qué harías si esto sucediera? ¿La dejarías en el siguiente poblado mientras tú eres destinado a urecóndito lugar del Imperio? Piénsatelo bien, esto es la legión, muchacho. Las mujeres que viajan con las legiones son mujeres fuertes, algunas son esclavas. ¡Botín de guerra! Y a otras, ¿por qué es lo mejor que les puede pasar antes que quedarse en sus

pueblos?, ya se lo oíste decir, que odia esta tierra y este clima… ¡Lo siento! Tenemos mucho que hacer.

El decurio con el ceño fruncido fustigó con el extremo de su vara de vid al caballo encaminándolo hacia el puente por el que ya había pasado casi toda la manada. Azuzados por los auxiliares y reclutas los negros asturcones se adentraron a un ligero trote en las tierras de la tribu de los luggones, hombres robustos y de gran estatura que vestían su característico ropaje hecho de piel de cabra bermeya, antes pueblo belicoso, ahora, al igual que otros muchos, sometido al poder de Roma, después de cabalgar un largo trecho entre tierras de labor, la calzada discurría por el interior de un inmenso robledal que surtía de riquezas a la pequeña ciudad de Vetus, donde las míseras chozas de techo de paja se mezclaban con lujosas villas donde vivían los ricos dómines dedicados a la comercialización de harina de bellota que surtía a todos los castros limítrofes a si como a la venta de madera tanto para carpintería como para leña, la ciudad era traspasada por la empedrada calzada siempre en ligera pendiente, las gentes al verlos dejaban sus quehaceres para contemplar la gran manada pasar por su calle principal; de repente se creó un gran revuelo entre los auxiliares germanos, los cuales, erguidos sobre sus caballos, gritaban todo tipo de obscenidades al ver asomadas en una ventana de uno de los pocos edificios de dos plantas a dos prostitutas que con sus llamativas pelucas teñidas de vivos colores exhibían sus vertiginosos escotes por donde asomaban sus voluminosos pechos, llamándolos e invitándolos a subir. El decurión hizo acto de presencia, llegando al galope y parando estrepitosamente su caballo debajo de la ventana.

—Meteos para adentro, ¿no veis que podéis producir una estampida? les recriminó el decurio blandiendo en su mano su vara de mando.

—¡Ay! Pues no somos tan feas para asustar a los caballos. Ja, ja, ja. Si subes, además de alegrarte esa cara de amargado que tienes, te enderezaremos esa retorcida vara que portas, ja, ja, ja —contestaron las del lupanar entre risas mezcladas con las de los auxiliares.

—¡Basta de risas, todos a vuestros puestos, rápido!

Los auxiliares con cara sonriente arrearon a sus caballos, pero sin dejar de mirar para la ventana, en la cual seguían asomadas las prostitutas diciéndoles adiós con las manos, ya eran muchos días sin probar mujer.

—¡Como acampemos cerca de aquí, ya sé dónde voy a pasar la noche! —le decía el sin dientes a Mourus.

—¿Cómo que te va a dejar salir el decurión? —le replicó el númida. Los rápidos vencejos entraban y salían de debajo de los aleros de las casas transportando en su pico material para la construcción de su nido emitiendo sus característicos chillidos, mientras la formación pasaba al lado de una concurrida fuente donde las mujeres hacían cola para coger agua en sus ánforas y odres de cuero, todas cuchicheaban entre ellas sorprendidas al ver por primera vez a los altos y rubios jinetes germanos, la gran manada fue abandonando lentamente el poblado cuando Mael, que galopaba en el medio de ella, tiró de las riendas deteniendo su caballo al lado de un majestuoso roble que crecía a las afueras de la ciudad, por un momento acudieron a su mente recuerdos de su niñez cuando jugaba debajo del gran roble sagrado con los pequeños amuletos que a modo de ofrendas las gentes colgaban de sus ramas, de cuando con sus compañeros jugaban a ver quién cogía más bellotas y donde al principio de la primavera el druida hacía una gran hoguera para celebrar los rituales de purificación del poblado mientras todos los muchachos la saltaban felices… Pero unas voces lo volvieron rápidamente a la realidad.

—¡Arre, arre, vamos, caballo! ¡Mael, es muy temprano para dormir, ja, ja, ja! —le dijeron sus compañeros al pasar a su lado, viéndolo tan pensativo. Pronto la ciudad quedó atrás y las llanuras dieron paso al bosque por el que se internaba la calzada a través de constantes subidas y bajadas, llegaron a lo alto de una colina desde donde mirando al norte se podía ver a duras penas sobre el horizonte la península donde se encontraba Noega, el decurión se volvió a mirar para atrás, pues hacía tiempo que no veía al optio y le removía la conciencia todo lo que le había dicho al pobre muchacho, paró su caballo y se apartó de la calzada para esperarlo, pronto divisó dos plumas por encima de la manada que con un ligero vaivén se acercaban, el

optio venía con semblante triste y la mano izquierda puesta sobre la herida del brazo derecho en la cual sujetaba su bastón de mando y con el cuerpo un poco encorvado.

—¿Te encuentras mal? —le dijo el decurio.

—¡No, señor! Perdóneme, no le había visto —contestó el optio, poniéndose erguido sobre la silla. El decurión arreó su percherón hasta ponerse al lado del caballo del optio al que cogió por las carrilleras de cuero para pararlo y sin darle tiempo de reacción le torció el cuello para ponerlo mirando en dirección contraria. El animal levantó la cabeza con los ojos desorbitados y se paró en seco.

—¡Escúchame bien! —le dijo el decurio mirándolo a los ojos—. Acamparemos hoy a lo largo de la calzada; nos encontrarás fácilmente, espolea este caballo y vete a por esa mujer y que sea lo que los dioses quieran —le dijo el decurión mientras le daba una fuerte palmada en la nalga al caballo del optio, el cual dio un pequeño relincho y salió al galope. El optio echó su culo hacia atrás del *corniculum* y el cuerpo prácticamente encima del cuello del caballo, las riendas cortas y las piernas apretadas sobre las costillas del animal, hombre y caballo se fundían en uno para dar la menor resistencia al aire. Cuando un optio *equitum* de las legiones de Roma se ponía al galope, nada se le ponía por delante, y menos si uno estaba terriblemente enamorado. La calzada, falta por muchos sitios de la zahorra que la hacía transitable, hacía aflorar piedras y cantos rodados que la cimentaban, cosa que no ayudaba mucho para ir a galope tendido ya que un mal paso podría partir la pierna de un caballo. Por eso el pelirrojo, además de pedirle a Venus, diosa del amor, que no le ocurriera ningún percance, optó por utilizar el pequeño sendero de tierra que recorría en paralelo a la calzada que utilizaban las gentes para caminar libres de boñigas, sin desdeñar también galopar campo a través, traspasando prados y huertos, llevándose por delante berzas, cebollas y alguna que otra hilera de rectas varas de avellano donde se sustentaban unos hermosos guisantes, todo para llegar rápidamente a Lucus Asturum. Después de pasar esta vez en sentido contrario por Vetus, donde estuvo a punto de arrollar a una pobre

mujer que cruzaba con un cántaro en la cabeza, la cual le lanzó todo tipo de maldiciones…, se adentró nuevamente en las tierras de los luggones desde donde ya se divisaba a lo lejos el humo que salía de las casas y cabañas y que la fina lluvia que persistentemente caía impedía que ascendiera, creando una neblina que envolvía la ciudad de Lucus Astrurum.

—¿Vamos un poco más, campeón? —le decía el optio a su sudoroso caballo mientras le daba dos palmadas en el cuello. Después de un largo trecho, hombre y caballo por fin llegaron a la puerta pretoria que, como siempre, dada su estrechez, estaba repleta de gente que entraba y salía, impidiéndole la entrada.

—¡Abrid paso a un servidor del emperador! Apartaos ¡Abrid paso! —gritaba el romano que, entre empujones y algún que otro golpe que recibió, alguno con la vara de mando, consiguió traspasar la puerta, no sin recibir los consiguientes insultos hacia su persona y familia. El mal olor de la ciudad le hizo recordar que no hacía mucho había pasado por el mismo lugar con ella cuando tuvo que taparse la nariz con la capa que le había prestado el decurio, a pesar de tener un fuerte dolor de cabeza y sensación de malestar, todavía tuvo reflejos para frenar al caballo antes que lo empaparan las inmundicias que una mujer tiraba por la ventana, las cuales quedaron desparramadas por el empedrado suelo. Luego arreó nuevamente al caballo pinchándole con las espuelas en la barriga hasta que por fin llegó al cuerpo de guardia donde dos legionarios lo saludaron. El optio *custodiarum* de turno, al oír cascos de caballo, salió en dirección a la puerta.

—¿El centurión Egnatius? —preguntó el optio jadeando, mientras desmontaba entre una nube de vaho que desprendía el fustigado animal.

—¿Quién pregunta por él, si puede saberse? —le respondió el *custodiarum* de malas maneras.

—¡Claro que puede saberse! Soy el optio Flavio Vetio de la legión X Gemina y traigo un mensaje para él para entregárselo en mano —mintió el pelirrojo.

—¡Pues lo siento! El centurión ha salido de patrulla.

—¿Y la muchacha? No le dio tiempo de proseguir cuando el optio le dio la respuesta.

—¿Te refieres a la patricia romana? Oh, cosa fina la muchacha, lo más seguro que será la putita de algún viejo y decrépito dómine.

—No me interesa lo que pienses de ella, solo quiero saber dónde se encuentra.

—Se la llevaron en un carro, no hace mucho, en dirección…

—¿Cómo es el carro?

—Es una carruca tirada por dos mulas… Pero ¿qué ocurre con la muchacha? —gritó el optio mientras Flavio de un salto montaba nuevamente en su caballo y salía al galope por la cercana porta decumana, tuvo que cruzar el poblado de chozas que había a las afueras de las murallas entrando velozmente por las estrechas callejuelas, las mujeres corrían a coger a sus hijos por miedo que los embistiera el alocado romano, los perros salían a su encuentro ladrando para después entablar una frenética carrera entre las patas del caballo hasta llegar adonde se acababan sus dominios, pronto los ladridos se fueron quedando atrás mientras cruzaba por un camino que se incorporaba a la calzada que en línea recta cruzaba la llanura donde habían estado anteriormente acampados, por fin había dejado de llover, pero una intensa niebla se había apoderado del final de la tarde, pronto oscurecería.

—¡Tienes que encontrarla! —le repetía una y otra vez una voz dentro de su dolorida cabeza, luego tiró con fuerza de las riendas para poner al caballo al trote, pues la espesa niebla dificultaba la visión, después de cabalgar un largo trecho el graznido del arrendajo dio el aviso de que alguien penetraba en el húmedo robledal donde anteriormente había sufrido la emboscada, de vez en cuando alguna rama baja chocaba contra su casco dándole el consiguiente susto, el optio puso su mano sobre la empuñadura de su *spatha* mientras sus ojos escudriñaban tratando de ver algún peligro entre la espesa niebla, cuando el caballo levantó la cabeza y resopló nervioso al ver a un lado de la cuneta el cuerpo desnudo de uno de los mercenarios muertos al que algún transeúnte le había quitado sus ropas.

—Tranquilo, amigo; este ya no hará daño a nadie —le dijo el optio al caballo mientras le acariciaba el cuello para tranquilizarlo. Los rugidos de tripas eran cada vez más intensos después de tanto tiempo sin probar bocado, la herida seguía dando molestos pinchazos cada vez más fuertes y una sensación de frío y calor inundaba todo su cuerpo, y los ojos cada vez le costaba más tenerlos abiertos. De repente el caballo tensó sus orejas y dio un pequeño relincho avisando al jinete de que algo se movía entre la niebla; el romano instintivamente tiró de las riendas parando al caballo—. ¿Qué has oído, campeón? —le preguntó el optio en voz baja, a la vez que ponía su mano en la oreja en forma de pantalla para oír mejor—: ¡Ahí están! ¡Eres el mejor! ¿Oyes el ruido de las ruedas? —le dijo el optio al caballo mientras le daba cariñosamente unas palmadas en el cuello. Al poco tiempo se encontró con el purasangre blanco, con el cuello estirado atado a la trasera de la carruca dormitoria de cuatro ruedas que usaban los pudientes en sus desplazamientos. El optio llegó a la altura del *cisiarius* y le ordenó que parara.

—¿Y quién, cojones, lo ordena? —le gritó asustado el *cisiarius*, que iluminado por un pequeño farolillo que se bamboleaba de un lado al otro, desenfundó su enorme *falcata* que portaba al cinturón.

—¡Puedes guardar el arma! Solo quiero saber si llevas a una joven patricia.

—¿Y para qué quieres saberlo?

La tela de color rojo que tapaba el pequeño ventanuco del carro se movió y el optio pudo ver una pequeña mano blanca que la sujetaba.

—¡Aula! —gritó el enamorado optio.

—¡Flavio! ¿Eres tú? —le respondió la patricia desde dentro del carro, descorriendo rápidamente la cortina.

—Ataré mi caballo detrás y subiré…

—¡Espera, romano! No tan deprisa; además del susto que me has dado a mí, solo me han pagado por llevar a la muchacha, así que, si quieres subir, tendrás que pagar porque, si no lo sabes, tengo mujer e hijos y dos mulas que alimentar.

—¿Cuánto tengo que pagarte?

—Como es la mitad del trayecto, con quince denarios bastará, y además ¡seré una tumba! —le dijo el *cisiarius* al optio guiñándole un ojo, mientras que a la vez tiraba de las riendas para parar el carro. El romano sacó de una pequeña bolsa de cuero que portaba atada a su cinturón las monedas y se las entregó al *cisiarius*, luego ató su caballo a la misma argolla donde permanecía el purasangre detrás del carro y se dirigió a abrir la pequeña portezuela. Aula estaba sentada en un asiento transversal, esperándolo; vestía un poncho de lana marrón que le había facilitado el centurión Egnatius más caliente y limpio que la capa que le había entregado al optio Mael. Nada más verlo se abalanzó sobre sus brazos y los dos se fundieron en un largo beso. Mientras él dejaba caer sonoramente su bastón de mando, tuvieron que sentarse entre risas, pues el bamboleo del carro los hacía perder el equilibrio.

—¿Cómo me has encontrado? —le preguntó la patricia.

—El optio de guardia de Lucus Asturum me dijo que te habías ido en un carro y rápidamente me puse al galope para alcanzarte, pero por fin te he encontrado.

—¡No habrás desertado!

—¡No! Tengo permiso de mi decurión, pero tengo que incorporarme mañana al amanecer. Mientras venía a buscarte, la cabeza me daba vueltas pensando cómo poder estar cerca de ti. ¡Y ya lo tengo! —le decía el romano mientras se quitaba el casco—. Acabaré la misión que tenemos encomendada de llevar los caballos a Asturica Augusta y allí hablaré con mi tío, que es *praefectus cohortis*, y le diré que me destine a Lucus Asturum, así podremos estar juntos y tú seguirás siendo la dómine de la *domus*.

Mientras hablaba la iba besando en la frente, en el cuello, en los labios. Ella se quitó el poncho de lana para luego con sus nerviosas manos desabrochar el pesado *cingulum* del romano, dejándolo caer al suelo del mecido habitáculo, el cual era como si flotara en el aire. Cuatro anchas tiras de cuero se encargaban de ello, separándolo del chasis donde iban las ruedas, haciendo de amortiguación, impidiendo que el traqueteo de la

calzada molestara a los viajeros. El pelirrojo, más nervioso aún que ella, se quitó el *tahalí* que sujetaba su *spatha*, quedando totalmente desarmado. Sus cuerpos se fueron dejando caer primero de rodillas para luego, abrazados, dejarse caer sobre el mullido suelo recubierto de pieles y cojines de vivos colores. Una mezcla de rancios perfumes impregnaba el ambiente; luego rodaron por el estrecho suelo hasta que el optio Flavio Vetio quedó de espaldas al suelo y la patricia Aula sobre él. Ella se apartó la túnica, dejando ver sus pequeños pero tersos pechos. Mientras él intentaba subirse la túnica y la pesada *lorica amata* hasta la cintura para dejar sus partes libres, la de Ostia permanecía un poco erguida con sus manos apoyadas sobre los hombros del optio para no rasparse el cuerpo con argollas de metal que protegían el pecho de su amado. Suavemente, Aula abrió sus piernas y cabalgó sobre el optio Flavio Vetio de la *cohors equitata* de la legión X Gemina mientras él acompañaba los movimientos, sujetándola con sus manos sobre las caderas, los alaridos y gemidos de placer llegaban a oídos del *cisiarius* que, riéndose, gritaba:

—¡Arre, mula!

Capitulum

VI

Mientras Mael se quedaba afuera al cuidado de los caballos, el recién nombrado portaestandarte entró en la taberna, haciendo crujir a su paso el suelo de madera; un fuerte olor a vino avinagrado le dio la bienvenida a la única tasca de la pequeña ciudad de Vetus En una oscura esquina, al lado de una torcida estantería en la que descansaban varios pellejos de vino, un cliente dormitaba con la cabeza apoyada sobre una pequeña mesa sobre la que reposaban, sobrevolados por varias moscas, restos de migas de pan y una jarra de barro mientras, tras el mostrador, el tabernero, ataviado con un denegrido mandil, abría los ojos desorbitadamente al ver entrar al descomunal cliente que, iluminado tenuemente por varias lucernas que colgaban del techo sujetas a una robusta viga envuelta en telas de araña, le daban un aspecto aterrador.

—¿En qué puedo servirte, soldado? Aquí podrás… saborear el mejor vino traído desde la mismísima… Roma —preguntó con voz temblorosa el asustado tabernero, que tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás para poder mirar a la cara al gigantón armado.

—¡No lo dudo, pero no quiero vino precisamente! Necesito saber si hay algún curandero en el pueblo —le respondió el germano.

El tabernero se quedó un instante pensativo, rascándose su despoblada cabeza a la vez que susurraba:

—¿Un curandero, un curandero? —Dejó la jarra que limpiaba con un roñoso trapo sobre el mostrador y con el mismo espanto las moscas que pululaban por la pringosa madera, qué asustadas iniciaron el vuelo para volver a posarse un poco más alejadas del amenazante trapo—. ¡Sí! Livius,si tienes suerte de que este sereno te servirá, no hace mucho me hizo un ungüento para las almorranas que...

—¡Déjate de almorranas! ¿Dónde puedo encontrarlo? —preguntó el équite, poniendo sus fuertes manos sobre el mostrador, haciendo temblar la jarra; el tabernero rápidamente echó mano a la jarra antes de que se fuera al suelo y con ella en la mano salió de detrás del mostrador acercándose hasta la mesa donde dormía el cliente.

—¿Este es el curandero? —preguntó malhumorado el germano echando mano a la empuñadura de su espada.

—¡No, no, no! —respondió el tabernero mientras daba una patada a la pata de la mesa; el pobre hombre, asustado, levantó la cabeza, abriendo desorbitadamente los ojos, encontrándose de frente con el gigantón armado.

—¡Porr todos los diosesss! ¿Qué ocurre, nosss han vuelto a invadirrr?

—¡Acompaña a este soldado a casa de Livius! —le dijo el tabernero.

El germano, sin darle tiempo de respuesta, lo cogió por el brazo, levantándolo en vilo.

—Vamos, muévete, que no tenemos todo el día.

—¡Ya, voyyy! ¡Ya, voyyy! —gritaba el desaliñado cliente.

Salieron de la oscura taberna a la calle, donde la claridad les hizo a los dos fruncir el ceño. El hombre, cogido en todo momento por el brazo izquierdo por el gigantón, los encaminó por una empinada y húmeda callejuela, la cual entre empujón y empujón subió sin apenas posar los pies en el suelo, mientras detrás de ellos aguantando la risa, Mael los seguía con los caballos.

—¡Altooo! —gritó jadeando el hombre.

—¿Vesss esa casa de pieeedra? Pues esa esss su mansión. Je, je.

Indicó con el brazo derecho; entonces el germano le soltó de golpe el brazo por el que lo tenía sujeto y al quedar libre el pobre cliente dio un traspié cayendo de culo sobre la húmeda calle.

—Maldiiiita sea, no se de dónde procedes, pero aquí solemosss dar las graciasss —gritó el hombre mientras trataba de encontrar la verticalidad.

—No... tendrásss... una moneda… para saciar… la sed.

—¡Toma y ahora lárgate de una puta vez! —le respondió el germano de malas maneras mientras le entregaba una moneda. El hombre, negando con

la cabeza y maldiciendo a algunos dioses, inició el viaje de vuelta dando pequeños tumbos de un lado al otro de la callejuela. La casa construida de piedra y techo de paja estaba situada al final de la cuesta apartada del poblado; al lado había un pequeño huerto rodeado de ortigas y punzantes zarzas sobre el que se encontraba agazapado un gato de pelaje anaranjado al acecho de algún ratón o pajarillo que llevarse a la boca. El gigantón germano aporreó con los nudillos varias veces a la puerta, haciendo vibrar las tablas.

—¡Ya va, ya va! ¿Quién llama con tanta insistencia? —preguntó desde el interior una voz de mujer.

—¿Vive aquí un curandero llamado Livius? —respondió con voz ronca el germano. La puerta se entreabrió, asomándose por ella una mujer de pelo plateado que asustada tapó su boca con sus manos al no esperar encontrarse con un gigantón armado de ojos azules, rubias barbas y largas coletas.

—¿Quién pregunta por él? —preguntó con voz temblorosa la mujer.

—¡Deja, querida, ya lo atiendo yo! ¿Qué quieres? Yo soy Livius.

Entonces la puerta se abrió por completo, produciendo un molesto chirrido por la que hizo su aparición un hombre de complexión delgada, rostro demacrado y que aparentaba más edad de la que verdaderamente tenía.

—¿Eres tú el curandero Livius?

—¡Sí, ya te lo he dicho!

—Tienes que venir con nosotros, así que coge todos tus ungüentos, rápido.

—Pero ¿quién te crees que eres para tra…? —No pudo acabar la frase cuando la punta afilada de un *pugio* se puso en su garganta.

—No quiero hacerte daño, pero si me pones algún problema te rajo.

—Bueno, no es para ponerse así, dime más o menos lo que ocurre para llevar el instrumental adecuado.

—Tenemos un optio, bueno, un soldado, con una herida de flecha en un brazo; al parecer lleva varios días mal y hoy se ha caído del caballo y ha quedado sin sentido.

—Sé de sobra lo que es un optio, he servido como médico en la legión muchos años, así que deja de llamarme curandero —le dijo el médico al germano mientras abría la tapa de un desvencijado arcón.

—¿A dónde os lo lleváis? —preguntó casi llorando la mujer.

—Tranquila, mujer, pertenecemos a la legión X Gemina y estamos acampados no muy lejos de aquí; en cuanto acabe con su tarea te lo traeremos sano y salvo.

El médico salió cojeando del interior de la casa, portando sobre su hombro derecho un desgastado macuto de cuero lleno de polvo donde llevaba todo el instrumental.

—¿Puedo despedirme de mi mujer? —preguntó el médico al germano el cual afirmó con la cabeza.

—Por los dioses, ten cuidado que ya no estás para estas cosas —le dijo la mujer que, entrelazando los dedos, movía las manos arriba y abajo.

—No te preocupes, pronto estaré de vuelta —contestó el médico a la vez que le acariciaba el cabello cariñosamente.

Germano y médico salieron por la puerta, encontrándose con el astur, que pacientemente esperaba con los caballos…

—¿Y este con estas ropas también es de la Décima? —preguntó el médico.

—¡No, señor! De momento es simplemente un tiro.

—Tenéis que ayudarme a subir al caballo, tengo esta pierna lisiada.

Entre los dos consiguieron acomodarlo sobre la grupa del caballo y sentarlo detrás de Mael a cuya cintura se agarró. Llegaron al campamento ya entrada la tarde, el cual estaba situado en lo alto de un montículo un poco alejado de la calzada por la que habían llegado; unos negros nubarrones presagiaban tormenta, mientras la manada ajena a todo pastaba plácidamente en una pequeña llanura rodeada de grandes pinos.

—¡Ya están ahí, señor! —gritó uno de los centinelas; enseguida, el decurio salió de la tienda *praetorium* para recibirlos; el germano desmontó rápidamente para ayudar al médico a bajar del caballo; cuando llegó al suelo, Mael le entregó el macuto de cuero.

—¡Bienvenido! Soy el decurión Marco Macrino, espero que estos dos le hayan tratado bien.

El médico extendió la mano para estrechársela al decurio con la cara seria.

—Mi nombre es Livius. Veamos qué le ocurre a ese hombre.

El decurio apartó el faldón de cuero que hacía de puerta para facilitarle el paso al médico. La tienda estaba iluminada solamente por dos pequeñas lucernas; el optio Flavio estaba acostado sobre su camastro con las manos entrelazadas sobre el pecho; le habían quitado la *lorica amata* y lo tenían tapado con su capa; debajo del camastro estaban su casco y sus armas. El médico cogió una de las lucernas y la acercó al enfermo, observando que sufría escalofríos y que su cara estaba pálida; le quitó la venda de la herida y dando media vuelta le indicó con un movimiento de cabeza al decurio que lo acompañara fuera de la tienda.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —le preguntó el médico al oficial.

—Varios días, le dije que le mirara la herida un médico en Lucus Asturum, pero al parecer no me hizo caso.

—He visto por desgracia muchas heridas como esa; tengo que amputarle el brazo lo más rápido posible, si no, no llegará a mañana, y así, no puedo garantizar que no se muera; la flecha que lo hirió posiblemente estuviera envenenada u oxidada y, aunque la herida solo fue un rasguño, se ha infectado produciéndole gangrena.

—¡Maldito Veranius, tenía que haberle cortado la cabeza a ese cabrón! —gritaba el decurio con los dientes apretados de rabia mientras le pegaba una fuerte patada a una pequeña silla de campaña que se encontraba delante de la tienda.

—No podemos perder más tiempo y dando patadas no solucionamos nada. Tú eres el oficial al mando y tú decides: o lo dejamos lisiado para que pueda vivir o lo dejamos morir.

El decurión Marco se echó las manos a la cabeza; Mael y el germano permanecían inmóviles, al igual que algún auxiliar pendiente de la decisión del decurio.

—¡Adelante y que los dioses que tanto adora lo ayuden!

Al oficial le vino a la mente la conversación que había tenido con el joven optio el día anterior cuando le dio permiso para visitar a Aula…: «Eres un optio *equitum* y posiblemente te nombre optio *candidatus* y llegarás pronto a ascender a decurión…». Y ahora quedará lisiado de por vida, lo peor que le puede pasar a un soldado. Unas voces lo hicieron volver a la realidad; eran las voces del médico dando órdenes.

—Necesito agua caliente, más lucernas, tenemos que tener más luz, dos hombres para ayudarme y algún trapo limpio para hacer vendas; y lo más importante: que alguien me traiga hilo para coser.

—Tenemos el de coser las tiendas, pero está entre el bagaje, y tardaremos mucho en encontrarlo —Contestó uno de los auxiliares.

— Pues entonces, traedme crin de la cola de un caballo, el más largo y limpio que encontréis, no me sirve de yegua, ya sabéis que estas se mean la cola. ¿Entendido?

El decurio abrió un pequeño baúl donde llevaba sus objetos personales y sacó un *focale* limpio.

—¡Esto es lo más limpio que tenemos en el campamento! —le dijo el decurión haciéndole entrega del *focale* al médico; este lo miró a los ojos y le dijo:

—¡Servirá!

—¡Tú, César, y tú, Longus, lo ayudaréis! Y vosotros traed las lucernas de vuestra tienda —les dijo el decurio a dos auxiliares del *contubernium* próximo. Enseguida todos colaboraban; uno cogió la silla que el decurión había golpeado y la introdujo en la tienda, poniendo sobre ella el recipiente con agua caliente para luego salir rápidamente; otro llegó con las lucernas, mientras el médico extendía sobre el camastro del oficial todo su oxidado instrumental quirúrgico.

—Aquí tiene la crin de caballo, señor, la más limpia que he encontrado —dijo uno de los auxiliares.

—De acuerdo; sepáralas de una en una como si fueran hilos y déjalas sobre el camastro.

—¡Tú, germano! Lo sujetarás fuertemente por los hombros y tú, tiro, por las piernas. ¡No puede moverse! ¿Entendido? Al principio dará muchas voces; luego se desmayará y podremos trabajar más tranquilos —les decía el médico en voz baja.

Las mandíbulas del optio castañeaban de los escalofríos que le producía la fiebre; de repente la tienda quedó totalmente iluminada a causa de un rayo; el consiguiente trueno no se hizo a esperar, haciendo temblar la tienda, para después descargar una intensa tromba de agua. Los demás auxiliares corrieron a cobijarse en sus *contubernium*, mientras el decurio se quedó al lado de la puerta para estorbar lo menos posible al médico. Mientras el agua resbalaba con fuerza por las impermeabilizadas tiendas de piel de vaca, el médico miró a los ojos a sus ayudantes y con una ligera inclinación de cabeza dio la orden. Los dos sujetaron firmemente al joven, que a duras penas intentaba zafarse. El médico cogió unas estrechas cintas de cuero con las que hizo un torniquete a la altura de la axila. Luego se dio cuenta de que alguien tenía que sujetar el brazo herido.

—¡Decurión por favor, tiene que ayudarme!

—¿Qué quiere que haga?

—¡Tiene que sujetarle fuertemente el brazo por la muñeca y el codo!

El médico Livius cogió el afilado bisturí y lo pasó primero por la llama de la lucerna que habían puesto colgada al lado más próximo de su cabeza. Aprovechó la luz del siguiente rayo y cortó alrededor la piel y la carne del brazo. El optio dio un grito de dolor y, poniendo sus ojos en blanco, su cabeza cayó hacia un lado, quedando sin sentido. Enseguida el hueso quedó al descubierto. Luego, con unas pinzas apretó las arterias para que sangraran lo menos posible.

—¡Germano, alcánzame la sierra! —le dijo el médico. César soltó los hombros del optio y cogiendo la sierra se la entregó al galeno. Este cogió la sierra con sus manos ensangrentadas y temblorosas, pasándola por la llama de la lucerna para empezar a serrar primero suavemente para después ir más rápido, hasta que la parte del brazo que sostenía el decurión quedó separado del cuerpo. Ya no había vuelta atrás; el decurio lo depositó suavemente

sobre su camastro, como si tuviera miedo de lastimarlo. De repente, el auxiliar germano que ferozmente había luchado en la Galia, al igual que el famoso general Cayo Julio César, poniendo sus ojos en blanco, cayó desplomado al suelo, produciendo un ruido como si hubiera caído un fardo de hierba.

—¡Lo que nos faltaba! ¿Estos son los feroces guerreros que tiene la Décima? —Se reía el médico mientras las gotas de sudor le resbalaban por la frente, pasando por la nariz para acabar cayendo sobre la herida del amputado pelirrojo Flavio Vetio, optio *equitus* de la legión X Gemina que al sufrir una herida incapacitante pasará a tener una licencia honrosa *misso causaria* y tendrá derecho a una pensión dependiendo del tiempo que haya permanecido en la legión.

—¡Decurión! Le necesito nuevamente; quiero que ponga al rojo vivo este instrumento y, tú, recluta, llévate al grandote de aquí.

El decurión inmediatamente cogió el instrumento por el mango de madera para no quemarse y lo acercó a la llama de la lucerna, mientras el astur, con la cara pálida, arrastraba cogido por las axilas al germano, el cual iba dejando marcadas con sus talones en el barro dos líneas paralelas que llegaban hasta su *contubernium* donde echado sobre su camastro tras mucho esfuerzo lo dejó. Había dejado de llover y las nubes dieron paso a un cielo azul surcado por un reluciente arcoíris. Del bosque próximo, la gran variedad de trinos que emitían las currucas, los petirrojos y los ruiseñores eran sobrepasados en volumen por el gorjeo aflautado de los mirlos, avisando a sus rivales que no osaran pasar a su territorio. El decurión entregó el instrumento al médico; este lo cogió por el mango de madera y cauterizó las arterias, inundando la tienda de un nauseabundo olor a carne quemada; acto seguido envolvió el hueso y la carne con la piel que colgaba para luego como un buen sastre suturar la herida utilizando para ello las crines del caballo. Después cortó el *focale* en dos y con una parte vendó el muñón. Se dirigió al recipiente de agua ya tibia y se lavó las manos y la cara, secándose luego con el otro trozo de *focale*.

—¡Bueno, esto ya está! —dijo el médico mientras tiraba el trozo húmedo

de *focale* sobre el camastro.

—Aunque los médicos y los dioses nunca nos hemos llevado bien, ahora solo nos queda rezarles.

—¿Tiene problemas con los dioses? —le preguntó el decurión.

—Espero que no tenga la mentalidad de un *legatus* o de uno de esos ricos dómine a los cuales les favorecen siempre los dioses, lo cual dudo, y que después de mis palabras mande que me corte la cabeza.

—No es mi intención, cortársela, y menos por hablar de los dioses con los cuales tengo que bregar a diario: romanos, germanos y últimamente astures.

—Voy a hacerle una pregunta, decurión: ¿quién cura a los enfermos y a los heridos en el campo de batalla, los médicos o los dioses?

—¡Los médicos! —respondió el decurio.

—¡Pues no! Siempre son los dioses, ya puedes salvar a un romano o a un bárbaro de la más remota tribu, que siempre habrá un dios que menosprecie nuestro trabajo; cuando los importantes generales entran triunfantes en Roma hacen grandes ofrendas a los dioses, pero nunca se acuerdan de los que verdaderamente *in extremis* les salvan el pellejo: son los médicos. Algún día los médicos de las legiones serán los verdaderos dioses y entrarán triunfantes en Roma para que todos reconozcan su valor… Algún día… Sí, algún día… Perdóneme, decurión, si le he ofendido con mi charla menospreciando a los dioses.

—Para nada, si le sirve de consuelo, yo no soy de los que rezan a los dioses; yo creo que todos necesitamos algo en que creer, si no no resistiríamos esta vida, pero voy a decirle una cosa y en esto estará de acuerdo conmigo: he visto a muchos hombres muriéndose sobre el campo de batalla, hombres rudos, y en ningún caso oí a ninguno acordarse en su último aliento de Júpiter ni de Apolo ni de Marte, sino que todos llaman desconsoladamente a su madre; ese es para mí el único dios.

—Estoy totalmente de acuerdo, decurión, lástima que no nos hubiéramos conocido antes.

—Si nos hubiéramos conocido antes, nuestras cabezas ya no estarían

hace tiempo sobre nuestros cuerpos, ja, ja, ja. —Rieron los dos.

Mientras el sin dientes en cuclillas molía grano con su molino de campaña en el exterior de su tienda para la cena, notó que le ponían una mano sobre el hombro; asustado, torció la cabeza y vio que era Mourus, que le decía al oído:

—¡Estarás contento! El plumas, como tú lo llamas, ya no te molestará más, ja, ja, ja.

—¡Calla la boca, maldito!

—Pero ¿no era lo que querías? ¿Qué es, que ahora te da pena el pobre romano?

—¡Sí, me da pena! ¡Maldito bastardo! Piensa qué nos pudo haber pasado a cualquiera de nosotros en esa emboscada. Por salvar a unos putos caballos prefiero estar muerto a quedar lisiado de por vida.

—Ay, pobrecito, te veo muy entristecido.

El sin dientes intentó levantarse echando mano a la empuñadora de su *spatha* enrabietado, pero la fuerte presión que ejercía la mano de Mourus sobre su hombro se lo impidió.

—¡No lo intentes, germano! Y sigue preparando la cena, que tu *contubernium* tiene hambre.

—Señor, ¿quién se va a ocupar de asignar los turnos de guardia? —le preguntó el germano larguirucho al decurio, el cual permanecía sentado junto al médico sobre sendas sillas de campaña en el exterior de la tienda *praetorium*. El oficial puso la mano en la frente e inclinó la cabeza ligeramente.

—¡Que se presente ante mí el auxiliar Mourus!

—¡A la orden, señor!

El germano dio media vuelta y se encaminó en busca del auxiliar al que encontró, dentro de su tienda, sacando filo a su *spatha* con una piedra de afilar.

—¡Eh, tú! Preséntate ahora mismo al decurión.

Mourus envainó su *spatha* y se presentó al decurio.

—¿Me llamaba, señor?

—¡Sí! Tú eres el auxiliar de más edad, ¿cierto?

—¡Sí, señor!

—Hoy, por desgracia, el optio no podrá asignar las guardias, así que te encargarás tú de asignarlas; si alguien te pone algún problema, que hable conmigo.

—¿Eso quiere decir que me asciende a optio, señor?

—Eso lo has dicho tú; yo te he dicho que te encargues de asignar las guardias hoy, y ahora lárgate.

Mourus saludó y dio media vuelta con cara de pocos amigos.

—Un númida, ¿verdad? —preguntó el médico al decurio.

—¡Sí, un númida! —le contestó el romano.

—Gente rara, nunca sabes en qué bando están; me ha tocado curar a muchos y por muchos más no poder hacer nada. El médico apoyó su brazo sobre la rodilla sana y se quedó un rato pensativo.

—¿Ha estado en el frente, por lo que intuyo? —le preguntó el decurio.

—He pasado media vida sirviendo en las legiones, con el grado de *medicus primus* he estado en la Galia, y en las guerras de Hispania he visto el dolor de todas las maneras imaginables. Mi destino final fue en Asturica Augusta con la V Alaude, una ciudad que tiene todo lo que un hombre puede desear. Allí conocí a mi esposa y tuvimos un hijo; le pusimos de nombre Silio, como el cónsul Silio Nerva, que puso fin a las guerras cántabras junto con el gran Agripa, cuando cumplió dieciocho años…

Con la voz entrecortada y con los ojos llenos de lágrimas, el médico tuvo que hacer una pequeña pausa.

—Cuando cumplió dieciocho años cogió unas fiebres y yo, el *medicus primus* de las victoriosas legiones de Roma, no pude hacer nada para salvarlo, tantas vidas como salvé y no pude hacer nada por salvar la de mi hijo; por eso es una de las causas. Como te dije,que no me llevo bien con los dioses, luego nos marchamos de Asturica, había que borrar de alguna manera los recuerdos, y llegamos a Lucus Asturum y de allí a Vetus, pero apareció un nuevo enemigo aún más fuerte que los bárbaros y con el que no es capaz de acabar ni las más fuertes legiones… ¿Sabe cuál es?

—¡No! —respondió el decurio.

—¡El vino! ¿Sabías que en estas tierras transmontanas no se cosecha la vid?; son frías y agrestes, difíciles de trabajar y, sin embargo, no hay casa o taberna que no tenga ese maldito brebaje que te deja sin conciencia. He estado borracho el resto de mi vida, queriendo olvidar aquello, he quedado lisiado por culpa de una caída cuando salía de una taberna, destrozando la rodilla para siempre, porque no hay un solo día que no me acuerde de mi hijo y hoy, después de tantos años sin hacerlo, he vuelto a amputar un brazo de un pobre optio y es como si… Lo siento, decurión, lo siento mucho por haberle aburrido contándole mi vida; pero hacía tiempo que no hablaba con alguien coherentemente.

—No me ha aburrido, a veces necesitamos a alguien para desahogar nuestras penas, y qué mejor que el hombro de un decurión de caballería de la Décima que le ha sacado de su casa a la fuerza —le dijo el decurio dándole una palmada en el hombro.

—¿Qué va a hacer con el muchacho? —le preguntó el médico.

—Tendríamos que llevarlo a algún *valetudinarium*.

—¡Imposible! El único está en Asturica Augusta y no llegaría vivo; si no tiene inconveniente, yo me quedaré con él hasta que se restablezca, esperando que todo salga bien. Mi esposa estará encantada; lo que sí tendrá que facilitarme será todo para el viaje de vuelta. —Al oír aquellas palabras al decurión se le humedecieron los ojos, cosa que hacía años que no le ocurría.

—El aire que viene de esos pinos hace que escuezan los ojos —disimulaba el oficial romano, restregándose los ojos.

—Bueno, hoy dormiremos todos en el campamento y mañana prepararemos todo para el viaje.

El médico dio una palmada sobre su rodilla buena y entró en la tienda para guardar sus instrumentos y echar un vistazo al muchacho; cuando vio el brazo amputado que permanecía sobre el camastro, apartó el faldón de la puerta de la tienda y sacando la cabeza por él le dijo al decurio:

—¡Mande a alguien para que entierre el brazo!

Mourus se dirigió hacia las tiendas con el fin de distribuir las guardias; serían cuatro puestos, uno vigilando las tiendas y el fuego y tres a caballo distribuidos en distintos puntos vigilando la manada, los cuales a media noche serían relevados por otros hasta el amanecer. El númida asignó todas las guardias a los reclutas, menos un puesto; luego buscó al germano sin dientes, que se encontraba de espaldas orinando. Alejado unos pasos de su *contubernium*, el númida se aproximó lentamente y le gritó al oído:

—¡Te toca guardia!

—¡Qué susto me has dado! ¿Qué cojones dices, moreno de mierda? Y ¿quién eres tú para asignarme una guardia?

—Primero, guárdate eso, no te vayas a mear las piernas, y lo segundo, me lo ha ordenado el decurión; esta noche tengo que hacer las labores que no puede hacer tu amado optio.

—¿No tienes suficientes tiros para que la hagan?

—Todos los puestos, como bien dices, están asignados a los reclutas, menos uno que te lo he dejado para ti.

—¿Cómo puedes ser tan hijo de pu…?

El númida le puso su dedo índice en la boca, diciéndole:

—¿Estos días has tenido mucha suerte con los dados?

—¿Así que es eso? ¿Cuánto quieres?

El germano sacó unas monedas y se las entregó al númida, el cual permaneció con la mano extendida hasta que el sin dientes le entregó varias monedas más.

—Así está mucho mejor, esta noche podrás dormir a pierna suelta, ja, ja, ja.

—Algún día te cerraré esa maldita boca —le gritaba el germano mientras el númida le daba la espalda riéndose.

La mañana amaneció gris y una fina capa de niebla cubría la copa de los árboles; el decurio había ordenado a dos auxiliares que cortaran dos largas y fuertes varas para hacer unas parihuelas para transportar al desafortunado optio. Las dos varas se sujetaron por su parte delantera a ambos lados del caballo y la parte trasera iría arrastrando por el suelo, luego se atarían unas

cuerdas de un lado a otro y encima de ellas iría el camastro con el optio tapado con su capa fuertemente atado, luego a sus pies irían sus objetos personales. Varios de los reclutas ayudaron a subir al caballo al médico, mientras el decurio se acercó al optio poniéndole bien un trozo de capa que arrastraba por el suelo. Su cara estaba pálida y ojerosa.

—Dile a mi tío.

El pobre muchacho no pudo reprimir las lágrimas.

—Bueno, dile a mi tío que fue una emboscada, que no pudimos evitarlo.

—No te preocupes, se lo diré, te has comportado como un valiente, te prometo que tendré una larga conversación con él, ahora trata de olvidarte de esto y cuídate, quedas en buenas manos; el médico Livius y su esposa te cuidarán y pronto podrás ir a ver a Aula.

—Ya no soy el hombre que conoció; nadie quiere a un lisiado. —Cerró los ojos y apartó la cara hacia un lado para no mirar al que había sido hasta ahora su superior.

El oficial se dirigió hacia el médico para despedirse cuando se oyó la voz ronca del gigantón César:

—Señor, quiero pedirle disculpas si lo traté mal; no era mi intención hacerle daño, pero en la Décima nunca dejamos morir a un compañero y también queremos que acepte estos tachones de plata de parte de todos los auxiliares para que ayuden a la manutención del optio.

—Muchas gracias, el emperador puede estar orgulloso de tener en sus legiones a tan buenas personas como vosotros.

—Cuando lleguemos a Asturica Augusta, me encargaré de que le envíen su licencia, así como su pensión; y muchas gracias por todo —dijo el decurión mientras estrechaba con fuerza la mano del médico.

—No hay por qué darlas, era mi deber; se es médico toda la vida, aunque esta te trate mal; cuidaos y que los dioses romanos, germanos y astures os traten bien, ja, ja, ja.

Rio el médico, que, dando con el talón de su pierna buena sobre la barriga del caballo, lo dirigió para pasar delante de todos los auxiliares que permanecían formados, arrastrando entre dos varas al optio Flavio Vetio

Rufus que, con sus ojos llorosos, echó un último vistazo al *vexillum* rojo con el dos de su decuria bordado en oro que flameaba al viento.

—¡Portaestandarte! Da la orden de recoger el campamento —gritó el decurión.

—¡Sí, señor! Ya habéis oído, preparad todo para la marcha. La voz ronca del germano puso a todos a trabajar.

La gran manada rápidamente se puso en marcha; el decurio montado en su percherón negro observaba desde un pequeño montículo donde se había instalado el campamento la larga hilera de caballos encaminarse hacia la empinada calzada; allí permaneció hasta que las mulas de bagaje abandonaron la llanura para espolear a su caballo para dirigirse a su puesto al lado del portaestandarte. La calzada discurría por el interior de un espeso bosque y de vez en cuando cruzaba por alguna pradería para volver nuevamente a la oscuridad del bosque.

—¡Alguien viene, señor! —gritó un auxiliar de retaguardia; al poco tiempo un jinete con atuendo militar los pasó al galope sin mirarlos siquiera.

—¡Es un correo militar! —les gritó el decurio.

Pronto salieron del frondoso bosque, dando comienzo a un pronunciado descenso que finalizaba en un amplio valle recorrido por un ancho y caudaloso río. La manada caminaba por ambos lados de la cuneta, dejando pasar a los carros que, tirados por bueyes penosamente, ascendían cargados de diversas materias; cuando el decurio llegó al final de la pendiente, un auxiliar lo esperaba.

—Señor, hemos detenido la manada en esa pradera.

—¿Y con qué fin lo has hecho? —le preguntó el decurio.

—Creo que es mejor reagruparla para que no intenten pasar el río; la corriente es muy fuerte, así conseguiremos que pasen por el puente ordenadamente.

La calzada se dirigía directamente al puente de piedra del que solamente estaban construidos los pilares. Sobre las dos márgenes del río había grandes montones de piedra, así como madera para hacer las ataguías; los

canteros llenaban el valle con el sonido de sus martillos perfilando las duras piedras y al ver llegar la gran manada levantaron sus cansadas espaldas para mirar qué ocurría. Uno de ellos que portaba sobre su cabeza un gran sombrero de paja se acerco al decurion para saludarlo.

—Mi nombre es Quinto Carvilio y soy el *architectus* encargado de construir este puente; si algún día nuestros mandamases nos envían el dinero para acabarlo mientras se acaba de construir, si queréis pasar al otro lado, que supongo que será lo que pretendéis, tendréis que utilizar el de madera —le decía el *architectus* hablándole con sorna a la vez que le indicaba con el brazo extendido la situación del puente. El hombre vestía una túnica color aceituna y de su hombro colgaba una gastada sarcina de cuero por la que asomaban varios pergaminos enrollados, el decurio desde lo alto de su caballo lo saludó levantando su vara y dando con ella un pequeño golpe en su casco. En aquel preciso momento cruzaba por el puente de madera una pequeña patrulla militar emitiendo su característico ruido que producían los clavos de sus *caligae* sobre los troncos del puente. Enseguida llegaron adonde se encontraba el decurio.

—¡Pero, bueno! ¿Qué hace todo un decurión dirigiendo tal cantidad de caballos? Perdón, no me he presentado; mi nombre es Hortensio Ascario y soy centurión de la X Gemina —le dijo el regordete centurión, el cual protegía su cuerpo con una *lorica musculata* de cuero teñida de negro reservada para oficiales de alto rango y que era raro verla portar por un centurión que apenas lograba tapar su voluminosa barriga; iba acompañado de cuatro legionarios que portaban *pilum* y *scutum*, sobre estos últimos podía verse pintado el emblema de la Décima: un toro.

—Estás perdonado. Mi nombre es Marco Macrino y pertenezco a la caballería imperial, así que no es raro verme entre caballos. Tanto yo como mis auxiliares pertenecemos también a la Décima, nos dirigimos a Asturica Augusta, aunque primero tengo que entregar a unos reclutas que nos acompañan en Uxo —le respondió el decurio mientras descabalgaba.

—Bueno, lo de Uxo lo tienes cerca; en cuanto pases esa montaña te encontrarás con un valle que es recorrido por un río similar a este; cuando

llegues a la confluencia con otro que baja de las montañas habrás llegado. El campamento no tiene pérdida, pues de lejos ya verás su torre de vigilancia; y bueno, lo de Asturica, amigo mío, ya te queda más lejos —le decía el centurión indicándole con su vara de vid la dirección que tenía que seguir.

—¿Ya conoces a Quinto, nuestro *architectus*?

—Sí, veo que a pesar de los problemas que tiene con su trabajo, no pierde el sentido del humor.

—Es el encargado de construir este puente sobre el río Melsos… si alguna vez llega el dinero. Estos canteros son contratados y hay que pagarles, al igual que a los arrieros que transportan la piedra que hay que traer de lejos; antes se encargaban mis legionarios, pero ahora no puedo prescindir de ninguno.

El centurión cogió por el brazo al decurio y lo apartó unos pasos para quedar solos.

—Envían el dinero desde Asturica, pero se pierde por el camino, ¿entiendes? Y así llevamos años; este es el cuarto o quinto *architectus* que envían; menos mal que tenemos el puente de madera; y dime, ¿sabes algo de lo que se cuece por el Imperio?; están dejando las guarniciones bajo mínimos en todo el Coventun Asturum.

—No sé nada, pero al centurión de la guarnición de Lucus Asturum le ocurre lo mismo.

—Mi opinión es que nos acabarán enviado a todos a Britania, aquí ya no hacemos nada, salvo vigilar carros que transportan oro y que no sabemos si tan siquiera llegan a Roma. ¿Entiendes?

—Bueno, tengo que dejarte; aún nos queda mucho camino antes de llegar a Uxo.

—¡De eso nada! Vendrás conmigo a mi campamento y comerás algo caliente, así que da las órdenes pertinentes y que se encargue la tropa de ir pasando los caballos.

—Como gustéis, no se puede decir no a algo caliente.

El decurio dio las órdenes al portaestandarte y, cogiendo el caballo por

las riendas, se encaminó acompañando al centurión.

—Vosotros echad una mano a esos auxiliares les dijo el centurión a sus legionarios, mientras estos se ponían firmes e inclinaban levemente la cabeza en señal de saludo militar.

—Veo que has dado las órdenes a un portaestandarte. ¿No te acompaña ningún optio? —le preguntó el centurión mientras pasaban por el puente que salvaba el paso del río construido sobre tres enormes troncos de pino, dos a ambos lados y uno en el medio, y sobre los cuales perpendicularmente reposaban los troncos que hacían de robusta pasarela por la cual podían transitar las caballerías y los carros cargados de mercancías contribuyendo a la expansión del Imperio…

—¡Hemos sufrido una emboscada! En la cual he perdido al portaestandarte y a un auxiliar germano, y al optio que resultó herido le hemos tenido que cortar un brazo, lo he dejado en Ovetum en casa de un médico hasta que se reponga, si no se ha muerto ya.

—Bueno, veo que no te has aburrido, no como yo, echo de menos la acción —le decía el centurión con cara sonriente mientras se restregaba con la mano la barriga.

—Nuestra misión es la de controlar el paso de mercancías por el puente, pues los convoyes que vienen de las minas de oro son constantemente atacados…

—¿Por bárbaros? —preguntó el decurio.

—¡Por romanos! —contestó en voz alta el centurión—. A estas gentes no les importa el oro, están cansadas de guerras y sufrimientos, solo quieren un trozo de tierra y unas cabras, con eso son felices. Los que nos roban son nuestra propia gente.

—¡ Amigo,que me vas a contar lo se por esperecia propia! —apostillo el decurion.

—Mercenarios pagados por ricos dómines, legionarios veteranos que regresan con su licencia y quieren llegar a casa ricos, y los más peligrosos son los desertores, y si me siguen quitando tropa no podré hacerles frente y encima quieren que acabe de construir ese maldito puente, yo no estoy

dispuesto a dejar mi vida por defender un puto carro para que se haga rico algún seboso senador, por lo que intento, amigo, hacer lo mínimo posible. ¿Entiendes? Llegaron al campamento, instalado sobre una pequeña loma que había sido desarbolada, y ahora los helechos la habían colonizado; un foso y empalizadas de madera lo defendían. Al entrar por la puerta, el centinela se cuadró y los saludó militarmente. Directamente se dirigieron al *praetorium*, un legionario se hizo cargo del caballo del decurio y pasaron al interior.

—¡Toma asiento! —le dijo el centurión.

Los dos se sentaron sobre unas pequeñas sillas de campaña. La tienda, algo mayor que la que poseía el decurio, estaba dividida en dos partes, la primera en la entrada que servía de puesto de mando, y la segunda separada por una cortina de piel de vaca servía de aposento del centurión, un camastro, un arcón sobre el que reposaba un pequeño altar, unas sillas de campaña que junto con una mesa y un pequeño *folucus* de bronce finamente decorado que daba un poco de calor, lo cual se agradecía, eran todas sus pertenencias.

—¿Qué opinas de mi palacio? —le preguntó el centurión.

—Solo le echo en falta un *balneum* de agua caliente; con eso sería igual al mismo palacio de nuestro emperador Augusto, ja, ja, ja. —Rieron los dos.

—¡Sabino! ¡Sabino! —gritó el centurión; al instante apartando la cortina hizo su aparición un criado.

—¿Me llamabas, centurio?

—Tráenos vino y algo de comer.

El criado rápidamente desapareció tras la cortina, inclinando un poco la cabeza.

—Lo llamo Sabino, pero no sé cómo se llama realmente; ya lleva varios años conmigo; se lo gané a un centurión de la II Augusta jugando a los dados, no es un esclavo, creo que es romano; ya le dije varias veces que se largara, pero al parecer se encuentra bien sirviéndome y no quiere largarse, bueno, por lo menos come caliente todos los días, cosa que no es nada fácil conseguir por estas tierras. ¿Entiendes?

La mano de un legionario apartó la cortina para dejar paso a Sabino que, un poco encorvado, depositaba sobre la mesa una bandeja de madera sobre la cual descansaban dos humeantes cuencos conteniendo una reconfortadora sopa de verduras, a su lado un trozo de queso, miel, un pequeño cesto de mimbre con nueces, así como una jarra y dos copas de madera. El decurión cogió rápidamente con las dos manos el cuenco de la caliente sopa y empezó a soplarla para no quemarse, mientras el centurión le servía vino.

—¡No me digas que se vive mal en el ejército! —le decía con tono burlón el decurio mientras depositaba el cuenco sobre la mesa; luego, cuando el centurión se disponía a dar un golpe con su mano sobre una de las nueces que había depositado sobre la mesa, nuevamente la cortina se abrió, por la que entró un legionario de la guardia.

—Por todos los dioses, ¿qué pasa ahora, legionario? No puede uno comer en paz.

—¡Perdone señor! Pero un auxiliar de caballería quiere hablar con el decurión.

—¡Mándalo que pase! —le dijo el centurión a la vez que dejaba caer su pesada mano sobre la nuez, la cual produciendo un sonoro estruendo quedó desparramada en pequeños trozos sobre la mesa.

Precedido por un fuerte olor a caballo, el germano larguirucho entró con el cuerpo encorvado para no pegar con el casco en lo alto de la tienda.

—¿Qué ocurre? ¿Hay algún problema con los caballos? —le preguntó el decurio.

—¡No, señor! Es con los cilurnigos, que se niegan a pasar por el puente. No sé qué problema tienen con una diosa.

—¡De acuerdo! Espérame donde el puente.

El germano saludó militarmente dando un sonoro golpe sobre el pecho y dio media vuelta saliendo de la tienda, mientras el centurión recogía los pequeños trozos de nuez desperdigados por la mesa y los iba metiendo en su boca.

—Bueno, centurión Hortensio, es hora de despedirnos y seguir con mi

cometido; como ves me dan más problemas los hombres que las bestias. Ha sido un honor conocerte y espero que coincidamos en alguna campaña. —El regordete centurión se levantó de su silla, limpiándose los restos de comida depositados sobre su roja túnica.

—Lo mismo digo, amigo Marco, igual nos vemos en Britania, que los dioses te acompañen.

Al llegar al puente lo esperaban el portaestandarte, Mael y el germano larguirucho.

—A ver, ¿qué cojones es lo que pasa? —preguntó el oficial mientras descabalgaba de su percherón.

—Allí los tiene, señor; no quieren pasar el puente —le respondió el larguirucho indicándole con el brazo extendido la situación de los astures.

—¿Quiere que les hable yo, señor? —le preguntó Mael.

—¡No, esta vez les hablaré yo! El portaestandarte y tú, continuad la marcha; ya os daremos alcance.

—¡Y tú, quédate aquí! —le dijo al larguirucho mientras le entregaba las riendas de su caballo; luego lentamente se quitó la capa y doblándola con cuidado la puso sobre el *corniculum*, así como las pieles de zorro.

El decurión, sosteniendo en su mano derecha la retorcida vara de vid, echó un vistazo a la otra orilla donde los cilurnigos, montados sobre sus caballos, permanecían parados como estatuas, el ruido de los martillos golpeando las piedras se paró de repente y todos los canteros elevaron lentamente sus cabezas mirando en dirección al puente de madera, algo rondaba en el aire que no era normal, el decurión se fue aproximando lentamente a la otra orilla, de repente uno de los cilurnigos arreó a su caballo saliendo al galope, el decurión echó mano a la empuñadura de su *spatha* y separó sus piernas para repeler el ataque, pero cuando el jinete llegó a la altura del decurio tiró fuertemente de las riendas haciendo que el caballo se detuviera haciendo que retumbara la madera del puente, cuando el decurio se disponía a sacar su arma el cilurnigo le gritó:

—¡Soy Auledo, señor, yo sigo a sus órdenes! —Y dando con sus talones en la barriga de su caballería, salió nuevamente al trote hacia la otra orilla.

Los canteros se miraron unos a los otros desilusionados; querían ver pelea, pero aún quedaban siete contra uno. Algunos dejaron sus herramientas subiéndose encima de los montones de piedras para observar mejor. El decurio llegó a la otra orilla; sabía perfectamente que aquello era obra de Bilio, así que se dirigió hasta llegar delante de su caballo.

—¿Algún problema, aprendiz de druida?

—No podemos pasar este caudaloso río; sus espumas blancas son un presagio de mala suerte para el que lo cruce, y nuestra diosa Deva no nos lo perdonaría, y esos dos que han cruzado ya están malditos —gritaba el cilurnigo desde lo alto de su caballo mientras con su vara de avellano amenazaba al decurión.

—Podrías bajarte del caballo, así podríamos hablar mejor, ¿no te parece? —le dijo el decurio con voz suave.

El astur miró a sus compañeros, que permanecían cabizbajos. Sus manos empezaron a temblar ligeramente y de su frente brotaron gotas de sudor que se introducían en los ojos, produciéndole un picor salino. Con su brazo se las secó y dejó caer las riendas, luego descabalgó sin perder de vista al decurio. No había llegado al suelo cuando la vara de vid se estrelló en su estómago, dejándolo sin respiración. El joven cilurnigo echó las manos a la barriga y sin darle tiempo a reaccionar, un segundo bastonazo impactó sobre su encorvada espalda, haciéndole caer de rodillas sobre el suelo.

—¡No vuelvas a amenazarme! Porque no habrá tercera vez, la próxima que me plantees un problema, te saco las tripas. ¿Me has oído? —le gritó el decurión.

Al astur le costaba respirar y más cuando una patada impactó en sus riñones, haciendo que cayera de cara sobre el embarrado suelo.

—¡No te oigo! ¡Quiero que me digas que lo has entendido!

El joven Bilio consiguió penosamente ponerse nuevamente de rodillas; tenía la cara colorada y por su boca colgaban babas llenas de barro, el decurio le puso su vara de vid en la barbilla, levantándole la cabeza.

—¡Te lo vuelvo a repetir! ¡Quiero que me digas que lo has entendido!

—¡Lo he entendido! —farfulló el cilurnigo.

—Sigo sin entenderte.

—¡Lo he entendido, señor! —gritó a duras penas el muchacho.

—¿Alguno más tiene algún problema con alguna diosa o con las espumas del río? —Los demás cilurnigos movieron la cabeza en señal de negación.

—Tengo que deciros que, aunque no tengáis aún instrucción militar, todos os habéis portado hasta ahora como auténticos soldados; cuando lleguemos a nuestro destino y os conviertan en legionarios de Roma, comprenderéis que el único dios que os salvará el culo en el campo de batalla será vuestro centurión. En las legiones no vale que uno diga una cosa y otro otra, la legión es una piña; estando juntos somos fuertes, indestructibles, por eso somos un Imperio, al cual pertenecéis, y el que quiera entorpecer esa unión que nos hace fuertes hay que eliminarlo porque si uno falla pueden morir muchos compañeros… Y ahora seguid adelante; pronto os encontraréis con los demás.

Todos arrearon a sus caballos y pasaron el puente en busca de la manada; el decurión levantó la vara de vid indicándole al germano que se aproximara. Inmediatamente el larguirucho cruzó el puente portando las riendas del percherón del decurio.

—Átale las manos a la cola de su caballo y que haga hasta nueva orden el viaje andando.

—¡A la orden, señor!

El germano puso en pie al astur y le ató las manos a la cola de su caballo para después de un salto montar sobre el suyo cruzando el puente, el decurión cogió su capa y sus pieles de zorro que colgaban de la silla de su caballo y se las acomodó en el cuello, luego cogió las riendas y llevó a su caballo hasta un viejo tronco que había al lado del camino subiéndose en él para facilitar mejor la montura sobre su negro percherón.

—¡Nos hacemos viejos, amigo! —le dijo al caballo mientras le daba unas palmadas en el cuello. De repente, el ruido de los martillos al chocar contra la dura roca inundó de nuevo el lugar. El decurión inició lentamente el paso del puente, observando a los canteros; uno de ellos dejó el martillo

en el suelo y levantó el brazo en señal de saludo; el decurión se lo devolvió dando un pequeño toque con su vara de vid en el casco, luego espoleó a su caballo poniéndolo al trote por la zigzagueante y pendiente calzada que los llevaría a Uxo.

Capitulum

VII

El joven Mael descansaba pensativo, montado sobre su caballo, con la vista perdida en el horizonte, apartado de la calzada en un pequeño claro del bosque donde comenzaba el descenso hacia el siguiente valle. El tamborileo del pico picapinos sobre un pino que el fuerte abrazo de la hiedra había secado se hacía oír en todo el bosque; desde la altura, la manada era visible a veces entre claro y claro del impenetrable bosque y a lo lejos podría verse un nuevo río cuyo cauce ocupaba casi todo el ancho del valle, así como unas columnas de humo que ascendían hacia el cielo.

—¿Qué pasa, muchacho, algún problema? —le preguntó el decurio, que tirando de las riendas paró su caballo al lado del cilurnigo.

—¡No, señor!

—Pues entonces, ¡adelante! Cabalga a mi lado y aprovecharemos para hablar.

—¿Sabe, señor? Una vez, siendo aún unos críos, el druida nos llevó como era costumbre hasta el monte sagrado, tuvimos que esperar la bajamar para poder cruzar al otro margen de la ría, y allí, después de una larga caminata, llegamos adonde según los más viejos se encuentran enterrados debajo de unas grandes piedras nuestros ancestros, le cuento esto porque yo, exceptuando esa vez, nunca había salido más allá de las murallas de mi pueblo, todo lo más descender por los acantilados aprovechando que el mar dejaba libres las rocas para pescar, cuando llegasteis mi madre me dijo que me fuera con vosotros, que en el pueblo no tendría futuro, que conocería nuevos lugares y me haría un hombre, y así ha sido, tenía razón, he visto interminables bosques, ríos y las enormes montañas donde el druida del poblado decía que habitan nuestros dioses, y he sido capaz de vengar a mi

pueblo luchando contra los hombres del tirano Veranius, espero que Castus y las muchachas hayan llegado al poblado sin problema, y supongo que mi padre desde el más allá estará orgulloso de mí.

—Tu padre, esté donde esté, estará orgulloso, y si te sirve de consuelo, yo también lo estoy. No tuve tiempo hasta ahora para darte las gracias por haberme salvado la vida; de no ser por ti no estaríamos ahora hablando aquí los dos.

—Supongo que usted habría hecho lo mismo por mí.

—Sí, pero yo soy un soldado profesional de Roma y tú no. Y has arriesgado tu vida para salvar la mía y la de tus compañeros, y te has portado como un experto legionario. Quiero decirte que no lo olvidaré nunca, y cuando necesites algo cuenta conmigo… Y ahora basta de cháchara y cada uno a su puesto, que hay que entregar esos caballos en Asturica Augusta, y allí sí que conocerás cosas nuevas, y hasta se te aparecerá alguna diosa que te hará un hombre de verdad…

Los dos arrearon sus caballos entre risas para descender hasta el valle, donde encontraron nuevamente parada la manada y donde uno de los auxiliares que hacía labores de explorador estaba esperándolo para darle novedades.

—¿Qué ocurre de nuevo?, ¿por qué se para la manada? —le gritó enfadado el decurio.

—¡Señor! Allí delante nos hemos encontrado con un poblado donde hemos escuchado gritos y nos ha parecido ver gente armada —le decía el germano, indicando con el brazo extendido la dirección.

—No sabía que quedaran tribus beligerantes por aquí; iremos a echar primero un vistazo a ver qué ocurre, lo más seguro es que sea alguna disputa entre distintas tribus.

—¡Tú! —le dijo el decurio al sin dientes—. Acércate a retaguardia y que liberen del castigo al puto druida, y luego te vienes rápidamente a mi encuentro.

—A la orden, señor. —El sin dientes arreó a su caballo y salió al galope hacia retaguardia.

El ruido de los cascos de un caballo llamó la atención de Dalia. La mujer dejó en el suelo los pequeños troncos de leña que portaba apretados sobre su pecho y entreabrió la chirriante puerta para ver quién era.

—¡Livius ¡Por fin, gracias a los dioses que has vuelto!

—Tranquila, mujer, y deja en paz a los dioses, y como puedes ver estoy en perfectas condiciones; esos muchachos de la Décima me han tratado bien y he sentido que valgo para algo aún; ayúdame a bajar del caballo; hace tanto tiempo que no cabalgaba que me duele todo el cuerpo.

Dalia lo ayudó a desmontar; su nombre significaba «bella» y, a pesar de ser más joven que Livius, su belleza se había apagado muy pronto. La pérdida de su hijo y la convivencia con un hombre que solo encontraba consuelo en la taberna bebiendo, habían hecho que la flor se marchitara, pero hoy, cuando lo ayudaba a desmontar, lo notó más alegre y su semblante no era el mismo que cuando se lo llevaron.

—Te traigo un invitado, que estará con nosotros un tiempo; voy a buscar a alguien para que nos ayude a meterlo en casa.

La mujer se agachó y apartó los pelirrojos cabellos mojados por la fiebre que tapaban la cara del muchacho. Descubriendo un rostro pálido y ojeroso, le acarició la frente lentamente varias veces, entonces el optio abrió los ojos y con voz débil le dijo:

—Madre, ¿qué haces aquí?

Al oír aquellas palabras, las piernas de Dalia flaquearon, haciéndola caer de rodillas.

—¡Silio, hijo mío! Tanto como he rezado a los dioses y por fin me lo han devuelto… —dijo la mujer mirando al cielo con las manos entrelazadas y los ojos llenos de lágrimas.

En aquel momento el médico regresaba con dos vecinos para ayudarlo. Dalia se levantó y corrió hacia su marido.

—¿Ves cuando te reías de mí porque rezaba a los dioses pidiendo que nos devolvieran a Silio?, pues me han escuchado y nos lo han devuelto —le gritaba Dalia cogiendo por el brazo al galeno, el cual movió la cabeza, dando a entender a los vecinos que introdujesen al joven en la casa.

Soltaron las cuerdas que sujetaban el camastro a las varas y lo depositaron en el suelo de la casa junto a sus cosas personales.

—Gracias, podéis llevaros el caballo y hacer uso de él; de momento no lo vamos a necesitar; cuando llegue el momento ya os lo pediré —les dijo el médico a los vecinos, los cuales le dieron un apretón de manos, e iniciaron el regreso por la empinada cuesta.

—¡Dalia! Sal un momento —le dijo el médico en voz baja.

La mujer con cara de felicidad salió a la puerta; Livius la cogió por el brazo y entrecerró la puerta.

—Cariño, el muchacho está muy grave, le ha entrado la gangrena y he tenido que cortarle un brazo. Se quedará con nosotros si sobrevive hasta que pueda valerse por sí mismo. Es joven y fuerte; su nombre es… —Dalia le puso su dedo índice en la boca para silenciarlo.

—Mientras este aquí será nuestro Silio y no habrá segunda vez, ¡se curará! Prométeme que esta vez lo curarás. ¡Prométemelo!

El médico quedó pensativo; no quería desilusionar a su esposa; la pobre ya había sufrido bastante, pero el optio estaba muy grave y él había visto morir a muchos soldados por esto mismo, pero era en el campo de batalla con frío y barro sin ninguna atención, pero ahora el muchacho estaría atendido día y noche y quizá los dioses esta vez no los dejarían solos. Entonces agachó su cabeza, puso las manos sobre la nuca, rascándosela varias veces y…:

—¡Te lo prometo!

—¡Repítelo otra vez! —insistió Dalia cruzando los dedos.

—¡Te lo prometo! Y ahora, ¿qué te parece si me ayudas a ponerle vendajes limpios? —El que fuera *medicus primus* de las legiones romanas cogió fuertemente por el hombro a su mujer y abriendo la chirriante puerta entraron en la casa donde los esperaba un joven lisiado de nombre Flavio, pero que por destino de los dioses pasaría a llamarse… Silo.

El decurión Marco Macrino ordenó que se reuniera la mermada decuria, así como los reclutas astures; esta vez no quería problemas como los que sufrieron en la emboscada.

—¿Has liberado al astur? —le preguntó el oficial al sin dientes, que llegaba por la retaguardia de cumplir la orden.

—¡Sí, señor! —farfulló el germano.

—¡Ahora, atended todos! —gritó el decurión, que permanecía apoyado de brazos sobre los cuernos de su *corniculum*—. Yo, Mourus y tú. —Refiriéndose al sin dientes—. Nos acercaremos hasta el poblado a ver qué ocurre, no quiero más emboscadas, los demás quedaréis alerta, tú, César, quedarás al mando, primero manda a alguien que asegure fuertemente todo el bagaje a las mulas, por si tenéis que salir corriendo no quiero que se pierda nada, nos queda mucho camino todavía, en el caso de que encontremos gente hostil haremos alguna señal y haréis salir en estampida a la manada en dirección al centro del poblado por donde pasa la calzada, si han puesto algo para pararlos, los caballos se encargarán de llevárselo por delante, vosotros, astures, que vais desarmados, iréis camuflados entre la manada, galopad siempre agachados, los demás sois soldados, no creo que deba explicar más. ¿Todo claro? —gritó el decurión.

—¡Todo claro, señor! —contestaron todos a la vez.

Las largas crines de los asturcones eran movidas por un ligero viento mientras pastaban tranquilamente. Su lanudo pelaje color castaño oscuro, que los protegía del crudo invierno, estaba ya desapareciendo, dando paso a un lustroso negro con el que soportar mejor el caluroso verano. De vez en cuando la tranquilidad de la manada era interrumpida por algún macho que pretendía cubrir alguna hembra en celo con la consiguiente lucha entre machos dominantes que, entre mordiscos y alguna que otra coz, pretendían reunir a sus hembras.

—¡Rezaría a los dioses para que me convirtiera en caballo! —le decía el sin dientes al númida mientras observaba montado desde su caballo la gran manada, sin prestar mucha atención a la conversación que mantenía el decurio.

—¿Y para qué, si puede saberse? No creo que te gustara mucho que te clavaran las espuelas en la barriga —le contestó el moreno.

—¡Me pasaría el día cubriendo a todas las yeguas! Con el tiempo que

llevo sin estar con una mujer… Claro, tú no lo entiendes.

—¿Qué no entiendo? ¿Qué quieres decir, maldito?

—Lo sabes bien, sé que te gustan más los muchachos jovencitos que las mujeres, te he visto con el rubito cilurnigo varias veces y si ha desertado creo que ha sido por tu culpa. ¿Y el ojo morado que traías cuando desapareció? ¡Qué! —El númida acercó su caballo haciendo chocar contra el del germano.

—Desde ahora en adelante, desdentado de mierda, procura dormir siempre alerta.

—¿Me estás amenazando?

—¡No! Pero me estoy dando cuenta de que me empiezan a gustar los germanos sin dientes, ja, ja, ja.

—Eh, vosotros dos, ¿de qué cojones habláis? Como os pase algo por no haber estado atentos, no seré yo quien dé la vuelta para salvaros, ¿entendido? —les gritó enfurecido el decurión; los dos escogidos no eran soldados de su agrado ni mucho menos. Pero eran buenos en el cuerpo a cuerpo y en el uso de las armas.

—¡Sí, señor! —respondieron los dos sobresaltados.

El decurio se quitó la capa y las pieles de zorro y se las entregó a Mael.

—Cuídamelas hasta que vuelva —le dijo el oficial con una sonrisa, mientras su caballo, nervioso, agachaba la cabeza resoplando.

Uno de los auxiliares le hizo entrega al decurión de su *clipeus* el cual era transportado por una de las mulas, mientras que los auxiliares lo portaban siempre a sus espaldas. El decurio, después de acomodar su ovalado escudo, dio orden de desenvainar. El sin dientes, el númida y el decurión arrearon a sus caballos en dirección al poblado, del cual salían unas enormes columnas de humo que ascendían hacia el cielo tiñéndolo de negro. Llegaron a la entrada del poblado por el que transcurría la embarrada calzada, ya que los pequeños arroyos que bajaban de las montañas utilizaban los vericuetos caminos para desaguar en el cercano río. A la derecha había unos tenderetes de los cuales colgaban atados por sus colas enormes salmones y a la izquierda entre el humo se encontraba el castro con

sus chozas circulares apiñadas unas a otras. Cuando llegaron a la primera cabaña vieron a un niño que lloraba desconsoladamente sentado al lado del cuerpo semidesnudo de una mujer que yacía en el suelo.

—Ahora no podemos hacer nada por él, sigamos y estar alerta —les dijo el decurio en voz baja, indicándoles con la *spatha* la dirección a seguir, mientras el sin dientes escudriñaba lascivamente los pechos al aire de la mujer—. ¿Nunca has visto una mujer muerta? —le preguntó el decurión.

—¿Qué? Ah, sí, es que me da pena el pobre mocoso, señor —respondió el auxiliar germano mientras Mourus negaba con la cabeza.

En la siguiente callejuela se encontraron con varias chozas de techos de paja que ardían como gigantescas antorchas produciendo remolinos de fuego que les impedían el paso, haciéndoles volver sobre sus pasos hacia la calzada principal, donde se adentraron por otra callejuela donde se encontraron con el cuerpo de un hombre tirado en el suelo entre un gran charco de sangre al que habían degollado, luego tuvieron que fustigar varias veces a los caballos, los cuales, asustados, se negaban a subir por una pequeña cuesta que llevaba a la plaza del poblado, donde se encontraron con una choza respetada por el fuego que sobresalía de las demás por su enorme tamaño y de la que salían gritos y lloros, de repente de una de las callejas apareció un hombre portando sobre su hombro a una muchacha pataleando y dando gritos, el hombre, que vestía ropa militar y portaba un *gladius* a la cintura, al ver a los équites, se paró en seco soltando a la pobre muchacha, que cayó al suelo. Esta se levantó rápidamente y sin mediar palabra salió corriendo, despavorida, sin mirar para atrás. El decurio la siguió con la mirada hasta que se perdió entre las chozas, dándose cuenta de que atado con los brazos en cruz sobre la rueda de un carro había un hombre desnudo con las piernas ensangrentadas al que le habían cortado los genitales.

—¡Eh, Rufo, tenemos visita! —gritó el hombre sin moverse del sitio, mientras Mourus envainaba su *spatha* y sacaba de su *aljaba* una de sus jabalinas.

La puerta se abrió y de ella salió un hombre vestido con una sucia túnica

militar; no llevaba loriga de protección, solamente el *cingulum* del cual colgaba del lado derecho un *gladius*, en el cuello portaba un gran *torque* de bronce y sobre su cabeza un casco de cuero finamente decorado, que pertenecían sin duda al jefe tribal del poblado. El decurio se dio cuenta rápidamente de quién era el hombre que yacía atado en el carro.

—¡Por el tridente de Neptuno! Han llegado refuerzos —gritaba el hombre mientras bebía de un pequeño odre de cuero, derramando el líquido por sus barbas.

—¿Qué cojones estáis haciendo aquí? ¿A qué legión pertenecéis y quién está al mando? —le preguntó el decurio señalándolo con su arma.

—¡Legión! Ja, ja, ja, permíteme que me presente, soy el nuevo emperador de este castro, mi nombre es Rufo Ezio y os aconsejo que os marchéis por donde habéis venido, a no ser que queráis uniros a nosotros; en ese caso tendréis, repito, tendréis todas las mujeres que deseéis y parte de este Imperio. No tardando pasará un cargamento de oro, el cual pasará, valga la redundancia, a ser de nuestra propiedad, así que necesitamos gente fuerte como vosotros que se una a la causa —le decía el hombre, tambaleándose mientras se limpiaba con el brazo los restos de líquido de sus negras barbas, mientras los gritos de mujer seguían oyéndose en el interior de la cabaña.

—¡Son desertores, señor! —le susurró el sin dientes al decurión.

—¿Qué opinas, decurión? Seríamos todos ricos y adiós legión para siempre; no tendríamos que obedecer nunca a nadie, ni nos levantaría nadie la voz, ni nos pegarían jamás con la maldita vara de vid —le gritaba Rufo moviendo los brazos de un lado a otro, el cual se mantenía en pie a duras penas a causa de la borrachera.

—¡Primero suelta a esa pobre gente que tienes ahí dentro y luego hablaremos!

—¿Sabes, decurión? Me gustan mucho tus *phalerae*, demuestran que has sido un valiente, ¿a cuántos legionarios has pegado con tu puta vara de vid? —le decía el desertor mientras sigilosamente echaba mano a la empuñadura de su *gladius*. No pudo decir nada más; la *spatha* del decurio lo penetró

entre los dos ojos y en sentido descendente le salió por la nuca. El desertor cayó al suelo fulminado, dejando caer el odre, desparramando el contenido por el suelo, mientras el otro desertor rápidamente emprendió la huida, pero solo pudo permitirse dar unos pasos. Una jabalina lanzada por el númida se le clavó en la espalda, haciéndole caer de bruces sobre el embarrado suelo. Mourus descabalgó y se acercó al cadáver para arrancarle la jabalina y rápidamente de un salto volver a montar, quedando nuevamente alerta. El decurión desmontó su caballo y le entregó las riendas al sin dientes, diciéndole que lo esperara allí. Luego, despacio, se acercó a la puerta de la cabaña, que abrió sigilosamente con la punta de su *caligae* mientras se protegía con el escudo su costado izquierdo. Sigilosamente, se introdujo en la choza. Ya dentro observó dos culos blancos que subían y bajaban, pertenecientes a otros dos desertores que violaban a dos mujeres en el suelo. Mientras el sin dientes y Mourus en el exterior seguían pendientes de lo que ocurría dentro de la cabaña, de la que, aparte de los gritos de las mujeres, se oía el inconfundible ruido de entrechocar aceros.

—¿Qué hacemos? —dijo el sin dientes.

—¡Nada! Nos dijo que lo esperáramos aquí. ¿Quieres entrar a ayudarlo o a ver si hay alguna jovencita con las piernas abiertas?

—¡Déjame en paz! Algún día te vas a quedar como ese del carro: ¡sin huevos!

La puerta se abrió, saliendo de ella un hombre alto y delgado, de piel negra, vestido con una túnica militar. Llevaba la cara tatuada y en su mano derecha un *gladius*. El sin dientes y el númida se quedaron sin habla, mirándose uno al otro, pensando que aquel hombre había matado al decurión, pero de repente el negro echando sangre por la boca, cayó al suelo, haciendo un ruido igual que un tronco recién talado. El decurio sabía dónde su *spatha* era mortal, una estocada corta y rápida en el pecho perforándole un pulmón bastó para acabar con la vida del desertor. La puerta volvió a abrirse bruscamente, saliendo de ella el decurión gritando.

—¡Id por atrás rápido, dos se han escapado!

Los dos hombres al oír la pelea habían saltado por un pequeño

ventanuco, el númida arreó a su caballo saliendo al galope hasta llegar a la parte más elevada del poblado donde estaban los campos de cultivo, de detrás de una choza apareció corriendo uno de ellos que con las prisas había dejado el *cingulum* en la cabaña y la túnica de lana, al no tener sujeción en la cintura, le llegaba casi a las pantorrillas impidiéndole correr, al ver al númida levantó la túnica con sus manos echando a correr mientras enseñaba sus blancos muslos, sus *caligae* se enterraban en la blanda tierra cultivada impidiéndole dejar atrás al númida, el cual guardó en la *aljaba* la jabalina y desenfundó su *spatha* con ella en alto, arreó al caballo hasta llegar a la altura del desertor, donde la bajó con fuerza abriéndole la cabeza en dos al romano, que hacía poco gemía de placer y ahora yacía en el suelo con sus sesos desparramados entre las hortalizas, el moreno tiró de las riendas parando al caballo para mirar a su alrededor, entonces vio en una pequeña pradería donde pastaban unas asustadas ovejas que corría el otro desertor con la intención de llegar al bosque donde más fácil podría escabullirse, Mourus espoleó a su caballo que, dando un bufido, salió al galope saltando un pequeño muro de piedras que servía de separación para que el ganado no pasara al sembrado, el desertor no sabía que lo perseguía un númida, los cuales tenían fama de ser los mejores jinetes del Imperio, reventado de correr el romano trastabilló cayendo al suelo y dando con su cara contra una piedra que estaba tapada por la hierba el romano se quedó sentado sobre la húmeda hierba echando sus manos a la ensangrentada cara gritando de dolor, el númida rápidamente llegó al galope y descabalgó de su caballo antes de que este se detuviera.

—¡Eh, tú, romano de mierda! Desenfunda lentamente tu *gladius* y tíralo hacia aquí —le gritó el númida.

El hombre, al ver que ya no podía hacer nada, quitó la mano de su ensangrentada cara y a duras penas cogió su *gladius* y lo tiró con rabia entre la hierba.

—¡Déjame en paz! ¿Qué crees, que voy a luchar contra ti? Con esto tengo bastante, no sobreviviré solo por el monte con esta herida, así que déjame, por favor, tú eres soldado como yo y sabes la mierda que es esto,

siempre luchando, siempre andando y andando. Rufo fue el que nos convenció para desertar, robaríamos un carro lleno de oro y se acabaría la legión para siempre, pero habéis llegado vosotros y lo habéis jodido todo, por favor, déjame marchar.

—Lo siento, pero yo disfruto matando romanos; mírame a la cara con tu ojo sano, ¿ves?, soy un númida y a mí sí que me habéis jodido. Yo era muy feliz en mi tierra hasta que llegasteis vosotros y sí que lo jodisteis todo, ¡romanos! —le decía al oído el númida al maltrecho muchacho que, además de tener un ojo deshecho, sangraba abundantemente por su partida nariz.

El númida cogió del suelo el *gladius* y se acercó por atrás al desertor, que permanecía sentado sobre la hierba; el muchacho, que no tendría más de veinte años, agachó la cabeza sabiendo que era el fin.

—¡Que te jodan, númida! —gritó el romano.

El moreno lanzó el *gladius* al aire, el cual dio dos vueltas sobre sí mismo, cogiéndolo nuevamente por la empuñadura y aprovechando la inercia de bajada se lo clavó en la nuca al muchacho, que murió en el acto. Luego, con una sonrisa en la cara, se agarró al cuerno de su *corniculum* y de un salto montó sobre su caballo, espoleándolo y saliendo al trote; cuando llegó nuevamente al muro de piedra, se paró y tirando de la rienda izquierda hizo que el caballo diera la vuelta para echar un último vistazo. Todo estaba tranquilo, solamente a lo lejos, entre la hierba, un muchacho con la cara destrozada permanecía sentado con un *gladius* clavado en la nuca.

El decurio limpió su *spatha* sucia de sangre con la túnica de Rufo, que yacía en el suelo; sus piernas aún temblaban a causa de los espasmos musculares que sufre un cuerpo, desangrándose poco a poco, para luego envainarla. Después rápidamente se dirigió a la choza, abriendo la puerta.

—¡Ya podéis salir, no hay peligro! —gritó el oficial.

Las muchachas, llorando, fueron saliendo de la choza, llevaban sus vestidos y cabellos desaliñados por el forcejeo, alguna tenía las manos atadas y el decurio les cortaba las cuerdas con su *pugio* según iban saliendo, al ver el cadáver de Rufo en el suelo alguna le escupió y otras le dieron patadas con sus zuecos de madera que calzaban, eran todas muchachas

jóvenes que darían sangre nueva para el Imperio, esto no era nada nuevo, no daban pena a un soldado de las legiones, unas veces los violadores eran desertores, otras, legionarios cobrando su botín de guerra, otras, tribunos que tenían ganas de mujer, centuriones u hombres de otras tribus, por eso ¿quién puede decir con seguridad que uno es auténtico astur, romano, germano o galo? El númida llegó montado sobre su caballo y dio:

—¡Esos dos no molestarán más, señor!

—¡Muy bien, a estos quitarles las armas; nos las llevaremos! —les ordenó el decurión, mientras su mirada se dirigía a la puerta de la cabaña de la que salía una mujer de largos cabellos negros como el azabache, que rondaría la treintena, vestida con un ceñido sayo de color verde oscuro que realzaba su delgada figura.

—¡Gracias, romano! —le dijo la mujer.

—¡Pe..! ¡Perdón! —le contestó el decurio, tartamudeando: había visto muchas mujeres en su vida, pero no como esta; era tal su belleza que era como si una de las estatuas de blanco mármol que había visto, cuando era niño en su Roma natal, hubiera cobrado vida.

—¡Que gracias por habernos salvado! —replicó la mujer.

—Mi nombre es Alanna.

—¡Alanna! Bonito nombre.

—Me lo puso mi padre, es el nombre de una diosa de una tribu muy lejana, y significa «bella».

—¿De una diosa? —respondió ensimismado el decurio.

—Pues tu padre ha acertado plenamente. El mío es Marco, Marco Macrino, decurión de la Décima legión, nos dirigimos a Asturica Aug… Bueno, a una ciudad muy lejos de aquí —le contestó el romano mientras con el brazo derecho extendido le señalaba la dirección sin poder apartar la mirada de los ojos castaños más hermosos que había visto en su vida.

—¡Gracias! —le contestó de nuevo la mujer.

—¿Te han hecho daño esos hijos de pu…, esos desertores?

—A mí no, pues me dejaban para el que está ahí en el suelo, al parecer era el jefe, pero a las demás sí les han hecho mucho daño y no lo olvidarán

nunca; ahora ningún hombre de la tribu se casará con ellas y tendrán que cuidar de sus hijos solas; es nuestra costumbre cuando nace un niño entregárselo al padre para que pase la primera noche con él y ellas no lo podrán hacer; las pobres tendrán que trabajar mucho para sacarlos adelante.

—Bueno, en la entrada del pueblo encontramos a una mujer que ha tenido peor suerte; tendrás que enviar a alguien para que se haga cargo del niño; nosotros no hemos podido hacerlo al no saber lo que nos encontraríamos aquí, pero dime lo que ha ocurrido y dónde están los hombres de la tribu —le preguntó el decurio tartamudeando, cómo era posible que todo un decurión de las legiones imperiales de Roma no pudiera hablar normalmente cada vez que su mirada se cruzaba con la de ella.

—Los hombres jóvenes fueron llevados a trabajar hace dias a la mina que hay en la gran montaña lejos de aquí.

—¿Y quien se los llevo, eran militares?

—Creo que no porque no vestían como vosotros, llegaron montados en carros portando porras y palos y se los llevaron a todos, dejando solo a los viejos que nada más que oyeron gritos esta mañana se refugiaron en el bosque y nos dejaron solas; los únicos que les plantaron cara fueron dos: el jefe tribal al que le pidieron que les entregara todo el oro que tuviera, pero como lo único que tenía era su *torque* de bronce lo mataron, y el otro no sé qué suerte ha corrido. La mujer no pudo más y rompió a llorar; el decurión la cogió por el hombro y la sentó sobre un tronco de cortar leña.

—Tranquilízate, estos ya no os harán más daño. ¡Vosotros, id a avisar al portaestandarte y que ponga en marcha la manada! ¡Yo os esperaré aquí! —les ordenó el decurión mientras se quitaba el casco y lo depositaba en el suelo.

—¡A la orden, señor! —Los dos auxiliares salieron en dirección adonde los esperaban sus compañeros, no sin antes entregar las riendas del caballo a su decurión.

—Este no para, siempre hace igual se las queda todas para él ja, ja, ja hace poco la niñita del caballo blanco y ahora estas, y tú, germano de mierda, no te has comido nada, tienes que hacerte desertor, ah, se me

olvidaba, gracias por haberme ayudado tanto luchando contra los desertores, si no llega a ser por ti. —Se reía el númida conversando con él sin dientes.

—Lo siento, pero estaba rezando a los dioses para que esos hijos de puta te mataran de una vez, así no tendría que aguantarte más —le replicó el germano.

—Pues tendrás que seguir aguantándome; ya te he dicho muchas veces que es difícil matar a un númida; igual rezándoles a los dioses con más intensidad, algún día lo intentas tú, ja, ja, ja. —Los dos auxiliares arrearon sus caballos hasta que el llanto del niño que habían visto a la entrada del poblado los hizo tirar de las riendas.

—Olvídate de él; no es cosa nuestra; ya se encargarán los del poblado de recogerlo —dijo el númida reteniendo al caballo al ver al sin dientes que lo miraba con pena.

—No me preocupa el crío, me da pena dejar a esa pobre mujer así —respondió siseando el germano mirando el cuerpo que yacía semidesnudo sobre el enfangado suelo y sobre el cual caían incandescentes cenizas procedentes de los quemados techos de las chozas.

—¿No pretenderás hacer lo que estoy pensando? —preguntó el númida echando mano al pomo de su *spatha*.

—Y si lo hago, ¿a ti que te importa?, no creo que se moleste, y además se iría feliz para el otro mundo —respondió el sin dientes, disponiéndose a desmontar sin darse cuenta de que el moreno había desenfundado su arma.

—Como se te ocurra desmontar, te corto la polla y se la echo a los cerdos —dijo el númida apuntándole con la punta de su *spatha*.

—Bueno, hombre, no te pongas así. Solo pretendía...

—Ya sé lo que pretendías; si me hubieras ayudado con los desertores, la cosa sería distinta, pero comprenderás que no puedo dejar disfrutar a uno que quiere que me maten. —El germano, sin perder de vista al númida, se acomodó sobre su *curniculum* y espoleando al caballo salió al galope, mientras sobre el enfangado suelo el niño seguía llorando desconsoladamente.

—¿A qué tribu perteneces? —le preguntó el decurio a la mujer.

—Somos de la tribu de los abilicos, vivíamos detrás de esas grandes montañas; algunas familias se establecieron aquí hace tiempo, construyendo este poblado al lado del río, donde la tierra es más fácil de trabajar que en las montañas, y también nos dedicamos a la pesca—. ¿Y tú, de dónde eres?

—¿Yo? De muy lejos, de un barrio de Roma, hace tantos años que me fui que ya casi no lo recuerdo.

Dos gallinas con sus presumidos andares fueron las primeras en aparecer, viendo que las cosas se habían calmado; luego un famélico perro con el rabo entre las piernas se acercó a oler al desertor que yacía en el suelo y después de echarle una meada se perdió en una de las callejuelas. El olor a paja quemada de los techos de las chozas inundaba el ambiente del valle. Lentamente, empezaron a aparecer hombres, casi todos ancianos, y los que no lo eran o les faltaba una pierna o un brazo, bajaban de los bosques en donde se habían escondido, mirando aterrados el cuerpo mutilado del jefe tribal.

—¡Tenéis unos cuantos cadáveres que enterrar,amigos! —les gritó el decurio, luego se dirigió hasta el cadáver de Rufo para quitarle el *torque*, hizo fuerza con las dos manos para quitárselo del cuello, lo limpió con la túnica del muerto y luego, dirigiéndose hacia donde estaba sentada Alanna, le hizo entrega del collar que portaban los jefes tribales.

—¡Ahora serás tú quien elija al nuevo jefe tribal!

—¿Y a quién elijo? Como puedes ver, no tenemos gente joven que nos pueda defender; es posible que tengamos que volver de nuevo a las montañas cerca de la mina donde hay más gente. Aquí, sin nadie que pueda trabajar los campos y pescar, el poblado desaparecerá.

—Tendréis que luchar para que no suceda; esa calzada que atraviesa el pueblo es vuestra salvación; se ha hecho para unir un poblado con otro; son las venas de Roma, pero en vez de sangre llevan el progreso, aunque a veces sirvan para otras cosas... Tendréis que haceros comerciantes y aprovechar el paso de las personas que pasan por ella; verás cómo entre todos lo conseguís; yo no puedo ayudaros, aunque me gustaría; respecto al

jefe tribal, no suelen ser muy trabajadores, así que el que tú elijas será el mejor, ya verás —le decía el decurión, que permanecía arrodillado sobre una pierna, mientras sobre la otra semiflexionada apoyaba los brazos para estar a la altura de Alanna.

—Bueno, cuando mis hombres pasen por la calzada tendré que marcharme; aún me queda un largo viaje. Es la primera vez que no me importaría acabar mi vida en este lugar —le decía el decurión mientras con la yema de sus dedos le quitaba suavemente a la diosa una lágrima que corría por su sonrojada mejilla, para luego, llevando su mano hacia la boca, depositarla en sus labios.

—Gracias, ¡nunca olvidaré lo que has hecho por nosotras, romano!

Marco Macrino se acomodó el casco en su cabeza y lo ató fuertemente a la barbilla; luego se cogió al cuerno de la silla y de un salto se montó sobre su dócil percherón. Las voces de los auxiliares arreando la manada se oían cada vez más cerca; el decurio tiró de las riendas para poner al caballo en dirección a la calzada.

—¿Volverás algún día? —le decía Alanna con los ojos llenos de lágrimas mientras sujetaba con sus manos el *torque* de bronce. El decurión no dijo nada, solo la miró por última vez, recorriendo de arriba abajo todo su cuerpo para que su mente se empapara de ella y que con el paso del tiempo no se le olvidara, como se había ido olvidando la cara de su madre y hasta de la mismísima Roma. Era un legionario imperial; sabía el problema que tenía enamorarse siendo militar y rápidamente pasó por su mente la conversación que había tenido con el pobre optio con un caso similar. Él, todo un decurión, tenía que dar ejemplo. Entonces arreó a su caballo y se encaminó cuesta abajo por las embarradas callejuelas al encuentro de su decuria, mientras la voz de Alanna retumbaba en su cabeza:

—¿Volverás? ¿Volverás algún día?

Dos milanos reales, recién llegados de las calurosas tierras de más allá de Mauretania, sobrevolaban una pequeña pradería con su majestuoso planeo en círculos, buscando alguna presa. Mientras la manada a un trote corto traspasaba el poblado a través del humo que despedían las grandes hogueras

que consumían los techos de paja de las chozas y que el viento dirigía hacia la calzada, el decurión esperó la llegada del portaestandarte que pronto hizo su aparición restregándose los ojos con su mano libre.

—¿Todo en orden, señor? —preguntó el portaestandarte.

—¡Todo en orden! —respondió el oficial espoleando al caballo. Al poco tiempo se acercó a ellos Mael y le hizo entrega de su capa y sus pieles de zorro al decurión, que paró su caballo para ponérselas, sin poder refrenar las ganas de echar un último vistazo al poblado, del cual solo se distinguían a lo lejos unas columnas de humo que, mezclado con la neblina reinante, envolvía el valle en un triste color gris.

—¡Legionario! ¿Dónde está el puesto de guardia?

—¡Allí en la torre, señor!

—¿Y dónde podemos acampar?

—¿Con todos esos caballos? Sois casi dos centurias; como verá aquí, es imposible; tendréis que seguir el curso del río; allí encontraréis tierra llana que hace poco desarbolamos.

—¡Gracias, legionario!

El decurio dio órdenes al portaestandarte para que dirigiese la manada tal como les había dicho el legionario.

—De acuerdo, cuando des con el lugar, ordena que monten el campamento para pasar la noche, y quiero que la guardia la formen los auxiliares; aquí hay mucha gente y lo más seguro intentarán robarnos algún caballo; yo me acercaré al puesto a ver si puedo conseguir algún refuerzo; si no, nos veremos obligados a continuar como hasta ahora con los cilurnigos, yo os alcanzaré más tarde.

—¡A la orden, señor! —le respondió el germano.

El día llegaba a su fin y habían llegado a Uxo. Efectivamente, como le había dicho el centurión Hortensio, la torre se encontraba situada sobre un pequeño valle entre la confluencia de dos ríos que mezclaban sus caudalosas aguas que bajaban de las montañas; cientos de pequeñas hogueras iluminaban lúgubremente las grandes tiendas de piel de vaca donde se hacinaban los reclutas transmontanos procedentes de infinidad de

tribus. De la calzada principal salía un pequeño camino lleno de barro, el cual conducía a la torre de vigilancia instalada perfectamente para controlar el importante cruce de caminos que llevaban a las más importantes ciudades de la gran provincia tarraconense, como Legio, Asturica Augusta o Lucus Augusti, y por donde circulaban los carros procedentes de las minas de oro y plata que más tarde se convertirían en *aureus* y *denarius* que llenarían las arcas del Imperio, la torre construida de madera constaba de dos pisos así como empalizada y foso de defensa, y en su alrededor, para no entorpecer su defensa, se había desarbolado todo el valle, al oeste sobre una embarrada pradera se asentaban las tiendas de los reclutas, al este se encontraba el campamento de la legión encargada de llevar a los reclutas a los cuarteles, mientras que al norte había un pequeño poblado que había ido creciendo con las necesidades de la tropa, comerciantes, herreros, curtidores, alguna taberna, una mansión equipada con alojamientos y establos y, por supuesto, como todo poblado, no podía faltar un buen lupanar.

Había comenzado a llover, encharcando más aún los caminos por los que corría gente de un lado a otro con la intención de resguardarse de la incómoda lluvia. El decurio llegó a la entrada de la empalizada donde hacían guardia dos legionarios pertrechados de *pilum* y *scutum* sobre los que podía verse pintado su emblema, un elefante, así como el número de su legión, la V Alaudae, fundada nada más y nada menos que por Julio César. Todos los componentes de esta legión eran fáciles de distinguir, pues acostumbraban a portar una pluma de ave a cada lado de su casco. Marco Macrino desmontó de su caballo y, al poner los pies sobre el suelo, sintió cómo se hundía en el frío barro hasta los tobillos.

—¡Maldita, sea! Parece que el dios Apolo se ha olvidado de esta tierra, dejándola siempre entre tinieblas.

—¡Optio *custodiarium*! —gritó uno de los centinelas; inmediatamente se abrió la puerta de la torre, saliendo de ella el optio encargado de la guardia.

—¿Qué cojones pasa?… Perdón. El optio carraspeó un instante al ver el penacho transversal del casco del decurio—. ¿En qué puedo servirle, señor? —le decía el optio resguardado debajo de la balconada del piso superior.

—Primero, espero que no me tengas aquí toda la noche —le respondió el decurio.

—¡Le pido perdón nuevamente, señor! Pase, pase.

El decurión ató su empapado caballo a una argolla de metal situada en la empalizada para luego iniciar el paso por los cimbreantes tablones de madera que hacían de pasarela desde la puerta principal hasta la entrada de la torre, dando fuertes golpes sobre ellos con sus *caligae* para expulsar el barro mientras maldecía a los dioses.

—Ruego me disculpe, señor, pero estamos un poco nerviosos; no todos los días nos visita un tribuno.

—Ya me gustaría, pero yo no soy tribuno.

El optio volvió a carraspear:

—No me refiero a usted, sino al tribuno que ha llegado hoy.

—Así que hoy ha llegado un tribuno. ¿Algo gordo se está preparando? —decía en voz baja el decurio, rascándose el pequeño trozo de barbilla que dejaban al descubierto las carrilleras del casco—. ¿Quién está aquí al mando?

—El centurión Lucio, pero ha recibido órdenes de presentarse en el campamento, señor.

—De acuerdo, me acercaré hasta allí. ¡Así que un tribuno! ¿Sabes, optio?, en la Décima nos comemos a los tribunos —le decía el decurio guiñándole un ojo, luego montó sobre el mojado *corniculum* que portaba su caballo, sintiendo rápidamente cómo la humedad traspasaba su bracale de cuero, dejándole el culo totalmente mojado. El optio esperó que se acomodara en el caballo para luego saludarlo militarmente sin poder evitar echar una pequeña sonrisa. Los cascos del caballo chapoteaban en el suelo reblandecido, arrojando salpicaduras de barro a su paso por la calzada marcada paralelamente por las hendiduras de las ruedas de los carros. Pronto llegó a la *porta praetoria* del campamento por la que se accedía por una pasarela de troncos para salvar el foso; la voz de un centinela desde lo alto de la empalizada lo hizo detenerse.

—¡Alto!, ¿quién vive? —gritó un legionario.

—¡Soy el decurión de la X Gemina, Marco Macrino, y necesito hablar con el centurión Lucio!

El tiempo iba pasando y la puerta no se abría; el agua penetraba por todo el cuerpo del decurio como un torrente que desaguaba en sendos dedos gordos de los pies, sin nada que lo frenara, pues la capa y las ropas estaban totalmente empapadas. Por fin, la puerta se abrió, saliendo un soldado que portaba sobre su casco dos grandes plumas que indicaban su rango de optio protegido con una *paenula* recubierta de grasa para repeler el agua y otra debajo del brazo.

—¡Póngase esto, señor!

El decurio desmontó su caballo y pronto un joven legionario se hizo cargo de las riendas llevándolo a las caballerizas.

—¡Ruego me siga! El centurión Lucio le está esperando.

El decurión se puso la *paenula* sobre sus mojados hombros mientras sus pies seguían enterrándose en el lodazal en que se había convertido el campamento… Al pasar al lado de las tiendas, las voces, las risas y los cánticos inconfundibles de la tropa le hicieron rememorar los años en que él era simplemente un legionario. Los olores seguían siendo los mismos, a humo, a pan caliente, a ajo, a tocino rancio, y le hicieron transportarse años atrás, cuántos compañeros de *contubernium* se habían quedado por el camino para hacer cada vez más grande el Imperio, pero gracias a ellos los *scutum* y *pilum* perfectamente alineados delante de cada tienda hoy podían descansar en paz entre el barro.

El tremendo cansancio le hacía dormirse de pie, su cuerpo se tambaleaba y sus ojos se cerraban para luego con un pequeño sobresalto volverse a abrir. La larga fila de hombres esperaba a que llegara su turno para que les quitaran las pesadas cadenas que los unían unos a otros; una tremenda patada en el culo y un empujón propinados por un legionario lo hicieron espabilarse.

—¡Siguiente! —gritó un veterano centurión; su cara, llena de profundas arrugas curtidas por el sol y el frío, hacía que resaltaran sus ojos azules; sentado tras una pequeña mesa cogió el mango de su *flagrum* y se lo puso al

esclavo en la barbilla haciéndole que levantara ligeramente la cabeza mientras un legionario le quitaba las cadenas que lo unían por los tobillos al siguiente esclavo.

—Parece que tenemos aquí un rebelde, a pesar de su edad. Lo digo por cómo te han puesto la cara, ja, ja, ja. —Rio el centurión.

El esclavo miró a un lado y al otro para ver que no hubiera alguien cerca que pudiera oírle.

—¡Centurión! Mi nombre es Lucio Veranius y soy el dómine… —le decía al centurión en voz baja, pero no pudo acabar la frase.

—¡Y yo soy César Augusto, emperador de Roma! Me tenéis hasta los cojones, desde ahora tu nombre es trescientos treinta, y métetelo en la cabeza. ¡El siguiente!

Otro legionario le puso una argolla al cuello, de la cual colgaba una placa con el número CCCXXX.

—Centurión, por favor, no te miento, mi nombre es Lucio Veranius, el *praefectus cohortis* Aurelius Vetio de la Legio X que se encuentra en Asturica Augusta me conoce —gritaba el dómine, pero nuevamente el mango de un *flagrum* que todos los legionarios portaban construido de madera y recubierto de cuero del cual colgaban unas cuerdas entrelazadas de cáñamo y en sus puntas unas bolas de hierro que se encargaban de abrir las espaldas de los esclavos, se estrelló a la altura del riñón derecho, lo que le hizo doblarse de dolor, las voces del esclavo se fueron apagando poco a poco a medida que se alejaba por el camino que lo llevaba hasta los barracones donde se hacinaban los demás esclavos, la mayoría gente joven, el dómine se dio cuenta de que los que regresaban con sus cuerpos teñidos de barro rojo a descansar eran todos viejos, era como si al salir de aquel barracón los años pasaran haciéndote envejecer rápidamente.

Dos niños que no tendrían más de doce años repartían un trozo de pan enmohecido a cada esclavo recién llegado y un cuenco de madera; este y su placa serían sus únicos enseres en este infierno y el suelo recubierto de paja sería su nuevo *cubiculum*. Desde los barracones que olían a meados y vómitos se podía divisar la descomunal cantera y las enormes galerías por

donde interminables hileras de hombres entraban y salían con pesados cestos sobre sus espaldas transportando la tierra roja, que después de lavarla con agua se extraía el preciado oro, que tanto deseaba el *pater familias* y que llenaba las arcas de la cada vez más poderosa Roma.

Dos legionarios con sus *caligae* manchadas de barro rojo entraron en el barracón; uno portaba en su mano derecha un *flagrum* y con él daba pequeños golpecitos sobre su mano izquierda, mientras el otro portaba *scutum* y *pilum*.

—¡Atención, escoria! Vuestro emperador César Augusto os da la bienvenida y os da las gracias por trabajar en estas minas donde extraeréis el oro que hace grande a Roma —gritaba el legionario mientras miraba a su compañero riéndose.

—Trabajaréis en turnos, unos de día y otros de noche; al final de cada turno se os dará comida y agua; os aconsejo que no perdáis el cuenco; el que lo pierda no comerá. Si pensáis en escapar, cosa que no os recomiendo, os informo que a día de hoy nadie lo ha conseguido, además, ¿dónde vais a estar mejor que trabajando para vuestro emperador? ¡Viva el emperador César Augusto!

El dómine iba a contestar, pero optó por el silencio, como todos los demás.

—¡No os he oído! ¡Viva el emperador César Augusto! —volvió a gritar el legionario más fuerte aún.

—¡Viva, viva! —gritaron entonces todos al ver que el látigo que portaba el legionario empezaba a balancear sus cuerdas.

—¡Muy bien, y ahora aprovechad para descansar; lo necesitaréis!

El dómine se sentó sobre la paja apoyando la espalda sobre la descascarillada pared, inspiró fuertemente por la nariz y soltó el aire lentamente; luego un sudor frío recorrió todo su cuerpo, cogió el cuenco y lo tiró contra el suelo gritando de rabia:

—¡Maldito seas, Marco Macrino!

El optio *custodiarum* estaba sentado en una pequeña silla de campaña en el exterior de su tienda instalada al lado del *praetorium* con su cuerpo

arqueado y sus manos estiradas para calentarlas sobre la pequeña hoguera, sobre cuyas brasas de vez en cuando escupía produciendo un pequeño chisporroteo.

—¡Valerius! —ladró el centurión desde el interior del *praetorium*.

—¡Sí, señor! —respondió el optio, el cual, saltando por encima de la hoguera, rápidamente entró en la tienda, poniéndose firme…

—Ordena que vayan al barracón de los esclavos y que me traigan al CCCXXX, quiero hablar con él, hay algo que no me cuadra con ese esclavo —dijo el centurión que, sentado tras la mesa, se rascaba la despoblada cabeza con un *estilus*.

—¿Era el que gritaba, que era un rico dómine, señor?

—¡Sí! Su latín es perfecto para ser un esclavo y me he fijado en sus manos; son finas como las de una bella patricia y, además, un esclavo no creo que sepa el nombre del *praefectus cohortis* de la X, ¿no te parece?

—¡A la orden, señor! —El optio dio media vuelta y salió de la tienda.

Al poco tiempo un joven legionario se presentó en el barracón gritando:

—¡El trescientos treinta, el trescientos treinta! ¿Qué es, que no está aquí? —El dómine levantó su placa para mirarla y rápidamente se dio cuenta de que era a él al que buscaban.

—¡Yo, yo soy! —contestó en voz alta el dómine, poniéndose de pie.

—¿Qué estás, sordo? Llevo un rato llamándote y no suelo ser tan amable.

—¡Lo siento, estaba un poco dormido!

—¡Dormido! Vamos tengo orden de llevarte ante el centurión. ¡Así que andando!

El legionario lo empujó con el mango de su *flagrum* clavándoselo en sus costillas, haciendo que el suplantado *pater familias* pusiera el rostro arrugado del dolor; luego rápidamente cogió su cuenco y se puso en marcha.

—¿A dónde vas con el cuenco? ¿Qué crees que te van a dar de comer, viejo loco?

Veranius, ahora Bardo, dejó el cuenco escondido debajo de la paja donde

había estado sentado; después de un largo trecho llegaron al *praetorium* y allí el legionario le hizo entrega del trescientos treinta al optio *custodiarum*.

—¡Señor, ya han traído al trescientos treinta!

—¡Hazlo que pase!

El dómine entró en la tienda. El centurión se encontraba enfrente, sentado tras una maciza mesa de madera de roble sustentada por cuatro patas perfectamente torneadas, sobre la cual reposaban desordenadamente varios rollos y tablillas.

—¡Siéntate! —le dijo el centurión indicándole con el brazo extendido la dirección de una destartalada silla.

—¡Gracias! —respondió el dómine mientras un rugir de tripas salía de su barriga; el centurión se levantó y de una pequeña mesa situada a la derecha de la tienda cortó un poco de pan y un trozo de queso entregándoselo al dómine; este lo cogió y rápidamente lo introdujo en la boca.

—¡Tranquilo! ¡A ver si te vas a ahogar!

—Si me dejas libre, te colmaré de riquezas; y vivirás conmigo en mi *domus* —le decía el dómine mientras pequeños trozos de pan y queso salían disparados de su boca; el centurión cogió una jarra de la mesa y vertió un poco de vino en un cuenco de barro.

—Toma, bebe y tranquilízate; quiero que me cuentes, de nuevo, toda esa historia de la *domus*.

—Yo siempre he servido honradamente al emperador César Augusto, que los dioses lo protejan muchos años; mi sobrino es el tribuno Quinto Veranius, no sé en qué rincón del Imperio se encuentra ahora, pero si supiera lo que me ocurre vendría a buscarme con sus legiones —le decía el dómine sollozando.

—Bueno, déjate de legiones y cuéntame por qué te han enviado a este lugar.

El dómine inspiró fuertemente por la nariz y echó las manos a la cabeza, echando el cabello mojado por el sudor hacia atrás.

—Mi nombre es Lucio Veranius, soy el propietario de una importante *domus* situada…

El dómine movía la cabeza a un lado y al otro, intentando situarse para indicarle al centurión el norte.

—Lo siento, estoy totalmente… No sé indicarte la situación. Sé que la ciudad más próxima es Lucus Asturum.

—¡No tiene importancia, continúa!

—Me dedico a la agricultura y a la ganadería, mi principal cliente es el ejército, el *praefectus cohortis* Aurelius Vetio de la legión X me hizo el encargo de reunir doscientos caballos para su compra por el ejército, así como la orden de entregarlos en Asturica Augusta, pero un día aparecieron unos desertores comandados por un maldito decurión de nombre Marco Macrino, organizó una revuelta en la que también participaron algunos de mis esclavos, los muy cabrones se llevaron gran cantidad de oro, caballos, dieron muerte a algunos de mis sirvientes, ah, y a mi esposa, que no he vuelto a saber más de ella, luego me golpearon fuertemente, recuerdo que me quitaron las ropas y mi anillo, luego me trasladaron hasta Lucus Asturum, donde me encarcelaron, también recuerdo que me llamaban Bardo, que precisamente es el nombre de un esclavo al cual liberé hace años y era de mi plena confianza, y ahora me encuentro en este lugar olvidado de los dioses.

—¡Bueno, bueno! —dijo el centurión, que permanecía con los codos apoyados sobre la mesa y las manos entrelazadas, que luego estiró haciendo crujir los dedos—. Bonita historia, no tiene desperdicio; podría ser representada en cualquier teatro de Roma, en resumen, aparte de lo del robo y la falta de tu amadísima esposa, ¿tenemos un cambio de identidad? ¡Correcto! Tú eres el verdadero Veranius y te han hecho pasar por Bardo, y el verdadero Bardo se hace pasar por Veranius —le decía el centurión mientras con la mano derecha se rascaba la nuca—. ¡Esperemos que ese liberto no se esté follando también a tu esposa, ja, ja, ja! —Rio en voz alta el centurión.

—¡Te he dicho toda la verdad! Envía una carta al *praefectus* Aurelius y él corroborará lo que te he dicho, y ruego que no te rías más de mí.

—¡Perdona, dómine! —le dijo el centurión inclinando ligeramente la

cabeza—. Pero los datos que tengo sobre ti no son esos. —El centurión cogió de encima de su mesa un pergamino; lo desenrolló y leyó en voz alta —: Al centurión jefe de las minas de tal y tal y tal… Bueno, leo lo que nos interesa, que es esto:

«*El reo de nombre Bardo de la tribu de los vellicos ha sido condenado por rebelión y ofensas a nuestro Imperator Caesar Augustus a la pena de trabajos forzados. Se le trasladará de Lucus Asturum hasta las minas de Mous Medulius, donde cumplirá dicha condena.*

Egnatius Flavius

Centurión - Legio X Gemina»

—¡Es mentira, todo es una puta mentira! —gritaba el dómine con los ojos desorbitados y echando espumarajos por la boca.

El optio, al oír las voces, asomó su cabeza por la cortina de la tienda mientras echaba mano a la empuñadura de su *gladius*.

—¡No pasa nada! ¡Retírate! —le dijo el centurión al optio haciéndole una señal con la mano—. De acuerdo, enviaré una carta al *praefectus* explicándole tu caso y así saber quién miente, o Bardo o Veranius. —El centurión cogió un *estilus* y un pergamino con la intención de ponerse a escribir.

—Pero ¿mientras llega la respuesta?

—¡Lo siento! Pero tendrás que trabajar como cualquier esclavo; yo tengo que hacer cumplir la sentencia. Lo entiendes, ¿verdad? ¡Optio! —gritó el centurión, mientras el dómine sentado con la cabeza agachada daba un respingo del susto. Se había quedado pensando en su pequeño Imperio que con tanto esfuerzo había conseguido y que ya no lo volvería a ver jamás, todo por culpa del inepto de Virgilio, que no cumplió la orden de matar al decurión Marco. ¿Por qué? ¿Por qué no pediría que le hubieran traído su cabeza?

—¡Señor! —gritó también el optio, entrando rápidamente en la tienda.

—Que lo acompañen hasta el barracón y que le den de comer.

El optio lo cogió del brazo para levantarlo y los dos salieron de la tienda en dirección a los barracones. El centurión se levantó de su silla con el

pergamino en las manos en el cual había escrito unas pocas palabras, saliendo afuera de la tienda para observar cómo se llevaban al desafortunado *pater familias*.

—Venanius, Veranius, cómo te la han armado, pero yo dentro de poco me licenciaré y me parece que pasaré el resto de mi vida viviendo en una gran *domus*. —Hablaba el Centurión en voz baja mientras rompía en pedazos el pergamino.

Capitulum

VIII

Efectivamente, después de pasar un pequeño desfiladero, tal cual les había dicho el legionario, llegaron a un valle totalmente llano protegido por altas montañas, por el que discurría un caudaloso río y sobre el que, como los esqueletos que quedan después de una batalla, descansaban enseñando sus enmarañadas raíces varios enormes tocones de roble a los cuales habían extraído de la tierra con el fin de transformar el bosque en fértiles praderas… La manada, como si entendiera las órdenes, puso fin a su jornada y poco a poco fue deteniéndose y ocupando la parte donde la hierba estaba más fresca. El portaestandarte ordenó desmontar y preparar el campamento; rápidamente asignó las guardias, tal como le había ordenado el decurión; luego el germano miró al cielo mientras se desataba el pesado casco donde unos oscuros nubarrones corrían veloces, presagiando, como era habitual, tormenta.

—Antes de que empiece a llover, iré a cazar algo para la cena; estoy cansado de tanta carne seca, gachas y pan, manda a alguno de los tiros que recoja leña —le decía el germano al larguirucho.

—¿Puedo ir contigo? —le preguntó Mael.

—¡Por supuesto que puedes venir! Si estás libre de servicio. Así aprenderás y tendrás el honor de cazar con el mejor cazador que ha servido en las legiones de Roma. —Se rio el germano mientras le daba un pequeño puñetazo en la mandíbula al cilurnigo. Los dos se acercaron hasta donde estaban las mulas que transportaban el pesado bagaje, y donde uno de los auxiliares acababa de clavar varias estacas en el suelo a las cuales permanecían atadas.

—¡Qué pasa, amiga! —le dijo César pegándole una sonora palmada en la nalga a una de las mulas.

—Estas mulas, como todas las que sirven en las legiones, son lo mejor

que tiene este puto Imperio; estas sí que trabajan, merecerían entrar victoriosas en Roma y no como algún hijo de puta *legatus* que no ha sacado el *gladius* en su vida.

El germano, mientras hablaba, había cogido de entre los pertrechos una descolorida y deshilachada capa que echó en el suelo. César se puso de cuclillas y con sumo cuidado la fue desenrollando como si fuera un rito a los dioses ante la mirada expectante del astur. A cada vuelta que daba a la capa, iban quedando al descubierto primero una larga vara, segundo una cuerda con dos nudos, uno en cada extremo, y por último un carcaj de cuero por el que asomaban las coloridas plumas de varias flechas.

—Es un arco, ¿verdad? —preguntó el cilurnigo.

—¿Qué creías? ¿Que íbamos a ir a cazar tirando piedras? —le contestó el germano sonriendo.

César cogió la cuerda y encajó el nudo en una muesca que había en un extremo de la vara, luego poniéndola en suelo en vertical, y con la ayuda del pie, la flexionó para poder encajar el otro nudo en el otro extremo. Cogió el arco por la parte central y tiró varias veces de la cuerda para probar la elasticidad.

—¡Ya está listo! No creas, muchacho, que es fácil flexionarla; hay que tener más maña que fuerza. Esta vara es de madera de tejo, árbol sagrado en mi tribu, al igual que en la vuestra, si no me equivoco, es el roble.

El astur asentó inclinando la cabeza.

—¡Toma, tú llevarás las flechas!

Mael puso el carcaj sobre el hombro y por un sendero marcado en la hierba por los corzos y los jabalíes en sus correrías nocturnas en busca de agua, se introdujeron en el bosque…

—¡César! Ahora que estamos solos, quería decirte una cosa que hace tiempo que te la tenía que haber dicho.

—¡Dime! ¿Qué cosa es esa que tienes que decirme? No te gustarán los hombres, ¿no?

—¡No! No es nada de eso; ¿te acuerdas cuando te pegaron con un cazo y te pusieron los ojos a la funerala y decías que no te acordabas de nada?

—¡Claro, como para no acordarme! Aún me duele la nariz. ¿Acaso sabes quién fue?

—¡Sí, sé quién fue! ¡Fui yo!

El cilurnigo puso los brazos sobre la cabeza para protegerse de los golpes que el rabiado germano le iba a propinar; sin embargo, el gigantón germano se quedó mirándolo con la cara sonriente.

—¡Ya, sabía que habías sido tú, así que tranquilo, que no te voy a matar!

—¿Y por qué sabías que había sido yo?

—¡Porque eres el único que tiene cojones para haberlo hecho! Los demás son un atajo de cobardes, cuídate de ellos y, sobre todo, del puto númida, no le des nunca la espalda; es el más peligroso; los demás, si les tiras un buen pedo, saldrán corriendo despavoridos, así que ahora ya lo sabes, cuidado.

Los dos se rieron y, mientras estrechaban fuertemente sus manos, el germano le dijo al astur al oído:

—Ahora te voy a decir una cosa que no la sabe nadie. ¡Solo mis mejores amigos! Mi nombre verdadero es Humerico y, como se lo digas a alguien, esta vez sí que no respondo; y ahora tira para delante, que se va a hacer de noche. —Y dándole al astur una patada en el culo, siguieron el camino.

—Eso quiere decir que soy tu amigo, ¿verdad? —le decía el cilurnigo, mientras asentaba el carcaj sobre el hombro.

—Ya veremos, depende de cómo te portes hoy —le respondió sonriendo el germano.

Como una alfombra de color marrón anaranjado, las hojas caídas durante el otoño tapizaban el suelo del enorme robledal, mientras el pregonero del bosque con su canto cuu cu, cuu cu, cuu cu anunciaba que a partir de ahora las noches serían más cortas y los días más largos. Después de una pequeña caminata se escondieron entre unos arbustos desde donde vislumbraron en un pequeño claro a tres jabalíes revolcándose en una embarrada charca.

—¡Shhhhhh! —dijo el germano poniendo el dedo índice en la boca.

—¡Agáchate y estate quieto! Ahí tenemos la cena para varios días. ¡Dame una flecha!

—¿No nos verán? —preguntó Mael.

—¡No! El problema es que nos huelan, pero con el olor a caballo que despedimos no creo que se preocupen por nosotros —le respondió en voz baja el germano mientras colocaba con la mano derecha la parte trasera de la flecha en la rígida cuerda hecha de tripa de animal, la mano izquierda sujetaba el centro de la vara y sobre ella descansaba la mortífera flecha, el germano tensó la cuerda hasta hacerla llegar a su mandíbula, inspiró fuertemente por la nariz llenando sus pulmones de aire haciendo que sus omoplatos casi se tocaran uno contra el otro, luego con un ojo cerrado escogió el blanco, un joven jabalí, más fácil de transportar que un gran verraco, de vez en cuando algún abejorro pasaba zumbando por encima de sus cabezas y unas gotas de sudor se deslizaban desde su arrugada frente parándose en la punta de la nariz, por fin el saurio se puso a tiro enseñando todo su cuerpo, el germano soltó la cuerda sin mover ni un músculo para que la flecha saliera recta hacia su blanco.

Una pequeña nube de polvo salió del cuerpo del animal producida por el impacto de la flecha; este dio varias vueltas sobre sí mismo gruñendo con la intención de poder quitársela, mientras los otros dos salían despavoridos hacia el interior del bosque buscando protección.

—¡Le has dado, le has dado! —gritó el cilurnigo mientras se levantaba de detrás de la protección de las matas.

—¿Qué haces? ¡La has jodido! Ahora vendrá a por nosotros —le recriminó el germano.

Efectivamente, nada más verlos, el jabalí herido inició la carrera hacia ellos gruñendo y enseñando sus afiladas navajas.

—¡Corre, corre! —gritaba el gigantón germano. Los dos salieron corriendo saltando troncos caídos, y algún que otro acebo los recibía con sus punzantes hojas, raspándoles piernas y brazos. Las hojas caídas crujían a su paso como el hielo roto de un charco helado en invierno. El astur le sacaba un buen trecho al germano, que corría más lento al transportar su pesada *lorica amata*, *cingulum*, *pugio* y *spatha*, así como el arco. El astur escudriñó rápidamente el entorno en busca de algún sitio para resguardarse

del animal, a unos pasos el tronco hueco de un viejo roble que había sido alcanzado por un rayo fue la salvación; de un salto se introdujo por una estrecha brecha, cayendo en el interior sobre un mullido colchón de hojas secas.

—¡Aquí, rápido! —le gritaba el astur sacando la cabeza a través de la grieta. El bosque se quedó en silencio, solo perturbado por el fuerte jadeo del germano y del gruñido del jabalí; de repente un arco apareció volando cayéndole en la cabeza al astur, para, acto seguido, con un fuerte estruendo, aparecer el germano, el cual por su corpulencia tuvo que dejar sus piernas fuera del árbol.

—¡Apártate a un lado, que ese hijo de puta viene por mí, siempre me pasa igual!

El cilurnigo entre risas consiguió a duras penas ponerse de pie, mientras el germano se acordaba de todos los dioses germanos, romanos y cilurnigos. El animal llegó dando gruñidos hasta el árbol, al que dio varios golpes con sus colmillos, pero poco o a poco su vitalidad fue bajando de intensidad. Arrodilló sus patas delanteras, echando por su boca cuajarones de sangre, para luego desplomarse hacia el lado contrario de donde se encontraba la mortal flecha.

—¡Ya podemos salir! Creo que se ha muerto —le decía el astur al germano, intentando levantarlo sin poder parar de reírse—. ¡Así que el mejor cazador del Imperio! Ja, ja, ja. —Seguía riendo el astur.

—¡Ayúdame a salir de aquí de una puta vez! ¿Y tú quieres ser mi amigo? Hoy cenarás tocino rancio y no te dejaré que pruebes de mi jabalí. —Los dos se fundieron en una carcajada que resonó en el silencioso robledal, donde desde una rama, un pequeño autillo los miraba atónito con sus grandes ojos amarillos.

—¿Por qué has dicho que siempre te pasa igual?, yo creía que eras un experto cazador —le preguntó el cilurnigo.

—¿No te he contado lo del oso?

—¡No! Hace poco que somos amigos y no sé mucho de tu vida, pero puedes contármelo; soy todo oídos.

—Te lo voy a contar, pero no quiero oír ni una risa… ¿Entendido?

El cilurnigo asintió con la cabeza.

—Un día, hace ya tiempo, acampamos en las grandes montañas que separan Hispania de la Galia y, tal como hoy, salimos a cazar un hijo de puta romano que todos llamábamos cara sapo por lo feo que era, y después de andar un largo trecho escuchando sus hazañas de caza que me contaba, de repente y sin contar con ello, nos salió de la espesura del bosque un oso como una choza de grande. Al verlo el romano se dio media vuelta y salió corriendo dejándome solo. Yo creo que debe de estar llegando a Roma el muy cabrón, porque desde aquella vez no lo he vuelto a ver y más le vale.

—¿Y tú qué hiciste?

—Correr, ¿qué querías que hiciera?, correr como un poseído hasta que las piernas ya no me daban más, entonces sin pensármelo dos veces me di media vuelta y los dos quedamos frente a frente. El oso se puso a dos patas como una persona, gruñendo.

—¿Y tú qué hiciste? —preguntó nerviosamente el astur.

—¡Si dejas de preguntar, continuaré! —respondió el germano—. Pues, ¿qué hice? Levanté los brazos y empecé a gruñir y a mover la cabeza como él. Entonces el hijo de puta se dejó caer, se puso a cuatro patas, se dio la vuelta y se perdió entre los árboles, mirando con sus diminutos ojos cada poco hacia atrás, yo no sé cuánto tiempo estuve en la misma posición sin tan siquiera pestañear; solo me puse en marcha cuando sentí que algo caliente se deslizaba entre mis piernas.

—¿Te measte de miedo? —preguntó Mael.

—¡No! Me cagué. —El transmontano con los carrillos hinchados de aguantar la risa no pudo aguantar más y explotó en una sonora carcajada, a la que se unió el germano.

—¿Y no sabes por qué huyó el oso? —le preguntó el astur a la vez que se secaba con el brazo las lágrimas que fluían de tanto reírse.

—No lo sé. Ríete, ríete, pero me hubiera gustado verte allí a ti y a cara de sapo, a ver qué cojones hacíais.

—¡Yo te voy a decir por qué huyó el oso, y no fue por ver a cara sapo

precisamente! —dijo jadeante Mael.

—¿Por qué, listillo?

—¡Porque el pobre no pudo aguantar el nauseabundo olor a mierda, ja, ja, ja!

—Ja, ja! —dijo burlonamente el germano.

—¡Anda, amigo! Ayúdame a transportar a este animal.

—¡Por los dioses! ¿Algún día dejará de llover en esta tierra? Soy el centurión Lucio, me han dicho que querías verme.

El centurión lo recibió en una tienda adyacente a la que se encontraba el tribuno, de la cual salían voces y risas.

—¡Quítate esa capa y caliéntate un poco!

El decurión se quitó la *paenula*, la capa y las pieles de zorro y acercó sus manos al brasero para entrar en calor.

—¡Siéntate! Según me dijo mi optio, tu nombre es Marco y eres decurión de la Décima. ¿En qué puedo servirte?

—Tengo la misión de llevar doscientos caballos a Asturica Augusta y no tengo los suficientes hombres; necesitaba que me asignaras diez legionarios que sepan montar, hasta llegar a Asturica.

—Bueno, primero acompáñame al *praetorium*, donde te presentaré al tribuno, comeremos algo y luego hablaremos porque eso de los legionarios se lo tendrás que pedir al *praefectus castrorum*.

Los dos salieron de la tienda. El optio, que permanecía a resguardo en la parte exterior de la tienda, al ver al centurión, cogió un *scutum* y lo puso en posición de testudo. Rápidamente Lucio se cobijó debajo, protegiéndose de la lluvia hasta llegar al *praetorium*, mientras que el decurio Marco optó por echar una pequeña carrerilla.

—¡Lo siento, señor! —le dijo el optio al verlo nuevamente mojado.

—No te preocupes, total, ¿qué importan unas gotas más o menos? —le respondió el decurio, pasando la mano derecha por la cara mojada.

Debajo del toldo que protegía la entrada a la tienda *praetorium*, dos pretorianos derechos como varas de avellano hacían guardia. El centurión

Lucio apartó la cortina que hacía de puerta, dejando salir una bocanada de humo y calor. La tienda estaba iluminada por varias lucernas, así como varios braseros, que eran los encargados de caldear el frío ambiente. Sobre una enorme mesa presidida por el tribuno reposaban platos con restos de comida, así como varias copas y alguna jarra. El tribuno, un barbilampiño muchacho que no tendría más de veinte años, se puso de pie exhibiendo su espectacular *lorica musculata* finamente trabajada, así como su imponente *gladius* con empuñadura de marfil, sobre una pequeña mesa reposaba su casco de tipo ático reservado exclusivamente para el alto mando, sobre el cual sobresalía el gran penacho de crin de caballo teñido de rojo, a su derecha sobre un pedestal reposaba un busto del emperador Augusto hecho de reluciente mármol blanco y a su izquierda un fornido pretoriano con brazos y piernas perfectamente rasuradas, se encargaba de protegerle las espaldas al joven tribuno mientras, apoyados sobre la lona de la tienda, descansaban varios estandartes de la V.

—¡Lucio! Haz los honores y preséntanos al invitado —dijo el tribuno sentándose de nuevo.

—Pues, os presento al decurión de la X Gemina, Marco… Marco —titubeó el centurión.

—¡Marco Macrino, señor! —respondió el decurio extendiendo el brazo en señal de saludo, mientras todos miraban sus *torques* y *praelae*.

—¡Toma asiento, decurión! —dijo el tribuno; todos movieron sus cabezas en busca de algún taburete, pero no había ninguno; todos estaban ocupados.

—Coged uno de mis arcones y sentaos; por favor, no dejemos de pie a un decurión tan condecorado —dijo el tribuno con sorna

El decurio y el centurión trasladaron un pesado arcón hasta cerca de la mesa, donde el oficial pudo por fin sentar su mojado trasero.

—¡Por los dioses, sírvete y come! ¡Estarás hambriento! Te presentaré a mis subordinados —dijo el tribuno riéndose, mientras el decurión cogía de una de las bandejas medio pichón asado para rápidamente meterle un mordisco en la apetitosa pechuga.

—Al centurión Lucio ya lo conoces, el *praefectus castrorum* Saturninus, que amablemente me ha cedido su *praetorium*, y el *primus pilus* Marcelo.

El tribuno iba señalando con su mano el lugar que ocupaban todos, mientras el decurio Marco, que ya se había comido el medio pichón, echaba mano a una paletilla de cordero lechal a la cual alguien ya había echado algún mordisco y la había devuelto nuevamente a la bandeja.

—¡Ah, se me olvidaba! Mi nombre es Veranius, tribuno Quinto Veranius.

El decurio, que tenía la paletilla cogida por el hueso con su mano derecha, al oír el nombre de Veranius se atragantó, empezando a toser, cogió la copa más cercana que era la del *primus pilus*, y con los hombros encogidos, bebió a toda prisa mientras unas lágrimas fluían de sus ojos a causa del atragantamiento; la paletilla voló por la mesa cayendo nuevamente sobre la bandeja mientras su corazón latía velozmente.

—¿Estáis bien, decurión?, —le dijo el tribuno.

—¡Sí, sí, señor! Discúlpame, pero después de tanto tiempo de campaña uno ya no está acostumbrado a tan buenas viandas —le respondió el decurio con la voz entrecortada, mientras con su mano derecha se restregaba el gaznate.

—¿Tenéis algún parentesco con el dómine Lucio Veranius, propietario de una gran *domus* situada al norte de aquí? —le preguntó el decurio mientras desataba el *focale* para secar sus llorosos ojos.

—¡Sí, es mi tío! ¿Acaso lo conocéis?

—¡Su tío! Sí, sí lo conozco, es suministrador del ejército y precisamente venimos de recoger doscientos caballos de su *domus* para entregarlos en Asturica Augusta, adonde nos dirigimos —le respondió el oficial tragando saliva.

—¿Tenéis pensado visitarlo? —le preguntó de nuevo el decurio carraspeando.

—¡No! Me queda fuera de mi destino y me gustaría, pues no lo conozco. Hace muchos años que se marchó de Ostia, donde residía, ni tan siquiera yo había nacido. Me dirijo a Lucus Augusti, donde cursaré mi *semestri tribunata* y donde estaré al servicio del *legatus legionis* de la VI Victrix,

pero mi destino final es el senado de Roma. No estoy hecho para la milicia, pero nuestro emperador quiere que conozcamos al ejército, por eso no te envidio cuando tengas que pasar por esas infernales montañas en dirección a Asturica Augusta.

—Si me permite, tribuno, quisiera hacerle una pregunta al *praefectus*.

—¡Por supuesto, adelante, adelante!

—¡Dime Marco! —le respondió el *praefectus* mientras dejaba la copa sobre la mesa y se limpiaba la boca con el brazo.

—¿Podrías dejarme hasta llegar a Asturica diez legionarios que supieran montar?

—¿Dejarte legionarios? Ja, ja, ja. —Rio el *praefectus* Saturninus.

—¿No te has enterado, decurión? —dijo el tribuno poniéndose de pie.

—¡No, señor! ¿Qué tenía que saber? —le respondió Marco.

—Nuestras legiones situadas en Germania han sufrido una severa derrota; se han enviado correos a todas las ciudades del Imperio para que todas las tropas estén preparadas para dirigirse a Germania, todas las guarniciones de esta provincia como la de Gallaecia quedarán con la mitad de sus unidades y esos bárbaros que han sido reclutados tendrán que formarse a marchas forzadas. Hay que darles un severo escarmiento a esos germanos.

—¡Como has oído, me es imposible! No puedo dejarte a nadie; yo también tengo que entregar a todos esos *peregrini* en cuanto lleguen los que faltan de las tribus del oriente, lo siento —le contestó el *praefectus*.

—Bueno, peor sería estar en Germania, donde supongo que muchos de nuestros compatriotas habrán muerto, por lo que decís, entonces seguiré con mi mermada decuria. Hay que cumplir las órdenes. ¡Yo, señores, si no os importa me retiro! Aún tengo que llegar a mi campamento para mañana partir en cuanto salga el sol… —dijo el decurio levantándose del arcón.

—¡Sol! ¿Alguien lo ha visto aparte de barro, árboles y agua? —Se rio el joven tribuno; el decurio extendió el brazo en señal de saludo hacia el tribuno y este hizo lo mismo poniéndose de pie y gritando.

—¡Viva el emperador César Augusto!

Todos gritaron:

—¡Viva, viva!

El decurión salió por la puerta de la tienda *praetorium*, había dejado de llover y, chapoteando por el barro, llegó a la tienda donde lo había recibido el centurión Lucio. Cogió su casco, capa y pieles mojadas y salió en dirección a la puerta.

—¡Marco, espera! —le gritó el centurión, que había salido de la tienda *praetorium* tras él—. Siento no poder ayudarte, pero ahora ya sabes las órdenes.

—No te preocupes, no te he dicho toda la verdad ahí adentro porque me imaginaba que algo ocurría. Conmigo viajan nueve reclutas de la tribu de los cilurnigos que nos han ayudado como si fueran veteranos. Con tu permiso seguirán conmigo, cuando lleguemos a Asturica los entregaré a su campamento, donde serán instruidos. Hemos sufrido una emboscada en la cual he perdido a mi optio, al portaestandarte un auxiliar germano y un recluta a desertado. Luego hemos tenido que volver sobre nuestros pasos para recuperar a varios caballos que nos habían robado y aún me queda la mitad del viaje.

—Por mi parte no hay problema, si quieres te daré un salvoconducto para que puedas llegar sin problemas.

—¡Gracias! Creo que no hará falta, el *praefectus castrorum* de Asturica me debe algún favor; lo que sí te pediría son unas diez *paenulas* impermeabilizadas. No sé lo que nos espera al pasar las montañas y los reclutas no tienen ropa adecuada.

—¡Optio! —gritó el centurión Lucio; el suboficial apareció a la carrera chapoteando sobre el barro.

—Encárgate de darle lo que necesite al decurión. ¿Entendido?

—¡Sí, señor! —respondió con marcialidad el optio.

—¡Gracias, Lucio!

Los dos oficiales se dieron un sonoro abrazo.

—Cuando llegue a mi campamento, enviaré a dos auxiliares a recoger el material.

Al poco un joven legionario se presentó con su montura, el decurión se acomodó su capa y sus pieles de zorro, para luego montarse sobre su negro percherón. Lo arreó y salió del campamento en dirección a la calzada principal, donde las tenues hogueras seguían iluminando el enorme campamento donde se hacinaban los reclutas. Después de cabalgar un trecho, un fuerte dolor de estómago acompañado de un sudor frío le hizo echar mano a la barriga. De repente empezó a sentir fuertes náuseas, primero una que le encogió el estómago, al poco tiempo otra que hizo que su cuerpo diera un respingo al habérsele subido los ácidos del estómago a la boca y llegó el tercero: ¡Bruuaaaaaauul! El caballo levantó asustado las orejas mientras la pechuga del pichón, así como el trozo de paletilla de cordero acompañado del buen vino, salieron disparadas de la boca del decurión Marco Macrino mezcladas con amarillentas bilis y mocos. Al haber oído nombrar al tribuno el nombre de Veranius se le había congestionado la cena.

«Tenía que haberle matado y hecho desaparecer su cuerpo para siempre; si por cualquier cosa llega a oídos de alguien lo sucedido, tendríamos un gran problema, con todos los decuriones que hay en las legiones y me ha tenido que tocar a mí esta mierda. Todo por el puto púrpura. No importa que el cabrón hubiera matado a dos de mis auxiliares o dejado manco a mi optio o robado los caballos para volvérselos a vender al ejército; él es más poderoso. ¿A cuántos habrá sobornado y a cuántos de alto rango los tiene cogidos por los huevos?», pensaba Marco Macrino mientras escupía las pegajosas y ácidas babas sin poder quitarse de la mente a Veranius. El decurión, después de sufrir varios respingos, cogió el extremo de su mojada capa para sonarse los mocos, luego espoleó al caballo y a un trote corto siguió camino en busca de su campamento. Pasó el desfiladero y pronto vio a lo lejos la hoguera que con su luz iluminaba tenuemente las tiendas.

—¿Le ha ocurrido algo, señor? Está pálido —le dijo el portaestandarte al verlo llegar.

—¡Nada, no me ocurre nada! Dame un poco de agua.

El germano le aproximó el odre de cuero, del cual echó un largo trago.

Luego echó el cuello hacia atrás y se enjugó la boca haciendo gárgaras, para acto seguido escupirlo con fuerza en el suelo.

—¡Le tengo reservado el mejor trozo de jabalí que hemos cazado, señor! —le dijo el germano con cara sonriente.

—¡Por todos los dioses romanos y germanos! No me hables de comida.

El germano con cara de extrañeza encogió sus hombros y devolvió el trozo de carne a las brasas.

—Encárgate de que dos auxiliares se acerquen al campamento de la Séptima y que pregunten por el optio de guardia, que les hará entrega de un material, que lleven un caballo para traer la carga; yo voy a acostarme y te hago responsable de que nadie me moleste, ¿entendido?

El decurio le entregó las riendas al portaestandarte de su caballo y se introdujo en su tienda.

—¡Ah, se me olvidaba! Mañana por la mañana quiero ver a todos formados —le gritó el decurión desde el interior de la tienda.

—¡A la orden, señor! Que descanse.

Entre escalofríos, el decurio se quitó la mojada capa, sus pieles, su pesada *lorica* y el armamento, tirándolo todo en el suelo; luego se echó sobre su camastro, tapándose hasta la cabeza con su desgastada manta de campaña, y rápidamente el cansancio hizo mella, sumiéndolo en un reparador sueño. Los dos auxiliares escogidos por el portaestandarte para recoger los materiales, tal como había ordenado el decurión y después de cabalgar un largo trecho, dejaron a su derecha el campamento de la V y se encaminaron en dirección a la torre. Hacía tiempo que había dejado de llover, dando paso a una noche tenuemente iluminada por la luna. Los dos elegidos fueron el sin dientes y Cara Cortada, que así era como lo llamaban sus compañeros de decuria, por su cicatriz que al parecer le habían hecho en una escaramuza en la Galia al haber traspasado un hacha, su ovalado escudo, rajándole desde la frente a la mandíbula…

—¿A dónde vamos? La orden era ir al campamento —dijo Cara Cortada al ver que se alejaban de su destino.

—¡Ya lo sé! Pero lo primero es lo primero. Iremos en busca de alguna

mujer. ¡Aquí tiene que haberlas! Y tranquilo, que aquí nadie nos conoce ni nos controla —le respondió el sin dientes. Llegaron al pequeño pueblo que se encontraba detrás de la torre; nada que ver con los anteriores castros por los que habían pasado de chozas de techo de escoba. Aquí se notaba la mano romana; al entrar en una pequeña plazoleta, los cascos de los caballos retumbaron sobre la empedrada calle y, en una esquina, apoyado sobre la columna de un soportal, encontraron un pordiosero que, a pesar de bien avanzada la noche y que no pasaba nadie, seguía pidiendo.

—¡Una limosna, por favor!

El sin dientes sacó una moneda y se la tiró al suelo, haciendo sonar el rico metal; que el hombre como si tubiera en la mano un resorte recogió inmediatamente.

—¡Que los dioses os bendigan y os colmen de hijos varones!

—¡Amigo, diles a los dioses que no queremos hijos, lo que queremos es desahogarnos! —le dijo el sin dientes, soltando una carcajada desde lo alto del caballo, donde permanecía con el cuerpo doblado y los codos apoyados sobre los cuernos del *corniculum*.

—¿Os referís a desahogar espiritualmente o…? —No pudo acabar la frase cuando el sin dientes, irguiéndose de la silla, le recriminó.

—¡Que tenemos ganas de follar! —gritó el germano.

—¡Haberlo dicho antes! Seguid esa calle y encontraréis un edificio de dos plantas que es el unico que está iluminado por un pequeño farolillo. Allí seguro que os desahogaréis, je, je, je. ¡Una limosna, por favor! —siguió cantando el pordiosero mientras guardaba la moneda a buen recaudo. Los dos auxiliares se dirigieron hacia donde les había dicho el pedigüeño. Y efectivamente, vislumbraron el farolillo.

—Bueno, primero entraré yo, tú te quedarás al cuidado de los caballos; solo nos faltaba que nos los robaran; luego entrarás tú, así tendrás el sitio calentito, ¿de acuerdo? Toma, te dejo mi *spatha* y mi *pugio*, lo más seguro es que no nos dejen entrar armados.

—¡Date prisa, no me gusta nada este lugar! —le dijo en voz baja Cara Cortada. Cuando el sin dientes se disponía a descabalgar su caballo, levantó

el rabo, dejando caer una copiosa y humeante boñiga.

—Mira, eso me recuerda que hoy no he cagado.

—¡Cómo vamos a cagar si nos pasamos el día montando y desmontando el puto campamento! —le respondió el de la cicatriz.

El sin dientes se encaminó hacia la puerta, con paso chulesco, y después de escupir en las manos y frotarlas fuertemente, se las limpió en la culera de su desgastada túnica… Abrió la puerta de la cual rápidamente se introdujeron por sus narices un sinfín de dulzones olores a perfume; al haber poca luz, el germano tropezó con su cara contra una cosa blanda que al tocarla se dio cuenta rápidamente de que era la voluminosa barriga de un gigantón que le cortaba el paso.

—¿Qué cojones quieres, mierdecilla? —dijo el que al parecer regentaba el burdel con atronadora voz; el germano levantó la cabeza para mirarlo, fijándose en que le faltaba una oreja y que portaba en su mano derecha una retorcida vara de vid.

—¿Qué voy a querer?, una mujer —le respondió el sin dientes.

—¿Vas armado, bárbaro?

—¿Estás, ciego? —dijo el sin dientes, levantando los brazos.

—¡Son diez denarios! —le respondió el gigantón extendiendo el brazo con la palma de la mano abierta.

—¡Diez denarios! ¡Yo solo quiero follar a una mujer, no comprarla!

—Si no tienes dinero, por ahí se sale a la calle andando, pero si tienes pensado dar problemas, hay otras formas de salir —le decía el gigante mirándolo desde las alturas, mientras movía de un lado a otro la retorcida vara señalando la dirección de la puerta.

El sin dientes sacó el dinero de una pequeña bolsa de cuero que colgaba de su cinturón y se lo entregó al encargado. Este hizo un movimiento con la vara y de una oscura esquina apareció una mujer con el pelo rizado teñido de azul. Vestía una túnica ceñida al cuerpo, marcando los enormes pechos que le llegaban casi a la cintura. Subieron por una crujiente escalera, ella en primer lugar, seguida por el germano, el cual clavó su mirada en el inmenso culo que se bamboleaba de un lado a otro. Cuando llegaron al primer piso,

la mujer descorrió una pequeña cortina, dejando pasar la luz de una pequeña lucerna que iluminaba el fornice, que olía a una mezcla de sudor, cera quemada y perfume de rosas rancias. Un colchón relleno de hojas secas y una palangana eran el único mobiliario. El germano, babeando, se quitó el *cingulum*, dejándolo caer ruidosamente en el suelo para poder levantar su pesada *lorica* y su túnica. La prostituta permanecía de pie desnuda mientras el sin dientes, también de pie, se bajaba sus *bracae* de cuero, dejando libre su erecto pene.

—Hace tiempo que no me folla un bárbaro. Déjame adivinar, por el olor, eres de caballería, ¿verdad? Y por la picha tan pequeña eres de la… —La prostituta se quedó un instante pensando mientras se rascaba una nalga—. ¡Ya sé, eres de la Décima! ¿A que he acertado? Ja, ja, ja. —Se rio la mujer.

—Déjate de tonterías, que tú no eres tampoco una diosa, y túmbate, que no tengo toda la noche.

Mientras el desdentado disfrutaba sexualmente, Cara Cortada vio cómo dos hombres se acercaban iluminados por una antorcha; llevaban la cabeza tapada con capuchas y, por el conocido ruido que producían sus *caligae*, eran sin duda militares. El auxiliar germano cogió la *spatha* del sin dientes que colgaba del *corniculum* de su caballo y se puso en guardia; rápidamente los dos hombres llegaron a su altura y se pararon.

—¡Bonitos caballos! —dijo uno de los hombres en perfecto latín.

—¡Muy bonitos, pero os aconsejo que sigáis vuestro camino! —les respondió Cara Cortada, enseñándoles la punta de su *spatha*.

—¡Ya nos vamos! ¡No te pongas así, hombre!

Los dos hombres siguieron su camino, perdiéndose por una de las oscuras callejuelas. El germano siguió alerta hasta que el sonido metálico de sus *caligae* se dejó de oír. De repente, dándole un susto, el ventanuco del piso superior del lupanar se abrió bruscamente, escupiendo el agua de la palangana sobre la calle, lo que daba a entender que el cliente ya había satisfecho sus deseos carnales.

—A ver si es el desdentado. No me gusta nada esta situación —murmuraba Cara Cortada, mientras no paraba de mirar a un lado y al otro

desde lo alto de su caballo. La puerta se abrió, iluminando un poco la calle, saliendo de ella el sin dientes, atándose el *cingulum*, luego dando un fuerte portazo que resonó en la noche, la cerraron desde dentro, haciendo que los caballos levantaran la cabeza asustados.

—¡Venga, muchacho, ahora te toca a ti!

—¡Se me han quitado las ganas! Tenemos que largarnos rápido de aquí; acaban de pasar dos tipos que me dan mala espina.

—¿Y quiénes eran?

—¡No lo sé! Pero de lo que sí estoy seguro es que eran militares. El sin dientes, después de armarse de nuevo de un salto, montó en su caballo.

—¡Bueno, pues entonces nos vamos! Lo siento por ti, porque la tetona te hubiera hecho feliz.

Arrearon a los caballos en dirección al campamento a cumplir las órdenes recibidas; tras de ellos iba el caballo que había pertenecido a Castus agarrado por las riendas por Cara Cortada. Tomaron una calle que conducía a las afueras del poblado, cuando, de repente, sin saber de dónde procedía, una antorcha apareció volando, iluminando por un momento la empedrada calle, impactando sobre el regazo de Cara Cortada.

—Aaaag, ¿qué cojones pasa? —gritó asustado el germano.

El caballo asustado levantó sus patas delanteras relinchando, haciendo que Cara Cortada tuviera que apretar las rodillas contra el cuerpo del caballo para no caer de espaldas, con lo que tuvo que soltar las riendas del tercer caballo para poder quitarse rápido la antorcha antes que le quemara la túnica, haciendo que el caballo de carga quedara libre y saliera despavorido al galope… El sin dientes desenvainó su *spatha*, dio un rápido giro con su caballo y, con la mano izquierda, haciendo gala de su destreza, sujetó fuertemente la carrillera del caballo de Cara Cortada hasta que logró calmarlo.

—¡Salgamos de aquí, rápido! —gritó el sin dientes que, a la vez que envainaba su arma, espoleaba a su caballo, saliendo los dos al galope hasta llegar a campo abierto.

—¡Malditos hijos de puta! Se me ha escapado el caballo de carga; ¡si no

lo llego a soltar, me quemo los huevos! ¿Qué hacemos ahora? ¿Qué le diremos al decurión?

—¡Tranquilízate! —le gritó el sin dientes.

—¡Era lo que querían esos bastardos, lo más seguro que son de la V Alaudae, no te fíes nunca de alguien que lleve plumas en el casco! Menos mal que no dejamos a los nuestros solos en el lupanar; bueno, seguiremos con las órdenes; ya se me ocurrirá algo por el camino.

Los dos germanos cumplieron las órdenes y regresaron al campamento con las pesadas *paenulas* repartidas sobre las grupas de los dos caballos.

El día amaneció gris plomizo y en el bosque cercano la niebla iba ascendiendo hacia las altas montañas; un zorro camuflado entre la hierba alta observaba con sus ojos anaranjados la gran manada. El decurión escribía sentado sobre su camastro en una tablilla, mientras en el exterior formaban todos con gran guirigay a las órdenes del portaestandarte, tal como le habían ordenado el día anterior, cuando por la entrada de la tienda hizo su aparición el sin dientes, acompañado por Cara Cortada.

—¿No oísteis la orden de formar?

—Es que queremos hablar con usted, señor —le dijo el germano poniéndose firme.

—¿No sabéis todavía que para hablar con un oficial hay que pedir permiso primero al suboficial?

—¡No tenemos suboficial, señor!

—¡Bueno, dejémoslo estar! ¿Qué es eso que tenéis que decirme? Y espero que sea importante —le contestó el decurio, rascándose la barbilla con el *estilus*.

—Es que... —Carraspeó el sin dientes—. Es que hemos tenido un problema, señor.

—¿Qué tipo de problema? —preguntó el oficial.

—¿A qué cojones hueles? —gritó el decurio levantándose rápidamente de su camastro; el sin dientes, asustado, reculó un paso mientras Cara Cortada permanecía firme como una estatua.

—¡Hueles a perfume rancio! Dime rápidamente qué os ha pasado —gritó

nuevamente el decurión encolerizado.

—Hemos sido atacados y nos han robado el caballo que llevábamos para la carga; nos emboscaron en una oscura callejuela, eran por lo menos seis o siete y no pudimos hacer nada, señor.

—¿Y qué cojones hacíais en una callejuela? Adonde os envié no hay callejuelas.

—¡A putas, señor! —dijo el sin dientes en voz baja mientras tragaba saliva, mientras Cara Cortada lo miraba de reojo.

—¿Qué has dicho, maldito, bárbaro?, ¿puedes repetirlo en voz alta, que no te he oído bien? —dijo el decurio poniendo la mano ahuecada detrás de la oreja.

—¡A putas, señor!

En el exterior se hizo el silencio, mirándose unos a los otros.

—Fuimos a putas, pero se lo juro, señor, eran seis o siete, y solamente pudieron llevarse un caballo.

Sin mediar palabra, el puño derecho del decurio impactó de lleno en la nariz del sin dientes, dejándole marcado en el pómulo el sello imperial. El golpe lo hizo retroceder de espaldas sin control en dirección a la puerta, enganchándose con la parte superior de la tienda, lo que hizo que el casco se deslizara bruscamente hacia delante, impactando también sobre la ya maltrecha nariz, abriéndole una sangrante brecha, mientras que con la parte trasera de sus *caligae* tropezaba con una piedra de moler situada al lado de la hoguera, sobre la que cayó con los brazos en cruz ante la atronadora carcajada de toda la formación.

—¡Yo no he ido a putas, señor! Yo solo… —dijo Cara Cortada, que seguía firme en el interior de la tienda.

—¡Lárgate de mi vista si no quieres que te corte los huevos! —le gritó el decurio indicándole con el brazo extendido la dirección de salida; luego se sentó sobre el camastro y con los dedos abiertos puso las manos sobre sus cabellos echándolos hacia atrás; cogió nuevamente la tabilla encerada y poniendo el dedo pulgar debajo del anular para hacer fuerza estampó el sello con rabia. El decurión salió de su tienda portando la tablilla debajo del

brazo izquierdo, mientras con la derecha sujetaba su vara de vid apoyándola en el suelo a modo de bastón, mientras los auxiliares y reclutas no podían refrenar las risas viendo al sin dientes intentando levantarse a cuatro patas. Cuando por fin se puso de pie y se incorporó a la formación, un compañero tuvo que sujetarlo por el brazo, pues su cuerpo no acababa de estabilizarse a causa del puñetazo que lo había dejado totalmente noqueado.

El decurión hizo un recorrido con la vista a toda la formación y gritó:

—¡Todos, firmes! No creo que lo que ha sucedido sea para reírse; estos hombres han desobedecido una orden y por su culpa hemos perdido un caballo que a lo mejor algún día les hubiera servido para salvar la vida de ellos o de algún compañero; por eso, y dar gracias a los dioses que hoy estoy benevolente, serán castigados hasta nueva orden a ir andando portando todo su equipo, y se les descontará de su paga el precio del caballo. Ahora quiero dirigirme a los nuevos reclutas cilurnigos. Vuestro viaje terminaba aquí; desde aquí seríais conducidos a los distintos campamentos donde seríais instruidos. Al no haberme facilitado más hombres, seguiréis con nosotros. —La mayoría de los cilurnigos dijeron: «¡Bien!»—. Seguiréis con nosotros hasta llegar a Asturica y allí os incorporáis al campamento de instrucción, ahora tenemos que pasar esas montañas, todos tenemos que estar alerta, si la manada se desperdiga por los bosques tardaremos días en reagruparla, luego se os entregará una *paenula* a cada uno, procurad no perderla, allá arriba puede hacer mucho frío si todos colaboramos como hasta ahora, pronto estaremos en Asturica Augusta, a vosotros auxiliares os digo que desde hoy César será vuestro nuevo optio, cuando lleguemos al cuartel general se te asignará oficialmente tu nuevo cargo así como tu nueva paga, pero desde hoy lo obedeceréis en todo, el nuevo portaestandarte será el auxiliar équite Wilfrido, todo está escrito y sellado en esta tablilla. ¡Soldados, viva la Décima!

Todos vitorearon alegremente, bueno, todos, todos, no.

—¡Optio! Que recojan el campamento, y en marcha hacia las montañas.

Capitulum

IX

Los reclutas cilurnigos se agarraban fuertemente a las riendas de sus caballos mientras encogían sus cabezas entre los hombros; sus ojos desorbitados miraban a un lado y al otro, muertos de miedo; nunca antes habían visto un bosque como aquel por el que discurría la calzada. Inmensos robles llenos de oquedades, con sus retorcidas ramas cubiertas de colgantes líquenes, rocas llenas de musgo de las que surgían serpenteantes raíces y enormes helechos, daban al lugar un aspecto fantasmagórico acentuado por una fina neblina que lo empapaba todo. La mente de Bilio, ya repuesto de la paliza, se imaginaba en cada árbol, en cada rincón, dioses, diosas y alguna que otra ninfa que le decían que estaban profanando un lugar sagrado, pero mejor callar la boca; no quería probar nuevamente la dura vara de vid. La manada fue ralentizando su paso, dándose cuenta el decurio, que rápidamente tiró de una de las riendas para que el caballo diera la vuelta para dirigirse hasta donde estaban los reclutas.

—¿Qué cojones os pasa?, ¿estáis durmiendo? ¡Bilio! No habrás vuelto a llenarles la cabeza con tus dioses... —les grito el decurión.

—¡Yo no les he dicho nada! —respondió secamente el astur, que permanecía pensativo y con la cabeza gacha.

—¿Cómo has dicho?, no te he entendido bien —le volvió a preguntar el decurio ahuecando la mano detrás de la oreja para oírlo mejor.

—¡Yo no les he dicho nada, señor! —gritó marcialmente Bilio.

—Así está mejor. ¡Pues si no hay ningun problema, adelante, arread los caballos!

Enseguida los cuellos se estiraron y las varas empezaron a azuzar a los asturcones, poniéndolos nuevamente en marcha. La calzada transcurría siempre en ligera pendiente para facilitar el transporte de mercancias en carro y era cruzada lentamente por alguna que otra babosa así como sapos y

vistosas salamandras, los cuales eran aplastados por los cascos de los caballos; poco a poco el hayedo se fue apoderando del bosque; los gigantes de corteza gris crecían en vertical en busca de Apolo, dios de la luz, impidiendo que los arrugados robles colonizaran su terreno. A veces entre la neblina se podía ver el fondo del valle por el que discurría un caudaloso río, terreno propicio para emboscadas; por eso Publio Carisio, gobernador de la provincia de Lusitania, optó por construir esta calzada, descartando que transcurriera por los bajos valles cuando el emperador Augusto le encargó la tarea de conquistar los pueblos de los astures transmontanos. Las fosas nasales de los cilurnigos, los cuales no estaban acostumbrados a las gélidas temperaturas de la alta montaña, empezaron a moquear. Rápidamente, todos se pusieron sus *paenulas* para protegerse del intenso frío que ponía sus narices coloradas y del fuerte viento que movía las copas de los gigantescos árboles, haciendo que muchas ramas se precipitaran al suelo cayendo sobre hombres y bestias…

—¡Alto! —gritó el larguirucho desde primera línea.

—¿Qué ocurre? —preguntó el decurión mientras arreaba su caballo para llegar hasta donde se encontraba el auxiliar.

—¡Se acerca gente, señor! —le dijo el germano, indicándole con el brazo extendido la dirección, el decurión fijó la mirada para intentar ver entre la neblina, de entre la cual apareció un hombre de cara curtida, ya entrado en años, montado sobre una orejuda mula. El hombre viajaba perfectamente abrigado, sobresaliendo el espléndido gorro de piel de conejo que le protegía la cabeza del intenso frío, pero lo que más le llamó la atención al oficial fueron los zuecos de madera, que le protegían los pies que por un momento al verlos le hicieron recordar a las muchachas abilicas y a la bella Alanna, que también los portaban para proteger sus pies de las embarradas callejuelas del castro.

—¡Sooooo, mula! —gritó el hombre mientras tiraba de las riendas haciendo parar al animal al lado del decurio para después levantar el brazo en señal de saludo.

—Espera a que pase mi recua de mulas y luego podréis continuar vuestro

viaje. ¿A dónde os dirigís con tantos caballos? —preguntó el arriero.

—Intentaremos llegar hoy al campamento de la Carisa —le respondió el decurio.

—¡Pues daos prisa! Se avecina tormenta y a partir de esta altura será de nieve; cuando me duele el golpe que me di de muchacho en el hombro, no falla, nieve segura —le decía el arriero poniendo la mano sobre el hombro derecho.

—¿Qué, transportáis si puede saberse? —le preguntó el decurio.

—¡Oro! —respondió el arriero.

—¿Oro, sin escolta?

—Je, je, je, tranquilo, romano, trasportamos ¡trigo!, que es más valioso en algunas circunstancias que el oro, porque si estuvieras destinado en este campamento olvidado de la mano de los dioses y las tripas te empezaran a rugir, ¿qué querrías más, oro o trigo?

—Buena pregunta y difícil de contestar con este frío.

—¿Cuál es tu nombre, romano?

—¡Marco!

—Pues, amigo Marco, yo la contestaré por ti y escúchame bien: cuando las tripas empiezan a rugir, el oro es difícil de digerir, ja, ja, ja, ja. —Se rio el arriero dándose manotadas en el muslo.

—Venimos de Legio y abastecemos de trigo a todos los campamentos a lo largo de la calzada, pues en estas húmedas tierras no se cosecha trigo, por eso te digo que llevamos oro, incluso como verás llevamos escolta; como tú preguntabas, no es la primera vez que nos asaltan para robárnoslo. ¡Y voy a decirte una cosa! —le dijo el arriero, acercando lo más posible su mula al caballo del decurión para que no lo oyera nadie.

—Yo creo que quien nos lo roba es algún gordo centurión para revenderlo nuevamente y así ganarse algún dinero. ¿Qué piensas, tú, romano? —le decía el hombre guiñándole el ojo.

—¿Qué creo? Que tienes razón: en todos lados hay manzanas podridas.

Mientras hablaban aparecieron entre la niebla seis mulas atadas en fila una a otra, escoltadas por dos legionarios a caballo que se protegían del frío

envueltos en sus rojas capas y que por las plumas que portaban en el casco no había duda que eran de la V Alaudae.

—Bueno, ya podéis seguir, que no está el día para estar aquí de cháchara, que los dioses os acompañen, como decís vosotros, ¿verdad, romano?

La recua con su paso cansino se fue perdiendo cuesta abajo entre la neblina y, como vaticinaba el hombro del arriero, comenzó a caer aguanieve. El decurión frotó fuertemente sus manos para que entraran un poco en calor, para luego arrear al percherón hasta llegar a primera línea de la manada, la cual, ausente de la conversación mantenida con el arriero, había seguido su paso.

El exuberante bosque dio paso al brezo y al tojo con sus punzantes espinas y sus flores amarillas; el día ya estaba próximo a su fin y había que encontrar refugio pronto, pues la temperatura era cada vez más baja. El decurio llamó a su optio para que les diera orden a los arrestados que montaran en sus caballos y ayudaran a parar a la manada. Por un momento el viento disipó la neblina, dejando ver el campamento situado en la misma cima de la montaña. El decurio esperó a que se acercara su segundo al mando para darle nuevas órdenes.

—El portaestandarte y yo nos vamos a acercar hasta el campamento, y vosotros controlad la manada, que no se desperdigue mucho.

Los dos espolearon a sus caballos y se dirigieron por un camino en zigzag que conducía a la puerta del campamento, todo su alrededor estaba fortificado con empalizadas de madera, y distanciadas unas de otras había varias torres de vigilancia, dos de ellas unidas por una pasarela que por encima formaban la *porta pretoria* de la que colgaba flameado por el viento el rojo estandarte de la V Alaudae. Llegaron a la puerta y rápidamente de una de las torres se abrió una trampilla por donde asomó la cabeza un legionario.

—¡Alto! ¿Quiénes sois y qué queréis? —preguntó el centinela echando vaho por la boca.

—¿No ves el *vexillium* que portamos, legionario? Soy el decurión Marco Macrino de la X Gemina y me acompaña mi decuria de auxiliares germanos

y varios reclutas astures; quiero hablar con quien esté al mando para que nos permita pasar la noche en el campamento.

—Esperad un momento. Hablaré con el optio *custodiarum*.

Al poco tiempo se asomó el optio.

—¿Dices que te acompañan auxiliares germanos? —gritó el optio.

—¡Claro, pertenecemos a una *cohors equitata* de la X Gemina! Además, no tengo por qué explicarte nada; dime de una puta vez quién está al mando; quiero hablar con él, que levante el culo y que venga a hablar conmigo, que ya me tenéis hasta los cojones.

El optio desapareció rápidamente tras la trampilla; el decurio miraba al portaestandarte y este encogía los hombros al no entender lo que pasaba. Mientras el oficial se acurrucaba entre sus pieles de zorro, de repente volvió a oírse la voz del optio.

—¡Lo siento, pero el *primus pilus* no permite la entrada a enemigos de Roma a su campamento, pero sí tiene el gusto de recibirle a usted!

—¡Pero de qué cojones hablas!, ¿qué enemigos?

—¡Los germanos! Han traicionado a Roma y han matado a muchos de nuestros compatriotas en Germania, lo siento, pero son las órdenes que he recibido.

—¡Dale las gracias al *primus pilus*! Y dile que espero verlo en algún campo de batalla en el cual necesite ayuda.

—¡Vámonos, señor! Tenemos que montar rápido el campamento; o moriremos todos congelados.

Mientras hablaban, el optio cerraba la trampilla, haciendo caer al suelo la nieve que se había acumulado encima de ella, haciendo que los caballos levantaran asustados las cabezas.

—¡Si cojo al puto *primus pilus* lo rajo de arriba abajo! —le dijo el decurio al portaestandarte encendido de rabia. Dieron rápidamente la vuelta a sus caballos y al galope llegaron a la formación.

—¡Rápido! Buscad un lugar a resguardo e instalad el campamento, atad las mulas y nuestros caballos cerca para que nos sirvan de parapeto y aprovechad su calor —gritaba fuertemente el decurio poniendo las manos

en la boca a modo de bocina para que todos le oyeran a través de la ventisca.

Rápidamente, por la cuenta que les traía, todos colaboraron en la instalación del campamento; la aguanieve se fue transformando en copos blancos que, azotados por la fuerte ventisca, impedían colocar las tiendas que eran zarandeadas como las velas de un barco. Mientras los hombres montaban el campamento a toda prisa, no se daban cuenta de que un enemigo de ojos amarillos observaba agazapado entre los tojos y los helechos, un enemigo cruel y calculador que nunca se rinde y que esperaba la llegada de la noche. Tapando la cara hasta la nariz con su capa para protegerse de la fuerte ventisca, el decurión levantó la cabeza para supervisar el montaje de las tiendas, percatándose de que Bilio seguía montado sobre su caballo, cual estatua ecuestre.

—¡Bilio! ¿Qué haces ahí parado? Ayuda a tus compañeros o, por mis cojones,que hoy dormirás fuera de la tienda.

Bilio, que solo había visto la nieve cuando los días despejados dejaban ver a lo lejos la gran cordillera con sus relucientes nieves perpetuas y en la cual según el druida de la tribu vivía el gran dios Vindonius el blanco, al que Bilio en su imaginación quiso ver dentro de un remolino de nieve con sus largas barbas blancas, diciéndole: «Salid de este sagrado lugar o todos pereceréis».

—¡Bilio, no te lo vuelvo a repetir, desmonta del caballo y ayuda a tus compañeros! —volvió a gritarle el oficial. El cilurnigo, con la cabeza cubierta de nieve, desmontó lentamente de su caballo y se dirigió hasta donde se encontraban atadas las mulas. Del suelo donde estaba desordenadamente el resto del bagaje cogió una dolabra, herramienta de hierro con mango de madera que, por un lado, hacía de hacha y, por el otro, de pico, y se dirigió con la mirada perdida hasta donde se encontraba el decurio, el que, ayudado por el portaestandarte, se encontraba clavando en el suelo el viento de una tienda. De repente apareció Bilio amenazante, con las manos levantadas, portando la dolabra por encima de su cabeza, gritando:

—¡Muere, maldito romano!

—¡Cuidado, señor! —gritó el portaestandarte Wilfrido. El decurio en un acto reflejo se apartó, mientras el cilurnigo bajaba con todas sus fuerzas la pesada herramienta que pasó silbando cerca del hombro del romano clavándose fuertemente en el suelo nevado. Bilio rápidamente intentó desenclavarla, pero sus frías manos se lo impidieron; entonces con los ojos encolerizados y sin darle al decurio tiempo de reaccionar, lo agarró con sus manos por el cuello.

—¿Qué haces, loco? —gritó el portaestandarte, sus caras quedaron frente a frente, los mocos verdes que colgaban de las narices de Bilio se juntaban con las babas blancas que salían por su boca al igual que un poseído, mientras el decurio intentaba abrir la boca para que le entrara más aire, pero el romano era experto en el cuerpo a cuerpo y rápidamente le propinó un rodillazo en los testículos haciendo al cilurnigo que soltara el cuello del romano para echar las manos al bajo vientre dejando al descubierto su cara con un gesto de dolor, cosa que aprovechó el oficial para darle un puñetazo en la mandíbula que lo hizo caer de espaldas, el decurión Marco se dio cuenta enseguida de lo que iba a ocurrir e intentó cogerlo por los brazos para que no se cayera, pero fue imposible.

—¡No, no! —gritó el decurión. El joven astur cayó de espaldas sobre la parte puntiaguda de la dolabra que le traspasó la espalda, saliéndole por el pecho, quedando tendido sobre el nevado suelo, gritando—: ¡Malditos romanos, salir de este lugar sagrado o…!

El decurio se puso de cuclillas y con su mano le cerró los ojos, mientras la nieve seguía cayendo. El portaestandarte cogió al oficial por el brazo para levantarlo mientras le decía:

—¿Era su vida o la de él, señor? Se había vuelto loco.

—Pobre muchacho, no era mi intención matarlo, era muy joven para morir; se lo debe al druida de Noega, a ese sí que teníamos que haberlo liquidado, así no le llenaría la cabeza de dioses y diosas a nadie más; vete y llama a Mael y que venga el optio. —Rápidamente, se presentó el astur, que echó las manos a la cabeza al ver a su compañero en el suelo sobre un gran

charco de sangre.

—¡Bilio! ¿Qué le ha pasado? —preguntó Mael, asustado.

—Ha intentado matar al decurión, yo creo que se había vuelto loco. Primero quiso clavarle la dolabra al decurión, menos mal que logró esquivarla, luego intentó ahogarle con las manos y en el forcejeo se cayó de espaldas clavándosela —le explicó el portaestandarte.

—Coged la piel que protege el suelo de mi tienda y enrolladlo en ella; mañana lo enterraremos o incineraremos —le dijo el decurio a Mael mientras le daba una palmada en el hombro—. Ahora, todos a vuestras tiendas.

El desafortunado Bilio pronto quedó cubierto de nieve, enrollado en la gastada piel; el decurio iba a entrar en su tienda, seguido del optio César, que por su nuevo cargo pasaría a dormir en la tienda *praetorium*, cuando escuchó algo.

—¿Has oído? —le dijo el decurio.

—¿El qué, señor?

—¡Ahora, escucha! ¿Lo oyes?

—¡Sí, señor, son lobos!

—A nosotros no nos atacarán, tienen doscientos caballos donde elegir.

Los dos se introdujeron en la tienda *praetorium*, el optio rápidamente se acostó en el suelo, poniendo su brazo a modo de almohada, mientras el decurio quedó pensativo sentado sobre su camastro.

—¿Tiene hambre, señor? Si quiere, me acerco hasta las mulas; con esta tormenta se nos ha olvidado coger la comida para la cena.

—Gracias, pero ahora lo menos que se me apetece es comer.

—Lo entiendo, señor —dijo César frotándose las manos fuertemente—. Este frío me recuerda cuando era un crío; yo y mi hermano nos tapábamos hasta la cabeza con la paja seca que nuestra madre nos ponía en el camastro, dormíamos los dos juntos, no había sitio para más camastros y para calentarnos los pies nos ponían piedras calientes envueltas en una piel de cabra que nuestra madre calentaba en el fuego. ¿Qué será de ellos? No los he vuelto a ver. ¿Y a usted le recuerda algo este frío?

—Yo soy de tierra caliente; cuando hacía frío y nevaba, mayormente estábamos refugiados en los cuarteles de invierno, donde sufríamos cruentas emboscadas, así que no me trae muy buenos recuerdos.

El decurio se quitó la *paenula* y la enrolló para luego dársela al optio.

—Toma, ponte esto de almohada; te servirá mejor que tu brazo.

—¡Gracias, señor! —Luego el decurio se echó en su camastro, puso las manos debajo de su cabeza e intentó relajarse, pero entre el viento que zarandeaba la tienda, los ronquidos del gigantón germano y lo sucedido con el joven Bilio le era imposible conciliar el sueño hasta que sin darse cuenta sus ojos se cerraron.

—¿No os habéis enterado? —les decía el portaestandarte en voz baja a su *contubernium* del cual el sin dientes y Mourus formaban parte.

—No, ¿qué ha pasado? Además de este puto frío —respondió el sin dientes.

—Uno de los reclutas ha intentado matar al decurión.

—¿Intentado? —dijo el sin dientes, escupiendo en el suelo un trozo de carne seca que estaba masticando.

—Sí, uno al que hace poco el decurio le hizo probar su vara de vid. Lo llamaba... —El portaestandarte quedó un rato pensativo—. ¡Ya sé, aprendiz de druida! En un forcejeo con el decurio se cayó de espaldas y lo traspasó la punta de una dolabra, con la que quería matar al decurio.

—Te hubiera ahorrado el trabajo —le dijo Mourus al sin dientes.

—¿Qué dices? —preguntó el portaestandarte.

—Tú amigo al que tienes ahí al lado pretendía matar al decurio, por pegarle, por ir a putas, ya se lo digo yo que las mujeres de una manera u otra van a acabar con él, ja, ja, ja. —Se reía el númida mientras el sin dientes le hacía un corte de manga.

La loba observaba la gran manada con las orejas erectas y la cola en horizontal camuflada entre los helechos, rápidamente se le unieron seis lobos machos, los asturcones, dirigidos por los relinchos del semental, comenzaron en grupos a hacer corros con el fin de defenderse, cabezas con los ojos desorbitados y crines erizadas para dentro, grupas para atrás

preparadas para cocear a quien se atreviera a atacar, la pradera era un guirigay de relinchos, bufidos, gruñidos y ladridos, el primero en probar suerte fue un joven lobo cuya lengua colgaba por un extremo de la boca, se aproximó hasta casi tocar las largas colas de los asturcones, una potente coz le hizo volar por los aires para luego caer al suelo con el cuello roto pagando su inexperiencia, pero la loba ya había elegido su presa, una yegua preñada, esta se movería más lentamente, rápidamente un lobo más experimentado la mordió en la pata trasera mientras otro saltaba sobre la grupa cubierta de nieve mordiéndole el muslo, las coces al aire no hacían más que cansar a la desafortunada yegua, los mordiscos rápidos y concisos hicieron que poco a poco fuera saliendo de la protección del corro y su lugar fuera ocupado por otro caballo cerrando nuevamente el círculo, en cuanto quedó sin protección la loba la mordió fuertemente en la yugular mientras los demás lobos mordían sus patas haciéndola caer entre relinchos sobre la fría nieve. Otros cuatro lobos se unieron al festín; sus mordiscos abrieron el vientre de la yegua, del que salió una nube de caliente vapor; entonces la loba gruñendo con el hocico arrugado y enseñando sus poderosos colmillos hizo valer su estatus; ella sería la primera en comer las partes más blandas y el potrillo que aún vivía en sus abiertas entrañas; mientras los demás lobos metían el rabo entre las piernas en señal de sumisión, la loba con el hocico lleno de sangre y su pelaje erizado aulló en señal de victoria; la lucha por la supervivencia por hoy había concluido.

El decurio se sentó sobre su camastro bostezando, luego estiró los brazos para desentumecerse y acurrucó su cuello entre las pieles de zorro mientras daba con la punta del pie una pequeña patada en la espalda al germano para despertarlo.

—¿Qué ocurre? —dijo el germano sobresaltado.

—Te recuerdo que ostentas el cargo de optio y tendrías que tener formada la decuria.

—¡Sí, señor! No volverá a ocurrir —respondió el germano, levantándose rápidamente, tanto que su cabeza pegó en lo alto de la tienda, haciendo rechinar los vientos que la sujetaban; luego se agachó para coger su casco y

sus armas, que se encontraban en el suelo, cuando, sin poder evitarlo, soltó una sonora pedorreta—. ¡Lo siento, señor! Si me permite, reuniré rápidamente la tropa.

El día amaneció totalmente despejado; la tormenta había dejado todo cubierto de nieve. Alrededor de las montañas podía verse el mar de nubes que resaltaba sobre el cielo totalmente azul. A lo lejos, en la misma cima de la montaña, se encontraba el campamento de la Carisa con su empalizada y sus torres cubiertas de nieve. Después de un tiempo, el decurión salió de la tienda atándose el casco y con su vara de vid debajo del brazo. La fuerte luz del sol que se reflejaba en la nieve caída le hizo poner la mano extendida en la frente a modo de parasol, rápidamente despanzurrando la nieve a su paso. El optio se presentó, gritando:

—La segunda decuria de la sexta centuria de la tercera cohorte, lista para la revista, ¡señor!

El decurio, después de contestar al saludo dando un pequeño toque en el casco con su vara de mando, hizo un rápido recorrido con la mirada a toda la decuria y a los reclutas que, sin haber recibido instrucción alguna, no tenían nada que envidiar a los veteranos. Se fijó en el sin dientes, con sus ojos y su nariz morados del puñetazo; por último, echó un vistazo al *vexillum* y al alzar la vista observó en el cielo cómo unos buitres planeaban dando círculos; luego separó las piernas y cogió la retorcida vara de vid con las dos manos, poniéndolas una en cada extremo.

—¡Soldados! Quiero deciros que sin disciplina Roma no sería el gran Imperio que es ahora, y esa disciplina ha sido rota por el recluta Bilio, que ha intentado matar a un superior. Vosotros, auxiliares, ya sabéis las reglas, y a vosotros, reclutas, se os explicarán pronto. Lo que ha intentado hacer Bilio es castigado con la pena de muerte; en este caso él mismo ha sido su verdugo. No lo olvidéis nunca: un soldado que sirva en las legiones por encima de todo, incluso de sus dioses, tiene que obedecer y respetar a sus superiores; si no, Roma será implacable con él; y ahora, ¿qué queréis hacer con el cadáver?

—En nuestra tribu, los muertos, después de rezarles a los dioses, son

tirados al mar —contestó en voz baja Dolfo.

—Creo que el mar nos queda un poco lejos; tú y dos de tus compañeros, haced una fosa y enterradlo; tú, Longus, y tú —dijo el decurio señalando al portaestandarte—. Venid conmigo, esos buitres me dan mala espina. ¡Optio! Los demás que coman algo, ya que ayer no se pudo cenar e ir levantando el campamento… Ah, que nos dejen algo preparado para nosotros, vendremos enseguida.

Los tres se montaron en sus respectivos caballos y al trote se dirigieron al encuentro de la manada que se encontraba diseminada por la nevada pradera; alguno con la grupa cubierta de nieve caída en la noche ramoneaba entre los leñosos arbustos en busca de algo de comer, mientras otros acostados plácidamente sobre la nieve dejaban que el sol les calentara la piel.

—¡Mire, señor! —gritó el cilurnigo, apuntando con su mano hacia donde se encontraba el cadáver de un caballo y el de un lobo, que yacían en el suelo y sobre los cuales varios buitres revoloteaban con el cuello lleno de sangre; al festín también estaban invitados alimoches, cuervos y águilas, mientras en el cielo los enormes quebrantahuesos esperaban sobrevolando a media altura a que los fitófagos acabaran su trabajo para apoderarse de los descarnados huesos.

—Señor, ¿qué son esas aves tan grandes? —preguntó el astur.

—¿No las has visto, nuca? —El astur negó con la cabeza—. Son buitres, los hijos de puta son los encargados de limpiar de cadáveres los campos de batalla; si algún día tienes el honor de luchar en alguna y al acabar los ves dando vueltas en el cielo, puedes dar gracias a los dioses, pues estarás vivo —le respondió el oficial. El portaestandarte, ajeno a la conversación, desmontó del caballo con la intención de aliviar la vejiga y mientras su caliente chorro caía al suelo derritiendo la nieve, vio cómo dos zorros perseguían a cierta distancia a otro caballo que, alejado de la manada, andaba torpemente…

—¡Señor! Allí es posible que tengamos otra baja. —Señaló el portaestandarte la dirección con su mano libre mientras con la otra sacudía

enérgicamente varias veces el pene. Los jinetes espolearon sus monturas y chapoteando entre nieve llegaron a la altura donde se encontraba el caballo, observando que los lobos le habían desgarrado los cuartos traseros, dejándole al pobre animal la carne colgando.

—No podemos dejarle sufrir, señor, hay que sacrificarlo —dijo el germano.

—¡Adelante! —respondió el decurio.

El portaestandarte Wilfrido, que siempre contaba a sus compañeros que era hijo de un rey y que había sido secuestrado por los romanos para que su padre fuera leal a Roma, descabalgó y desenvainando su *pugio* se acercó sigilosamente al animal, el cual no hizo nada por huir, al contrario, era como si supiera que aquel hombre iba a acortar su sufrimiento para siempre, el germano lo cogió por las crines haciéndolo subir la cabeza y rápidamente de un certero tajo le cortó la yugular haciendo salir un chorro que tiñó de escarlata la blanca nieve, el animal empezó a tambalearse hasta que cayó fulminado, el germano limpió con las crines el brazo manchado de sangre así como su *pugio* envainándolo nuevamente para después de un salto montar sobre su caballo espoleándolo en dirección a los zorros con la intención de espantarlos, los cuales, después de una pequeña carrera, se agazaparon entre la nieve a la espera de darse el festín.

Unos fuertes nudillos tocaban insistentemente haciendo vibrar las tablas de la puerta de la mísera choza, situada a las afueras del pequeño poblado, que se había creado a la sombra de las minas de *Mons Medulius*. Herreros,carpinteros,artesanos del cuero, cesteros, mercaderes,augures, asalariados que trabajaban en la mina, todos vivían de alguna manera a costa de la esclavitud. La puerta se abrió rozando el surco que tenía ya hecho en el suelo, apareciendo tras ella una mujer de nariz aguileña, rostro arrugado, pelo gris y harapientas ropas.

—¿Quién llama con tanta insistencia? —Un corpulento hombre vestido con un poncho oscuro y que tapaba la cabeza con una capucha entró rápidamente en la pestilente choza, empujando a la mujer.

—¡Cierra la puerta de una puta vez! —le dijo el siniestro hombre.

—¿Quién te crees que eres para entrar de esa manera en mi casa? —gritó la mujer, entonces el hombre echó la capucha hacia atrás dejando ver su cara. La mujer acercó una lucerna para verlo mejor, para luego depositarla sobre una pequeña mesa llena de plantas y raíces secas.

—¡Pero si es mi amigo el centurión! ¿No me digas que sigue sin subírsete la verga? Mis pócimas siempre dan resultado; ningún cliente se ha quejado nunca, a no ser…

—¡Cállate la boca, vieja bruja!

—Bueno, bueno, no te pongas así. Entonces, ¿a qué debo esta visita?

—Necesito alguna pócima para mandar a alguien… digamos al otro mundo.

—Pero eso es más caro que lo de la verga. Je, je, je. —Reía la mujer, enseñando sus roñosos dientes mientras de su boca expulsaba su fétido aliento—. ¿Y digo yo, no te saldría más barato usar un simple cuchillo?, de eso los militares sabéis mucho.

—¡Los cuchillos dejan señales y yo no quiero dejar ninguna, además no te he pedido tu opinión! ¿Tienes o no? —El centurión sacó una pequeña bolsa de cuero y la tiró sobre la mesa haciendo saltar la lucerna que miseramente iluminaba la choza, la mujer como si fuera un lince cazando un conejo la cogio de un rapido zarpazo apretándola sobre su pecho, luego andando con el cuerpo encorvado y arrastrando los pies abrió la tapa de un polvoriento arcón que descansaba sobre el suelo, del cual sacó un pequeño trozo de caña hueco, y en él vertió un líquido rojizo que guardaba en una calabaza seca. Cogió el trozo de caña y con un pequeño trapo lo tapó, haciendo un nudo para que no se derramase.

—Toma, aquí lo tienes: unas gotas en una copa de vino son suficientes para matar. ¡Perdón! Para mandar al otro mundo a un buey.

—¿No cuentas el dinero? —le dijo el centurión mientras guardaba la pócima en una pequeña bolsa de cuero que pendía del cinturón.

—¡Sé que será suficiente, me fío de ti, y si las cosas te salen bien, supongo que no te olvidarás de esta bruja, ja, ja, ja!

—¿Qué dices..., vieja?

—¡Sabes bien lo que digo! Cuando alguien quiere mandar, ¿cómo lo llamáis vosotros?... ¡Ya sé, el inframundo, antes que lo llamen los dioses, es que se cuece algo gordo! ¿Verdad, romano? —El centurión, sin decir palabra, se puso la capucha y abrió la puerta, que rozó en el surco que tenía hecho en el suelo.

El sol seguía brillando en el cielo totalmente azul y se agradecía su calor después de la fría noche; la nieve había quedado atrás; el brezo con sus flores color púrpura, el color más apreciado en Roma, el color del poder, cubría ambos lados de la ya descendente calzada; abejas, abejorros, moscones y mariposas de varios colores volaban incansables polinizando la gran pradera; el lustroso y recién estrenado pelaje de los asturcones brillaba al sol, dándoles un aspecto más vigoroso y ágil, mientras cantidad de cantarines arroyos surcaban la tierra cuesta abajo en busca de algún río donde depositar sus espumosas aguas. Mael tiró de las riendas, el animal rápidamente levantó la cabeza parándose en seco, luego torció su cuerpo y apoyó una mano sobre la grupa mientras con la otra sujetaba las riendas, miró hacia atrás con tristeza, era como si aquel mar de nubes que quedaba atrás fuera como una puerta que tardaría en volver a abrir, allí abajo entre las nubes quedaban su madre, su pueblo, su tribu, el mar, sus ojos se acristalaron a su derecha, podía ver a lo lejos las altísimas montañas cubiertas de nieve que el sol hacía que resplandecieran, llegaron adonde la calzada transcurría por un extenso valle surcado por un pequeño río de aguas espumosas, en lo alto de un árbol seco le llamó la atención un descomunal nido donde se encontraban unas zancudas aves de plumas blancas y largo pico rojo a las que nunca antes había visto. El decurio levantó el brazo ordenando parar; y rápidamente el optio se acercó al galope.

—Pasaremos aquí la noche, que monten el campamento, distribuye las guardias y luego que todo el mundo se bañe en el río. Somos una decuria de caballería romana, no una piara de cerdos; así que adelante, hay que aprovechar el calor del sol.

—¡A la orden, señor! —Rápidamente, el campamento estaba montado, mulas y caballos atados y las guardias distribuidas; los que quedaron libres enseguida se desnudaron y con gran jolgorio se lanzaron a una pequeña poza de aguas color esmeralda, hasta el optio César, reacio siempre al baño, dejó todas sus prendas al lado de un árbol y se introdujo en las frías aguas. Mientras, el decurio aprovechó para ordenar su tienda *praetorium*, al poco tiempo Alucio, uno de los cilurnigos que estaba de guardia separado un trecho del campamento, observó a lo lejos que algo se acercaba por la calzada.

—¡Portaestandarte! —gritó el cilurnigo desde la lejanía.

—¿Qué te pasa, recluta de mierda? —respondió de mala gana Wilfrido.

—¡Algo se acerca! —volvió a gritar el cilurnigo indicándole con el brazo la dirección.

El germano, poniendo la mano en la frente a modo de parasol, miró a lo lejos; efectivamente, un carro se acercaba. Rápidamente se acercó a la tienda *praetorium* para dar novedades a su superior.

—Señor, se aproxima un carro que viene en nuestra dirección, voy a echarle una mano al que está de guardia para apartar la manada que está ocupando la calzada —le dijo el portaestandarte al decurio.

—¡De acuerdo, tenme informado! —le contestó el oficial.

El *cisiarius* tiró de las riendas, haciendo parar en seco a las cuatro mulas que tiraban de la pesada raeda, haciendo que las cortinas teñidas de color rojo que impedían ver quién viajaba en el habitáculo trasero se movieran como un péndulo de un lado a otro. El *cisiarius*, que tapaba su cabeza con un enorme sombrero de paja, gritaba y fustigaba con su látigo a izquierda y derecha a los asturcones que le impedían el paso. El portaestandarte de un salto se subió a la parte delantera para impedir que el *cesarius* siguiera castigando a los caballos sujetándolo fuertemente del brazo.

—¡Alto, loco! ¿No ves que puedes producir una estampida? —le gritó Wilfrido.

—Pues aparta rápidamente esos animales de la calzada —le respondió el *cesarius* de malos modos.

—¿A dónde te diriges, si puede saberse, con tanta prisa? —le preguntó el auxiliar saltando nuevamente a tierra.

—Al campamento de la Carisa, venimos del pueblo próximo donde se encuentra la mina, y al *primus pilus* Albinus no le hace mucha gracia que las mercancías lleguen tarde —le respondió el hombre, indicándole por encima del hombro con el dedo pulgar la situación del pueblo.

—¿El *primus pilus*, has dicho?

—Sí, y te aconsejo que no tengas problemas con él porque tiene muy malas pulgas, así que apártate y déjame seguir.

—De momento esperarás aquí, hasta que llegue el oficial al mando, ¿entendido?

—¡Muchacho! Vete al campamento y dile al decurio que venga. —El astur arreó su caballo y rápidamente estaba de regreso con el decurión al cual Wilfrido le contó lo sucedido al oído.

—¿Así que esta raeda se dirige al campamento de la Carisa? —preguntó el decurión.

—Sí, ¿qué ocurre? ¿Hay algún problema?

—¿Y qué material transportáis?

—No puedo decíroslo, solo sé que es material para uno que es superior a ti, conozco los rangos del ejército y creo que no le gustaría que un simple centurión le estropeara la fiesta a todo un *primus pilus*.

Marco Macrino levantó el brazo con la mano abierta, haciendo que el *cesarius* se callara en el acto.

—¡Alto, amigo, por lo que veo no tienes ni puta idea de rangos; yo soy un decurión de caballería y no un puto centurión aplasta-caminos como has dicho! —Cuando bajó el brazo se dio cuenta de que no venía armado, lo mismo que el portaestandarte y el tiro, y no sabían lo que se podrían encontrar dentro de la ráela, entonces puso sus manos en la boca a modo de bocina y gritó fuertemente—: ¡Optio de guardia!

El optio se encontraba saliendo precisamente del agua cuando escuchó la voz del decurión. Este, ya experto en mil batallas, intuyó que algo pasaba; rápidamente se acercó adonde tenía sus ropas, desenfundando su *spatha* y

desnudo corrió hacia la raeda, mientras por una rendija de la cortina unos ojos castaños miraban cómo un musculoso gigante de pelo y barbas rubias se acercaba corriendo desnudo. Sus pupilas se centraron en su poblado vello púbico, de donde, aparte de su peluda bolsa escrotal, sobresalía un desmesurado pene que ascendía y descendía desbocadamente, mientras en su mano derecha portaba una afilada arma.

—¿Me llamaba, señor? —preguntó el optio jadeante; el decurión lo miró de arriba a abajo, mordiéndose el labio inferior. Lo único de su uniforme reglamentario que portaba el gigantón eran las *caligae* que no se había quitado para bañarse.

—¿No intentaréis robarme la mercancía? —gritó el *cesarius* mientras echaba mano a un pequeño puñal que portaba en la cintura.

—Yo que tú no lo haría —le dijo el decurio—. ¡Mira a ver lo que hay detrás! —le ordenó el decurio al optio. Este dio media vuelta dejando ver su blanco y peludo culo y con la punta del arma descorrió la cortina.

—¡Bárbaros! —gritaron varias mujeres mientras ponían aterradas sus manos en la boca.

—¡Putas! —gritó el germano, abriendo desmesuradamente los ojos, su voz llegó rápidamente transportada por la suave brisa a oídos de los demás auxiliares que se encontraban en la poza, los cuales mirándose unos a los otros dijeron todos a la vez:

—¿Putas?

El decurio dio unos pasos hasta llegar adonde se encontraba el optio, que permanecía inmóvil mirando a las mujeres, viendo efectivamente que en su interior viajaban seis mujeres que portaban en sus cabezas unas exageradas pelucas y la cara maquillada en tono rosáceo. Alguna sonreía, otras se tapaban media cara con su túnica, el decurión cogió la *spatha* del germano y se dirigió hasta el *cesarius*.

—Así que una carga muy importante, menudo hijo de puta ese Albinus —protestó Wilfrido.

—Cómo te atreves, maldito bárbaro, a insultar a… —El hombre le respondió enfadado, pero no pudo acabar la frase.

—Cállate la boca si no quieres que te meta el mango de ese látigo por el culo —le dijo Wilfrido en tono amenazante; el decurio levantó la mano para que se calmara y le puso la punta de la *spatha* en la barriga al *cisarius*.

—Ahora dime qué hacen estas mujeres aquí, y rápido —le preguntó el romano.

—Todos los meses tengo orden de llevar a seis mujeres al campamento de la Carisa.

—¿Y quién te lo ordena?

—El *primus pilus* Albinus, son para él y sus mandos.

El decurio quedó pensativo, mientras con su mano derecha apuntaba al hombre con la izquierda se rascaba la barbilla.

—¿Cuánto te paga Albinus?

—¿Me paga?... —El *cisarius* se quitó el gorro de paja y se rascó la blanca y sudorosa cabeza—. Me paga con vino, trigo y comida del campamento.

—¡Hijo de perra! Luego no hay comida para darnos —gritó de malos modos, otra vez, Wilfrido.

—¡Tranquilo! —le dijo el decurio mientras retiraba el arma de la barriga del hombre.

—¡Yo te daré dos tachones de plata! Creo que es de sobra.

—¿Y qué tengo que hacer?

—¡Tú nada! Ellas contentar a mis hombres. Que es lo que iban a hacer, ¿no? Luego te das media vuelta y te vuelves al poblado. Si veo que intentas dar la vuelta de nuevo para ir a la Carisa, te quitaré las mulas y tendrás que dar la vuelta andando, ¿entendido?

—¡Entendido! Pero cuando se entere el *primus pilus* rodarán cabezas. Tenlo por seguro.

—Si lo vuelves a ver, le dices que la culpa la tienen el decurión Marco Macrino de la legio X Gemina y sus bárbaros germanos. ¡Métetelo en la cabeza!… Y ahora avisaré a mis hombres.

—¡Optio!

—¡Señor! —respondió el gigantón rascándose sus partes.

—Que vengan seis hombres —le dijo el decurio, mientras sacaba los tachones de plata de su casi vacío cinturón para entregárselos al *cisarius* que rapidamente los puso a buen recaudo.

—¿Es para lo que me imagino, señor? —le preguntó relamiéndose las barbas el desnudo optio.

En menos que canta un gallo, al oír la orden fueron llegando medio vestidos los elegidos, todos pertenecientes a la decuria, que con cara sonriente movían las cabezas y estiraban el cuello escogiendo a la que fuera de su gusto, para lo cual solo bastó un pícaro movimiento de cejas, luego aquellos hombres rudos acostumbrados a sacarle las tripas a quien se pusiera por delante, caballerosamente las ayudaron a bajar del carro cogiéndolas por la cintura y sin quitarles ojo las posaron delicadamente en el suelo, luego ya todos emparejados y sin mediar palabra, cada uno escogió un lugar apartado entre la alta hierba mientras el decurión apoyado en la *raeda* vigilaba que ninguno se desmadrase, Cara Cortada optó primero por lamer la rica fruta, Larguirucho entre una mata de oloroso tomillo subía y bajaba su blanco culo mientras la mujer hurgaba con el dedo índice en su nariz en busca de un resistente moco, César arremetía a su pareja bruscas acometidas, haciendo que con cada empujón la mujer chocara con su cabeza sobre una redondeada piedra sobre la cual instantes antes un enorme lagarto de cuerpo verdoso y cabeza azulada tomaba plácidamente el sol, Wilfrido, como un recién nacido con la cara empotrada sobre uno de los voluminosos pechos, chupaba el rosado pezón a la vez que la mujer le manoseaba su erecto miembro, mientras la de Ojos de Águila, que así lo llamaban sus compañeros de decuria porque una rama baja de un árbol se le había clavado en un ojo dejándoselo sin visión, miraba al cielo despreocupada mientras el germano jadeaba, Mourus seguía bañándose despreocupado, no era esta su guerra, el sin dientes estaba arrestado y al ver a sus compañeros se sentó al lado de un árbol con la cabeza entre las piernas. Hug-bald estaba de guardia al cuidado de la manada, otro día le tocaría a él, y los reclutas ya tenían bastante con rascarse los sabañones que les habían salido en la parte superior de las orejas así como en las manos y

pies, el remedio dado por el larguirucho de untarlos con ajo no surtía mucho efecto, el único que se animó a probar mujer fue el inesperto en estas lides Auledo que no pudo tan siquiera subir sus ropas de piel de oveja negra, sus efluvios corporales se le habían salido antes de tiempo, el decurio se acercó al astur cogiéndolo por el brazo y le preguntó—¿Todo bien muchachote?

—¡Sí, sí, señor! —le respondió el astur con la cara triste y la entrepierna mojada, mientras el decurión le daba una palmada en el hombro, pero entonces quedaba una mujer libre.

—¡Eh tú! Grito el decuriom dirigiéndose al sin dientes que, haciéndose el desentendido, levantó el cuello mirando al superior.

—¡Sí, tú! —El decurio le hizo un gesto con la cabeza que rápidamente entendió el germano, que con una pícara sonrisa en su cara le levantó ágil como un felino. Cuando todo acabó, como buenos caballeros acompañaron a las mujeres ayudándolas a subir de nuevo a la *ralea*, luego todos con cara triste retrocedieron unos pasos y se quedaron mirándolas en silencio hasta que una de ellas corrió la cortina de lana teñida de rojo. Al ver que todo había terminado felizmente el *cisarius* al grito de «¡Arre, mulas!» tiró fuertemente de las riendas hacia la derecha para que dieran la vuelta, encaminándolas nuevamente sobre sus pasos, pensando lo que le pasaría cuando se enterase el *primus pilus* Albino.

—¡Optio!

—¡Señor!

—Que formen todos perfectamente vestidos y armados. —Rápidamente, después de dar la orden el optio, todos estaban formados.

—Hoy si nos hubieran emboscado ya estaríamos todos en el Hades, menos mal que el enemigo portaba peluca en vez de armas y olía a perfume. Recordad que siempre hay que estar alerta; está en juego la vida de todos los compañeros y la de uno mismo. Hoy solo nos han costado unos tachones de plata, y ahora preparad la cena y a descansar. Mañana al despuntar el sol recogeremos el campamento. ¡Optio!

—¡Señor!

—¡Ordena que rompan filas!

El optio dio la orden en voz alta, pero todos permanecieron firmes en la formación; de repente uno de los auxiliares empezó a golpear el suelo fuertemente con sus *caligae*, pronto todos se unieron, incluso los reclutas astures los imitaron, para después gritar todos:

—¡Imperator, Imperator, Imperator, Imperator…!

Capitulum

X

Sobre la pesada mesa ricamente trabajada de madera de roble, descansaba una bandeja y sobre ella una copa de bronce, un trozo de queso y un pedazo de pan, el centurión se acercó portando en su mano derecha una jarra de barro de la cual vertió vino en la copa hasta casi llenarla, para luego nuevamente depositarla sobre una pequeña mesa de tres patas sobre la que descansaban otras copas, se dirigió hacia el mueble donde cantidad de rollos y pergaminos se almacenaban sobre los estantes llenos de polvo, para coger del doble fondo de uno de los cajones un pequeño trozo de caña tapado con una sucia tira de trapo en cuyo interior contenía un líquido pegajoso, lo desató con cuidado y echó unas gotas en la copa, luego la agitó varias veces y la puso nuevamente sobre la bandeja, después de guardar nuevamente el trozo de caña en el cajón recogió el juego de dados que estaba desperdigado por encima de la mesa y los metió en el cubilete de madera poniéndolo al lado de la jarra en la pequeña mesa, no quería que nada estorbara, solamente quedarían sobre la mesa la bandeja, unas tablillas y un *estilus*, encendió varias lucernas y…

—¡Optio! —gritó el centurión.

—¿Señor? —respondió una voz marcialmente.

—¡Que me traigan al trescientos treinta!

—¡A la orden, señor! —Pasado un tiempo, la marcial voz del optio volvió a sonar desde fuera de la tienda—. ¡Señor, como ha ordenado, aquí tiene al reo!

—¡Hazlo, pasar!

—Tiene los pies llenos de barro, señor.

—¡Es igual, hazlo que pase y déjanos solos!

El suboficial apartó el faldón de piel que hacía de puerta y cogiéndolo por un brazo lo hizo pasar. El centurión hizo un gesto con la mano y el optio

se retiró inclinando levemente la cabeza.

—¡Siéntate, trescientos treinta!

Veranius estaba demacrado, con barba de varios días, sucio de barro rojo y en el hombro tenía la marca de la esclavitud, una llaga de portar los pesados cestos de mimbre con los que transportaban sobre sus hombros el mineral. Veranius, el que fuera rico dómine, se sentó con la cabeza agachada y la vista perdida en el suelo.

—No acaba de llegar esa carta de Asturica Augusta. Pero lo he pensado mejor y voy a dejarte en libertad, he estado pensando y creo que tú eres el verdadero dómine.

Veranius levantó ligeramente la cabeza para mirar al centurión.

—¡Sí, no pongas esa cara, has oído bien! Voy a dejarte en libertad, tengo aquí estas tablillas donde escribirás tu testamento, como me prometiste si te dejaba libre. ¿Qué te parece? Volverás a tu *domus* y hasta te facilitaré una pequeña escolta para que llegues sin problema.

—¿Qué debo hacer? —preguntó Veranius con voz ronca y temblorosa.

—Pues lo que tú habías quedado que harías, me dejabas todos tus bienes cuando fallecieras, y como eso no va a suceder, sucederá cuando quieran los dioses, pronto seguirás con tu vida normal, a mí aún me queda un tiempo por servir a nuestro emperador, así que puedes estar tranquilo y podrás tomarte la revancha de aquel decurión. ¿Cómo se llamaba? —El centurión se quedó pensativo con la mano en la barbilla.

—¡Marco Macrino! —respondió Veranius con la voz apagada.

—Eso, Marco Macrino: ¿qué te parece el trato?

—Toma, aquí tienes una tablilla y un *estilus*.

—¡De, acuerdo! —dijo el *pater familias*, poniendo una mueca de dolor al estirar el brazo para coger los utensilios de escritura.

TESTAMENTUM

Ego, Lucius Veranius Gallus, Ostiensis oriundus et fidelis minister Imperatoris nostri Caesaris Augusti, plene corporis et mentis facultatibus usus et legibus Romanis observans, quamvis alii propinqui sint, ultimum meum testamentum est Flavium Metilum, Antium oriundum, unicum

heredem omnium bonorum meorum designare.

Signatum
Lucius Veranius Gallus
TESTAMENTUM

Yo, Lucio Veranius Gallus natural de Ostia y fiel servidor a nuestro emperador César Augusto, en pleno uso de mis facultades físicas y mentales y respetando las leyes de Roma, que aun existiendo otros parientes es mi última voluntad nombrar como único heredero de todos mis bienes a Flavius Metilus, natural de Antium.

Firmado
Luicio Veranius Gallus

—No sé si será legal sin estampar mi sello. Pero esos cabrones me lo quitaron —dijo Veranius tirando el *estilus* sobre la mesa.

—No te preocupes, ya me encargaré yo de que sea legal. Primero lo entregaré a un *tabelión* para que lo custodie hasta el día que se necesite, pero todavía te quedan muchos años por delante, los dioses por fin te son propicios.

—¿Y cuándo me dejarás en libertad? —preguntó el dómine.

—Primero brindaremos con un buen vino. ¿Qué te parece? —El centurión se levantó, cogió la jarra de la pequeña mesa de tres patas y se sirvió vino en una copa. Luego de la bandeja que descansaba en la gran mesa, cogió la copa de bronce y se la ofreció a Veranius—. ¡Toma, bebe! —le dijo el centurión mientras levantaba la copa—. ¡Por el emperador, por tu libertad y porque se joda ese cabrón de Marco Macrino! —Veranius bebió de la copa un pequeño trago y la depositó sobre la bandeja sin brindar por nadie—. ¡Por los dioses! No me digas que no te gusta mi vino, te cortaré un trozo de queso. Con algo en la barriga entrará mejor, ya verás —le decía el centurión riéndose mientras Veranius volvió a coger la copa y echó un buen trago.

—No te molestes, llevo días que no me entra la comida, pero no me has contestado. ¿Cuándo me dejarás en libertad? —El centurión miró de reojo

la copa y vio que aún quedaba vino, pero supuso que lo que había tomado era suficiente. La bruja había dicho que con dos gotas bastarían.

—Mañana yo mismo me encargaré personalmente de ponerte en libertad. Ahora mi optio te llevará de regreso al barracón, pero estarás rebajado de trabajo. ¿No quieres más vino? Tardarás en catar un caldo como este, además todo ha terminado, dentro de poco estarás libre y podrás acabar con esos cabrones que te la han armado. —El *pater familias* cogió nuevamente la copa y los dos bebieron hasta acabar el contenido—. ¡Optio!

—¡Señor!

—Lleva al trescientos treinta al barracón y que hoy quede exento de trabajar.

—¡A la orden, señor!

El optio cogió al dómine por el brazo para ayudarlo a levantarse y los dos salieron de la tienda en dirección al barracón, cuando pasaban por una pasarela hecha de tablas de madera que separaba el terreno de la mina del puesto de mando un fuerte dolor de barriga hizo que Veranius cayera de rodillas, mientras su brazo quedaba en alto sujeto por el optio, rápidamente un legionario llegó con el *fragum* en la mano con la intención de clavárselo en los riñones, pero el optio levantó la mano para que se detuviera.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó el suboficial.

—No lo sé, me encuentro mal. ¡Quizá el vino! Ya no estoy acostumbrado a beberlo.

—¡Legionario, cógelo y llévalo al barracón y hoy quedará exento de trabajo!

El legionario se agachó y lo cargó al hombro la cabeza del *pater familias*, colgaba por la espalda del legionario mientras sus piernas eran sujetadas por el brazo del legionario hasta que llegaron al barracón, donde fue tirado al suelo como un saco de trigo, el dómine, el dueño de la gran *domus*, con sus estatuas del más caro mármol de Carrara de los lujosos salones adornados con cientos de brillantes teselas de colores que hacían resaltar los grandes mosaicos, de sus esclavos que lo peinaban, vestían, calzaban y bañaban e incluso tenía la potestad de utilizarlos sexualmente,

de todas las riquezas que un hombre podía imaginar y hoy su única pertenencia era un mísero cuenco de madera, el cual cogió del suelo apretándolo contra el pecho como si fuera un ser querido, el *pater familias* se sentó en el suelo encogido apretando los dientes de dolor con la cabeza metida entre las rodillas y la espalda apoyada en la descascarillada pared.

Los esclavos del turno de noche llegaban cansados al barracón, mientras los vigilantes con sus *fragum* espabilaban a los esclavos del siguiente turno.

—¡Eh, tú! Levántate si no quieres que te levante yo a golpes —gritaba el vigilante a Veranius, que permanecía apoyado en la pared.

—Tú, ¿no me oyes? —volvió a gritar el vigilante moviendo de izquierda a derecha las cintas del *fragum*. El vigilante se acercó para mirarle la cara, cosa que no pudo al tenerla metida entre las piernas; entonces se fijó en el tono verdoso de sus brazos y con la punta de su *caligae* lo empujó haciendo que el cuerpo de Veranius cayera al suelo del lado seco como un pescado en salazón.

—¡Se ha muerto el muy cabrón! —le dijo el vigilante a su compañero con tono irónico.

—Ya no saben qué hacer para no trabajar, ja, ja, ja. —Se reía el otro vigilante desde la puerta del barracón.

—Hay que decírselo al centurión: lo he visto hablar con él en varias ocasiones.

—Primero, díselo a su optio, ya sabes cómo se las gasta, a ese hijo de puta no le gusta que lo molesten. —El vigilante se acercó hasta el puesto de mando y le contó lo ocurrido al suboficial.

El optio apartó el faldón de la tienda y se cuadró delante del centurión.

—¡Sí! ¿Qué ocurre? —preguntó el centurión sin levantar la vista de un pergamino que estaba leyendo.

—¡Señor! Al trescientos treinta lo han encontrado muerto en el barracón.

—¿Y qué? ¿Acaso no sabes lo que hay que hacer?

—¡Lo siento, señor! Era por si le interesaba saberlo.

—¿Cuándo me ha interesado a mí que se muera un reo o un esclavo?, lo incineras junto con los que se mueran hoy y ya está, y ahora lárgate y deja

de tocarme los cojones —le gritó el centurión de malas maneras.

—¡A la orden, señor! —El optio dio media vuelta y salió de la tienda, mientras el centurión, con los brazos apoyados sobre la mesa, levantó la cabeza y esbozó una sonrisa.

—¿Ves, Veranius?, ya te dije que hoy quedarías libre —dijo el centurión en voz baja; luego se levantó, cogió la jarra de la pequeña mesa de tres patas y vertió vino en una copa, alzándola a modo de brindis y dijo—: ¡Por el nuevo dómine, Flavius Metilus, antiguo centurión de esta puta mina!

El bosque de robles transmontanos había quedado atrás, dando paso a las hojas verde oscuro y las copas redondeadas de las encinas cismontanas. Desde la alto de una pequeña colina podía apreciarse la ciudad llamada Legio, a lo lejos, como una cohorte de hormigas, cantidad de carros transportaban desde los márgenes del río cantidad de cantos rodados que, junto el mortero, era la materia prima para la construcción de la inacabada muralla… Un miliario de granito, donde podía leerse el nombre del emperador y la distancia que restaba a la ciudad, les alegró la cara. Ya faltaba menos para concluir el viaje y llegar a su campamento, donde podrían dormir a gusto sobre un colchón relleno de paja y a cubierto de las inclemencias del tiempo en sus barracones.

Las murallas cada vez estaban más cerca a la derecha de la calzada; los martillos de los canteros, resguardados del sol debajo de un cobertizo con techo de paja, perfilaban la piedra y el blanco mármol de las piezas que una vez terminadas se transformarían en estelas funerarias que serían depositadas a lo largo de la calzada, tal si fuera la vía Apia de Roma. A la izquierda unos hombres cortaban leña y la apilaban ordenadamente, preparando piras funerarias, una de las cuales ya esparcía hacia el cielo, además de las chisporroteantes brasas, su nauseabundo olor a carne quemada; un cadáver envuelto en blancas telas esperaba su turno sobre un carro tirado por un famélico burro, mientras una mujer lloraba desconsoladamente con la cabeza tapada por un negro velo, cogieron un camino de tierra que circunvalaba la muralla con la intención de no meter la manada por la ciudad, al llegar a una pequeña pradera vieron a dos hombres

crucificados y uno de ellos con voz entrecortada pedía agua, Mael dejó la formación y se dirigió hacia la cruz con la intención de darle agua al pobre hombre.

—¿Qué pretendes hacer? No se les puede dar agua, está prohibido —le gritó César.

—¿Y quién lo prohíbe? —le respondió el astur.

—¿Quién va a ser?, algún hijo de perra romano, que son los que mandan, así que olvídalo, no tengo ganas de problemas.

—¡Sí hay problemas, ya los resolveré, pero yo no dejo a nadie morir de sed! —Mael se puso de pie sobre el *corniculum* del caballo para llegar a la altura del hombre. Cogió su odre de cuero y levantándole la cabeza le dio de beber, mientras los demás auxiliares y reclutas lo miraban con atención.

—¡Que los dioses te protejan! —le dijo el crucificado en voz baja; entonces, desde lo alto del caballo, Mael se fijó en que a su derecha había una fosa llena de cadáveres cubiertos de cal pudriéndose al sol, los cuales despedían un olor insoportable. Abrió sus piernas y se dejó caer sobre la silla, en el momento que llegaba el decurión.

—¿Qué cojones os pasa ahora? les preguntó.

—Por todos los dioses, ¿todo esto es lo que decís que es Roma? —le dijo malhumorado Mael al decurión señalando con el brazo extendido a los crucificados, para luego señalar la fosa. El optio se acercó hasta donde estaba Mael y, cogiéndole el caballo por la carrillera, lo condujo hasta la formación.

—¡A ver, cabezón, ya te dije un día que te largaras y dijiste que no, ¿te acuerdas? ¡Así que ahora tendrás que acatar sus putas leyes de mierda, te gusten o no! Además, no te interesa tener problemas con el decurio, así que venga, ocupa tu lugar en la formación; no me hagas recordarte el cargo que tengo. ¡Y ahora todos en marcha, rápido! —gritó el optio.

Rápidamente, hombres y caballos se pusieron nuevamente en marcha. El suboficial arreó su caballo hasta llegar al lado del decurión.

—¡Señor, no se lo tenga en cuenta, el muchacho no sabe las costumbres romanas, además es joven y le hierve la sangre, pero tiene don de mando,

yo creo que será un buen soldado y con el tiempo incluso llegar a ser un buen decurión!

—¿Qué es lo que ha hecho?

—Ha dado de beber al crucificado; dijo que él nunca dejaría a nadie morir de sed, y eso no lo hace cualquiera, señor.

—Está bien, ya hablaré con él tranquilamente, ahora vete a tu sitio.

—¡A la orden, señor! —El germano rápidamente se incorporó a su sitio en retaguardia.

—Esperemos que el mierdecilla del tiro no nos meta en problemas —le decía Mourus al sin dientes, que cabalgaba un poco separado de él.

—¿Qué problemas? Lo que ha demostrado es que tiene más cojones que tú; ninguno de nosotros haría eso —le respondió el sin dientes.

—Puedes estar seguro, germano, que si el crucificado fueras tú, yo no te daría agua, ja, ja, ja. —Rio el númida.

La gran manada seguía su paso cansino; cuando llegaron a la altura de la *porta principalis sinistra* vieron que de ella salían a paso ligero seis legionarios armados de *scutum* y *pilum* al mando de un optio, el cual venía gritando:

—¡Alto, deteneos!

Los auxiliares y algún astur se detuvieron con cara de sorpresa, mientras los asturcones, ajenos al conflicto, seguían su paso.

—¡Alto! Ese bárbaro queda arrestado. —Enseguida llegó César poniéndose al lado de Mael, así como el decurio, que llegó rápidamente al galope, haciendo detenerse bruscamente al caballo sobre el polvoriento camino.

—¿Qué ocurre, optio? —preguntó con voz marcial el decurio.

—¡Este bárbaro queda detenido, señor! —le respondió el suboficial.

—¿Por qué?, ¿qué ha hecho?

—Ha sido visto desde la torre de vigilancia que daba de beber a uno de los crucificados y, como sabréis, está prohibido, así que desarmarlo. —César echó mano a la empuñadura de su *spatha*, pero el decurión rápidamente lo cogió por el brazo, impidiéndoselo.

—Yo soy el oficial al mando y a mí me incumbe castigarlo —le recriminó el decurio.

—Lo siento, señor, yo solo obedezco las órdenes de mi centurión, si queréis podéis pasar por el puesto de guardia y hablar con él.

—¿Cómo se llama ese centurión? —preguntó el decurio.

—¡Paulinus! Centurión Paulinus, señor, lo encontraréis en el puesto de la *porta pretoria* y ahora, si me permitís, desarmarlo y que desmonte…

Mael se quitó el *tahalí* y se lo entregó a Dolfo, luego desmontó de su caballo y rápidamente fue empujado por los *scutum* de los legionarios; la decuria y los reclutas se quedaron mirándolos hasta que desaparecieron tras la *porta principalis sinistra*. A empujones de *scutum* y algún que otro pinchazo de los puntiagudos *pilum* en la espalda, el cilurnigo y la guardia cruzaron rápidamente la ciudad, llegando al puesto de guardia, donde fue entregado al optio *stratorum*.

—¿Qué me traéis aquí? —preguntó el suboficial de guardia.

—¡Es el bárbaro que vieron dando de beber al crucificado!

—¡Eh, tú! Mételo en la mazmorra; luego ya veremos qué hacemos con él —le decía el optio al carcelero de guardia mientras le tiraba las pesadas llaves. El carcelero lo cogió de malas maneras por el brazo, y acompañado por otro legionario que portaba un *pilum*, bajaron unas resbaladizas escaleras hasta llegar a una de las celdas.

—¡Ahora, bárbaro de mierda estate quieto! —le decía el carcelero mientras su compañero le ponía la punta del *pilum* en la garganta; abrió la puerta, lo cogió por el brazo y de una fuerte patada en el culo lo introdujo en la húmeda y maloliente mazmorra; luego el carcelero de un fuerte golpe cerró la oxidada puerta dando varias vueltas a la llave—. ¡Que duermas bien, aguador! —le decía el carcelero mientras subía escaleras arriba. Después todo quedó en silencio, Mael miró hacia arriba por donde un mísero rayo de sol penetraba a través de un pequeño ventanuco iluminando un pequeño trozo de la maloliente paja que cubría el suelo.

Llegaron a un pequeño montículo sobre una amplia pradera cercana al río, cuyos márgenes habían sido ensanchados al extraer los cantos rodados

para la construcción de la muralla, donde el decurio dio instrucciones al portaestandarte que cabalgaba a su lado.

—Este es un buen lugar para acampar; tú quedarás al mando, que toda la tropa permanezca alerta; el optio y yo nos vamos a acercar hasta la ciudad, a ver si podemos hablar con ese centurión.

—¡Suerte, señor! —le dijo el portaestandarte.

Llegaron al puesto de guardia, situado al lado de la *porta pretoria*. De la pared del edificio colgaba un enorme estandarte color rojo donde podía verse en letras bordadas en oro: Legio VI Victrix; el centinela que había en la puerta se cuadró y llamó al optio *stratorum* y sin hacerle caso el germano y el decurio entraron en la sala donde el optio se encontraba sentado tras una pequeña mesa.

—¿Dónde puedo encontrar al centurión, Paulinus? —le preguntó de malas maneras el decurio.

—Al fondo de este pasillo, pero tengo que anunciaros primero.

El decurio siguió de largo sin prestarle atención; el optio hizo intención de levantarse, pero una poderosa mano sobre su hombro se lo impidió. El joven optio levantó la mirada, encontrándose con un gigantón de barbas rubias y largas coletas que con el dedo índice en la boca le insinuaba que se callara. Los clavos de las *caligae* del decurio retumbaban en el frío y abovedado pasillo, iluminado por varias antorchas sujetas sobre la húmeda pared que llevaba a una sala donde encontró al que presumiblemente sería el centurión, acostado sobre un camastro desnudo boca abajo; solamente su culo estaba tapado con una roñosa toalla mientras un sirviente le untaba sobre la espalda un ungüento que olía a romero.

—¿El centurión Paulinus?

El centurión torció la cabeza y miró las *caligae* de las cuales por la parte delantera asomaban unas uñas llenas de roña, luego siguió mirando en tono ascendente, piernas arqueadas, calzones de cuero, *cingulum*, *spatha* de caballería, *lorica amata* cubierta de *torques* y *praelae*, una vara de vid debajo del brazo, casco con penacho transversal de crin de caballo y, por último, se detuvo en la cara del hombre que permanecía firme al lado del

camastro…

—¡Marco! Maldito hijo de puta: ¿qué haces aquí?, te creía en la Galia —le dijo sobresaltado el centurión, levantándose rápidamente del camastro, sujetando la toalla con las manos.

—Tráeme mi túnica y márchate y de paso llévate ese pestilente ungüento.

El sirviente le entregó la túnica y el cinturón y con una ligera inclinación de cabeza abandonó la habitación.

—¡Pero siéntate! —le dijo el centurión mientras se ponía la túnica.

—Tengo la espalda hecha polvo; las largas marchas con todo el equipo a cuestas cuando éramos simples legionarios me pasan factura y es que ya no somos unos chavales —le decía el centurión riéndose, mientras le daba una palmada en el hombro al decurión.

—¿Quieres algo de beber? ¿Agua, vino?

—¡No, gracias!

—Y dime, ¿cómo has dado conmigo? ¿Qué te trae por estas tierras?

—Me han asignado conducir una manada de doscientos caballos hasta Asturica Augusta; venimos de tierras transmontanas, me acompaña una decuria y unos reclutas, y uno de ellos ha sido detenido y encarcelado aquí, y el optio que lo arrestó me dijo tu nombre y dónde te encontraría.

—¿Y te preocupas por un tiro?, los tienes a montones…

—¡Sí, pero ese tiro me ha salvado la vida!

—Estás de suerte, amigo; que un tiro salve la vida de un decurión no pasa todos los días. Lo más normal es que intente rebañarle el pescuezo.

—¡Tienes razón, también uno lo intentó!

—Ja, ja, ja, ¿y qué se supone que ha hecho para encarcelarlo?

—¡Le ha dado de beber a un crucificado! —El centurión se echó las manos a la cabeza y se la rascó varias veces, arrugando la cara.

—Marco, Marco, qué buenos momentos hemos pasado.

—Y tan malos también, amigo mío —le respondió el decurión.

—Bueno, pero mejor acordarse de los buenos. ¿Te acuerdas cuando estuvimos en Tarraco a las órdenes de aquel tribuno Pepsiano, me parece

que se llamaba, que, borracho perdido, se cayó del caballo y tuvimos que llevarlo en un carro que pasaba por allí y que precisamente transportaba vino? Ja, ja, ja.

—¡Y nosotros llevábamos una buena también, eran otros tiempos, amigo!

—¿Sabes, cambiando de tema, que una legión se dirige hacia aquí para relevarnos? Nos envían a Germania; nuestras legiones allí destinadas han sido masacradas.

—¡Sí, lo sé! Me informaron de ello en un pequeño poblado tras las montañas.

—¡Optio! —gritó el centurión, haciendo que el eco de su voz retumbara a través del largo pasillo. El suboficial que permanecía sentado vigilado por César levantó la mirada, esperando el permiso del germano, el cual asintió con un ligero movimiento de cuello. El optio se levantó como un rayo, saliendo a paso ligero, emitiendo el característico ruido metálico de sus *caligae* chocando sobre el suelo.

—¿Me llamaba, señor?

—¡Claro! Que traigan al muchacho que dio de beber al crucificado.

—¡Señor!

—¿No has oído bien? ¿O tengo que lavarte los oídos?

—¡No, señor! ¡A la orden, señor! —El joven optio dio media vuelta y salió de la sala a paso ligero, haciendo sonar nuevamente sus *caligae*.

—¿Sabes, amigo?, estoy hasta los cojones de la vida militar; en cuanto pueda lo dejo, que me den un pequeño terruño donde pueda plantar mi propio viñedo, una mujer, aunque sea fea, y a esperar tranquilamente que me llamen los dioses.

—Hace poco a mí me pasó lo mismo; a poco estuve de mandarlo todo a la mierda, pero mi caso no fue por un terruño, sino por la mujer más bella que he conocido en mi vida.

Los dos se quedaron pensativos; por un momento sus mentes volaron a distintos sitios, la de Paulinus a un viñedo cargado de uvas negras y la de Marco adonde Alanna, que lo esperaba con los brazos abiertos, hasta que

nuevamente el ruido de las *caligae* los puso a los dos en la realidad… El optio traía cogido por el brazo al cilurnigo y al llegar a la sala lo soltó dándole un empujón.

—Puedes retirarte, optio —le dijo el centurión.

—Ah, sí, que este es el que da de beber a los ajusticiados, ¿no sabías que está prohibido?

—No, señor. En mi tribu no dejamos morir a nadie de sed, sea enemigo o amigo.

—¿Cómo se llama tu tribu, si puede saberse?

—¡Mi pueblo se llama Noega y soy de la tribu de los cilurnigos!

—Así que eres, si no me equivoco, astur.

—¡Sí, es astur transmontano! Aún no están romanizados del todo; por eso no sabe aún nuestras leyes —contestó Marco Macrino.

—Sí, pero eso no lo exime del castigo por no cumplirlas y algunas son muy duras, ¡cilurnigo! Mira que les hemos dado fuerte, pero siguen siendo rebeldes estos astures y más los transmontanos.

El centurión se levantó de su silla tras la mesa y se acercó al cilurnigo, el cual se fijó en los musculosos brazos en los cuales podían verse mascadas todas sus venas.

—Veo que no te han pegado los carceleros, has tenido suerte, tienes la cara perfecta. Porque a las mujeres no les gustan los hombres con la cara deformada —le dijo el centurión, cogiéndolo por la barbilla mientras le movía la cabeza de un lado a otro.

Mientras el astur permanecía firme, de repente el centurión, con un rápido movimiento de cintura, le propinó un fuerte puñetazo en el estómago al infeliz cilurnigo que lo hizo doblarse y quedar sin respiración.

—Bueno, ya puedes llevártelo, el juicio ha terminado y la sentencia ha sido ejecutada, y recuérdale que hay que respetar las leyes de Roma; no siempre van a estar el centurión Paulinus y el decurión Marco para salvarte el culo —le gritó el centurión, luego se aproximó al decurio y, cogiéndolo del brazo hacia sí, le susurró al oído—: A pesar de ser astur, tiene cara de buena persona; Roma le tiene que estar agradecido por salvarle la vida a

uno de sus grandes oficiales, aunque sea de la X Gemina, ja, ja, ja.

—Gracias, espero algún día probar ese vino y conocer a esa fea mujer.

Los dos se fundieron en un sonoro abrazo. El decurio cogió por el brazo al doblado astur, que daba grandes bocanadas intentando meter aire a sus pulmones. Cuando estaban saliendo de la sala, el decurio dio media vuelta y le dijo al centurión:

—Ah, ¡se me olvidaba! Mucha suerte en Germania, amigo.

El centurión Flavius ordenó que preparasen su caballo y comida para varios días, guardó las tablillas en un zurrón de cuero y lo puso a la espalda.

—Estaré unos días fuera, ¡quedas al mando! —le dijo a su optio, que permanecía de pie en el exterior de la tienda *praetorium*.

—No se preocupe, señor, puede marchar tranquilo.

Un legionario le trajo su caballo y lo ayudó a montar; luego el optio le entregó las alforjas y el centurión las acomodó en la grupa. Arreó a su caballo y con el brazo en alto se despidió del puesto de guardia. Vestido con un poncho verde oscuro, inició el viaje que lo llevaría en unos días desde las minas de Mons Medulius hasta Asturica Augusta, capital del Conventus Asturum.

Los veloces y chillones vencejos sobrevolaban a un palmo del suelo de la polvorienta calzada en busca de insectos, mientras bandadas de vocingleras grajillas entraban y salían de las oquedades de la muralla, emitiendo sus característicos reclamos. El centurión subió la empinada cuesta que llevaba hasta la *porta pretoria*, desde la cual podía verse sobre una gran llanura el enorme campamento de la legión X Gemina. La ciudad bullía de gentes que iban y venían por sus estrechas calles llenas de comercios de todo tipo. «Pronto toda esa gente agachará la cabeza para saludar al nuevo dómine, al nuevo *pater familias*», pensaba el centurión Flavius. De repente, un acuoso pedo dio paso a un apretón de barriga.

—¡Por todos los dioses! Muchacho, ¿dónde están las letrinas públicas? —preguntó el centurión echando mano a la barriga, la cual maullaba como un gato.

—¡Al final de la calle! —le indicó el muchacho con el brazo y el dedo

índice extendido. El centurión decidió descabalgar y llevar al caballo cogido por las riendas mientras apretaba el culo; al ver salir a un hombre de una puerta atándose los calzones, se dio rápidamente cuenta de que allí eran. Ató al caballo a una argolla clavada en la pared cuando un jovenzuelo que portaba al hombro un haz de leña pasó a su lado.

—¡Eh, tú! Te dejo encargado de cuidarme el caballo, luego te daré unas monedas, pero si al salir echo algo en falta te cortaré las orejas, ¿entendido? —le dijo el centurión al asustado jovenzuelo mientras le enseñaba la empuñadura de su *gladius*, el joven echó el pesado haz de leña al suelo y asintió con la cabeza, mientras el centurión dando grandes zancadas salía corriendo en dirección a las letrinas, rápidamente se introdujo en la sala, levantó el poncho y la túnica y sentó su trasero sobre la fría piedra mientras una sonora pedorreta acompañó a las descompuestas heces, con el brazo se limpió el frío sudor que resbalaba por su arrugada frente hasta que poco a poco fue llegando la paz solo enturbiada por el ruido del agua que pasaba por el canal central que cruzaba la nave, llevándose las heces hacia la gran cloaca, al poco entró un muchacho portando en su mano un caldero el cual dejó en el centro de la sala y del que sobresalían varios palos de madera.

—¡Muchacho! ¿Sabes dónde puedo encontrar a un *tabelión*?

—¿Qué es eso? —contestó el muchacho encogiendo los hombros.

—¡Yo sé dónde vive un *tabelión*! Si quiere, cuando acabemos yo le acompaño —respondió rápidamente un hombre que permanecía sentado enfrente, con la cara colorada de empujar, intentando abrir sus esfínteres, y que era iluminado por un rayo de sol que se colaba por un pequeño ventanuco…

—¡Gracias, te lo agradecería!

Cada uno cogió del caldero un palito que llevaba en un extremo una mojada esponja con la que se limpiaron el culo, para después depositarla nuevamente en el caldero. Ya limpios y desahogados, los dos salieron a la calle donde lo esperaba el jovenzuelo que había quedado al cuidado del caballo.

—¿Le ha ocurrido algo a mi caballo? —le preguntó el centurión al joven

en tono amenazante.

—¡No, no, señor!

El que iba a ser nuevo heredero universal de una gran *domus* le entregó un par de monedas y lo ayudó a ponerse al hombro nuevamente el haz de leña.

—Gracias, señor —le dijo el joven que con la espalda encorvada se perdió por una estrecha callejuela.

El centurión meneó la cabeza de un lado al otro al darse cuenta de que grabado sobre el dintel de la puerta se podía leer claramente: *Latrinae Publicae*; el centurión desató de la anilla al caballo y junto al hombre que había quedado en acompañarlo anduvieron varias calles hasta que llegaron delante de un gran portón de madera.

—¡Aquí es, señor!

—¡Gracias, amigo!

Los dos se dieron un fuerte apretón de manos de despedida para luego instintivamente limpiársela rápidamente en la pechera. La casa, construida de piedra, era como una pequeña *domus* con muro alrededor y un ancho y alto portón para facilitar la entrada en litera. En una de sus hojas había una pequeña puerta y a la izquierda incrustada en la pared una cabeza de caballo hecha de bronce, de cuya boca colgaba una argolla donde el centurión ató fuertemente su caballo, luego con los nudillos pico a la puerta varias veces. Después de un tiempo la puerta se abrió haciendo chirriar sus bisagras, por la que una señora vestida de negro y ya entrada en años asomó la cabeza.

—¿Quién llama con tanta insistencia?

—¡Perdóneme, señora! Busco a un *tabelión* y me han dicho que aquí vive uno.

—¡Sí, es mi hijo! Pase, pase.

El centurión cruzó la puerta acompañado por la señora; tras pasar el *vestibulum* llegaron a un pequeño jardín donde la señora le dijo que esperara. Al poco tiempo hizo su aparición un hombre, gordo y calvo, vistiendo una toga blanca, la cual tenía la parte baja sucia de arrastrarla por el suelo, así como varias manchas de grasa en el pecho.

—¡Mi nombre es Cornelio, dice mi mamá que quieres verme! —le dijo el hombre haciendo ademanes amanerados.

—Busco a un *tabelión* con el fin de arreglar unos asuntos, y me han dicho que aquí vivía uno.

—¡Pues te han informado bien, pero pasemos al *tablinum*! —El hombre lo invitó a pasar haciendo un gesto con la mano—. ¡Pero, por favor, toma asiento!

El centurión echó un rápido vistazo a la estancia, la cual olía a sudor rancio y a embutidos. Apoyadas en la pared había varias estanterías repletas de tablillas, rollos y pergaminos, y en el suelo, presidiendo la sala, un gran mosaico hecho de pequeñas teselas blancas y negras, donde resaltaba en el centro la figura de un oso.

—¿En qué puedo ayudarte? —le dijo el hombre mientras se sentaba tras la mesa y se colocaba en orden la toga.

El centurión sacó la tablilla de su sarcina de cuero depositándola sobre la mesa. El *tabelión* la cogió y leyó en voz alta.

—Yo, Lucio Veranius Gallus, romano natu… Bueno, ya veo, es un testamento. ¿Es que te vas a la guerra, Lucio?

—¡No me voy a la guerra! Yo soy Flavius Metilus y Lucio Veranius ha muerto y, como verás, me deja a mí como heredero universal.

—¡Sí, pero este testamento está sin sellar, no es válido!

—¿Y cómo lo podríamos arreglar?

—Muy difícil, casi imposible, solo contamos con la tablilla, según el Derecho Pretorio nos harían falta siete firmas de testigos y sus sellos para que nos concedieran la *Bonorum Possesio Secundum Tabulas* y yo no puedo perder el tiempo, si este tal Veranius hubiera venido primero se hubiera hecho todo correctamente, pero ahora es imposible, lo siento pero no puedo ayudarte,y como verás estoy muy ocupado —le dijo Cornelio indicándole con la mano los pergaminos que se amontonaban sobre la mesa.

—¿Y si te dijera que el difunto viene aquí conmigo...?

—¿Qué queréis decir? —El centurión, en un abrir y cerrar de ojos, desenfundó su *gladius* poniéndole la afilada punta sobre la garganta. El

hombre, al verse amenazado, se echó para atrás, abriendo los ojos desorbitadamente.

—¿Lo ves?, este es el difunto Veranius. Así que arréglatelas como puedas, mañana vendré a por el testamento y quiero que esté todo sellado y firmado, a mí me gusta que las cosas estén en regla. ¿Entiendes?

—¡Sí, sí, entendido, no es para ponerse así! —le dijo el regordete *tabelión*, mientras sacaba de un pliegue de la toga un orario para secarse el sudor. El centurión envainó el *gladius* y se levantó.

—¡No te molestes en levantarte, conozco la salida!

Cuando estaba a punto de salir de la sala, se paró, echó mano a la pequeña bolsa de cuero que llevaba colgada a su cinturón y sacó una piedra de oro del tamaño de una nuez y se la tiró encima de la mesa, la cual rodó por la misma hasta que topó con la barriga del *tabelión*.

—¡Mañana, cuando todo esté solucionado, te daré otra! —le dijo el centurión guiñándole un ojo, mientras el asustado hombre se quedó sentado, oyendo cómo se alejaba el ruido de las *caligae* sobre las relucientes teselas.

El decurión llegó al puesto de mando con el cilurnigo cogido del brazo, el optio se encontraba sentado con el cuerpo rígido y el germano César de pie con los brazos cruzados y las piernas abiertas sin quitarle ojo, el optio *stratorum* movió la cabeza para mirar al fondo del pasillo donde se encontraba el centurión Paulinus indicándole con el brazo que los dejara marchar, salieron a la calle donde los esperaban sus caballos atados a unas argollas sujetas a la pared. César de un salto montó sobre su caballo, luego cogió por el brazo al cilurnigo mientras el decurión lo ayudaba a subirse a la grupa del caballo del germano, el decurio aproximó a su percherón hacia las escaleras del puesto de guardia para ayudarse a montar ante la mirada de los centinelas, los dos espolearon a los caballos para rápidamente salir de la ciudad por la *porta pretoria*. Mael fue recuperándose poco a poco mientras el decurio cabalgaba a su lado.

—¡Has tenido suerte! ¿Sabes lo que te podía haber pasado de no estar allí el centurión Paulinus?

—No, señor —respondió el astur echando mano a la barriga.

—Pues primero te hubieran dado una buena paliza y, como te dijo mi buen amigo Paulinus, te hubieran dejado la cara que no te reconocería nadie en años, luego te meterían en una apestosa celda y se olvidarían de ti o acabarías esclavizado en una mina hasta que murieras reventado.

—O te hubieran violado y pasarías tiempo sin cagar y sin poder sentarte sobre el caballo... Ja, ja, ja —le dijo el germano, riéndose.

—Reíros si queréis, pero yo por muchas leyes que tenga Roma no pienso nunca dejar morir de sed a nadie, ni enemigo, ni amigo, y menos clavarlo vivo a un madero les respondió Mael.

—Estos transmontanos, aunque vengan todas las legiones de Roma, no escarmientan —dijo el decurio moviendo la cabeza.

Capitulum

XI

Además del molesto picazón que producían los sabañones en manos y pies a causa del intenso frío que habían soportado, las narices y los brazos de los astures también sufrían las quemaduras a causa del fuerte sol, su tez blanca no estaba acostumbrada a las noches frías y a los días calurosos del páramo, lo mismo le ocurría al veterano y pelirrojo germano de nombre Hub-Bald, que aunque cabalgaba tapándose la cabeza y los brazos con su capa, el sol le martirizaba su fina piel dejándosela roja como una cereza, las juveniles caras de los cilurnigos con las que habían salido de Noega se habían convertido en poco tiempo en rostros cansados surcados de arrugas, el intenso calor les hacía desmontar el campamento antes que despuntara el sol para aprovechar la fresca, la tropa, al igual que el mando, portaba sobre la cabeza el *focale* atado a modo de turbante para protegerla de los rayos del dios Apolo, mientras su casco permanecía colgado del *corniculum*, el cual era imposible ponérselo, pues después de mucho tiempo cabalgando tenerlo puesto era como tener una olla y tu cabeza era el cocido, los asturcones, acostumbrados también a un clima más frío, buscaban la sombra de las encinas que crecían a ambos lados de la calzada por la que transitaban en los dos sentidos variedad de carros tirados por bueyes y mulas cargados de distintas mercancías dando a entender que la ciudad estaba cerca, allí comenzaría una nueva vida para los astures transmontanos. Pronto el bosque dio paso a campos cultivados de vides y cereales, y en la lejanía, sobre un promontorio, podía verse por fin la imponente muralla que protegía la ciudad de Asturica Augusta.

—¡Mirad, por fin hemos llegado! —gritó uno de los germanos; los astures, al oír la voz, irguieron sus cuerpos sobre el caballo, poniendo la mano sobre la frente a modo de parasol para poder contemplar la que todos

llamaban la capital de los astures. Llegaron a un cruce de caminos marcados por las huellas de las ruedas de multitud de carros que los surcaban, donde varios miliarios de piedra señalaban las distintas direcciones a seguir, una conducía hacia la ciudad, otra hacia Augusta Emerita, capital de la provincia de Lusitania, otra hacia Lucus Augusti, otra hacia Bracara Augusta, y otra hacia una extensa llanura donde se encontraba el enorme rectángulo que formaba el *castrum* de la legión X Gemina protegido por *vallum* y empalizada donde podían verse cientos de tiendas de campaña perfectamente alineadas, así como sus blancos barracones, caballerizas y cantidad de carros de distintos tipos que descansaban sobre sus varas apoyadas en el suelo.

Un joven centurión se cuadró delante del *praefectus cohortis* Aurelius Vetio, el cual escribía sobre una mesa un pergamino.

—¡Señor! La decuria que esperábamos está llegando al campamento con los caballos.

El *praefectus* dejó el *estilus* sobre la mesa y se levantó rápidamente.

—¿Traen muchos? —preguntó Aurelius.

—A simple vista, diría que para dos centurias —respondió el centurión.

—¿Dos centurias? —contestó extrañado el *praefectus*.

—Bueno, démosle la bienvenida al decurión Marco y al optio Flavio, que si no lo sabías es mi sobrino, que forme la guardia. ¡Rápido!

—¡A la orden, señor!

—¡Portaestandarte!

—¡Señor!

—Extiende el *vexillum*, que vean que llega la segunda —dijo el decurio con cara sonriente. Rápidamente del campamento salieron a su encuentro varios legionarios montados a caballo, comandados por un optio.

—¡Sed bienvenidos, señor! —gritó marcialmente el optio levantando el brazo en señal de saludo—. El *praefectus cohortis* Aurelius le envía sus saludos y me ha ordenado que le diga que les espera a usted y a su optio en el puesto de guardia, nosotros nos encargaremos de llevar la manada al cercado. —Todos los auxiliares y reclutas se quedaron mirando con tristeza

cómo a gritos de arre, arre, se llevaban la manada hacia los grandes cercados donde, en compañía de otras razas, pasarían a engrosar las alas de caballería de la X Gemina.

—¡Optio! —gritó el decurio.

—¡Que formen de a dos!

Rápidamente, todos quedaron perfectamente formados, en vanguardia el decurión, flanqueado a ambos lados por el optio y el portaestandarte con el *vexillum* en alto flameado por el viento, luego los seguían los auxiliares germanos y, por último, los reclutas con sus ropas de piel de oveja negra montados sobre sus esqueléticos caballos. De lejos se oía el inconfundible toque de órdenes realizado por el *cornicen*. Pronto llegaron a la puerta pretoria donde les rindieron honores seis legionarios armados de *pilum*, un *aquilifer* portando el estandarte de la legio X Gemina y un veterano centurión cargado de *torques* y *phalerae* al mando.

—¡Habéis tardado! ¡Ya iba a ordenar que os fueran a buscar! —Se reía el centurión mientras estrechaba fuertemente la mano al decurión Marco—. ¿Y esa guardia imperial que te acompaña, de dónde la has sacado? —le preguntó el centurión con ironía, indicando a los cilurnigos que, montados sobre sus huesudos caballos llenos de polvo, permanecían erguidos como expertos équites.

—Son reclutas transmontanos y gracias a su ayuda hemos podido cumplir la misión que nos encomendaron —respondió el decurio mirando para ellos con orgullo.

—Bueno, ahora te espera el *praefectus* —dijo el centurión mientras le daba una palmada en la nalga del percherón, del que salió una nube de polvo—. Optio, los auxiliares pueden irse a su *contubernium*, los reclutas que desmonten y que me esperen aquí.

Un joven sirviente se hizo cargo de las riendas del caballo mientras los centinelas se cuadraban debajo del toldo que precedía a la entrada de la tienda, donde un espigado optio le dio el alto.

—Si es tan amable de decirme su nombre, le anunciaré al…

No le dio tiempo de proseguir cuando una conocida voz resonó en el

interior de la tienda.

—¡Déjate de monsergas y hazlo que pase! —El optio apartó el faldón que hacía de puerta para permitirle entrar.

—¡Marco! ¡Amigo! Toma asiento, ¡no te quejarás! Te hemos recibido como un *triumphator*, te presento al *primus pilus* del campamento Ovidius y al centurión Marius. ¿Quieres tomar algo? Puedes servirte tú mismo si quieres —le decía el *praefectus* con voz nerviosa, a la vez que le indicaba con la mano una pequeña mesa sobre la que reposaban una jarra, copas y una bandeja con diversas frutas.

—¿Y mi sobrino? —dijo el optio Flavio—: Estará con la tropa, ¿verdad? Eso es bueno, hay que confraternizar siempre con la tropa.

El *praefectus*, perfectamente vestido, portaba una loriga *musculata* de brillante cuero, al lado izquierdo sujeto por un *tahalí* que le cruzaba el pecho colgaba un *gladius* con empuñadura de amarillento marfil, la túnica era blanca y calzaba unas botas de cuero teñidas de blanco, a su derecha sobre un pedestal resplandecía un busto del emperador Augusto, a la izquierda sobre una mesa reposaban unas figuritas a modo de altar y a su espalda una percha de la que colgaba un casco con penacho de plumas blancas…

—Pero cuéntanos, ¿cómo os ha ido el viaje? ¿Sabes que nuestras legiones situadas en Germania han sufrido una gran derrota?

—¡Sí, sí, lo sé! Si me permitís, me gustaría hablarte a solas.

—¡Por supuesto! Si sois tan amables de dejarnos solos y decir a la guardia que se marche también…

El *primus pilus* y el centurión se levantaron y extendieron el brazo en señal de saludo, dieron media vuelta y salieron de la tienda, dando órdenes a la guardia de que se marcharan.

—Ya estamos solos, ¿qué tienes que decirme que no pueden oír mis oficiales? ¿Qué os ha ocurrido? —preguntó nervioso el *praefectus*.

—Somos amigos desde que éramos niños, ¿verdad?

—¡Verdad! —Asintió el *praefectus* inclinando la cabeza.

—Pues, vamos a hablar de hombre a hombre sin rangos. ¿Te parece

bien?

—No entiendo a dónde quieres llegar, Marco. Las órdenes que te envié, y veo que las recibiste, estaban perfectamente claras.

—¡Me has engañado, Aurelius! Diste por sentado que a mí se me podía comprar ofreciéndome riquezas y togas blancas. Tal como decía la orden, ahí tienes todos los caballos menos dos que mataron los lobos; no esperaba de ti que me enviaras a una trampa en la cual por desgracia salió mal parado tu sobrino.

—¿Qué le ha ocurrido a Flavio?

—No te preocupes, está vivo; otros han corrido peor suerte; le hemos tenido que cortar un brazo; lo dejamos en la ciudad de Ovetum, en casa de un médico; él y su esposa se ofrecieron amablemente a cuidar de él hasta que se restablezca.

—¿Y cómo ha ocurrido? Lo envié contigo porque sabía que eras el mejor, que lo cuidarías y lo harías un hombre, y ahora me dices que ha quedado lisiado de por vida. —El *praefectus* se levantó enfurecido de la silla, golpeando con los puños encima de la mesa.

—¡No me eches a mí la culpa! —le gritó el decurión, que también se levantó rápidamente de la silla, quedando sus caras enfrentadas—. Todo lo que le ha ocurrido te lo debe a ti, a tu afán de llegar rico a Roma, a tu afán de ponerte una toga blanca con una tira bordada de color púrpura, toda tu vida has ansiado el poder sin importarte lo que te llevabas por delante y esta vez te ha tocado de cerca. Mejor sería para ti que se hubiera muerto, a los muertos se les olvida pronto, pero no, está lisiado, pero vivo, y así te lo hará recordar siempre, que por mucho oro y mucho poder que tengas no le podrás devolver nunca el brazo. —El *praefectus* se dejó caer sobre la silla, luego apoyó los codos sobre la mesa y puso las manos en la cabeza.

—Cuéntame, lo que os ha ocurrido.

—Lo primero que quiero decirte es que Flavio no sabe nada de tus trapicheos con el dómine, cuando llegamos a la *domus* a recoger las órdenes y sin estar él presente, el tal Veranius ya quiso sobornarme, te tendría que entregar la mitad de la manada diciendo que se había perdido y yo sería

recompensado, yo ya sabía que cobraba impuestos que nunca llegaban a Roma y que también confiscaba tierras y caballos a la pobre gente de los castros, ahora sé que los vendía al ejército con vuestro beneplácito, después le dije que si esto llegaba a oídos del *praefectus* Aurelius iba a tener problemas y ahí fue cuando explotó y me lo contó todo con pelos y señales, lo que hacíais, y la verdad me dais pena, nuestros hombres a veces se mueren de frío por no tener una mísera manta mientras vosotros... En fin, el hijo de perra me dejó marchar con toda la manada como si nada hubiera ocurrido, pero el muy cabrón envió a los hijos de puta de sus mercenarios para hacernos una emboscada, a mí casi me matan a no ser por un joven recluta que me salvó la vida, el portaestandarte y un auxiliar germano no corrieron la misma suerte y murieron en un oscuro bosque, a Flavio lo rozó una flecha posiblemente envenenada, y después de unos días se le gangrenó el brazo y tuvimos que amputárselo para salvarle la vida, consiguieron llevarse la mitad de la manada y se dieron la vuelta contentos para la *domus*, pensando que el que sabía demasiado había muerto, pero Marco Macrino, nacido en un barrio pobre de Roma, es duro de pelar, volvimos por la noche y mientras Flavio conducía el resto de la manada a lugar seguro, matamos a los mercenarios y recuperamos al resto de los caballos.

—¿Y Veranius? —preguntó Aurelius, con la cara desencajada.

—Aunque lo tenía que haber matado yo mismo, lo hice pasar por un esclavo, acusado de intentar matar a su dómine; lo entregamos al centurión de Lucus Asturum, que se encargó de enviarlo a trabajar a las minas; puedes estar tranquilo, tu secreto está a salvo; y ahora, si me disculpa, señor, quiero reunirme con mis hombres. —El decurio dio media vuelta y se dirigió a la salida; cuando llegó al toldo que protegía la entrada, el *praefectus* le llamó en voz alta.

—¡Marco!

—¡Señor! —le respondió el decurio, girándose.

—¡Gracias, amigo! —El decurión con la cara seria extendió el brazo derecho en señal de saludo y volviendo a dar media vuelta se encaminó hacia la *porta pretoria* seguido por el sirviente que a la carrera le llevaba su

caballo cogido por las riendas y donde lo esperaban los reclutas.

El centurión Flavius llegó cansado al puesto de guardia de Mons Medulius, se bajó de su caballo y observó a dos centinelas que hacían guardia en su tienda que le eran desconocidos. Se aproximó a la tienda con la intención de entrar, pero los centinelas le cerraron el paso con sus lanzas.

—¿Qué cojones hacéis aquí? Soy el centurión Flavius Metilus, jefe de esta guarnición —gritó el centurión.

—¿Qué gritos son esos? —dijo una voz desde dentro de la tienda, mientras a Flavius le vino a la memoria el emblema que portaban los centinelas en sus *scutum*.

—¡Guardia pretoriana! ¿Qué harán aquí estos hijos de puta? —dijo para sí; el faldón de la tienda se abrió, saliendo de ella, por su vestimenta, un musculoso centurión, alto, moreno, de ojos azules; posiblemente este sería su primer destino fuera de su *casta praetoria* de Roma.

—¿Quién eres? —le preguntó el pretoriano.

—¿Y quién eres tú y qué haces en mi tienda? —le respondió Flavius de malas maneras.

—¡Perdona! No serás el centurión Flavius.

—¡Ya les dije mi nombre a los centinelas!

—¡Pasa, por favor! Te presentaré al tribuno Valerius. —El tribuno, otro jovenzuelo peinado al estilo romano y para el gusto del centurión Flavius demasiado perfumado, estaba sentado tras la mesa que hasta hace poco le pertenecía; portaba una *lorica musculata* y a la cintura perfectamente atado un *cinticulus*, el centurión lo saludó extendiendo el brazo derecho.

—Al parecer no te avisaron de mi llegada —le preguntó el tribuno.

—No, lo siento, no he recibido ninguna noticia sobre tu llegada, tribuno —le respondió—. Hemos recogido tus enseres en tu ausencia.

El centurión observó que en una esquina de la tienda se encontraban sus cosas, unas en el suelo y otras encima de su arcón.

—¡Siéntate, Flavius! —El centurión se sentó mientras el tribuno le entregaba un pergamino.

—¿Qué es esto? —preguntó Flavius.

—Bueno, resumiendo, es tu jubilación y lo que te corresponde de tu paga; desde ayer yo ostento el mando de esta guarnición y mi centurión será el segundo al mando. El emperador necesita más oro para mantener a sus legiones y ampliar el Imperio, por eso ha confiado esta labor a su guardia personal. Con esto no quiero decir que no hayas efectuado bien tu trabajo, pero los tiempos cambian, ¿entiendes? Un nuevo contingente de esclavos se dirige hacia aquí; desde ahora en adelante se trabajará sin descanso; bueno, estas cosas ya no te importan; te dejaremos solo para que recojas tus cosas; te hemos preparado una tienda para que descanses; mañana ya no pertenecerás al ejército; ahora si quieres continuar por más años, yo mismo te facilitaré un nuevo destino.

—No, gracias, tribuno, pero el tiempo que me queda de vida prefiero pasarlo de civil. ¿Sabe qué ha sido de mi optio?

—Sí, se le han asignado otros menesteres —le respondió secamente el tribuno.

Nada más quedarse solo, corrió hacia donde se encontraba su arcón, tiró al suelo todas las cosas que se encontraban encima y nervioso empezó a rebuscar hasta que encontró el gastado zurrón de cuero donde guardaba el oro que poco a poco había ido robando al Imperio; lo puso al hombro junto a otra bolsa donde guardaba la tablilla y lo trasladó todo rápidamente a la tienda que le habían asignado. A la mañana siguiente, temprano, su sirviente le trajo su caballo y una mula en la que cargaron el arcón con sus pertenencias; todo lo militar, menos el *gladius*, *cigulum*, *pugio* y *caligae* lo dejó en el interior de la tienda. El centurión al mando le hizo entrega la noche anterior de su paga y lo despidió en nombre del emperador, una despedida fría después de tantos años, pero qué importaba, si ahora iba a ser él un rico dómine.

El ya civil Flavius, vistiendo una túnica marrón, puso a la espalda la sarcina donde llevaba su paga y su oro, encima se puso un poncho con capucha verde oscuro y montó en su caballo. Desde lo alto de su montura se despidió de su sirviente.

—Toma, esto es para ti, guárdalo hasta que puedas salir de aquí, te

arreglará la vida, pero cuidado, ya sabes que si te lo encuentran te matarán.

—No se preocupe, señor, no lo encontrarán, gracias y que los dioses le protejan.

—Y esto, junto con mi vara de vid, es para que se lo entregues a mi optio. ¿Podrás hacerlo?

—¡Claro que sí, podéis iros tranquilo, señor!

Arreó a su caballo y se encaminó hacia tierras transmontanas, donde se convertiría en el nuevo *pater familias*, según *testamentum* firmado y sellado por siete testigos.

El encargado de la *mutatio* situada a las afueras de Lucus Asturum que se encontraba reparando la rueda de un carro, vio que a lo lejos se aproximaba un jinete y rápidamente llamó a la sirvienta.

—¡Feronia! ¡Rápido, mata al gato! Se aproxima gente y no tenemos nada preparado para dar de comer —gritó el encargado.

Las tripas empezaban a rugir, el viaje había sido largo y el sol hacía tiempo que no hacía acto de presencia y apetecía algo caliente; un muchacho salió del cercado para hacerse cargo del caballo y la mula mientras se oían unos fuertes maullidos que cesaron de repente.

—Dales bien de comer y que nadie se acerque a ellos —le dijo Flavius mientras le entregaba una moneda. Luego se dirigió hacia la entrada; abrió la puerta, dejando entrar algo de claridad en la oscura taberna; rápidamente el encargado, un hombre delgado pero fibroso, que lucía el torso desnudo sobre el cual portaba un desgastado delantal de cuero, lo invitó a que se sentara.

—Estamos preparando un estupendo guiso de conejo. ¿Os apetece, señor? —Flavius asintió con la cabeza.

—¡Feronia! —gritó de nuevo el encargado; rápidamente, de detrás de una cortina salió una mujer oliendo a potaje de verduras, portando en sus manos una jarra y una descascarillada copa de barro.

—¿Le sirvo vino, señor?

—¡Gracias! Yo me lo serviré.

La mujer rápidamente volvió a desaparecer tras la mugrienta cortina. Del

techo colgaban atalajes y arreos así como calabazas secas para transportar agua y pequeños ramos de distintas plantas secas que servían para hacer ungüentos y pócimas para curar tanto a jinetes como a animales, en una mesa alejada dos veteranos legionarios de pelo canoso y cara arrugada, sorbían ruidosamente el potaje de un cuenco, sus cascos descansaban sobre un taburete, antes al verlo se hubieran levantado como resortes para saludarlo, pero ahora no, no se saluda militarmente a los civiles, después de un tiempo la cortina volvió abrirse saliendo nuevamente Feronia con un humeante cuenco que depositó delante de Flavius, el cual lo cogió con las dos manos con intención de calentarlas un poco, no había empezado a sorber el apetitoso potaje cuando la señora apareció con el guisado de conejo el cual puso sobre la mesa junto a un trozo de hogaza de pan.

—Espero que le guste, señor —le dijo la señora mientras se limpiaba las manos sobre un mugriento delantal. «Ya me tratan como si fuera un dómine», pensó Flavius al ver el buen trato recibido.

—¿Ves a ese de ahí? Huele a militar, me he estado fijando y no se ha quitado el poncho. Algo esconde a la espalda.

—¡Ya empiezas con tus suposiciones!

—Claro, idiota, ¿quién calza *caligae* y porta un *gladius* a la izquierda con empuñadura de bronce sino un militar de alto rango?, y debajo del poncho lleva algo, y te apuesto la paga de un mes que lleva dinero y mucho.

Después de un tiempo, volvió a salir la señora para recoger los cuencos mientras Flavius se escarbaba los dientes con un pequeño huesecillo del conejo.

—¡Oye, mujer! ¿Sabes si queda cerca de aquí una gran *domus*? —le preguntó Flavius en voz baja.

—Sí, siga la calzada en esa dirección; no tiene perdida —le indicó la señora con el brazo extendido; luego se acercó a la mesa que ocupaban los legionarios con la intención de recogerla.

—¿Qué te ha preguntado ese? —le susurró uno de los legionarios cogiéndola por el brazo.

—Que dónde se encuentra la *domus* —le contestó la mujer al oído.

—¿Qué te dije?, ese tiene algún negocio gordo en la *domus* y va cargado de dinero; sabes que yo nunca fallo.

—¡Tú siempre pensando en el dinero!

—Venga, vamos, lo esperaremos en el bosque que hay cerca de aquí; allí sabremos si lleva dinero o no.

El legionario dejó sobre la mesa unas monedas y los dos salieron por la puerta; luego pasaron por el cercado en dirección al bosque.

—Muchacho, te llevamos prestada esta cuerda, luego te la devolveremos —gritó uno de los legionarios al muchacho, que permanecía al lado del caballo y la mula de Flavius, el cual levantó el brazo en señal de aprobación. Los dos legionarios llegaron jadeantes al húmedo robledal, el mismo en donde los mercenarios de Veranius habían emboscado a los hombres del decurión Marco Macrino, y escogieron un gran roble que una de sus ramas crecía a cierta altura por encima de la calzada.

—¡Ayúdame a subir!

Uno de los legionarios, que presumía de tener buen olfato para el dinero, se encaramó a la rama y preparó la cuerda con un nudo corredizo.

—¡Tú, escóndete bien y cuando tire la cuerda sales a ayudarme! —le decía en voz baja el legionario desde lo alto de la rama.

—¿Y por qué no lo atacamos directamente? Somos dos contra uno.

—¿Y si ese uno es más fuerte que nosotros y nos deja despanzurrados aquí a los dos, qué? Mejor el factor sorpresa; el esparto nunca falla.

Flavius se limpió los labios con el brazo y dejó unas monedas sobre la mesa para dirigirse después hacia la puerta; cuando ya iba a salir, la voz del encargado le hizo detenerse.

—¿Ha comido bien, señor?

—¡Sí! Pero es la primera vez en mi vida que oigo maullar a un conejo —le respondió Flavius.

Luego el antiguo centurión salió por la puerta en busca de su caballo y de su mula, mientras el encargado encogiendo los hombros recogía las monedas de encima de la mesa. La calzada se adentraba en el bosque envuelto en una fina neblina; después de cabalgar un pequeño trecho, el

caballo, nervioso, levantó la cabeza y resopló por los dilatados ollares al oler gente extraña.

—¡Tranquilo, amigo! —le dijo Flavius dándole una palmada con la mano izquierda en el cuello, mientras con la derecha echaba mano a la empuñadura de su *gladius*. De repente del cielo una cuerda le caía sobre los hombros.

—¡Ahora! —gritó el legionario mientras se tiraba al suelo desde lo alto de la rama, tirando fuertemente de la cuerda de la que ya tiraba también su compañero. La cuerda se fue deslizando hasta que hizo tope en el cuello del antiguo centurión levantándolo en vilo de la silla del caballo; sus manos intentaban quitar la cuerda del cuello mientras sus piernas pataleaban en el aire buscando algún lugar donde asirse.

—¡Tira fuerte! —gritaba el legionario a su compañero, mientras el caballo y la mula se pararon a escasos pasos a comer la hierba que crecía al lado de la cuneta, ajenos a lo que le pasaba a su dueño. Los fuertes brazos de Flavius cayeron a plomo a la vez que sus piernas dejaron de patalear, su rostro se tornó de un color violeta y su lengua colgaba de lado como la de un perro agotado. Mientras su cuerpo se bamboleaba de un lado a otro, el bosque por un instante se quedó en silencio, solo perturbado por el ruido de la soga que rozaba contra el tronco del árbol, descascarillando la corteza.

—¿Lo soltamos ya? —preguntó el legionario a su compañero.

—¡Sí, creo que este ya no montará más a caballo!

Los dos soltaron la cuerda a la vez; el cuerpo de Flavius cayó al suelo como un saco, cayendo sobre el lado izquierdo donde una bolsa de cuero guardaba la tablilla; rápidamente el legionario que había quedado escondido sacó su *pugio* y cortó el poncho de abajo a arriba para luego cortar las correas que sujetaban a los hombros la sarcina abriéndola nerviosamente.

—¡Por todas las putas de Roma, tenías razón, somos ricos! —gritaba el legionario, dejándose caer de rodillas junto al cadáver mientras sacaba de la sarcina las manos llenas de piedras de oro, sin darse cuenta de que otro *pugio* se le clavaba en la nuca, matándolo en el acto.

—¡Soy rico, imbécil, yo sí soy rico! Ja, ja, ja.

Se reía el legionario mientras limpiaba el *pugio* sucio de sangre sobre el hombro de su compañero. Luego se agachó y arrancó del cuerpo de Flavius la bolsa de cuero, la abrió y vio que contenía una tablilla que con el golpe se había roto en varios trozos y sin prestarle atención la tiró entre unos arbustos. Se acercó al caballo y cogió las alforjas, las vació y las llenó de monedas y piedras de oro, poniéndolas nuevamente sobre la grupa del caballo. Cuando iba a montarse se dio cuenta del *gladius* que llevaba el cadáver, desenfundó el suyo y lo dejó caer entre la hojarasca. Sacó de la funda el de Flavius con la mano derecha y lo alzó hasta la altura de los ojos, donde se quedó un rato ensimismado mirando la fina empuñadura de bronce, para acto seguido con chulería enfundarlo como un legionario al lado derecho. Rápidamente montó sobre el caballo, al cual hizo caracolear delante de los cadáveres. Sacó del renegrido monedero que pendía de su cinturón dos monedas y tirándolas al suelo, dijo:

—Para que veáis que no soy avaricioso, os dejo pagado el viaje hasta el Hades, ah, y dadle recuerdos de mi parte a Caronte, ja, ja, ja.

Luego desató la mula, que permanecía atada a la silla, y la arreó en dirección a Lucus Asturum, dejando sobre la cuneta un legionario que fue rico durante un pequeño intervalo de su vida, un recién jubilado centurión que aspiraba a ser el nuevo dómine de una gran *domus* según *testamentum* sellado y firmado por siete testigos como obligaba el Derecho Pretorio y una mula con un arcón atado sobre su grupa…

El sol se reflejaba sobre el bruñido casco del centurión, sobre el cual sobresalía transversalmente el penacho cortado milimétricamente de crin de caballo que con las piernas abiertas y su vara de vid debajo del brazo esperaba pacientemente en el centro del enorme campo de maniobras a que los optios acabaran de poner en perfecta formación a los cientos de hombres reclutados en el Conventus Asturum, que después de pasar el duro periodo de instrucción y jurar fidelidad al emperador pasarían a engrosar las legiones de Roma.

—¡*Peregrini*! —bramó el centurión, asentando fuertemente sus *caligae* sobre la zahorra sobre la que antes de su llegada habían permanecido media

mañana de pie los reclutas, hostigados constantemente por varios veteranos que, provistos de largas varas, impedían que se sentaran en el suelo o que simplemente se taparan la cabeza con alguna prenda para protegerse del sol.

—Vuestro emperador César Augusto os da la bienvenida a este campamento y me encarga que os convierta en legionarios; mi nombre es Demetrio. ¡Centurión Demetrio! Mientras estéis a mis órdenes, tenéis que meteros en vuestras cabezas solamente tres cosas: la primera, obedecer, la segunda, obedecer y la tercera, obedecer. Si desobedecéis a alguna de ellas, no llegaréis a ser legionarios y el emperador os castigará severamente. ¿Y a quién encargará el emperador cumplir esa orden? —les gritaba el centurión, mientras se daba golpecitos en la mano izquierda con su vara de vid—. ¡Sí, sí! Lo que estáis pensando, al centurión Demetrio y a su amada *vitis*, pero, por el contrario, al que se porte bien el emperador le dará paga, comida, ropa, parte de los botines de guerra y cuando acabe su vida militar una honrosa jubilación, pero para disfrutar de ella primero tendréis que llegar vivos y por eso estoy yo aquí, para haceros los mejores legionarios del Imperio, y nos os quepa duda de que os haré, mientras estéis aquí olvidaos de mujeres, vino y juegos, pero no os preocupéis porque no tendréis tiempo para el aburrimiento, aprenderéis, además de a luchar, a hacer empalizadas, torres de vigilancia, puentes, calzadas y máquinas de asedio, así que si alguno quiere irse con su mamá porque piensa que esto será muy duro para él, que dé un paso al frente y salga por la puerta pretoria porque luego ya no habrá marcha atrás —gritó el centurión indicando con su vara de mando la dirección de la puerta, pasado un corto tiempo, al ver que todos permanecían en la formación, no porque todos fueran valientes o quisieran ser los mejores legionarios del Imperio sino porque la mayoría no había entendido ni una sola palabra de lo que decía el centurión, que, limpiándose el sudor con el brazo, volvió a gritar—: ¡Optio! Como veo que toda esta puta escoria quieren ser todos legionarios, da orden de que se quiten esas ropas.

Azuzados por los bastones de los optios y entre un gran guirigay, todos fueron despojándose de sus ropas, quedando desnudos bajo el radiante sol

del páramo, sin saber que aquello ponía fin a su anterior vida y que ya nada sería como antes. Una vez depositadas sobre el suelo, unos esclavos las recogían echándolas a un carro. Ropas hechas de lana o de piel de distintas tonalidades de cabra, vaca, oveja, conejo, zorro; todas representaban a las distintas tribus astures tanto transmontanas como cismontanas, luggones, pesicos, cilurnigos, lougeos, lancienses, iburros, saelinos, zoleas, tribus que lucharon hace generaciones ferozmente contra las legiones del imparable invasor y hoy todos más o menos romanizados pasarán a formar parte de ellas para defender el inmenso Imperio. Sobre el carro quedaban también los zurrones en cuyo interior aún quedaba algún trozo de pan mohoso, la navaja que había pertenecido a su padre, el amuleto entregado antes de marchar por alguna madre para protegerlo de los malos espíritus, la manoseada figurita tallada en madera a la que rezaba todas las noches y la flor ya seca que le había entregado su amor para que no la olvidara, todo se quedaba sobre aquel carro y así, desnudos, como cuando llegaron al mundo, los acogía su nueva madre: Roma. A la orden de levantar los brazos llegaron a la carrera varios esclavos portando cada uno un caldero y una pequeña escobilla con la cual impregnaban de cal los cuerpos desnudos de los reclutas, priorizando sobacos y vello púbico, después de desparasitarlos a paso ligero y en fila de a uno, fueron conducidos entre insultos y patadas hacia un barracón donde pasaron un rápido reconocimiento médico, el cual consistía en que abrieran la boca para mirarles los dientes y palparles los testículos, para a continuación y siempre a paso ligero entrar en otro barracón repleto de estanterías sobre las que reposaban perfectamente alineados cascos, capas, túnicas y lorigas, nada más entrar un soldado uniformado con una renegrida loriga de cuero los miraba rápidamente de arriba abajo y de uno de los varios montones de ropa que había encima de un mostrador les entregaba una túnica que a la carrera tenían que ponerse.

—¡Vamos, bárbaros, id pasando que no tenemos todo el día! —se desgañitaba gritando otro soldado, el cual según iban pasando les entregaba un cinturón, ya casi al final del barracón. Otro soldado que gritaba más aún que los demás les hacía poner los pies sobre unas plantillas de cuero

clavadas al suelo donde se medía más o menos la talla de las *caligae* y rápidamente otro soldado entre voces e insultos les hacía entrega de un par. Por último, recorrido ya el largo barracón, según iban saliendo por la puerta, un optio que portaba sobre su cabeza un brillante casco del que sobresalían dos barreadas plumas, les iba gritando:

—¡A formar, escoria!

Auledo, a pesar de los gritos y los insultos, salía riéndose, pues su túnica tenía un agujero a la altura del corazón por el cual sacaba un dedo.

—¡Quieto ahí, bárbaro! ¿Puede saberse que te causa tanta gracia? —le preguntó el centurión Demetrio, poniéndole la punta de la vara de mando en el pecho.

—Que esta túnica tiene un agujero, señor —le respondió el cilurnigo.

—No es para reírse, puedes estar orgulloso de poseerla; perteneció a un valiente legionario que murió en el campo de batalla luchando por Roma, así que pórtala con orgullo y procura que no te la agujereen más; y ahora lárgate de mi vista —le dijo el centurión dándole una fuerte patada en el culo. Todos fueron saliendo a la carrera y entre golpes de bastón fueron colocándose de nuevo en la formación. Calzados con *caligae* militares y uniformados con sus túnicas teñidas de rojo sobre las que destacaban sus caras y brazos encalados, parecían más una atracción circense que soldados de la imperial Roma.

—¿Veis el brillo de este filo? —gritó el centurión levantando su mano derecha en la que portaba su desenvainado *gladius*—. Pues así quiero ver brillar esos barracones donde el emperador, y meteos esto en la cabeza, vuestro emperador os permite que podáis haceros pajas y dormir calentitos; ahora se os distribuirá por secciones y cuando el sol se esconda pasaré revisión por todos los *contubernium* y como encuentre un mísero hilo de tela de araña, dormiréis todos con las mulas, ¿entendido?

—¡Sí, señor! —gritaron unas pocas voces.

—¡No os he oído! —gritó más fuerte el centurión poniendo la mano ahuecada detrás de la oreja.

—¡Sí, señor! —gritaron todos a la vez cuando los bastones de los optios

doblaron algunos espinazos.

—Así, está mejor; y para terminar, ya no sois *peregrini*, desde que os habéis puesto esa túnica sois tiros del ejército romano; tenéis que estar orgullosos de pertenecer a la legión X Gemina que desde ahora será la que os dé de comer, espero que cuando os necesite daréis vuestras vidas para defenderla… ¡Viva el emperador!

—¡Viva, viva! —gritaron nuevamente unas pocas voces, mientras se mezclaban con otras que al ver moverse los bastones y no saber qué decir gritaron al unísono:

—¡Sí, señor!

—¿Quién cojones se llama Mael? —gritó más fuerte aún el centurión, los cilurnigos se miraron unos a otros, extrañados de que conociera el nombre de uno de ellos.

—¡Yo, señor! —gritó el astur, levantando el brazo desde el interior de la formación.

—¡Acércate aquí!

Mael, dando grandes zancadas, llegó hasta donde se encontraba el centurión y se puso firme.

—Ya veo que tienes formas, así me gusta; me han dicho que tengo que hacer de ti un buen legionario; no te quepa duda de que te haré, al igual que a toda esa chusma —le decía el centurión mientras le levantaba la cabeza con la punta de su vara de mando.

Pasó el periodo de instrucción, los días eran cada vez más cortos y las noches largas y frías; por fin llegó el día que esperaban todos los reclutas, el permiso para salir del campamento y conocer la ciudad, la cual, como si fuera un enjambre de hambrientas abejas, era invadida a diario por multitud de legionarios, veteranos de infantería ligera y pesada, arqueros, artilleros, muleros, honderos, caballería legionaria y caballería auxiliar que, junto con los inexpertos reclutas, hartos de disciplina militar y mala comida, salían en busca de tabernas y prostíbulos donde desahogarse. Gentes de distintas razas iban y venían, llegadas de los confines del Imperio, galos, germanos, hispanos, númidas, lusos, romanos, pero todos servían bajo el mismo

estandarte rojo con un toro bordado en oro, el estandarte de la legión X Gemina. Los cilurnigos se reunieron entre bromas y risas para salir todos juntos y, además de haber cobrado su paga, ya vestían además de la túnica y *caligae*, capa y *cingulum*. Después de pasar la consiguiente revista, salieron por la *porta pretoria* como caballos desbocados. Era la primera vez en sus vidas que eran libres; aquí no había acantilados, ni viejos druidas, ni madres, ni viento por los cuatro costados, solo unas murallas que los separaban de un mundo nuevo por descubrir. Mael se quedó retrasado de sus compañeros y se dirigió hacia un carro que se encontraba al lado de un tenderete instalado como otros muchos a las afueras de la ciudad que se dedicaba a la venta de artículos de cuero, pues una de las tiras de su *caligae* le hacía daño y un veterano le había dicho que el mejor remedio era echarles grasa para que reblandecieran. El astur cogió con el dedo índice un poco de grasa del eje de la rueda del carro y, poniendo el pie sobre uno de los radios, la untó sobre una de las correas.

—¿Qué haces, romano? —preguntó una voz femenina.

—¡Perdona! —respondió el astur, poniéndose firme—. No era mi intención asustarte. ¿Es tuyo este carro?

—¡Sí! Bueno, es de mi padre.

—Pues espero que no le moleste que haya cogido un poco de grasa para echársela a mi *caligae*, que desde hace tiempo me hace un daño horrible —respondió el joven señalando con la mano el martirizado pie, mientras la joven, sin prestarle atención, se dio media vuelta y desapareció rápidamente detrás del carro. El astur, extrañado por la rápida desaparición de la muchacha, encogió los hombros y tranquilamente se limpió el pringoso dedo en la culera de su túnica, luego pisó con fuerza sobre el suelo con intención de acomodar las correas y, cuando se disponía a ponerse en marcha en busca de sus compañeros, se topó de frente con la muchacha que jadeante apareció nuevamente de detrás del carro, chocando sobre el pecho del astur.

—¡Toma, romano, ponte esto y verás cómo esas correas dejarán de hacerte daño! —le dijo la muchacha mientras le hacía entrega de unos

calcetines de tosca lana.

—No... soy… —titubeó el astur—. ¡No soy romano, soy cilurnigo! —contestó carraspeando sin poder apartar la mirada de los enormes ojos verdes de la muchacha, los cuales se clavaron en los de él como se clava la punta de un *pilum* sobre un fardo de paja.

—¡Cilurnigo! —apostilló la joven.

—¡Sí! Aunque los romanos nos llaman transmontanos, pertenezco a la tribu de los cilurnigos y mi pueblo se llama Noega.

—Noega; nunca he oído nombrarlo. ¿Queda cerca de aquí? —preguntó la muchacha con el cuello estirado hacia atrás para poder mirarlo a la cara, mientras el astur embobado sujetaba en sus manos el par de calcetines.

—¿Has estado alguna vez cerca del mar?

—¡No!

—Pues queda... ¡por allí!, muy, muy lejos, sobre un rocoso acantilado —respondió el astur, indicando con la mano con la que sujetaba los calcetines la dirección por la que había llegado ya hace tiempo al campamento—. ¿Y tú qué haces aquí, además de socorrer a un pobre soldado?

—Ayudo a mi padre, que es guarnicionero, y con este carro nos trasladamos de pueblo en pueblo en busca de trabajo.

—Aquí supongo que tendréis bastante; en la Décima somos muchos, aunque espero que no todos vengan a por grasa para las *caligae* —dijo el astur sonriendo.

—¿Cuál es tu nombre, *cilungo*?

—¡Mael! Y se dice cilurnigo.

—¡Niña, basta de cháchara, que hay mucho que hacer! —Retumbó una voz malhumorada desde el interior del tenderete.

—Bueno, tengo que marcharme, mi padre me necesita —dijo la muchacha mientras se perdía nuevamente detrás del carro.

—¡Espera, no me has dicho tu nombre!

No hubo respuesta, el astur, no acostumbrado a encuentros con muchachas, dio media vuelta y se encaminó cabizbajo hacia la empinada cuesta que llevaba hasta la puerta de entrada a la gran ciudad, mirando cada

poco hacia atrás por si se asomaba la muchacha, y así, sin darse cuenta, llegó debajo del gran arco de piedra construido con grandes bloques de arenisca y sus enormes puertas de madera abiertas de par en par, similares a las que tuvo que pasar no de muy buenas maneras en la ciudad de Legio, se paró pensativo recordando las palabras que un día le había dicho el decurión de que allí, si se le aparecería una diosa, tendría razón y sería quizá la muchacha, los romanos hablaban en sus juergas de diosas de delicadas curvas, piel blanca y largos cabellos, y a la mente del cilurnigo le vino el recuerdo de la mujer de Veranius montada sobre el blanco purasangre tapada con la capa y las pieles del decurio, pero esta que había conocido era completamente distinta, incluso de las muchas del castro, siempre vestidas de negro y protegidas por sus madres, en aquel momento al cilurnigo le dio la sensación de encontrarse debajo de aquel arco abovedado solo en el mundo, por él ni entraba ni salía nadie de la ciudad, ni tan siquiera había centinelas que la custodiasen, solamente un famélico perro se acercó a él para olerlo haciéndolo volver a la realidad, el cilurnigo se puso de cuclillas y, acariciándole la cabeza, le dijo:

—Gracias, amigo, por el recibimiento. Veo que el Imperio no te ha tratado muy bien; dicen que esta ciudad tiene todo lo que un hombre puede desear; espero que sea verdad y me traten mejor que a ti.

—¿Me ha mandado llamar, *praefectus*? —preguntó el decurio en posición de firmes.

—¡Sí, siéntate por favor y déjate de formalidades! —le contestó Aurelius.

—Primero quiero pedirte perdón, Veranius no fue capaz de controlar la situación y se le fue de las manos. No estaba acostumbrado a tratar con gente limpia y honesta como tú, sino con gente sucia a la que le llega la mierda hasta el cuello. Aunque vistan túnicas y togas blancas, me dijiste que me gustaba el poder, desde niño siempre soñaba que mi cuerpo herido quedaba tendido sobre el campo de batalla y era devorado por las alimañas, por eso siempre quise llegar de algún modo a Roma y, como tú dijiste, sin importarme lo que me llevaba por delante, pero esta vez me llevé a mi

sobrino, al que quizá no vuelva a ver jamás.

—En Roma también se muere y a veces de peor forma que en el campo de batalla —le respondió el decurio.

—Déjame hablar, por favor, lo que intentaba de todos los modos posibles era que no me enviaran a primera línea; lo que quiero decirte es que mientras tú arriesgabas la vida por Roma, tu amigo, el importante *praefectus cohortis* Aurelius Vetio, intentaba esconderse como un cobarde. —Aurelius echó sus cabellos con las manos hacia atrás y con el nudillo del dedo índice se limpió los humedecidos ojos.

—Tranquilízate, el problema no es que seas cobarde, he conocido cobardes que luego fueron los más valientes, tu problema es cómo se lo vas a decir a tu hermano lo de Flavio cuando regreses a Roma. Tu sobrino es un soldado y tiene que entender que el peligro siempre está hay, unos tienen suerte y otros no, fue una emboscada, ya te he dicho que Flavio no sabe nada de los trapicheos de Veranus, así que vete a Roma en paz.

—He renunciado a mi puesto de senador en Roma; pronto la X partirá hacia Germania y yo me iré con ella.

—¿Lo has pensado bien? Nadie sabe lo ocurrido; yo me iré y te olvidarás de todo. Vete a Roma, desde allí también podrás luchar haciendo nuevas leyes para que la gente viva mejor.

—¡No, ya está pensado! Referente a ti, te quedarás de momento aquí —le decía el *praefectus* mientras le hacía entrega de un pergamino.

—¿Qué es esto? —preguntó el decurión.

—Es tu ascenso a *praefectus alae*.

—¿No lo habrás hecho por lo ocurrido? —preguntó el decurio malhumorado.

—No, no es lo que piensas; esto estaba pensado mucho antes; tu servicio al Imperio te precede, Marco, y el que lo firma es el *legatus legionis* en nombre del emperador; yo no he tenido nada que ver, te lo juro por los dioses, pasarás a mandar una nueva Ala Quincuagenaria, tendrás que instruir a más de quinientos jinetes de entre los nuevos reclutas y rápido, antes de la nueva cosecha, os enviarán a Panonia; y ahora, si me permites,

me gustaría quedarme solo. Te deseo mucha suerte, Marco. —El decurión se puso de pie y extendió el brazo en señal de saludo, luego dio media vuelta y salió del *praetorium* sujetando en su mano izquierda un enrollado pergamino.

Bandadas de negras grajillas sobrevolaban el cielo con su rápido ir y venir, emitiendo sus repetidos graznidos. Mael deambulaba perdido por la ciudad, mirando arriba y abajo sus anchas calles y sus grandes edificios construidos de piedra con tejados de teja roja; todo era nuevo para él, nada que ver con las chozas de su castro, húmedas y frías. Al llegar a una pequeña callejuela, se encontró de frente con el sin dientes.

—¡Hombre! Si está aquí mi amigo cilurnigo, cómo has cambiado, déjame que te vea. Con esas ropas pareces un soldado de verdad; para celebrar nuestro encuentro te invito a ir de putas, ¿qué te parece? Aquí al lado están las mejores de Asturica, te lo digo yo, que de putas entiendo mucho, je, je, je.

—No, te lo agradezco, tengo que encontrar a mis compañeros.

—Venga, hombre, conozco una jovencita que te hará gemir de placer; te juro que no te arrepentirás.

—Lo siento, si no te parece mal lo dejamos para otro día.

—No serás como tu amiguito... El rubito aquel, ¿cómo se llamaba? Ah, sí, Belarmo —dijo el germano moviendo la mano amaneradamente.

—Bueno, tengo que irme, que disfrutes.

—Como quieras, pero el próximo día que nos encontremos pagas tú; recuérdalo.

Mael dejó por fin al pesado sin dientes y, al no encontrar a sus amigos, aburrido se dirigió hacia la puerta de salida de la ciudad, cuando en su cabeza empezaron a resonar las palabras que le había dicho el sin dientes: «No serás como tu amiguito, el rubito»; el astur dio media vuelta mientras se le ponía un nudo en el estómago y dando grandes zancadas llegó a la callejuela donde se había encontrado con el sin dientes, después de andar arriba y abajo por las empedradas calles por fin localizó un prostíbulo

anunciado como todos por un farolillo colgado de la pared,y sin persarselo dos veces abrió la puerta de la cual salió una bocanada de humo y olor a sudor mezclado con perfume rancio, rápidamente una mujer de grandes pechos y portando sobre su cabeza una enorme peluca rubia se le acercó.

—¿Buscas la felicidad, muchachote? —le dijo la mujer mientras le ponía la mano sobre el hombro.

—¿Has visto entrar no hace mucho a un militar? —le preguntó el astur, indicándole con la mano la altura del germano.

—¿Qué es, que te gustan los hombres? Pues aquí no tenemos, guapo.

—¡No! Tengo que darle un recado urgente de nuestro jefe.

—¿Qué es, uno a quien le faltan algunos dientes y te escupe al hablar?

—¡Ese mismo! ¿Dónde se encuentra?

—¿Dónde se encuentra? ¡En el cielo! Ja, ja, ja, está arriba —le contestó la prostituta mientras pasaba la lengua lascivamente por sus pintados labios, mientras con un movimiento de cabeza le indicaba a un corpulento negro que lo siguiera.

Mael subió por las chirriantes escaleras de madera que llevaban al primer piso, iluminado por unas míseras lucernas que desprendían un humo negruzco que al ascender dejaban manchaba la pared sobre la que podían verse pintadas escenas de gente fornicando en posturas inimaginables para la mente de un cilurnigo, que hasta hacía bien poco vivía en la edad del hierro y donde se encontraban varios *fornicen* tapados con cortinas, llegó al primero y apartó un poco la cortina de la que pendía un letrero de madera donde ponía: «*occupatus*», tras la cual vio a un hombre gordo desnudo puesto a cuatro patas sobre el suelo mientras una mujer cabalgaba sobre su espalda dándole palmadas sobre su enorme culo, el astur dejó caer sigilosamente la cortina y cuando se dirigía al siguiente *fornicen* llegó a sus oídos la inequívoca voz del auxiliar germano, el cilurnigo, de un manotazo apartó fuertemente el deshilachado trapo que daba un poco de intimidad a los clientes, encontrándose al germano de pie con la túnica remangada hasta la cintura lavándose sus partes con el agua de una palangana que reposaba sobre un taburete, mientras la prostituta, acostada sobre un mugriento

jergón,escarbaba un diente con la uña del dedo meñique.

—¡Pero qué cojones! No me digas que has cambiado de opinión —dijo el asustado germano, que como un resorte se bajó la túnica. El mocetón astur, sin mediar palabra, lo cogió por el cuello con su robusta mano, empujándolo contra la pared donde pintado en rojo podía leerse el precio a pagar por los servicios: «5 ases», sobre el cual impactó su cabeza.

—Dime todo lo que sepas de Belarmo, y rápido si quieres seguir follando.

El sin dientes casi no podía hablar por la presión que ejercía la potente mano del astur endurecida desde niño de trepar por los verticales acantilados que franqueaban su castro, de la que se sujetaba el sin dientes intentando quitársela, de repente por la escalera hizo su aparición el fornido negro portando en su mano una pequeña porra de madera, el cilurnigo al verlo dio un cabezazo al sin dientes el cual cayó de rodillas al suelo sangrando por la boca y escupiendo un par de dientes de su maltrecha boca, luego esperó que el negro se acercara y cogiendo la palangana se la estrelló contra la cara derramando el espumoso líquido sobre su cabeza, el negro dejó caer la porra al suelo mientras echaba las manos a los ojos donde se le habían metido los efluvios de varios clientes, momento que aprovechó Mael para ponerle su pie derecho en el pecho empujándolo fuertemente, lo que hizo que el fortachón negro retrocediera hasta llegar a las escaleras, por donde, al no hacer pie, cayó de espaldas dando vueltas produciendo un gran estruendo, rápidamente se dirigió nuevamente hacia el sin dientes que con la boca desmesuradamente abierta intentaba meter aire a sus pulmones, lo cogió nuevamente por el cuello y lo levantó en vilo mientras la prostituta acurrucada contra la pared se tapaba el rostro con las manos.

—Vuelvo a repetírtelo por última vez, dime todo lo que sepas de Belarmo.

—Fregúntale alf númidaf, él era quien fenía a busfcarlo por las noches; sí, fregúntale, fregúntale a ese hijo de puta. —farfulló el germano echando sangre por la boca.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—Fuele parar en una taberfna no muy lejoz de aquí, que se llama Galloz Rojo.

—Un día te dije que te quitaría los pocos dientes que te quedaban. ¿Lo recuerdas?

—Fii —silbó el germano mientras el astur se agachaba y recogía del suelo los ensangrentados dientes.

—Toma, un cilurnigo nunca falta a su palabra, y no vuelvas a cruzarte en mi camino porque esa vez no serán los dientes lo que te quite —le dijo el astur, mientras le tiraba los dientes a la cara; luego bajó las escaleras, pasando por encima del corpulento negro, que permanecía sin sentido tirado en el suelo.

—¡No vuelvas más por aquí, maldito romano, a mí no se me olvida nunca una cara! —gritaba la dueña del burdel moviendo el dedo índice arriba y abajo mientras el astur sin mirarla siquiera salía por la puerta.

Marco Macrino se disponía a desenrollar el pergamino cuando una voz desde el exterior de la tienda lo interrumpió.

—¡Da su permiso, señor!

—¿Qué ocurre? —El faldón de la tienda se abrió, entrando por ella un inmaculadamente uniformado optio portando sobre su cabeza un reluciente casco, el cual se cuadró y saludó con el brazo extendido.

—Tengo orden de acompañarle al *praetorium*, adonde lo espera el *legatus*, señor.

El decurio se puso el casco, acomodó su *tahalí* y poniendo su vara de vid debajo del brazo, se dirigió con paso marcial hacia la gran tienda. «¿Qué querrá de mí el gran jefe? —pensaba el decurio—. ¿Me felicitará por el ascenso, me enviará a otra misión o sabrá lo de Veranius y mandará que me corten la cabeza?», se contestaba mentalmente el mismo. Rápidamente llegaron a la gran tienda en cuyo exterior aguardaban a ser llamados varios centuriones que hablaban entre ellos en voz baja.

—¡Espere aquí, señor! —le indicó el optio; después de un tiempo el joven le hizo un gesto con la mano indicándole que pasara, ante la

extrañeza de los demás centuriones que tenían que seguir esperando. El decurión Marco extendió el brazo derecho, saludando al *legatus*, que se encontraba custodiado a ambos lados por dos enormes perros molosos, los cuales al verlo levantaron la cabeza y erizaron sus orejas.

—Tranquilo, solo atacan cuando yo se lo ordeno, son más obedientes que algunos de mis oficiales.

Cuatro pieles de oso cubrían el centro de la tienda puestas de tal manera que sus enormes cabezas con las fauces abiertas parecían señalarar los cuatro puntos cardinales, el comandante y jefe de la X legión aparentaba tener unos cincuenta años, regordete de aspecto bonachón aunque todos decían lo contrario, lucía una cuidada barba que al igual que su pelo era ya más blanca que negra, que hacía resaltar su rostro cansado, permanecía sentado sobre una cátedra, portaba una *lorica musculata* construida en reluciente bronce donde se marcaban exageradamente los músculos del pecho y vientre y sobre la que resaltaba su *cinticulus* color púrpura atado a la cintura de la que pedía un *gladius* en cuya empuñadura podía verse finamente tallada sobre marfil la cabeza de un águila imperial. A su derecha, sobre una gran mesa descansaban mapas y pergaminos; a la izquierda un gran brasero se encargaba de dar calor a la estancia, mientras a su espalda, apoyada sobre la pared de piel de vaca, descansaba el *signium* y varios estandartes de la Décima.

—¡Siéntate! Marco, te he llamado el primero porque sé la amistad que te unía al *praefectus* Aurelius.

—¿Me unía, señor? ¿Qué queréis decir? —El *legatus* levantó la mano.

—Soy portador de malas noticias; el *praefectus cohortis* Aurelius se ha suicidado. —El decurión se levantó rápidamente.

—¿Cómo es posible? Si he estado hace poco con él.

—Uno de sus sirvientes lo encontró con su *gladius* clavado en el pecho. —El decurio se quitó el casco y se dejó caer sobre el taburete.

—Lo siento mucho, en nuestras conversaciones, cuando surgía el recuerdo de nuestra niñez, él siempre hablaba de ti, por eso sé que os unía una gran amistad. ¿Sabías tú si tenía algún problema grave que lo llevara a

suicidarse?

—¡No, señor! ¿Ha dejado alguna nota o testamento?

—Que yo sepa, no, y aunque hubiera, sus bienes serán confiscados por el Estado.

—Pero él tiene familia, señor, tiene un sobrino que… —El *legatus* volvió a levantar la mano.

—Sí, pero, al quitarse la vida… La ley es muy clara respecto a eso.

—Perdón, señor, pero no podéis hacerle eso; se lo debéis, se lo debe el ejército, al cual ha servido siempre honradamente, poner en su hoja de servicio «muerto en accidente o en campaña», así podrán heredar su sobrino y familia.

—Lo de honrosamente... —dijo irónicamente el *legatus* mientras acariciaba la enorme cabeza de uno de los perros.

—¿Qué pretendéis decir? —preguntó el decurión de malas maneras.

—¡Nada, cosas mías! —respondió el legado moviendo la mano amaneradamente—. Marco Macrino, sois uno de los mejores oficiales de la Décima y por eso se te ha asignado el puesto de nuevo *praefectus alae*, pero eso no te excluye de respetar las leyes, que a veces nos gustarán más o menos, pero la ley es la ley, nos guste o no… Pero a veces, por una buena causa y que no sirva de precedente, ordenaré a mi escribiente que ponga en el informe, ¿os parece bien?, «muerto accidentalmente al caerse del caballo»; ahora ruego que te encargues de preparar la incineración del difunto Aurelius.

—¡Gracias, señor! —El decurio apretó los dientes, se puso el casco debajo del brazo izquierdo y luego extendió el brazo derecho en señal de saludo, mientras los molosos levantaban la cabeza erizando las orejas.

Capitulum

XII

Como era de rigor, después de ofrecer el sacrificio de una cerda a la diosa Ceres, ponerle una moneda sobre cada ojo para pagar al barquero Caronte que lo trasladaría hasta el Hades y llamarlo en alto por su nombre tres veces, por si continuaba vivo, el cuerpo del *praefectus cohortis* Aurelius fue incinerado a las afueras del campamento. Un nauseabundo olor procedente de la pira funeraria inundaba el aire cuando el *primus pilus* que mandaba la primera centuria de la primera cohorte de la legión X Gemina, ordenó romper filas a los diez pretorianos pertenecientes a la guardia privada del legado, que perfectamente uniformada con bruñidas *lorigas segmentata* había rendido honores al difunto. En un lugar apartado para que no lo molestara el humo, se encontraba el general de la Décima, acompañado por sus oficiales y su liberto que a duras penas podía sujetar a sus robustos perros que gruñían nerviosos.

—¡Marco, tú quédate, los demás podéis retiraros! —dijo el *legatus* haciendo un ademán con la mano, en la cual sujetaba un oloroso pañuelo que de vez en cuando restregaba contra sus narices con la intención de mitigar el repugnante olor a carne quemada.

—¿En qué puedo servirte, legado? —le preguntó el decurión.

—Déjate de monsergas y demos un paseo. ¡Y tú déjanos solos! —le dijo el legado al liberto, el cual, haciendo una pequeña reverencia con la cabeza, dio media vuelta con los molosos que, con ganas de echarse a descansar al calor del brasero, entablaron a la carrera el regreso hacia el *praetorium*, mientras a sus espaldas el decurio y el *legatus* se quedaban a solas.

—Bueno, Marco, a partir de mañana ya serás *praefectus alae*; te espera mucho trabajo, pero en ningún momento he dudado de ti para llevarlo a cabo. ¿Ya has pensado el nombre de la nueva *alae*?

—Pues no, señor, con todo lo que ha sucedido no he tenido tiempo.

—Lo entiendo, muchacho, ha sido un duro golpe para todos, pero el Imperio tiene que seguir adelante, Roma no puede parar porque un compañero caiga; al contrario, eso nos hace más fuertes, ¿verdad, *praefectus*?

—¡Sí, señor!

—Y cambiando de tema, al emperador le gusta que se pongan nombres a nuestras unidades del lugar de donde fueron reclutadas; como verás, nuestro Augusto no olvida nunca sus provincias; como ya contamos con un ala de caballería auxiliar, yo he pensado, si te parece bien, ponerle *alae Segundae Asturum*, y su emblema podría ser un pequeño caballo de esos que habéis traído de tierras transmontanas. ¿Cómo los llaman?

—¡Asturcones, legado!

—Eso, no creas que no lo recordaba, es que soy incapaz de pronunciar esas enrevesadas lenguas bárbaras. ¿Entonces te parece bien la idea?

—Me parece una idea magnífica, señor.

El *legatus* miró disimuladamente a un lado y al otro; acomodó su *paludamentum* color escarlata sobre el brazo de la mano izquierda mientras la derecha la ponía sobre el hombro del decurio.

—Amigo *praefectus*, cuando recogiste la manada, no ocurrió nada fuera de lo normal con Veranius, ¿verdad? —le preguntó el *legatus* intuyendo que el decurión le ocultaba algo; no le cuadraba que un hombre tan avaricioso como Aurelius se hubiera suicidado y precisamente después de la llegada del decurio.

—¡No, señor! Tengo un grato recuerdo de mi estancia allí y él os tiene en gran estima, señor. ¿Por qué lo preguntáis?

—Hace tiempo que no tengo noticias suyas.

—Igual se ha caído del caballo, señor —le respondió irónicamente el decurio.

—*Praefectus*, *praefectus* —le decía el *legatus* esbozando una sonrisa y dándole golpecitos sobre el hombro.

—Señor, quiero agradecerle lo que ha hecho por el *praefectus* Aurelius.

—Él, adonde lo hayan llevado los dioses, puede estar contento por haber

tenido un amigo como tú.

—¿Por qué lo dice, señor?

—Dejémoslo ahí, *praefectus* Marco —respondió el *legatus* dando la conversación por concluida—. Sabrás que la X partirá pronto, siento tener que dejar estas tierras, no me gusta el frío de Germania, debe de ser que me estoy haciendo viejo, dentro de poco llegará un nuevo *legatus*, sabia nueva, la X necesita sabia nueva —decía el *legatus* con la mirada perdida en el horizonte.

—¡Si no ordena ninguna cosa más, señor, tengo que transportar mis cosas a mi nueva tienda!

—¿Qué? Ah, sí, perdona; por supuesto, vete, vete —le indicaba con la mano el *legatus*, que dejó caer el *paludamentum* sobre su espalda para luego silbar fuertemente llamando a sus perros.

Mael cerró la puerta del prostíbulo y preguntó a un hombre que pasaba por la calle por la taberna Gallo Rojo.

—Amigo, sales de putas y ahora a beber; ya podía yo tener tu paga —le contestó el hombre.

—Solo tienes que presentarte voluntario en el campamento; si te das prisa acabarás en Germania. ¿Sabes, o no, dónde queda?

—¡Sí, hombre, cómo no lo voy a saber, dos calles más abajo!

Mael se encaminó hacia la empedrada calle dándose cuenta de que los calcetines servían perfectamente y que ya no lo molestaban las cintas de las *caligae*, viniéndole a la memoria los enormes ojos verdes de la muchacha que no podía quitárselos de la cabeza, del interior de una casa de piedra vio salir a varios legionarios cogidos por el hombro que iban dando tumbos de un lado a otro, se acercó y observó que en el dintel de la puerta había una tabla clavada con un gallo pintado de rojo, entró y echó un vistazo rápido alrededor, sus ojos rápidamente se fijaron en una mesa apartada del bullicio central donde se encontraba sentado Mourus en compañía de un jovenzuelo de pelo rizado, tal como le había dicho el sin dientes.

—¡Quiero hablar contigo! —le dijo el astur.

—Hombre, si es el amiguito del decurio, ¿qué cojones quieres?

—¡Quiero que me digas lo que le ocurrió a Belarmo!

—¿Y quién es ese tal Belarmo?

—De sobra sabes quién es, maldito hijo de puta; me han dicho que ibas a buscarlo por las noches, antes de que desapareciera.

—¿Qué quieres decir? ¿No es ese que ha desertado?; no es cosa mía buscar desertores, además nadie me ha llamado hijo de puta y vive para contarlo —respondió el númida mientras el jovencito, al ver que la cosa no tenía buena pinta, salió corriendo de la tasca.

—Pues yo te lo vuelvo a llamar otra vez, eres un maldito hijo de puta y lo que quiero decir es que creo que sabes de sobra lo que le ha ocurrido a Belarmo.

El númida se levantó haciendo caer el taburete al suelo, luego rápidamente desenfundó su *spatha* de caballería amenazando al astur, este echó mano a su cintura, pero se dio cuenta de que estaba desarmado, el ruido del taburete al caer hizo que César, que se encontraba sentado junto a Cara Cortada y Larguirucho en una de las mesas adyacentes, moviera la cabeza y se encontrara a Mourus amenazando a un militar desarmado.

—¡Pero si es Mael! —dijo Cara Cortada; entonces el gigantón germano se levantó y desenfundó su arma.

—¡Toma, muchacho, así las cosas estarán más equilibradas! —gritó César mientras su arma volaba al encuentro de la mano del astur, el cual la cogió al vuelo por su renegrida empuñadura; rápidamente los dos aceros chocaron brutalmente entre sí, haciendo que salieran pequeñas chispas que se fueron disipando en el aire. El ruido metálico retumbó en todo el local; sus caras quedaron frente a frente: una morena de nacimiento, otra de tez blanca curtida por el frío y el sol.

—Eres más duro que tu compañero, pero no te servirá para nada; nadie ha sido capaz de vencer a Mourus.

El númida dio un paso a atrás y levantó el arma para bajarla con fuerza con la intención de darle un tajo en la cabeza al astur, como era construmbre hacerlo perteneciendo a las tropas de caballería, pero Mael era más ágil y esquivó el golpe mientras el arma del númida se quedaba clavada por su filo

en el canto de la mesa, momento que aprovechó el cilurnigo, que rápidamente levantó su arma y bajándola sujeta fuertemente con las dos manos le cortó la mano al númida.

—¡Aggg, *ealayk allaena*! —gritó el moreno en su lengua, mientras con su mano izquierda se cogía el muñón de la derecha del que manaba sangre sin cesar.

—¡Y ahora dime, si quieres seguir viviendo, qué ha sido de Belarmo! —le preguntaba el astur apuntándolo con la punta del arma en la garganta.

—¡Lo maté, maldito hijo de perra, sí, lo maté! Y lo sumergí en una laguna para que no lo encontrara nadie. Le prometí que podría tener todo lo quisiera, pero él no me quería, no me quería, ja, ja, ja. —Se reía el númida mientras caía de rodillas al suelo. Todos quedaron paralizados escuchando las palabras de Mourus, todos menos el cilurnigo que, mordiendo su labio inferior de rabia, echó el brazo hacia atrás y con fuerza clavó la punta de la *spatha* de César en la garganta del númida, la cual le salió por la nuca. Mourus cayó de frente dando con la cabeza en el suelo, al que un gran charco de sangre tiñó de rojo.

—Te dije un día que te mataría y que tu *pugio* sería mío, un cilurnigo nunca falta a su palabra. Era la segunda vez en el día que pronunciaba esas palabras; cortó las correas que sujetaban el *pugio* y escupió sobre el cadáver; luego limpió la *spatha* con los cabellos del númida y se la entregó a César.

—¡Gracias, amigo!

—No hay de qué, has librado al Imperio de un buen hijo de puta. Creo que nadie le echará en falta.

—¡Rápido, tienes que marcharte, llega la guardia urbana! —gritó Cara Cortada, que hacía guardia en la puerta; rápidamente, el dueño de la tasca le indicó una puerta trasera para que saliera sin ser visto.

La puerta de la tasca se abrió de golpe.

—A ver, ¿qué cojones pasa aquí? —preguntó un veterano centurión, acompañado por otros dos soldados pertenecientes a la guardia urbana, encargada de controlar la población militar para que no hubiera disturbios

que perturbaran la vida de los acomodados ciudadanos, mientras los auxiliares germanos seguían jugando a dados sobre la mesa como si nada hubiera ocurrido.

—¿Qué le ha pasado a ese individuo? —preguntó el centurión—. ¿Qué es, que no me habéis oído? —volvió a preguntar el centurión dando un golpe sobre el mostrador con su vara de vid, haciendo que jarras y vasos de barro que permanecían sobre él cayeran al suelo, haciéndose añicos.

—¿Qué individuo? —contestó César mientras tiraba los dados sobre la mesa.

—¡No te hagas el listillo, bárbaro de mierda, ese de ahí que está tirado en el suelo! —le gritó el centurión, señalando con su vara el cuerpo que sobre un gran charco de sangre permanecía tirado en el suelo.

—¡Ah, ese! Se resbaló y se cortó la mano; se debió de morir desangrado —le respondió el germano; el centurión se quedó mirando para la *spatha* que permanecía clavada en el canto de la mesa, en la cual aún estaba la mano de Mourus apretando la empuñadura.

—Veo que sois de caballería, ¿a qué ala pertenecéis, listillos? —preguntó el centurión.

—Pertenecemos a la guardia personal del *legatus* de la Décima, ¿pasa algo? —le respondió el gigantón germano poniéndose de pie.

—Recoged esa basura y largaos de aquí, no quiero volver a veros. ¿Entendido, guardias del *legatus*?

El centurión y sus ayudantes dieron media vuelta y salieron de la tasca dando un gran portazo, mientras los germanos no pudieron aguantar más la risa, explotando todos en una gran carcajada.

—¡Tabernero! Toma, con esto tendrás para arreglar los desperfectos, y si tienes por ahí una carretilla, te ayudaremos a deshacerte del accidentado, ja, ja, ja.

El sol se iba ocultando ya por el oeste cuando Mael cruzaba nuevamente el arco de la puerta esta vez en sentido contrario, cuando descendía la empinada cuesta ya a las afueras de la ciudad no pudo evitar fijarse en el tenderete donde había conocido a la muchacha, pero no estaban los ánimos

para amoríos, no muy lejos de allí había un pozo de agua sobrevolado por diminutos murciélagos en busca de insectos, protegido por un muro de piedra sobre el que descansaba un abollado caldero sujeto por una cuerda, cogió el *pugio* que hacía poco había pertenecido a Mourus y lo observó un momento, era una pieza única, ricamente damasquinada digna de un rey, pero quedarse con ella serviría para acordarse siempre del cobarde de su dueño, así que se asomó al pozo y lo dejó caer al fondo, donde se hundió en el agua produciendo un ruido de chapoteo que el eco repitió varias veces reverberando sobre las paredes del oscuro pozo, más tranquilo y sabiendo ya que su amigo no había sido un desertor, se encaminó hacia el campamento y se dirigió directamente a la tienda del decurio, cuando llegó a ella se encontró que estaba vacía.

—¿Qué buscas, tiro? —le preguntó un veterano.

—Busco al decurión Marco.

—¡Se encuentra en aquella tienda! —le respondió el veterano indicándole con el brazo extendido la dirección. Pronto llegó a la tienda, encontrando al decurión arrastrando un arcón.

—¡Señor!

—¡Longus! ¿Qué haces aquí?

—¿Y esta tienda? —preguntó el astur.

—Es una larga historia que ya te contaré, ¿qué tal te encuentras?

—¿Puedo hablar con usted?

—¡Por supuesto! Siéntate donde puedas.

—¿Se acuerda del cilurnigo que había desertado llamado Belarmo?

—¡Sí! Desertó cuando estábamos acampados cerca de Lucus Asturum, tardaré en olvidarme de esa ciudad.

—Pues puede dar orden de que lo quiten de busca y captura; lo mató ese mismo día el auxiliar númida.

—¿Mourus? —preguntó el oficial.

—Sí, ese hijo de puta, al parecer le gustaban los jóvenes y como él no le correspondía, lo mató y luego echó su cadáver a una charca para que no lo encontráramos. Yo sabía que no había desertado, nos criamos juntos,

éramos casi hermanos, pero ese cabrón de númida ya no volverá a matar a nadie más.

—No habrás hecho lo que estoy pensando…

—¡Pues sí, lo he matado! Pero en lucha limpia *spatha* contra *spatha*.y antes de morir lo contó todo —respondió el astur en el preciso momento en que César, sin pedir permiso, entraba en la tienda.

—Señor, el tiro se ha portado como un hombre, perdón, como un legionario hecho y derecho —dijo el germano mientras daba un fuerte manotazo sobre el hombro del astur.

—¿Ya no se saluda a un superior? —gritó el decurio.

—¡Perdón, sí, sí, señor! —Carraspeó el germano a la vez que se cuadraba.

—¿Os ha visto alguien? —preguntó el decurión.

—¡No, señor! Ya nos hemos deshecho del cadáver, puede ponerlo en la lista de desertores; no creo que lo encuentren nunca —respondió el germano a la vez que le guiñaba el ojo a Mael.

—¿Y dónde ha ocurrido? —preguntó el oficial.

—En la taber… —Iba a responder el astur cuando un codazo propinado por el germano lo hizo callar.

—Así que en una taberna, y decís que no os ha visto nadie —les recriminó el nuevo *praefectus*.

—Tú calla y déjame hablar a mí —dijo el germano poniéndose delante de Mael—. Solo el tabernero, señor, pero por la cuenta que le trae no abrirá la boca, y los demás son una tumba.

—¿Así que hay más?

—Bueno, alguno más, pero todos pertenecen a mi *contubernium* y morirían primero que delatar a un compañero; además, fue el que primero desenfundó, a saber a cuántos más habrá matado el muy hijo de pu…

—¡Basta! No quiero saber más, y dejad de cacarear o acabaremos todos con la cabeza clavada en una pica a las afueras del campamento, y esperemos que no se compliquen las cosas. Sabéis de sobra las consecuencias que acarrea a quien mata a un compañero de armas y no

quiero saber más de él; no era precisamente el tipo de gente que entraría en el nuevo proyecto —continuó el *praefectus*.

—¿Qué proyecto, señor? ¿Nos envían a Germania? —preguntó el germano.

—¡No! Os reuniré mañana y os daré novedades, y ahora si no te importa desearía hablar con Mael a solas. —El germano extendió el brazo y, dando media vuelta, abandonó la tienda, guiñándole el ojo nuevamente al astur.

—Bueno, Longus, tengo que decirte una cosa y no sé si es buen momento.

—Estoy bien, señor, me he quitado un peso de encima matando a ese cobarde.

—Si te sirve de consuelo, yo también he perdido hoy a un gran amigo, ha muerto el *praefectus* Aurelius, también nos criamos juntos en un barrio de Roma.

—¡El tío del optio! ¿Y qué le sucedió?

—¡Pues que los dioses a los que él rezaba mucho se lo han llevado! Esperemos que a nosotros tarden en hacerlo, y ahora tengo que decirte que hoy he iniciado los trámites para tu adopción…

—¿Y qué es eso? —preguntó el astur.

—Primero que pasarás a ser mi hijo, segundo que si me ocurriera algo y los dioses vinieran por mí, espero que tarde, todos mis bienes pasarían a ser tuyos. —El cilurnigo tragó varias veces saliva—. Cuando todo esté arreglado, serás ciudadano romano; tu nombre pasará a ser Marco Macrino Longus, pero te seguiremos llamando Mael; te lo debo, me salvaste la vida sin pedir nada a cambio, y también le prometí a tu madre que cuidaría de ti; los dos hemos crecido sin la figura paterna, así que tú tendrás un nuevo padre y yo un crecidito hijo.

—¿Y yo qué tengo que hacer?, se me hace raro llamarle padre —preguntó el cilurnigo encogiendo los hombros.

—Hombre, primero, si no te parece mal, darme un abrazo, y segundo, creo que no hará falta que me llames padre; seguiré siendo el decurión Marco, ¿mejor así?

Los dos se fundieron en un sonoro abrazo, mientras sin poder remediarlo alguna que otra lágrima corrió por sus mejillas.

—Bueno, ahora vete a descansar y no comentes nada con tus compañeros, y por favor, deja de meterte en problemas. —El astur extendió el brazo y dio media vuelta, cuando estaba a punto de salir:

—¡Padre! Perdón, señor, ¿podría pedirle un favor?

—¿Que te dé un permiso para salir mañana, porque has conocido a una diosa?

—¿Cómo lo ha sabido?

—Porque a todos se nos ha aparecido una diosa en esa ciudad, veremos qué podemos hacer. Pero ten cuidado, no se te ocurra enamorarte, te lo digo como padre, las heridas del corazón tardan mucho en curarse, lo sé por experiencia. No tardando mucho partiremos de aquí y sabes que en la legión está prohibido el matrimonio. Ten cuidado de no hacerte daño y no hacérselo a otra persona, ¿comprendes lo que te quiero decir?

El astur dio media vuelta y salió de la tienda con semblante triste, dejando a su padre sentado tras una pequeña mesa de campaña sobre la cual empezó a tamborilear con los dedos, pensando que pronto empezaban los problemas. Si se descubría que Mael había matado al númida, sería condenado a muerte y él mismo tendría que firmar la sentencia que sería ejecutada por sus propios compañeros. El nuevo *praefectus* agachó la cabeza y se frotó la frente con la mano varias veces, hasta que le vinieron a la memoria las palabras que no hacía mucho le había dicho el legado: «Hay que respetar las leyes, que a veces nos gustarán más o menos, pero la ley es la ley, nos guste o no… pero a veces por una buena causa». Y qué mejor causa para saltársela que salvarle la vida a un hijo que había arriesgado la suya para salvarle la de él. Luego su mirada quedó fija en el pergamino que reposaba enrollado sobre la mesa, en el cual firmado y sellado por el legado de la X legión en nombre del mismísimo emperador, constaba su nombramiento como *praefectus alae* mientras una voz le decía dentro de su cabeza: «Marco, Marco, ¿cómo es posible que aún no hayas estrenado el cargo y ya estés saltándote las leyes?».

El día amaneció nublado y se oían truenos en la lejanía que presagiaban que no tardando mucho empezaría a llover; en el campo de instrucción estaban formadas las nuevas secciones de reclutas a la izquierda, y el resto de legionarios veteranos que se quedarían para controlar la provincia a la derecha, rindiendo honores a la legio X Gemina que partía para los cuarteles de invierno de la Galia, donde se uniría con otras legiones para cuando llegase la próxima primavera partir hacia Germania. Anteriormente, los sacerdotes habían celebrado la *lustatio* y examinado los intestinos de las ajusticiadas reses con el fin de ver si presagiaban buenos augurios, también se realizaron ofrendas y plegarias en honor al emperador, en primer lugar iba el *legatus legionis* montado sobre un purasangre blanco de brillantes ojos negros, las riendas y demás correas eran de color dorado, sobre su cabeza portaba un impresionante casco con penacho de plumas teñidas de color escarlata, detrás de él iban sus oficiales a caballo y uno sin jinete en recuerdo del *praefectus* Aurelius, tras del montado sobre una mula su liberto encargado de cuidar de los terroríficos molosos que sujetos a dos largas correas de cuero iban dejando sus babas a lo largo de la calzada, más atrás el signifer portando el *signum* a su lado el *vesillarius* que portaba el estandarte de la X y el aquilifer que portaba el águila de la legión, los tres ataviados con sus características pieles de lobo, y dos cornicines con sus *buccinas* que los acompañaban uno a cada lado. Luego, la caballería pesada y ligera y tras ellos el grueso de la legión a pie, aproximadamente unos seis mil hombres equipados con *scutum*, *pilum* y sobre un hombro el pesado equipo de campaña cargado sobre la furca. El ruido de sus *caligae* dio paso a la larga columna de carros de bagaje, el *impedimentum* donde viajaban también cantidad de esclavos, así como las mulas que transportaban lo necesario para cada *contubernium*; enormes carros tirados por recuas de mulas y bueyes transportaban las mortíferas armas de asedio, caballos de refresco, ganado lanar y vacuno cerraban la interminable fila de hombres y bestias, donde las primeras unidades ya se perdían entre una nube de polvo sobre el horizonte y, aún esperando que el polvo se disipara, esperaba otra columna de carros donde viajaban las mujeres que convivían con los

legionarios, y sus hijos, comerciantes de todo tipo y, por último, cómo no, gentes de mal vivir.

El centurión Demetrio permanecía de pie con las piernas separadas con su vara de vid debajo del brazo. Mientras los veteranos legionarios habían ya roto filas, los tiros continuaban en formación. Todos quedaron pendientes de un jinete que se aproximaba montado sobre un percherón negro. En su cabeza portaba un casco con penacho longitudinal de crin de caballo, sobre su *lorica amata* brillaban *torques* y *phalerae* y de un *tahalí* colgaba una *spatha* del lado derecho. Cuando llegó a la altura de la formación, tiró de las riendas, haciendo parar al caballo.

—¡Atención! —gritó el centurión.

—Demos la bienvenida a nuestro nuevo *praefectus alae*. Los cilurnigos al verlo quedaron con la boca abierta, y sobre todo Mael, que no sabía que tenía un padre con alto rango.

—¡Legionarios! Gritad conmigo, viva el *praefectus alae* Marco Macrino.

—¡Viva, viva! —gritaron todos al unisono.

El nuevo *praefectus*, con el cuerpo erguido sobre el caballo, esperó a que la tropa se tranquilizara para dirigirse a ella.

—Soldados, tenéis que estar orgullosos, habéis cumplido vuestro periodo de instrucción y nuestro emperador César Augusto os ha escogido para formar una nueva ala de caballería auxiliar y a mí como vuestro superior. Desde hoy pertenecéis al ala II Asturum. Nuestra misión será proteger los flancos de las legiones destinadas en algún lugar del Imperio. ¡Que se prepare el enemigo! Van a saber quiénes somos los de la II Asturum.

Una gran algarabía surgió entre la tropa.

—¡Callad la boca, palurdos, y dejad hablar al *praefectus* u os deslomo uno a uno! —bramó el centurión mientras el antiguo decurión, con la palma de la mano derecha extendida, pedía calma a la vez que con la izquierda tiraba de la rienda, haciendo que el caballo caracoleara varias veces, hasta que las voces se calmaron; entonces irguió el cuello y prosiguió con la orenga.

—Los centuriones os habrán dicho muchas veces que la disciplina es la

base de la legión; sin ella muchos de vosotros moriréis en el campo de batalla; solo con disciplina se sobrevive. Ahora comienza un nuevo periodo de aprendizaje y cuando lo terminéis, jinete y caballo tienen que formar una sola pieza; solo así conseguiréis la victoria, y ahora gritad conmigo: ¡Viva el emperador!

—Viva, viva —gritaron trescientas voces a la vez.

—¡Viva la Décima Gemina!

—Viva —volvieron a gritar.

—¡Viva la II Asturum!

Los vítores sonaron todavía más rotundos.

—¡Centurión! Que rompan filas antes de que empiece a llover —le ordenó el *praefectus*.

—¡Atención, viejas plañideras, romped filas!

La formación, desoyendo la orden, volvió a gritar:

—¡Viva el *praefectus* Marco Macrino!

El cual levantó el brazo en señal de saludo, dio media vuelta y esbozando una sonrisa abandonó el campo de instrucción, haciéndose después el silencio, que fue interrumpido por la voz del centurión.

—¿No me habéis oído? Largaos de una vez; por hoy ya está bien de vítores.

—Estarás contento —preguntó Mael a Auledo después de romper filas camino del barracón.

—¿Por qué debía estarlo?

—Si no recuerdo mal, no hace mucho rezabas a los dioses para que no te tocase infantería, ¿o no lo recuerdas?

—Ja, ja, ja, claro que lo recuerdo, ¿quién nos iba a decir cuando salimos del poblado pisando mierda de caballo que llegaríamos a pertenecer a un ala de caballería imperial?, si nos vieran nuestras madres… —respondió Auledo mientras estiraba el brazo para poder coger a Mael por el hombro. Todos los cilurnigos reclutados en Noega se las habían arreglado para que les tocara juntos en el mismo *contubernium*, Mael, Abieno, Dolfo, Alucio, Aravo, Auledo, Biegino y Eutimio eran ya jinetes de la II Asturum, pronto

se les haría entrega de caballo y armamento que podrían portar incluso en la ciudad. Cansados de estar tanto tiempo de pie en la formación, se echaron resoplando en sus camastros, haciéndolos rechinar cuando una voz conocida sonó en el pasillo del barracón.

—¿Se encuentra por ahí Mael?

—¡Sí, señor! —contestó el astur, levantándose como un resorte.

—Quiero hablar contigo; los demás, haced el favor de desaparecer de mi vista.

Todos los cilurnigos salieron despavoridos en varias direcciones.

—No sé cómo te las has arreglado, pero el *praefectus* me ha dado orden de que te entregue este pergamino. ¿Sabes qué es?

El astur quedó cabizbajo, pero intuía que era el permiso.

—¡Yo te lo voy a decir, es un permiso para salir del campamento! ¿No sabes, listillo, que antes de hablar con un superior hay que pedirme permiso a mí? ¡Hay que respetar las reglas, quién te crees que eres, bárbaro de mierda! —le gritaba el centurión mientras lo amenazaba con su vara para después susurrarle al oído—: Tienes una muchachita ahí afuera, ¿eh? ¡Dime la verdad!

—¡Sí, mi centurión!

—¡Así me gusta!

Demetrio miró a un lado y al otro y bajó la voz para que no lo oyera nadie.

—Te he estado observando y eres un gran tipo; tú y yo nos llevaremos bien, ¿qué te parece si yo te dejo salir de vez en cuando y tú me haces un favor?

—¿Qué favor?

—Para ti, con ese cuerpo y esos brazos, poca cosa, y además podrás ganar muchos denarios con los que podrás hacerle regalos a tu muchachita.

—¿Y qué tengo que hacer?

—¡Pelear! —dijo el Centurión en voz baja.

—¡Pelear! No, no; yo no quiero que me maten —respondió el cilurnigo.

—¿Matarte? ¿Quién puede con todo un legionario de Roma como tú?

Mira, Mael, voy a decirte una cosa que no sabe nadie: los permisos quedarán anulados hasta que acabéis la nueva etapa de instrucción y esa palomita se aburrirá de esperarte y se marchará con algún legionario veterano. Así es la vida, pero ser amigo del centurión Demetrio abre muchas puertas, piénsatelo mientras disfrutas del permiso de hoy, dentro de poco la segunda. ¿Cómo dijo el *praefectus* que se llamaba?

—¡Asturum, II Asturum!

—¡Eso! Estará lejos de aquí y hay que aprovechar la vida; nunca se sabe de dónde puede venir una flecha. —El centurión le tiró el pergamino en el suelo y dando media vuelta se encaminó hacia el puesto de guardia del campamento.

A lo lejos en la inmensa planicie, castigada no hacía mucho por el sol, podía verse cómo unos oscuros nubarrones descargaban de sus entrañas la lluvia sobre unos campos plantados de cereal, sin embargo, sobre la *porta pretoria* por la que salía en aquel momento Mael no había caído ni una gota, el transmontano que tuvo que aguantar antes de salir las bromas de sus compañeros de *contubernium* referentes a las mujeres y después de haber enseñado el permiso al optio *custodiarum* se dirigió rápidamente hacia las murallas a cuyos pies se encontraba el tenderete donde trabajaba la muchacha, tras él, a cierta distancia, cubierto con una capucha, un sirviente lo seguía, pero para el astur su actitud pasó desapercibida, sentado tras una pequeña mesa repleta de herramientas un hombre fuerte y canoso, pelo habitual en los veteranos que procedían de las tribus de Gallaecia, cosía empujando con fuerza un odre de cuero.

—¿En qué puedo servirte, romano?

—Busco a una muchacha que… —El hombre no lo dejó acabar la frase.

—¿Y para qué la buscas si puede saberse? —preguntó de malas maneras el hombre.

—¡Le debo dinero! —En aquel momento la puerta del carro se abrió, saliendo de ella la muchacha que, con la cabeza gacha, bajó por las rechinantes tablas que hacían de escaleras.

—¡El militar no es romano, papá, es cilurnigo! —Al oír Mael aquellas

palabras se le erizaron los pelos de los brazos.

—¡No tengo mucho tiempo! Me gustaría hablar contigo.

—¡Salgo un momento, padre! —El hombre se levantó rápidamente, dejando el odre sobre la mesa y, cogiéndola del brazo, la llevó hacia el interior del tenderete.

—Te tengo dicho que no me gusta que andes con militares romanos o de donde sean; todos buscan lo mismo y después, tarde o temprano, se acaban marchando; y no quiero que mi hija tenga que marcharse detrás de una legión o que tenga que cuidar toda la vida de un hijo cuyo padre nunca sabrá quién es; además, ya sabes que te tengo prometida al hijo del comerciante de vinos —le decía el padre en voz baja.

—Padre, solo voy a hablar con él, y piense que tarde o temprano yo también tendré que marcharme; no quiero pasar el resto de mi vida en este carro que poco difiere de ir detrás de una legión. —Apartó la mano de su padre, que la sujetaba y, reuniéndose con el astur, los dos se dirigieron hacia la puerta de entrada a la ciudad.

—Bueno, tienes que decirme lo que te debo por los calcetines.

—¡No me debes nada, es un regalo, los he hecho yo misma! ¿Te han solucionado el problema?

—Por supuesto, y además cada vez que los miro pienso en ti; conocerte es lo único bueno que me ha sucedido desde que llegué a estas tierras —dijo el cilurnigo mientras se le ponían los carrillos colorados.

—El otro día no llegué a oír tu nombre —le preguntó el astur, mientras los dos se sentaban sobre un pequeño muro de piedra, desde donde se podía ver todo el valle donde se asentaba la X Gemina.

—Te digo mi nombre si me dices tú una cosa.

—¿Qué cosa?

—¿Cómo es el mar? —El cilurnigo se quedó mirando al cielo, que en aquel momento estaba libre de nubes.

—¿Ves todo este cielo azul?, pues es igual de inmenso y del mismo color; a veces está en calma y otras ruge llenándose de espumas blancas que estrella con fuerza contra las rocas; dentro de él viven diosas y criaturas

gigantes que echan humo por sus cabezas, y no se te ocurra beber nunca sus aguas, te volverías loca de lo salada que está.

—Calla, calla, no me cuentes más, no quiero que me estropees mi sueño.

—No es mi intención. ¿Qué sueño es ese?

—Tener algún día mi propio negocio en una ciudad situada cerca del mar —le dijo la muchacha mirando al cielo.

—Yo rezaré a mis dioses para que se cumpla, y ahora que ya te he contado cómo es el mar, ¿puedes decirme tu nombre?

—¡Lúa! Que quiere decir «luna». Mi tribu vive en un castro situado en las montañas de Gallaecia llamado Fons Sacrata —le decía la muchacha, mientras el astur no podía apartar la mirada de sus ojos mientras le hablaba.

—Bueno, entonces cuando mire para arriba y vea la luna me acordaré de ti y cuando mire para abajo y vea los calcetines me acordaré de ti también. —Los dos, mirándose uno a otro, se rieron como no se habían reído antes en su vida; la tarde se fue quedando fría mientras el sol, tiñendo el cielo de naranja, poco a poco se iba escondiendo por el oeste. Mael se quitó su capa y se la puso por los hombros a la muchacha.

—Bueno, tengo que marcharme. Mi padre estará ya preocupado. —Los dos se encaminaron hacia la puerta de la ciudad, por la cual entraban cuatro esclavos portando sobre sus hombros la litera de una rica dómine.

—¿Podré volver a verte? —le preguntó el cilurnigo.

—Me encantaría, pero mi padre no quiere que me relacione con ningún militar porque tarde o temprano acaban marchándose.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que, si nos seguimos viendo, ¿qué será de nosotros cuando tu legión tenga que marcharse? —El cilurnigo se quedó en silencio y pensativo.

Sin apenas hablar, llegaron al tenderete. La muchacha le entregó la capa y poniéndose de puntillas le dio un beso en la mejilla. Luego, con la mirada triste, cada uno se fue en direcciones opuestas: ella a ayudar a su padre y él con la mano en la mejilla, protegiendo que el viento no se llevara el beso en dirección al campamento. ¿Cuándo la volvería a ver, pensó el cilurnigo, si

el centurión le había dicho que se suprimirían todos los permisos?; entonces por su cabeza pasó la conversación mantenida con el centurión: «Ser amigo del centurión Demetrio abre muchas puertas».

—¿Da su permiso, señor? —preguntó un sirviente antes de entrar en la tienda del centurión.

—¡Pasa! ¿Has podido enterarte de algo?

—La palomita….

—Déjate de bromas y dime de una puta vez con quién se ve.

—Con la hija de un guarnicionero que tiene un puesto al pie de las murallas.

—Muy bien, toma y lárgate y ni una palabra a nadie, ¿entendido? —le decía el centurión al sirviente mientras le entregaba unas monedas.

Después de pasar varios días sin poder salir de permiso, Mael se encontró con el centurión en las letrinas, cosa que Demetrio ya tenía programado que sucedería.

—¡Qué tal, muchacho! ¿Cómo van esos amoríos? —le dijo el centurión que, levantando su túnica, se ponía de cuclillas al lado del astur—. ¿Has pensado algo referente a nuestra conversación?

—¡No, ya le dije… que no… estoy interesado! —respondió Mael con voz entrecortada, pues a sus esfínteres les costaba trabajo dejar pasar a un rebelde zurullo.

—¿No estás interesado en luchar o en ver a la muchacha?

—¡En… luchar… Ahhhh! —respondió aliviado el cilurnigo al desprenderse del zurullo.

—Tengo que decirte una cosa, hace poco se quemaron todos los tenderetes que estaban situados al sur de la muralla. Pobre gente, se quedaron arruinados. Estos incendios ocurren muy a menudo, una lucerna mal apagada y paf, el trabajo de toda una vida se va rápidamente al traste, y a veces hay gente que se muere; sí, no pongas esa cara, se muere.

—¿Qué cojones quieres decir? Espero que no haga daño a… —El centurión no lo dejó acabar.

—¡No te enfades conmigo! Mira, mañana hay preparada una pelea donde

hay muchos denarios en juego, peleas, ganas. ¡Porque sé que ganarás! Nos repartimos el dinero y luego te marchas de permiso con tu muchachita. ¿Qué te parece?

—Lo siento, no pretendo hacerme rico y menos de esta forma, prefiero más vivir.

—¡Mira, bárbaro! —ladró el centurión, apuntándole con el dedo índice —. He apostado por ti mucho dinero y no pienso perderlo. Hasta ahora he sido bueno contigo, pero no me dejas elección. Muchos quisieran que Demetrio se fijara en ellos; serían capaces hasta de matar a su madre o desertar. Mañana por la tarde vendré a buscarte y lucharás, si no el guarnicionero y la palomita se quedarán sin negocio. Hay que tener cuidado con las lucernas, así que piénsatelo. —El centurión escupió en el suelo, se bajó la túnica y dando media vuelta se encaminó hacia su tienda.

—¡Está bien, pelearé! Pero como le ocurra algo a la muchacha, te juro que yo mismo te mataré, y un cilurnigo siempre cumple lo que promete… —le gritaba el astur al centurión mientras este se perdía entre las tiendas dándole la espalda. El transmontano cogió con rabia la esponja que, sujeta a un palo, había dentro de un renegrido cubo de madera lleno de agua y se limpió el culo. Esto y la paga eran lo mejor que habían inventado los romanos, pensaba Mael. Ya se lo había dicho su madre: «Hijo, Roma es el futuro»; luego con la cabeza gacha llegó a su *contubernium*, donde se encontró con Auledo que, sentado sobre su camastro, sacaba brillo con un trapo a su pesada y recién estrenada *lorica amata*.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Auledo—. No puedes apartarla de la cabeza, ¿verdad? Es mejor ser feo como yo, así las mujeres no se fijan en mí y no tengo esos problemas.

—¡No es eso! —respondió Mael sentándose sobre su camastro y echando las manos sobre la cabeza—. Me pasa que el puto centurión me tiene agarrado por los huevos y no quiere soltármelos.

—Explícate —le dijo Auledo.

—Quiere que luche en peleas donde se hacen grandes apuestas y si no lo hago me ha amenazado con hacer daño a Lúa y a su padre y supongo que

hasta que consiga que luche no me dejará en paz.

—¡Lúa! Supongo que es la muchacha con la que te ves, ¿verdad?

—¡Verdad! —respondió Mael.

—Bueno, no me lo habías dicho, Pues si ese hijo de puta quiere que luches, se lo decimos al *praefectus* y él se encargará de joderlo.

—¡Ni una palabra al *praefectus*! ¿Entendido? —gritó Mael levantándose rápidamente del camastro con el rostro encolerizado.

—¡De acuerdo, de acuerdo! Pues entonces, ¿qué cojones hacemos?, ¿qué quieres, que me quede de brazos cruzados mientras ese hijo de puta te mata?

—De momento, nada, tengo que pensar. —El cilurnigo se echó nuevamente en su camastro, poniendo sus manos cruzadas tras la nuca.

Un carro tapado por una lona y tirado por dos mulas salía por la puerta pretoria conducido por un veterano legionario con la cabeza tapada por una capucha, llevando en su interior al centurión Demetrio y a Mael.

—¿A dónde nos dirigimos? —preguntó Mael.

—Primero, tranquilízate, nos esperan en una *domus* muy importante; el dueño es un rico dómine que se divierte organizando luchas a las que invita a lo mejorcito de la ciudad.

—Pero ¿en la ciudad no existe ya un circo donde hay luchas y carreras?

—Sí, pero al dómine no le gusta estar con la plebe; además aquí se mueven más denarios libres de impuestos. ¿Entiendes? Es igual, tú lo que tienes que hacer es quitarte de delante al que te toque, cobramos y para el campamento, fácil, ¿no?, además, si le caes bien al dómine puedes acabar en Roma.

—¡No quiero acabar en Roma! —respondió rápidamente Mael.

Después de un tiempo de traqueteo por las empedradas calles de la ciudad, el carro se detuvo; un hombre apartó la lona dejándolos salir.

—¿Este es el nuevo? Tiene buena planta —comentó el hombre con el legionario que permanecía sentado sobre el carro con las piernas colgando.

Efectivamente, estaban en una gran *domus*, entraron por una pequeña puerta que daba directamente al *peristylum*, donde un fornido negro los

esperaba haciéndose cargo de Mael, que miraba asustado a un lado y al otro. No tenía buenos recuerdos de su última estancia en otra *domus*. El negro abrió una trampilla situada en el suelo y le indicó a Mael que bajara. Mientras Demetrio se quedaba arriba, unas húmedas escaleras de caracol que hacían que las *caligae* resbalaran lo condujeron hasta un *cubiculum* míseramente iluminado donde se encontró con un joven sentado sobre un camastro.

—¡Espera, aquí! —le dijo secamente el negro.

—¿También vienes a luchar? —le preguntó el astur.

—¡Sí!, ¿y tú? —le respondió el joven con voz melancólica.

—¡También! ¿Sabes contra quién tenemos que luchar? —le volvió a preguntar Mael.

—¿No lo sabes? Lucharemos contra el que llaman el Sirio; de momento nadie lo ha vencido. Dicen que luchó como gladiador en Roma y aquí ha enviado a muchos a las cloacas.

—¿A las cloacas? —preguntó Mael mientras un sudor frío recorría su cuerpo.

—Estas luchas no están permitidas; es un pasatiempo del hijo de puta del dómine, que es dueño de casi toda la ciudad. Es un antiguo *legatus* de la Décima, que ha hecho rico a muchos y todos le deben favores; por eso vienen a besarle el culo haciendo grandes apuestas, y a los que no sobreviven los tiran a la cloaca y nadie vuelve a saber de ellos.

—¿Y tú por qué peleas?

—Le pedí dinero, y tuve la mala suerte de que la cosecha salió mal y ahora no puedo devolvérselo; me dijo que si conseguía ganar al Sirio me lo perdonaría y que podría quedarme con las tierras. El cabrón disfruta viendo sangre. ¿Y tú por qué estás aquí?

—¡Yo…, yo vengo a matar a ese puto Sirio! —El joven esbozó una leve sonrisa, mientras con sus manos echaba sus cabellos hacia atrás.

El fornido negro les dijo que se quitaran la ropa y se quedaran solamente con el *subligaculum*.

—¡Tú serás el primero! —le dijo el negro al joven, apuntándole con el

dedo índice extendido. Este extendió los brazos y rezó a los dioses. Al poco tiempo volvió a regresar el negro para acompañar al joven que, cabizbajo, levantó la mano para despedirse de Mael.

—¡Eh, espera, yo entraré primero! —le gritó el cilurnigo, el negro dio media vuelta, soltó la mano con la que retenía al joven por el brazo y empujó al astur haciéndole caer de espaldas sobre el camastro; cuando quiso levantarse, los dos ya habían desaparecido por el oscuro pasillo.

—¡Necesito hablar con el *praefectus*! —les decía César a los centinelas que hacían guardia en el exterior de la tienda *praetorium*, al cual, en vista de que se avecinaban problemas, decidio junto con Auledo hacerle una visita.

—¿Qué es lo que pasa ahí afuera si pude saberse? ¿Qué son esas voces? —gritó el *praefectus* Marco desde el interior de la tienda.

—Un auxiliar germano y un équite, quieren hablar con usted, señor —le respondió el centinela armado de lanza y escudo ovalado de caballería.

—¡Déjalos, pasar! —El germano y el astur saludaron con el brazo extendido, quedando en posición de firmeza delante del *praefectus*.

—Pero ¿qué os pasa a vosotros, os habéis vuelto locos?

—¡Señor! Necesitamos que nos facilite un permiso para salir a la ciudad.

—Pero ¿qué os creéis que es esto? ¿Un puesto de verduras donde se puede salir a cualquier hora?

—Se trata… —Al astur Auledo no le salían las palabras.

—Se trata de… —volvió a titubear, mientras César le daba disimuladamente un codazo para que espabilara.

—¿Vas a decirlo de una puta vez o mando a la guardia que te arreste? —le dijo el *praefectus* enfadado.

—¡Se trata de Mael, señor! —dijo rápidamente César mientras Auledo respiraba aliviado.

—¿Qué pasa con Mael?, ¿ya se ha metido en otro jaleo?

Auledo carraspeó, pero por fin contó lo que sabía al *praefectus*.

—Hace tiempo que el centurión Demetrio anda tras él para que pelee en luchas donde se apuestan grandes cantidades de dinero y, como Mael no

quería hacerlo, lo ha estado hostigando, quitándole permisos y hasta lo amenazó con hacer daño a la chica con la que sale.

—¿Y por qué no me lo habéis dicho primero?

—¡Me prohibió que hablara con usted, señor, y esta tarde no se ha presentado a la formación!

—¡De acuerdo, vamos a buscarlo! ¡Supongo que esas luchas serán a muerte, esperemos no llegar tarde; no quiero quedarme sin hijo tan pronto! —Los tres se encaminaron hacia la puerta pretoria, mientras el astur y el germano se miraban uno al otro, encogiendo los hombros extrañados.

—¿Y a dónde vamos? —dijo el *praefectus* mientras se frenaba en seco.

—Tiene razón, no sabemos a dónde lo han llevado, la ciudad es enorme.

—¿Quizás algún sirviente del centurión sepa algo? —Los tres dieron la vuelta haciendo caso a César; rápidamente llegaron a la tienda del centurión en la cual efectivamente un sirviente recargaba de aceite unas pequeñas lucernas.

—Necesitamos saber dónde se encuentra el centurión Demetrio —le preguntó Auledo.

—No lo sé. Y, además, ¿por qué tengo que decírtelo? —le respondió de malas maneras el sirviente.

—Bueno, pues entonces se lo dirás al *praefectus alae* del campamento. —Marco entró en la tienda apartando fuertemente el faldón; el sirviente, al verlo, agachó la cabeza levemente en señal de respeto.

—No lo sé, señor, nunca me dice a dónde va. —En aquel instante César entró en la tienda y sin mediar palabra lo agarró por el cuello con su enorme mano, levantándolo casi del suelo.

—¡Me parece que sabes más de lo que parece, te tiene bien entrenado el centurión ese! —El sirviente, con los ojos que le salían de las órbitas, intentaba zafarse de la presión que ejercía la poderosa mano del germano hasta que levantó la mano; entonces César aflojó la presión, dejando que entrara aire en sus pulmones y permitiendo que sus pies se posaran en el suelo.

—Agggg, le oí comentar algo sobre una gran *domus*, al parecer tiene un

gran salón con un impresionante mosaico donde hay representadas unas escenas de caza.

—¡Déjalo! Ya sé dónde es, es la *domus* de Petronio, antiguo *legatus*. —César soltó el cuello del sirviente, el cual cayó sentado sobre el camastro del centurión, tosiendo.

Los tres salieron corriendo en dirección a la puerta pretoria cuando se encontraron con un legionario que a pie llevaba de las riendas a dos caballos. Rápidamente, de un salto, Marco montó sobre uno de los caballos, e inmediatamente César hizo lo mismo sobre el otro, ante la cara de sorpresa del legionario.

—¡Muchacho! Avisa que abran la puerta al *praefectus alae*. ¡Rápido! —le gritó el oficial mientras Auledo, ayudado por el germano, se subía a la grupa del caballo, cogiéndose a la cintura del gigantón para no caer.

—Espero, mierdecilla, que no cuentes a nadie que me has cogido por la cintura —le decía el germano a Auledo riéndose. Los tres salieron en dirección a Asturica Augusta, cuando llegaron al pie de las murallas, desde un ventanuco de un carro, unos preciosos ojos verdes miraban cómo dos caballos, uno montado por dos jinetes, pasaban al galope, dejando tras de ellos una nube de polvo.

Capitulum

XIII

A su mente llegaron recuerdos de su poblado como cuando las gaviotas planeaban en el aire dejándose llevar por el viento frío del norte, el ruido de las olas rompiendo con fuerza contra los acantilados, los golpes del martillo del herrero en la fragua del poblado perfilando algun caldero, el refunfuñar cuando su madre le mandaba a por leña y tenía que dejar de jugar con sus amigos, pequeñas cosas que pasaban desapercibidas pero que hoy volvían a la memoria echándolas de menos. Mael permanecía sentado sobre el destartalado camastro, cuando un ruido de pasos lo hicieron volver a la realidad.

—¡Te toca, a ti! —le dijo el negro apuntándolo con el dedo índice, Mael dio dos fuertes manotadas sobre sus rodillas y se puso de pie, luego los dos se adentraron por un oscuro pasadizo por el cual según iban avanzando se escuchaban risas y griterío, a la izquierda en una especie de habitación se almacenaban envueltos entre paja ánforas y toneles posiblemente de aceite por lo resbaladizo del suelo, las voces se escuchaban cada vez más cerca.

—¡Sirio, Sirio, Sirio! —Del fondo del pasadizo hicieron su aparición dos hombres que en sentido contrario y a paso ligero transportaban una camilla por la cual colgaban unos brazos que arrastraban por el suelo.

—¡Haceos a un lado, que pesa y tenemos que volver rápido por este otro! —dijeron entre risas los porteadores mientras Mael se arrimaba conta la pared para dejarlos pasar.

—¡Malditos hijos de puta! —dijo el cilurnigo apretando los dientes de rabia al ver que el transportado era el joven con el que hacía un poco había estado hablando. Mael torció el cuello y los siguió con la mirada hasta que desaparecieron en la oscuridad.

—Vamos, que no tenemos todo el día —ladró el negro a la vez que le

propinaba un fuerte empujón.

El pasadizo dio paso a una gran sala de techo abovedado iluminada por antorchas, velas y lucernas de aceite. Una pequeña puerta daba paso al interior del circo cuyo suelo era de arena, estaba rodeado por un muro de piedra no muy alto sobre el cual reposaban varias vigas de madera que sustentaban el techo, sobre el que por la parte exterior se encontraba el *peristylum*, el recinto estaba lleno de hombres vestidos con togas blancas y mujeres que lucían exagerados peinados, y sobre un trono de mármol blanco, el dómine, cual emperador, sostenía en su mano izquierda una brillante copa de oro, mientras su mano derecha hurgaba debajo de la túnica de una bella mujer que permanecía de pie a su lado, en la última hilera de bancos se encontraba el centurión, que reía junto a otros hombres ajenos a lo que pasaba en la arena, sin mediar palabra el corpulento negro le dio un fuerte manotazo en la espalda para que entrara en la arena y le hizo entrega de una pequeña espada cuya oxidada hoja no medía más que la palma de una mano, sobre la arena podían verse manchas de sangre, posiblemente del joven que ya no trabajaría más sus tierras y cuyo cuerpo acabaría troceado y tirado a la cloaca.

Un maestro de ceremonias hizo su aparición sobre la arena, vestido con una túnica anaranjada y ademanes afeminados.

—¡Gran dómine Petronio! Benefactor de nuestra ciudad, en el próximo combate lucharán el gran campeón, Sirio, contra un bárbaro transmontano perteneciente a la tribu de los *cilunos*.

—¡Cilurnigos! —gritó Mael, mientras todos los presentes estallaron en una sonada carcajada. El dómine, orgulloso de su pequeño circo donde solo podía entrar gente pudiente de la ciudad, se levantó de su trono poniéndose de pie, luego levantó los brazos y todos guardaron silencio.

—Antes de que empiece la lucha, tengo que deciros que próximamente financiaré la construcción de un nuevo templo dedicado a nuestro emperador César Augusto, así como la construcción de unas nuevas letrinas públicas que tendrán la particularidad de tener agua caliente. Ahora tendréis que tener cuidado de no quemaros el culo.

Todos los presentes se rieron y dieron vivas al benefactor de la ciudad, hasta que el maestro de ceremonias levantó el brazo pidiendo silencio mientras aparecía por el pasadizo el Sirio. Mael lo miró de arriba abajo, tez morena, cabeza rapada, torso musculoso y en el brazo derecho tenía tatuado «Legio VI Victrix», tapaba sus partes con un *subligaculum* rojo y en la mano portaba una pequeña espada, el maestro de ceremonias los reunió a los dos en el centro de la arena para que la gente los vitoreara y sin mediar palabra el Sirio le propinó a Mael un golpe en la cara con la guarnición de la espada, abriéndole una brecha en el pómulo y haciéndole caer al suelo, el griterío fue en aumento, «¡Sirio, Sirio!», el cilurnigo medio sonado se reincorporó quedando sentado sobre la arena, mientras el Sirio con los brazos levantados se exhibía ante el público moviendo los brazos para que todos gritaran su nombre, Mael vio que le daba la espalda y en ese momento el astur levantó la espada para rápidamente bajarla con fuerza clavándosela en el pie al Sirio, la pequeña espada traspasó la *caligae* y el empeine dejándolo clavado en la arena, este dio un grito de dolor, dobló su cuerpo con la intención de quitarse la espada dejando su culo a la altura de los ojos de Mael, que continuaba sentado sobre la arena, el astur se levantó rápidamente y con su pie derecho protegido por un calcetín de tosca lana para que no le rozaran las correas de su *caligae* le dio un fuerte empujón haciendo que el Sirio empotrara la cabeza contra una argolla de hierro que colgaba del muro abriéndole el cráneo, un cloc seco sonó en toda la sala mientras el Sirio caía fulminado quedando doblado sobre la amarillenta arena, todo quedó en silencio, hasta que el dómine se levantó como un resorte de su trono lanzando la copa al suelo, nunca habían visto combate más rápido, Mael de pie, estaba todavía un poco aturdido y le dolía el pómulo del cual manaba bastante sangre, de repente todos empezaron a gritar como locos.

—¡Cilurnigo, cilurnigo! —El dómine levantó los brazos pidiendo calma, mientras dos hombres con cara de sorpresa entraban en la arena con la camilla para llevarse el corpachón inerte del Sirio.

—*Cilugo*, o como se diga, eres el justo vencedor, se te pagará… —El

astur no lo dejó acabar.

—¡No quiero dinero, dómine! —Todos se quedaron mirándose unos a otros.

—¿Qué es lo que quieres, muchacho? Eres el primero en todo el Imperio al que escucho decir tal cosa, ja, ja, ja. —Rio el dómine mientras el astur se acomodaba su cinta de cuero a la frente.

—Quiero luchar a muerte contra el centurión Demetrio. —Todos buscaron rápidamente dónde se encontraba.

—No es lo normal lo que pides, pero al ganador hay que satisfacerlo, a no ser que el centurión tenga algún reparo y diga que no.

—¡Sí, lucharé! —gritó el centurión desde la grada poniéndose de pie y, aunque el reto que le hacía el niñato lo había cogido por sorpresa, no era cosa de negarse y menos delante de la flor y nata de la ciudad.

—¡Pues adelante! —dijo el dómine mientras se dejaba caer sobre los mullidos cojines que protegían sus posaderas del frío trono. Un esclavo le entregó otra copa limpia, la cogió y extendió el brazo; rápidamente, una joven muchacha le sirvió vino mientras todos empezaron a gritar: «¡Demetrio, Demetrio!», el cual bajaba vestido solamente con su túnica militar por la tribuna, recibiendo golpes de ánimo en la espalda, hasta que llegó a la puerta por la cual entró en la arena donde lo esperaba el astur, el cual con el cuerpo encorvado extraía la pequeña espada del pie del que hasta hace poco era el victorioso y aclamado Sirio. Mientras la gente vociferaba y hacía sus apuestas, Mael que tenia la espada del Sirio se la tiró al centurión a los pies. Rápidamente, Demetrio se agachó para cogerla con la mano temblorosa, pero sin perder de vista al astur, mientras de su frente caían gotas de sudor sobre la arena.

—Te has quedado pálido, centurión, a ver si aquí eres tan valiente como en el campamento. ¿A cuántos les has jodido la vida antes que a mí en este lugar? —le preguntó el astur.

—Estás loco, bárbaro, no sabes la cantidad de dinero que has perdido y tampoco sabes con quién te la estás jugando; primero acabaré contigo y luego me follaré a la palomita del guarnicionero.

El centurión, nervioso, se lanzó de frente con la mano por delante con la intención de clavarle la espada en el pecho al astur y acabar pronto con él, pero el cilurnigo, que además de más joven era más ágil, lo esquivó a la vez que le ponía la zancadilla, el centurión con la inercia que llevaba perdió pie y cayó sobre la arena boca abajo. Rápidamente, la rodilla del astur estaba sobre su espalda, inmovilizándolo. Lo cogió por el pelo y le levantó la cabeza diciéndole:

—¡Te dije que un cilurnigo siempre cumple lo que promete!

Mael se mordió el labio inferior y con fuerza le clavó la corta espada en la nuca, haciendo que el centurión quedara sin vida en el acto. El circo quedó nuevamente en silencio; no estaban acostumbrados a que los combates acabaran tan rápido. Mael se levantó, tiró la espada al suelo y escupió sobre el cadáver del centurión, diciendo:

—¡Ya no joderás a nadie más!

Luego abrió la puerta y se dirigió al oscuro pasadizo en cuya entrada se encontraban los camilleros y el corpulento negro con los brazos cruzados, el cual dirigió la mirada hacia el dómine y este con un ligero ademán con la mano le indicó que lo dejara pasar, cuando estaba a la mitad del trayecto se paró debajo de una antorcha, la cogió y se dirigió nuevamente hacia la sala donde se almacenaban las ánforas y los toneles, dejó la antorcha sobre un soporte de hierro que había empotrado en la pared y, cogiendo una de las ánforas, la estrelló contra el suelo, la cual vertió su rico óleum por el suelo, cogió nuevamente la antorcha y dando unos pasos hacia atrás la tiró sobre el líquido, una gran llamarada se adueñó del almacén devorando rápidamente paja, ánforas y toneles. Mael se dirigió corriendo hacia el *cubiculum* para ponerse sus ropas, donde se encontró con el cadáver del joven que con la cara desfigurada yacía sobre el suelo al lado del Sirio.

—¡No te preocupes, amigo, que esos hijos de puta no te tirarán a la cloaca! —le decía Mael al cadáver mientras a toda prisa se ponía la ropa; luego se agachó y cargó sobre su hombro el cadáver del joven; el humo empezaba a aparecer por el pasadizo haciendo el aire irrespirable, pero aún quedaba subir la escalera de caracol y abrir la trampilla.

Los cascos de los caballos retumbaron en la silenciosa calle; los jinetes habían optado por entrar por la puerta de servicio situada en la parte trasera de la *domus*, la cual se encontraba protegida en su alrededor por un gran muro de piedra. Auledo apoyó sus manos en los hombros de César para poder ponerse de pie sobre la grupa del caballo para poder ver lo que había tras el muro.

—¡Hay un gran jardín! ¡Pero no se ve a nadie! —dijo Auledo en voz baja.

—¡Solo hay una manera de saberlo! Tú te quedarás aquí al cuidado de los caballos —le ordenó el *praefectus* mientras desmontaba.

—¡Es mi destino! Quedarme siempre al cuidado de los caballos —refunfuñó el astur.

Marco hizo un gesto con la cabeza al germano que este comprendió rápidamente. Levantó su enorme pie derecho para coger fuerza, para después dar una fuerte patada sobre la puerta, la cual se resquebrajó, quedando colgando solamente sobre una de las oxidadas bisagras. Con la mano sobre la empuñadura de sus *spathas*, los dos pasaron al *peristylum*.

—¡Mire, señor, de allí sale humo! —indicó el germano, efectivamente, en uno de los pasillos que bordeaban el *peristylum* había una trampilla en el suelo por la que salía humo, de repente la trampilla se abrió emitiendo un ruido metálico al chocar contra el suelo. Los dos équites desenfundaron sus armas, pero cuál fue su sorpresa cuando vieron salir entre una nube de humo negro a Mael cargando sobre su hombro a un joven.

—¡Por todos los dioses! ¿De dónde sales? preguntó el *praefectus* mientras enfundaba el arma.

—Es una larga historia, pero ahora hay que largarse rápido de aquí.

—¿Y ese hombre? —le preguntó el germano mientras se dirigían hacia la destartalada puerta.

—¡Este es un amigo que tengo que enterrar dignamente! —respondió el astur mientras el germano y el *praefectus* se miraban uno al otro, encogiendo los hombros.

Al abrir la trampilla la corriente de aire hizo que las llamas se avivaran

más y que el humo se dirigiera hacia el circo, donde las gentes de bien de la ciudad corrían despavoridas tosiendo y pisándose unas a otras buscando la salida, las resecas vigas más cercanas al pasadizo pronto fueron pasto de las llamas al igual que las tablas de la tribuna, los más rápidos consiguieron llegar a las escaleras de mármol blanco que llevaban a la salida situada detrás del trono del gran dómine, no sin antes haber pisado y pasado por encima de algún conciudadano suyo, la primera viga cedió haciendo que se resquebrajara el abovedado techo, el aire era irrespirable, las gentes se tapaban la nariz y la boca con sus togas, mientras la segunda viga, envuelta en llamas, no pudo soportar el peso del techo, sobre el cual se encontraba el hermoso y cuidado *peristylum* que se vino abajo sepultando a la flor y nata de la ciudad y resquebrajando a su vez parte del adyacente *tablinum*, dejando al aire su impresionante mosaico donde podían verse unas escenas de caza hechas de brillantes teselas.

Al día siguiente, la noticia del incendio era motivo de conversación en todo el campamento, ya que casi una centuria de legionarios tuvo que salir en ayuda de la población civil para contribuir a la ardua tarea de sofocar el incendio que amenazaba con expandirse por toda la ciudad. Mael hacía cola como los demás auxiliares para salir de permiso a la ciudad, mientras llegaban a sus oídos las conversaciones que mantenían los legionarios veteranos en el puesto de guardia.

—Según dicen, a uno de los cadáveres se le pudo reconocer porque en su mano sujetaba fuertemente una copa de oro.

—Se cree que fue un esclavo renegado el que prendió fuego a la *domus*.

—¿Y qué me decís del centurión Demetrio dando siempre clases de disciplina? ¡Y dicen que ha desertado!

El astur salió por la puerta pretoria de buen ánimo; aunque le habían cosido la herida en el *valetudinarium*, el golpe en el pómulo le dolía todavía bastante, pero estaba satisfecho. Él solo había acabado con el centurión Demetrio, enterrado al joven, como le había prometido postmortem, y se había llevado por delante a varios corruptos de la ciudad, incluido el gran dómine, pero lo mejor era que iba a ver a Lúa. Según se iba acercando al

tenderete, su corazón palpitaba más fuerte. El transmontano encontró al padre de la muchacha sentado tras una mesa sobre un pequeño taburete con la espalda inclinada, perforando con una herramienta punzante una pieza de cuero.

—¿En qué puedo servirte? —preguntó el padre sin levantar la vista de la pieza en la que estaba trabajando.

—¿Podría llamar a Lúa? —le respondió el astur; el hombre, al oír pronunciar el nombre de su hija, levantó rápidamente la cabeza.

—Ah, eres tú. El cilun….

—¡Cilurnigo! Mi nombre es Mael.

—¡Lúa no está! Ha ido a la ciudad, pero me gustaría hablar contigo si no te importa. —El hombre le acercó un pequeño taburete para que se sentara —. Toma asiento, por favor, mi hija está muy ilusionada contigo, se le nota en la cara, nunca ha salido con nadie, quizás haya sido mía la culpa por protegerla demasiado, su madre, que los dioses protejan, se murió siendo ella muy niña y he tenido que ser yo madre y padre a la vez. Siempre le he dicho que no se enamorara de un soldado, pero viviendo al lado de un campamento, tarde o temprano tenía que ocurrir, vosotros desde que os reclutan ya estáis casados con el emperador y es complicado divorciarse de él, por mis manos han pasado muchos *cingulum* de legionarios que se marcharon y no he vuelto a verlos jamás, al igual que tú, cuya unidad, por lo que he oído, se marchará pronto, ¿verdad? —Mael asintió con la cabeza —. Algunos no pongo en duda que sois buenos muchachos, entrenados para matar con el fin de hacer más grande el Imperio, pero yo quiero hacerte una pregunta: ¿Qué vida le puedes ofrecer a mi hija?

El joven Mael no estaba preparado para esa pregunta; él solo estaba enamorado por primera vez en su vida, solo era feliz pensando en ella, pero era verdad que dentro de poco su unidad se pondría en marcha hacia unas tierras que ninguno de sus compañeros conocía y posiblemente no se verían nunca más. El hombre, al ver que no le contestaba, decidió responder él mismo.

—¡Voy a decírtelo yo! Seguirte detrás de los carros de bagaje hasta el

sitio más lejano del Imperio, y mientras tú luchas, ella se quedará sola… ¿Y si tu legión es vencida y tú no sobrevives? Pues será hecha prisionera y vendida como esclava a alguna tribu lejana; hace poco que os conocéis y el tiempo lo borra todo. Yo tengo pensado para ella otro futuro; se casará con el hijo de un comerciante de vinos que pronto se instalará aquí y que son galaicos como nosotros. ¡Olvídala! Cuando llegues con tu legión a otras tierras, tendrás todas las mujeres que quieras; piensa por un momento lo que harías tú si fuera tu hija.

El astur agachó la cabeza, el buen ánimo con el que había salido por la puerta pretoria se convirtió rápidamente en tristeza; hasta los ojos se le acristalaron al oír a aquel hombre decir aquellas palabras, pero él no podía llorar; era un soldado de Roma…

—¡Maldita Roma! —gritó para sí—. Nunca le haría daño a Lúa y menos llevarla a un campo de batalla; espero que nuestros dioses permitan que nos encontremos algún día de nuevo.

—Rezaré para que así sea. ¿Quieres que le diga algo? —le preguntó el padre de Lúa sin saber que aquel mocetón de pelo negro sujeto a la frente por una renegrida cinta de cuero y mirada triste había arriesgado su vida para salvársela a él y a su hija solamente por amor. El cilurnigo se levantó y sin mediar palabra se dirigió dándole vueltas a la cabeza hacia la concurrida puerta de entrada a la ciudad con la intención de quitarse las penas en alguna tasca, pero cuál fue su sorpresa cuando se encontró de frente con Lúa, que precisamente salía por ella; los dos se quedaron sin moverse, mirándose uno al otro, mientras la gente pasaba a su lado evitándolos como si fueran estatuas de marmol.

—Déjame ayudarte —le dijo Mael cogiéndole el cesto que portaba la muchacha por el que asomaban las mustias hojas de varias hortalizas; los dos, sin dejar de mirarse, dieron media vuelta encaminándose nuevamente hacia el interior de la ciudad, hasta que llegaron al muro de piedra donde habían estado sentados días atrás.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —preguntó la galaica.

—¿Esto? Nada, un pequeño accidente —respondió el astur tocándose la

herida.

—¿Por qué tienes esa cara tan triste?

—Mi unidad ha recibido orden de ponerse en marcha; tu padre tenía razón cuando te decía que no era bueno salir con militares.

—Pues si te vas, yo me iré contigo como hacen otras mujeres; nadie está tan acostumbrada a vivir en un carro como yo; además no podría vivir sin verte, porque para mí, al igual que tú me dijiste, conocerte es lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Imposible, las órdenes son de ir a marchas forzadas y está prohibido que nos acompañen civiles de cualquier orden para no entorpecer la marcha de la unidad.

Lúa se abrazó fuertemente al astur mientras unas lágrimas fluían de sus ojos verdes.

—Lo siento mucho, no era mi intención hacerte daño; aunque he rezado a los dioses, no nos han sido muy propicios. No hace mucho, muy lejos de aquí, un compañero me dijo que me diera la vuelta para mi castro y le dije que no; que el destino me tenía preparado algo bueno y ese algo es que tú te cruzaras en mi camino; nunca te olvidaré. Toma esta pulsera; me la dio mi madre el día que me marché y le prometí que algún día volvería y ahora te lo prometo a ti también. Con esto no quiero decir que me esperes, al contrario, quiero que seas feliz con quien tú quieras, porque si tú eres feliz, donde yo me encuentre lo seré también. ¿Me lo prometes?

—¡Te lo prometo! —respondió con voz triste Lúa, que, echando hacia atrás la palla de lana azul que le cubría la cabeza, dejó al aire su pelo negro que el astur acarició con delicadeza; luego la mano del astur, después de apartar una lágrima que descendía por la sonrojada mejilla de la muchacha, la cogió por la barbilla y levantándole la cabeza levemente la besó como nunca a nadie había besado, mientras a lo lejos se oían los toques del *cornicen*.

La estrellada noche era iluminada por la blanquecina luz de la luna que penetraba a través de la ventana del barracón donde, en la parte superior de una litera sobre un colchón relleno de ruidosa paja y una amarillenta

almohada donde pulgas y chinches campaban a sus anchas, hastiado de dar vueltas, intentaba dormir Mael.

—¿Qué huevos te pasa que no paras? ¿Qué tienes, pulgas? —dijo de malas maneras Auledo desde el camastro inferior, despertando a todos los miembros del *contubernium*.

—No puedo quitármela de la cabeza —respondió el enamorado.

—Haberlo pensado antes, ya sabes el *sacramentum*, como dicen estos romanos, que hemos jurado, ¿te acuerdas? Decía nada de mujeres, solo amar a Roma y al emperador, y ahora déjanos dormir —dijo Auledo con voz solemne.

—¡Dormir! No puedo dormir; date cuenta de que nos marchamos y no la volveré a ver nunca.

—¿Por qué no me cuentas cómo es y así igual te relajas? Dime: ¿es alta?, ¿de pelo largo?, ¿pechos tersos como esas sacerdotisas que siempre están en boca de los romanos?, ¿cómo cojones las llaman? —preguntó Auledo rascándose la nuca.

—¡Vestales! —contestó Mael.

—¡Eso, vestales!

—Qué va, todo lo contrario; es de mediana estatura, un poco regordeta, carrillos sonrojados y ojos tan verdes como los prados de nuestra tierra —explicaba el cilurnigo embelesado mientras daba unos golpes sobre la almohada para ahuecarla.

—Con esos rasgos que cuentas, ¿sabes a quién me recuerda? —preguntó Eutimio, que desde la litera de al lado estaba pendiente de la conversación.

—No, ¿a quién? —respondió Mael irguiendo el cuello.

—¡A mi abuela, ja, ja, ja! —Rio a la vez todo el *contubernium* mientras por los largos pasillos del barracón se oían las voces y los golpes de los bastones de mando de los optios sobre los maderos de las literas. La Quingenaria II Asturum tenía que ponerse en marcha.

La mano izquierda de un hombre tiraba de una cuerda que hacía sonar una pequeña campana instalada encima de la puerta, habían pasado cuatro largos años desde aquel día que llegaron a la *domus* a recoger doscientos

caballos y entraron por aquella misma puerta, sin saber que su vida cambiaría totalmente, allí conoció a Aula y ya no pudo nunca apartarla de su mente y allí se fraguó la emboscada donde un pequeño rasguño acabó dejándolo lisiado, lo peor que le puede pasar a un soldado, pero gracias al médico Livius y a su esposa Daila, así como a Cayo, un legionario jubilado que optó por quedarse en Vetus, lograron devolverle la ilusión de vivir. La puerta se abrió asomando la cabeza una mujer, Flavio, vestido con una túnica de lana color marrón, *cingulum* militar a la cintura del cual colgaba del lado derecho un *gladius* el cual había cambiado por su *spatha* de caballería más corto y más fácil de manejar y calzando sus claveteadas *caligae*, retiró de su cabeza la capucha de su impermeabilizada *paenula* con la que se protegía de la pertinaz lluvia, dejando ver su rostro.

—¿Qué quieres, muchacho? —preguntó la mujer.

—Quería hablar con la dómina Aula.

La señora se tapó la boca con sus manos al oír el nombre de Aula; nerviosa lo invitó a que pasara y que esperara en el *atrium*, mientras Flavio miraba a un lado y al otro, pensando: «¿Qué diría Aula al verlo después de tantos años? Lo más seguro se habrá olvidado de mí o se habrá casado de nuevo y cuando vea que estoy lisiado…».

—¡Dómine, está aquí!

—¿Quién está aquí? Y estoy cansado de decirte que no me llames dómine.

—¡El militar, romano! Flavio.

—¡Flavio! Por los dioses, hazlo pasar, rápido.

La mujer lo acompañó hasta el *tablinum* donde se encontró con un hombre de pelo blanco y cara arrugada que a duras penas se sujetaba de pie.

—¡Flavio! Muchacho, ¿te acuerdas de mí?, soy Bardo; sabía que tarde o temprano volverías; siéntate, siéntate, tengo mucho que contarte, pero primero me sentaré yo, si no me caeré al suelo, como verás la diosa Higia me ha abandonado, debe de ser porque no soy romano.

—¿No se encuentra Aula en la *domus*? —preguntó Flavio.

—Claro que se encuentra, nunca se ha marchado.

El anciano hizo sonar una campanilla y rápidamente se personó una sirvienta.

—Si eres tan amable, trae a Aula.

La sirvienta dio media vuelta y desapareció tras la puerta.

—Veo, muchacho, que los dioses no se han portado bien contigo —le decía el anciano mientras Flavio se quitaba la *paenula* dejándola caer en el suelo.

—No han sido los dioses precisamente, sino los mercenarios de Veranius. ¿Habéis tenido alguna noticia suya? —le preguntó Flavio mientras con su mano izquierda se rascaba el muñón.

—No he vuelto a saber nada desde que se lo llevó el decurión Marco. ¿Y tú?

—Lo último que se dé él es que sería entregado por el centurión de Lucus Asturum a una caravana de esclavos con destino a las minas de oro.

—¡Qué vueltas da la vida! Precisamente el dómine nos compró a mí y a otros esclavos cuando nos llevaban en una caravana que se dirigía a esas minas de oro y al parecer es donde ha acabado él, je, je, je. Buena persona, ese decurión, Marco, ya no me acuerdo de su nombre completo.

—Marco Macrino decurión de la X Gemina —le respondió Flavio con la mirada perdida.

—Eso, Macrino, mi cabeza ya no responde como antes. Nos cambió la vida a todos. Aún me acuerdo de que después que se marchó y me dejó encargado de todo esto, me las tuve que arreglar yo solo para enterrar al maldito de Virgilio y a sus cinco secuaces, es el día de hoy y mira que ha pasado tiempo y aún estoy cansado.

En aquel momento se abrió la puerta, dejando entrar la claridad, haciendo que lucieran las teselas del gran mosaico. La mujer andaba con dificultad, pues algo le cogía sus piernas por detrás.

—Aula, no tengas miedo. Es muy vergonzosa —le decía el anciano, mientras Flavio no entendía nada, su corazón latía como el de un caballo al galope; por fin podría ver a su gran amor; entonces de detrás de la mujer asomó la cabeza una niña pelirroja de pelo rizado; la mujer la cogió de la

mano y la llevó hasta donde se encontraba Flavio.

—Ahí la tienes, te presento a tu hija; le pusimos el nombre de Aula como su madre.

Bardo casi no pudo acabar la frase. Su cabeza se inclinó hacia un lado y se quedó dormido.

—Tiene que perdonarlo, está muy enfermo, lleva esperando este momento mucho tiempo —le dijo la mujer.

—¿Puedes explicarme algo? ¿Dónde está Aula la dómina? —le preguntó Flavio mientras la niña se sentó en el suelo jugando con un pequeño muñeco de madera.

—Espera, llamaré a Suria, ella ha sido la que ha criado a la pequeña y te lo contará todo. —Mientras, la niña se levantó del suelo y se acercó a Flavio.

—¿Qué te ha pasado en el brazo? —le preguntó la niña.

—Unos hombres malos me lo quitaron, pero tengo este otro que es muy fuerte —le respondió Flavio, mientras le acariciaba la barbilla a la pequeña. La puerta volvió a abrirse, entrando por ella una mujer de pelo canoso vestida de negro; nada más verla, la niña se abalanzó a sus brazos.

—No me recuerdas, ¿verdad? —le preguntó la mujer.

—¡Pues no, lo siento! —le contestó Flavio.

—Mi nombre es Suria, soy la madre de Belarmo, uno de los jóvenes que os llevasteis del castro de Noega tú y el decurión Marco; nunca me olvidaré de su nombre; algunos jóvenes se cortaron los pulgares para que no los reclutaseis. ¿Te acuerdas ahora?

—Yo solo cumplía con mi deber; las legiones de Roma están formadas por hijos como los vuestros, reclutados en todos los confines del Imperio, al cual de una forma u otra todos tenemos que defender; además, si mal no recuerdo, fuisteis vosotros mismos los que les metisteis en la cabeza la idea de que se mutilaran.

—Ya veo que, a pesar de lo que te ha ocurrido, sigues hablando como un militar. Aunque nos dejasteis sin nuestros hijos y eso nunca se olvida, tenemos que daros las gracias por habernos liberado de Veranius y sus

mercenarios. Bardo me ha contado todo lo que os ocurrió. Desde que os fuisteis han pasado muchas cosas. Muchos de los esclavos que trabajaban en la *domus* se marcharon y Bardo tuvo que pedir ayuda a los cilurnigos para que lo ayudaran a mantener la villa. La verdad, pocos lo ayudaron. Luego cayó enfermo y… —La mujer quedó pensativa un momento para después seguir con la conversación—. ¡Aula, vete a jugar afuera! —La niña salió saltando a la pata coja en dirección al *atrium*—. Pero bueno, lo que te interesa es saber de su madre, ¿verdad?

—¡Sí! ¿Dónde está? —respondió Flavio.

—Lo siento, pero no son buenas noticias las que tengo que contarte. Aula estaba embarazada, según nos dijo, de ti, porque del dómine era imposible. Todos sabíamos que el matrimonio…, vamos, que no… Ya me entiendes. Se casó nada más que por el dinero de ella... Vamos, de su familia. Además, le gustaban más los esclavos a poder ser jovencitos que las mujeres, pero bueno, ya no podemos hacer nada; y siguiendo con el tema que nos interesa, ella estaba muy contenta esperando a que volvieras: «Dentro de poco trasladarán a Flavio a Lucus Asturum y vendrá a vernos», decía. Fue pasando el tiempo y la tristeza la consumió cuando llegó el momento del parto. No tenía casi fuerzas y solo pudimos salvar a la criatura. Ella esperaba que regresarías como un militar, pero has vuelto como un civil, así que no tendrás problemas para cumplir su sueño —le dijo la mujer mientras se secaba las lágrimas con el brazo.

—¿Qué sueño? ¿No será seguir en esta *domus*? Maldito el día que llegamos aquí; incluso ella me decía que la odiaba, que no podía soportar vivir en ella. Sí, yo hubiera vuelto, pero no lo hice por cobardía; no quería hacerla cargar toda la vida con un lisiado y, sin embargo, si lo hubiera hecho, seguiría viva —gritó Flavio dando un golpe con su mano izquierda sobre el apoyabrazos de la silla; de sus ojos no brotó ni una lágrima; ya había llorado bastante durante cuatro largos años.

—Tenemos que respetar los designios de los dioses —le respondió Suria.

—¡Los dioses! ¿Qué dioses? Tenía razón mi decurión, que el mejor dios es mi *spatha*.

—Por tu cara ya veo, muchacho, que ya lo sabes todo, ¿verdad? —dijo el anciano con voz entrecortada, el cual ya se había despertado del pequeño sueñecito—. Te dije que Aula no se había marchado nunca. Esa pequeña pelirroja se pasa todo el día correteando de un lado al otro y escondiéndome mis cosas. ¿Te puedo pedir un favor? —preguntó el anciano cogiéndole cariñosamente la mano a Flavio.

—¡Por supuesto! —contestó el pelirrojo sabiendo más o menos por dónde iba a venir la cosa.

—Prométeme que no te marcharás y lucharás para que la villa florezca de nuevo, era lo que quería ella; además tienes que cuidar de tu hija; sabes que están construyendo una nueva ciudad cerca de aquí en la costa; eso traerá prosperidad para todos, pero necesitamos un nuevo *pater familias* que nos guíe, y quién mejor que tú.

Aunque su intención era no quedarse en la *domus*, Flavio, para no contrariarlo, le contestó:

—¡Se lo prometo!

Después de la conversación con el anciano, una sirvienta lo acompañó hasta un *cubiculum* para que se acomodara. Flavio pasó toda la noche dándole vueltas a la cabeza tratando de asimilar todo lo que le había contado Suria hasta que, al amanecer, cuando el cansancio hacía ya mella y los ojos se le empezaban a cerrar, unos gritos de mujer lo espabilaron por completo. Se levantó rápidamente, cogió el *gladius* que descansaba sobre una pequeña mesa y lo tiró sobre la cama; luego puso su rodilla sobre la funda y, cogiendo por la empuñadura con su mano izquierda, lo desenfundó saliendo rápidamente al *atrium*, donde se encontró con una mujer que lloraba desconsoladamente.

—¿Qué ocurre? —le gritó nervioso Flavio.

—¡El dómine ha muerto! —le respondió la mujer poniendo las manos sobre sus mejillas.

—¿Que dómine? —preguntó aturdido el romano que con tanto dómine no sabía si se había muerto él, Bardo o Veranius.

Y, efectivamente, como gritaba desconsoladamente la mujer y como si se

hubiera desprendido de una pesada carga, Bardo se había muerto feliz; por fin había traspasado sus poderes de *pater familias* usurpados hace tiempo al corrupto Veranius, dejándolos en las manos de Flavio. Rápidamente, la noticia corrió por toda la villa; la primera en llegar fue Suria, que con cara seria se encontró en la puerta del *cubiculum* del fallecido con Flavio.

—¿Qué ha ocurrido, que vas armado? —le preguntó la cilurniga.

—Se ha muerto Bardo y, como dijiste, sigo siendo un militar, siempre alerta.

Enseguida, otras mujeres llegaron y se hicieron cargo del difunto, que al verlo se echaron a llorar todas a la vez.

—¡Suria! Necesito hablar contigo a solas —le dijo Flavio; los dos salieron al *atrium* y se sentaron en un banco de piedra—. Primero quiero darte las gracias por todo lo que has hecho por Aula; lo he estado pensando y no voy a quedarme en la *domus*, no seré el nuevo dómine ni el *pater familias* ni nada que tenga que ver con esta villa.

—Pero se lo prometiste al dómine.

—Se lo prometí para que se muriera feliz, como así ha ocurrido, su cara reflejaba que no le quedaba mucho de vida, por eso lo hice. Lo único que me retendría aquí sería Aula, pero ya no puede ser. Gracias a la herencia recibida de mi tío que falleció en un accidente y mi paga por *missio causaria*, la niña y yo empezaremos una nueva vida; tenemos cuatro años que recuperar.

—Entonces, ¿entiendo que te irás y te llevarás contigo a la niña?

—¡Le he dado muchas vueltas a la cabeza y creo que será lo mejor para los dos!

—¿Y quién quedará al mando de la *domus*?

—La verdad es que no me importa, pero tú podrías ser perfectamente la nueva dómina; Veranius no creo que venga a reclamarte nada.

—Bueno, lo primero ahora es preparar al difunto para su viaje al otro mundo —le respondió Suria en tono seco.

—Tienes razón, yo, si me disculpas, intentaré descansar un poco; no he podido dormir en toda la noche.

Flavio entró en su *cubiculum*, enfundó su *gladius* y lo depositó sobre la mesa, acto seguido se dejó caer sobre la cama y rápidamente se quedó dormido. Cuando se despertó era ya media tarde, se sentó sobre la cama y se rascó la cabeza con su mano izquierda la cual, gracias a Cayo, un legionario de la X amigo de Livius que optó después de su licenciamiento por quedarse con unas tierras en Vetus y tras lagos días de entrenamiento los dos consiguieron hacerla fuerte y que no tuviera nada que envidiar a su compañera desaparecida, la derecha, se dirigió al *cubiculum* de Bardo para preguntar a Suria por la niña, cuando llegó se encontró la puerta abierta, ropa tirada por el suelo y baúles forzados, el cadáver de Bardo seguía sobre la cama con la boca desmesuradamente abierta y sin amortajar, su brazo derecho colgaba de la cama y de su mano observó que le faltaba el dedo anular, que alguien había cortado para robarle el anillo. Flavio salió al *atrium* y llamó a voces a Suria, nadie contestó, corriendo llegó a su *cubiculum* y se puso el *cingulum*, se acomodó el *gladius* al lado derecho y gritó nuevamente el nombre de Suria, entonces oyó el relinchar de su caballo, corriendo se dirigió a las caballerizas, donde encontró a un sirviente atando el *corniculum*, se acercó sigilosamente y desenfundó el arma.

—¡Yo que tú dejaría en paz a ese caballo! Su dueño está de muy mal humor.

El hombre, uno de los sirvientes, asustado, soltó la cincha de cuero y dio unos pasos atrás con las manos levantadas.

—Dime, y rápido, qué está ocurriendo aquí.

—No entiendo lo que queréis decir, dómine —le respondió, mientras Flavio le ponía la punta del arma en el pecho sobre el que su resplandeciente filo reflejaba la cara del asustado sirviente.

—¡A ver si así lo entiendes mejor! Y déjate de tanto dómine, que estoy de dómine hasta los huevos. —El lisiado optio empujó el arma con más fuerza.

—¡Se lo diré! Pero, por favor, no me mate; tengo mujer, suegra e hijos, y qué harían sin mí. Suria nos dijo que tú eras el nuevo dómine; bueno…, eso

y que nos ibas a vender a un mercader de esclavos porque ya no nos necesitabas —le respondió el sirviente temblando de miedo.

—No te mataré ni voy a vender a nadie y yo no soy el nuevo dómine ni lo seré. ¿Entendido? Y por todos los dioses, dime enseguida dónde está Suria.

—Se marchó por la mañana; yo mismo le preparé un carro y dos mulas.

—¿Se marchó sola?

—¡No, se llevó también a la niña!

—¡Maldita bruja! ¿Qué dirección tomó?

—Supongo que se iría hacia su pueblo, Noega.

—¡Rápido, ayúdame a subir al caballo y abre la puerta deprisa! ¿Cuál es tu nombre?

—¡Albino, dómine!

—Pues desde ahora, Albino, todo esto será tuyo; así que tú serás el nuevo *pater familias*.

—¡Sí, mi dómine; digo, señor! —le respondió el hombre haciendo una ligera inclinación de cabeza, mientras Flavio arreaba a su caballo, el cual salió al galope en dirección a *Oppidum Noega*.

Cuando las nubes en el horizonte empezaban a tomar un color anaranjado, anunciando el atardecer, el sudoroso caballo de Flavio inició la pronunciada subida que llevaba al castro. El olor a salitre penetró por su nariz, el mismo olor que hacía cuatro años había olido cuando su decuria llegó al poblado, comandada por el decurión Marco, y ahora tenía que volver en busca de su hija. «¿Qué razón tenía Bardo? Las vueltas que da la vida?», pensaba Flavio. Al llegar a la puerta del castro, unos hombres, por su apariencia antiguos legionarios, cincelaban unas enormes columnas de piedra, y al más cercano le preguntó:

—¡Amigo! ¿Has visto entrar un carro tirado por dos mulas y conducido por una mujer?

—No he visto entrar a nadie, lo siento —le respondió el hombre, mientras la mente de Flavio empezó a hacerse preguntas. ¿Y si el sirviente te ha mentido y se ha ido para otro lugar?—. ¡Eh, tú! —le gritó el hombre,

sacándolo de atontamiento en el que estaba sumido—. —¡Este dice que sí la ha visto! —Otro hombre se levantó portando en su mano un martillo con el cual le indicaba la dirección que había tomado la mujer.

—¡Sí, yo la he visto entrar! Llevaba mucha prisa, pues castigaba fuertemente a las mulas con el látigo. ¡No te preocupes, que de aquí ya no se te escapa! Ja, ja, ja.

Sin darles las gracias, Flavio arreó al caballo y, después de pasar el puente de madera que salvaba el foso, cruzó la puerta de entrada al castro, fijándose que en la llanura donde antes se encontraban las chozas de techo de paja había varias casas de piedra romanas y otras en construcción, relegando a los antiguos moradores hacia las zonas menos protegidas del viento. Flavio tiró de las riendas para parar al caballo al ver que de frente se acercaba un hombre.

—Eh, amigo, ¿podrías ayudarme?

—Depende de lo que se trate.

—¡Sí, busco a una mujer!

—¡Casi todos buscamos a una mujer, ja, ja! —Rio el hombre.

—Busco a una mujer que ha secuestrado a mi hija y que ha llegado hoy al poblado.

—¿Una mujer? ¿Romana o cilurniga?

—¡Cilurniga! Si me pudieras ayudar a encontrarla te lo agradecería. Mi nombre es Flavio Vetio, antiguo optio de la X Gemina.

—Por supuesto, cómo no voy a ayudar a un camarada, ya veo que te han jodido bien; mi nombre es Valerio y he servido en la VII en Lucus Augusti, dime qué quieres que haga.

—Tenemos que localizar un carro tirado por dos mulas que ha llegado hoy conducido por una mujer llamada Suria, ella es la que tiene la niña.

—Bueno, esto no es muy grande y cilurnigos quedan pocos —le decía Valerio mientras Flavio desmontaba del caballo y lo ataba a una estaca cerca del pozo de agua. Los dos se encaminaron en dirección a las chozas; Flavio no pudo evitar echar un vistazo hacia donde habían estado acampados cuatro años atrás, pero esta vez en el lugar un carro descansaba

sobre sus varas sobre la hierba.

—¡Mira! Ese debe de ser el carro —le indicó Flavio con el brazo extendido a Valerio; luego los dos se encaminaron hacia las chozas—. Será mejor que nos separemos; yo iré por aquí y tú por allí —dijo el antiguo optio.

Flavio se dirigió hacia las embarradas callejuelas que separaban las chozas unas de otras por donde campaban libremente gallinas, cerdos y algún famélico perro que lo recibía no muy amigablemente. Después de pasar por encima de cestos y aperos de labranza, llegó al lado de la gran choza donde se habían reunido con el jefe tribal y a la cual se encontraban atadas dos sudorosas mulas. Flavio dio unos pasos atrás y observó que del techo de paja salía humo, señal de que había gente dentro.

—¡Suria! —gritó Flavio.

—¡Sé que estás ahí! Entrégame a la niña. —Después de un tiempo la puerta se abrió rozando en el suelo, saliendo de ella un hombre portando a la cintura una reluciente *falcata*; rápidamente Flavio lo reconoció al ver que le faltaba la mano derecha; era Ninmedo, el jefe de la tribu…

—¡Ya me dijeron que vendrías, romano! Pero veo que esta vez no vienes acompañado de tu amigo, aquel valiente decurión; Marco, creo que se llamaba. ¿Qué es lo que quieres?

—De ti nada, quiero que Suria me entregue a la niña.

—¿Cómo te atreves a hablarme así?, te recuerdo que estás ante el jefe de la tribu y que tú, como veo, ya no eres nada, solamente un lisiado de mierda, así que lárgate.

—No tengo nada contra ti, solo quiero que esa mujer me entregue a la niña —le dijo Flavio mientras ponía la mano sobre la empuñadura del *gladius*.

—Ahora te das cuenta de lo que se quiere a un hijo, ¿verdad?, y eso que tú no has criado a ninguno; ahora te darás cuenta de cuánto han sufrido nuestras madres cuando os llevasteis a los nuestros; si quieres llevártela, esta vez tendrás que luchar —le dijo el jefe tribal mientras desenfundaba su curvada *falcata*, la cual hacía tiempo que se la había regalado un jefe de un

castro lusitano—. Como te queda poco de vida, porque te voy a matar, no tendrás tiempo de echar de menos tu brazo; sin embargo, yo he pasado muchos años sin mano, acordándome de los hijos de puta romanos que me la cortaron; ni tu emperador fue capaz de acabar con nosotros; se marchó con el rabo entre las piernas. Sois muy valientes en grupo, pero unos cobardes cuando estáis solos, como tú ahora. ¡Lucha! —gritaba Ninmedo moviendo la *falcata* de un lado al otro, rápidamente levantó el brazo con la intención de propinar un golpe en la cabeza a Flavio, este levantó su brazo poniendo su *gladius* en horizontal parando el fuerte golpe, sus caras quedaron enfrentadas, el cilurnigo tenía una pequeña ventaja, pues tenía el brazo derecho completo y con el muñón de su muñeca propinó un golpe en la sien al romano, el cual tuvo que retroceder unos pasos aturdido, rápidamente el jefe tribal volvió a la carga dando mandobles a izquierda y derecha que se perdían en el aire y que el romano esquivaba eficazmente, no en vano los largos días de entrenamiento con su amigo Cayo habían servido para algo, pero el cilurnigo ya no era un muchacho y en un desliz se encontró con la punta del *gladius* en su voluminosa barriga. Mientras, apoyado sobre la pared de una choza, Valerio observaba la escena…

—¡Tira el arma! —le dijo el romano; el cilurnigo, jadeante y sudoroso, acostumbrado a la buena vida, tiró su *falcata* al suelo y se arrodilló esperando la estocada mortal.

—No voy a matarte, puedes estar tranquilo, dile a Suria que salga y me entregue a la niña y aquí se acabará todo.

—¡Suria! Entrégale la niña y que se vayan los dos de una puta vez —gritó el jefe, pero nadie salió—. ¿No me has oído, mujer? Entrégale a la niña.

Entonces Valerio se acercó a la gran choza con la intención de entrar a por la niña, cuando de repente por la puerta salió corriendo Suria con la niña en brazos.

—Si quieres a la niña, nos encontrarás en el fondo del acantilado. Ya os llevasteis a mi hijo, así que esta vez no os llevaréis a nadie, ¡malditos romanos! —gritaba la mujer fuera de sí.

—¡Va a tirarse al acantilado! —gritó Flavio. Valerio rápidamente miró a izquierda y derecha, donde encontró apoyada sobre un cesto de mimbre una furca, la cogió y salió corriendo tras la mujer, la cual seguía corriendo en dirección al acantilado, Valerio se frenó y abrió sus piernas haciendo fuerza sobre el suelo, doblando un poco la derecha. Echó su brazo derecho hacia atrás sujetando la furca a modo de *pilum*, mientras extendía el brazo izquierdo totalmente recordando sus tiempos de *vélite*, para después lanzarla con fuerza, la cual salió cortando el aire en busca de Suria, era el único método para pararla y que no llegara a cumplir su amenaza. Los tres dientes metálicos de la furca forjados por los herreros cilurnigos impactaron en la zona lumbar de la mujer, haciéndola caer al suelo a pocos pasos del vertical acantilado. Rápidamente, llegó Valerio, cogiendo a la niña, que lloraba desconsoladamente.

—¡Tranquilo, optio, todo ha pasado! Aquí la tienes, sana y salva —le decía Valerio al pelirrojo mientras la abrazaba fuertemente con su brazo bueno—. ¿Cuál es su nombre, pequeña? —preguntó Valerio.

—¡Aula! Su nombre es Aula —contestó Flavio con orgullo, mientras el Cantabricus Oceanus rugía al fondo del acantilado, estrellando sus frías aguas contra las afiladas rocas.

El *praefectus alae* Marco Macrino, montado en su caballo, acomodaba su capa al cuerpo a la vez que encogía el cuello entre las pieles de zorro para protegerse del intenso frío de la mañana, cabalgaba al frente del ala quincuagenaria más su columna de bagaje formada por dieciséis turmas de treinta jinetes, y al mando de cada una comandaba un decurión, a su lado, montado sobre un espléndido macho de asturcón, cabalgaba Auledo, que tenía el honor de portar el *vexillum* donde podía verse bordado en oro sobre fondo rojo el nombre del Ala II Asturum, las órdenes llegadas del

mismísimo emperador eran dirigirse desde Asturica Augusta a Panonia, donde había estallado una rebelión y donde se unirían a la Legión IX Hispana. Después del largo viaje, en el que algunos de los jinetes que partieron de la capital de los astures tuvieron que quedarse por el camino, unos enfermos y otros, con peor suerte, muertos a causa de las escaramuzas mantenidas contra tribus belicosas que al paso por sus poblados se negaban a entregarles víveres y forraje, pero por fin hoy después de cruzar medio Imperio llegaron a su destino, una llanura repleta de tiendas de campaña y humeantes hogueras y donde bueyes y mulas arrastraban troncos de un cercano bosque para la construcción de la empalizada, mientras cantidad de legionarios trabajaban a brazo partido en la construcción del terraplén y el foso que servirían para defender el rectangular campamento en caso de ataque, rápidamente cuatro jinetes se acercaron a la columna cerrándoles el paso, uno de ellos, un decurión de cara surcada por varias cicatrices, saludó militarmente con el brazo extendido a la vez que gritaba:

—¡*Praefectus*! Tengo orden de llevaros ante el tribuno Lucio Metilius, si me permite, mi optio se encargará de llevar su columna a su lugar de acampada. Marco Macrino, después de dar la conformidad al decurión y dar las órdenes pertinentes a sus oficiales, arreó al caballo y, acompañado por el portaestandarte y los tres jinetes, se dirigió en dirección a la tienda *praetorium* sita en el centro del inacabado campamento. Después de cabalgar un trecho entre formaciones de hombres, tiendas y carros, el decurión levantó el brazo y todos descabalgaron rápidamente.

—¡Puede pasar, señor, el tribuno le espera! —le dijo un centurión abriéndole el faldón de la tienda; el tribuno se encontraba de espaldas a la entrada, vociferando y con los puños apoyados sobre una gran mesa repleta de pergaminos.

—¡Salve, tribuno! Se presenta el *praefectus alae* Marco Macrino al mando del Ala II Asturum.

—Déjate de saludos, te he hecho llamar porque tenemos mucho que hacer; este que está aquí a mi derecha es el *praefectus castrorum* Décimo Albino de la IX Hispana —dijo de malas maneras el tribuno sin mirarlo a la

cara, mientras el *praefectus* Décimo lo saludaba levantando las cejas.

—Los auxiliares que comandas son astures, ¿verdad? —le preguntó el tribuno, dándose la vuelta.

—¡Sí, lo son, tribuno!

—Tengo entendido que son buenos jinetes y que de donde proceden son tierras agrestes como estas.

—Los mejores, no le quepa duda, y allí donde viven son terrenos muy montañosos y con mucha vegetación; nuestras legiones tardaron años en someterlos; solo el gran Agripa lo consiguió.

—¡Mejor! Mañana, antes de que despunte el sol, os dirigiréis con cuatro turmas hacia esas montañas, donde esos hijos de puta se han emboscado. Tendréis que hostigarlos con el fin de que salgan a campo abierto donde los estaremos esperando con la IX. No quiero exponer a mi infantería en esos bosques, a ver si en realidad tus astures son tan fieros como dices, y ahora podéis retiraros… Ah, antes de que os marchéis, no tengáis piedad con el enemigo; no quiero prisioneros, ¿entendido?

—Señor, venimos de un largo viaje; los hombres están extenuados y…

—¡Yo también estoy extenuado y tengo que joderme, ya sé que estaríamos mejor todos en las termas calentitos! Pero el problema es que cerca de aquí está acampado el mismísimo emperador con todo su séquito, además del legado de nuestra legión, y si fallamos nos cortará lo que nos cuelga, ¿entiendes? Así que tenemos que acabar con esta revuelta rápidamente, si no toda la chusma de alrededor se nos echará encima; tenemos que demostrarles que con Roma no se juega; ahora, si te sientes cansado, enviaré a otro *praefectus*, pero sé que tú y tus hombres podréis hacerlo, ¿verdad?

—¡Verdad, señor!, ¡si no ordenáis alguna cosa más, prepararé las tropas!

—¡Que los dioses os protejan! —le dijo el tribuno.

El *praefectus* Marco extendió el brazo en señal de saludo y dando media vuelta apartó el faldón para salir de la tienda. Un sirviente que lo estaba esperando lo ayudó a montar sobre su espléndido macho de asturcón, ya que su percherón negro que lucía ya sus belfos blancos se había quedado en

la Galia para disfrutar libre sus últimos días. Rápidamente Auledo, portando el *vexillum*, se puso a su lado, mientras el caballo nervioso daba la vuelta en redondo meciendo sus largas crines. *Praefectus* y *vexillarius* arrearon a sus caballos para encontrarse con su unidad; mientras el resto de jinetes de la II se afanaban en la construcción del campamento, las cuatro turmas elegidas para el ataque habían cenado y recibido orden de dormir vestidos y armados con sus equipos al lado de sus cabalgaduras. Aún no había amanecido cuando el comandante reunió a los decuriones en su recién instalada tienda para explicarles el plan de ataque y, acto seguido, arengar a la tropa, que ya permanecía formada.

—Hasta ahora Roma, como una madre os ha mantenido, os ha dado trigo y paga, y os ha instruido hasta haceros legionarios, y no ha pedido nada a cambio, pero ahora os toca agradecerle lo que ha hecho por vosotros; tenéis que demostrarle que sois los mejores en el campo de batalla, sé que lo sois y por eso el emperador os ha elegido, como siempre os he dicho, manteneos siempre unidos, solo así se consigue la victoria. ¡Viva el emperador Augusto!

—¡Viva, viva! —gritó la tropa.

—¡Viva la II Asturum!

—¡Viva, viva! —volvieron a gritar las cuatro turmas a la vez.

Una espesa niebla impedía ver las montañas donde se habían emboscado los rebeldes, cuyo *modus operandi*, al igual que habían hecho hace muchos años los astures contra las tropas comandadas por el legado Publio Carisio, era atacar en pequeños grupos y rápidamente buscar el resguardo del bosque, donde los grandes *scutum* de la IX dificultaban el avance de los legionarios. Mael ostentaba el cargo de optio y pertenecía, al igual que sus compañeros cilurnigos, a la segunda turma, capitaneada por el decurión Sabino. El sonido del *cornum* ordenando la puesta en marcha de las turmas penetró por los oídos de los jinetes, produciéndoles un pinchazo en el estómago y haciendo que un sudor frío recorriera sus cuerpos. La mayoría no había entrado nunca en combate; a lo que se iban a enfrentar no era a un tronco de madera, ni a un muñeco de paja como en el periodo de

instrucción; ahora o matabas o te mataban, algunos rezaban a sus dioses, otros se acordaban de sus seres queridos e incluso alguno se orinaba de miedo mojando sus *bracae* de cuero, y hasta a algún cilurnigo se le pasó por la cabeza si no hubiera sido mejor haberse cortado los pulgares cuando los reclutaron.

—¿Te acuerdas cuando bajábamos a jugar a la playa y nos tirábamos rodando por las dunas de arena? —le preguntaba con la mirada perdida en el horizonte Dolfo a Alucio.

—Claro que me acuerdo, y ahora que lo dices no hemos vuelto a ver el mar —respondió Alucio mientras tranquilizaba al caballo, que, nervioso, movía el cuello arriba y abajo, mordiendo con rabia el oxidado bocado.

—No lo podemos ver porque solo existe en Noega, fíjate todo lo que llevamos andado y solo hemos visto tierra.

—Puede ser; además, a nadie le he oído hablar de ella… Tranquilo, negro.

—¿Llamas a tu caballo negro? Si son todos negros... —preguntó Aravo, que permanecía atento a la conversación de sus compañeros, apoyado de codos sobre los cuernos del *corniculum*.

—Sí, ¿qué pasa? ¿Cómo llamas tú al tuyo?

—¡Caballo!

—Caballo, ja, ja; has tenido que pensar mucho.

—No le pongo nombre porque no quiero encariñarme con ningún animal; para mí es como un escudo o una lanza, un artilugio más; ¿os acordáis cuando éramos críos, la urraca que tenía que nada más verme se posaba sobre mi hombro?

—Sí, aquel pajarraco blanco y negro.

—¡Ese mismo! Lo recogí del suelo siendo un pollo; se había caído del nido y si no fuera por mí se hubiera muerto; creció y no se separó más de mí y le cogí mucho cariño.

—Claro, es que las urracas son muy cariñosas —dijo Alucio aguantándose la risa.

—No sé si son cariñosas o no, pero para mí lo era, hasta que un puto

halcón que merodeaba por el castro se la llevó. El hijo de puta anidaba en uno de los inaccesibles acantilados y nunca pude capturarlo. Me dio tanta pena que juré a los dioses que no volvería a encariñarme con un animal, y menos en una mierda de guerra como esta.

—Lo sentimos mucho, no era nuestra intención recordarte a tu cariñosa urraca, ja, ja, ja. —Rio Alucio que, con cara triste, simulaba secarse las lágrimas.

—Idos los dos a la mierda, cabrones, ya sabéis que yo soy de pocas palabras, pero antes de que empiece el jaleo voy a deciros una cosa: no he tenido hermanos y me hubiera gustado tenerlos, pero a vosotros os quiero como si lo fuerais, así que tened cuidado ahí delante —respondió con voz entrecortada Aravo indicando con el brazo extendido la dirección donde se encontraba el enemigo.

—¿Por qué no os calláis y estáis atentos?, ¡estamos en una guerra! —les gritó el portaestandarte, que permanecía erguido al lado de Mael.

—Déjalos que hablen, hay que quitar el miedo de alguna manera; lo más seguro es que si les preguntas no sabrían decirte lo que han hablado, ¿y tú, no tienes miedo?

—¿Quieres que te diga la verdad?, tiraría este puto estandarte al suelo y saldría corriendo sin parar hasta llegar a Noega.

—No creo que lo hicieras; siempre has sido un valiente; un día César me dijo que los romanos no tenían ni puta idea de luchar y que los auxiliares teníamos que salvarles siempre el culo; por eso estamos aquí nosotros, porque somos los mejores.

—Optio, nosotros seremos los mejores, pero ellos son los más listos, por eso nos utilizan para…

—¡Segunda decuria, desenvainad!… ¡Adelante! —sonó la atronadora voz del decurión Sabino.

Según se aproximaban a un trote corto a la empinada montaña, la niebla iba ascendiendo poco a poco, dejando ver el bosque de pinos que, movidos por un fuerte viento, les servía para que los rebeldes no pudieran oír a los caballos aproximarse, de vez en cuando la niebla se disipaba dejando ver la

luminosa luna que aún permanecía en el cielo y, al mirarla, Mael no pudo evitar pensar en Lúa, y a su memoria llegaron las palabras que le había dicho un lejano día en Asturica Augusta: «Cuando mire la luna me acordaré de ti». Rápidamente una negra nube impulsada por el viento volvió a taparla haciéndolo volver a la realidad, las turmas ya habían llegado a media ladera, donde, ajenos a lo que los esperaba, los rebeldes dormían tranquilos sabiéndose a salvo por la protección del bosque.

—¡Alarma, nos atacan! —gritó un centinela; rápidamente de la espesura del bosque surgieron los jinetes con sus brillantes *spathas* en alto; los rebeldes no daban crédito a que la caballería romana hubiera llegado al impenetrable bosque; en desbandada cogieron sus armas, pero los ponis asturcones galopaban perfectamente entre los pinos a pesar de la empinada pendiente; caballos fuertes y difíciles de domesticar, al igual que las gentes de Asturia, donde las puntiagudas montañas traspasan el cielo. Rápidamente, los gritos de dolor recorrían el bosque, la niebla se había disipado y los primeros rayos de sol penetraron a través del ramaje de los árboles.

—¡Mael! Perdón, señor, han herido al decurión Sabino. ¡Tienes que coger el mando!… —le gritaba Alucio indicándole con el brazo extendido dónde se encontraba el desafortunado decurio, al cual una flecha le había traspasado un muslo de parte a parte; para poco le había servido su *lorica escamata* que portaba. Después de un largo tiempo, el ruido de entrechocar metales cesó, haciéndose el silencio. Mael tiró de las riendas del sudoroso asturcón, viendo que algunos rebeldes se rendían tirando sus armas y poniendo las manos sobre la cabeza, mientras una cantidad de cuerpos yacían de diversas posturas sobre el suelo.

—¡Mire, señor, allí arriba, intentan huir! —le decía un astur a Mael indicándole con la *spatha* la dirección. Mael alzó la mirada y pudo observar cómo unos rebeldes trepaban por unos riscos situados en lo alto de la montaña.

—¡Cilurnigos, conmigo! —gritó el suboficial, rápidamente todos los cilurnigos de su turma desmontaron de sus caballos y con su ovalado

escudo y *spatha* en mano se dirigieron hacia los riscos; acostumbrados a subir acantilados desde su niñez, pronto llegaron a la cima, pero los rebeldes ya se perdían entre la espesura del bosque por la otra vertiente cuesta abajo.

—¡Alto! —gritó Mael levantando la mano—. Ahora le corresponde a la IX encargarse de ellos; nosotros ya hemos cumplido. —Dieron media vuelta y a paso ligero se reunieron con sus compañeros.

—¡Eh, vosotros! Venid para acá: hay que acabar con esos hijos de puta —les gritó el decurión al mando de la primera turma, amenazándolos con su vara de vid.

—¿Es necesario hacer esto? —le preguntó Mael.

—Si no lo sabes, optio, tenemos orden de no hacer prisioneros. ¿Qué has hecho con los de allá arriba? —Mael le miró a los ojos, pero no le contestó —. ¡Te he hecho una pregunta! —ladró el oficial.

—Sube si quieres y lo compruebas tú mismo —le respondio el transmontano.

—¡Cómo te atreves a contestarme así, maldito *peregrini* de mierda! —El decurión levantó la vara de mando con intención de pegarle, pero el cilurnigo le cogió el brazo antes de que lo bajara.

—El decurión Sabino de la segunda turma ha sido herido y me corresponde ocupar su puesto; mi nombre es Marco Macrino Longus, no soy ningún *peregrini* sino ciudadano de Roma, y no tengo por qué contestarte a ninguna pregunta, y te recuerdo que no tienes mando sobre mis hombres —le contestó Mael mientras le soltaba el brazo; bruscamente, el decurión retrocedió unos pasos.

—Nos veremos cuando demos novedades al *praefectus*; mientras, ¡decurión Marco!, ordena a tus hombres que liquiden a esos rebeldes —le dijo el decurio en tono irónico, indicándole con la vara a una veintena de rebeldes que se encontraban de rodillas, con las manos sobre la cabeza, y la cara ensangrentada de haberlos golpeado. A su lado, sobre el suelo se desangraban otros que ya habían sido ejecutados. Mael miró a sus compañeros que permanecían de pie sujetando las riendas de sus

cabalgaduras, las cuales rasgaban con sus patas delanteras el suelo cubierto de acículas de pino en busca de algo que comer, con un movimiento de cabeza. Mael dio la orden, los cilurnigos desenvainaron sus *spathas*, se acercaron por la espalda a los rebeldes para luego clavársela en la nuca. Todos fueron cayendo de bruces sobre el mullido suelo, dejando sus plegarias y súplicas a medias; rápidamente otros astures se encargaban de quitarles anillos, pulseras y colgantes, mientras los cilurnigos con sus armas ensangrentadas en la mano los miraban atónitos. Por primera vez conocían el verdadero poder de Roma, decidir quién vive y quién no, y ellos formaban parte de ese poder.

—¡Eh, muchachos, daos prisa, es nuestro primer botín de guerra! ¡Os quedaréis sin nada! —les gritaba un transmontano de la tribu de los abilicos, mientras le quitaba del cuello un colgante a uno de los muertos.

Eutimio paró su caballo al lado del de Mael portando por las riendas el caballo sobre el cual montaba el decurión Sabino, que con el gesto desencajado se tambaleaba de un lado a otro del *corniculum*.

—Esto tiene mala pinta, señor, está perdiendo mucha sangre —le dijo Eutimio a Mael.

—¡Dolfo! Ayuda a Eutimio a llevar al decurión al *medicus ordinarius*. ¡Rápido! —gritó el optio mientras en el suelo, al lado del caballo del decurio, un reguero de sangre indicaba lo peor.

La segunda turma se unió a las demás iniciando el regreso al campamento, en el que a la entrada esperaba César, impaciente por ver aparecer a su amigo Mael, como otras veces los rostros de los que regresaban expresaban el horror de la batalla, cuando volvías ya no serías nunca el mismo, el germano lo sabía por experiencia, la guerra lo cambia todo, hasta la más dura piedra sucumbe a su paso, las turmas seguían pasando hacia el interior del campamento que sus compañeros habían fortificado, algunos caballos volvían sin jinete anunciando las bajas, César, gracias a su privilegiada situación por su altura, pudo vislumbrar a lo lejos sobre un casco las plumas características que indicaban el rango de optio, el negro asturcón levantó rápidamente la cabeza al tirar Mael de las riendas

parándose al lado de su amigo.

—He visto entrar a Sabino; no creo que salga de esta, así que me parece que tendremos pronto nuevo decurión —le dijo el germano a la vez que daba una palmada sobre la grupa del asturcón de Mael.

—¡No espero ascender de esta manera! Sabino es un hombre fuerte; se repondrá, ya lo verás —le contestó el astur mientras descabalgaba; luego Mael cogió por el hombro al germano y los dos se dirigieron a su *contubernium*. Cuando llegaron a él, Dolfo los estaba esperando.

—Señor, el decurión Sabino ha muerto; cuando llegamos al *medicus* ya se había desangrado.

—Lo siento, hemos hecho todo lo posible por salvarlo —le contestó el cilurnigo.

Por el oeste el sol reflejaba tenuemente entre las nubes grises sus rayos anaranjados, indicando el final del día. El cornicen, ataviado con su peculiar atuendo de piel de lobo, hizo sonar su curvado instrumento, llamando a reunión a los cuatro oficiales que habían participado en la contienda, que a paso ligero rápidamente se personaron delante de la tienda *praetorium*, tres decuriones y un joven optio, donde el *praefectus alae* los iría llamando uno a uno; el primero fue el decurión de la primera turma.

—Señor, se pre… —El *praefectus* no lo dejó terminar, indicándole que se sentara en una pequeña silla de campaña.

—¡Al grano, decurio! ¿Alguna novedad allá arriba?

—Señor, el número de bajas en mi turma ha sido de tres, y del enemigo, tanto los que luchaban como los que se rindieron fueron ejecutados, tal como mandaban las órdenes.

—¡Correcto! ¡Puedes retirarte! —El decurio puso la mano ahuecada sobre la boca y carraspeó.

—¿Puedo hablar libremente con usted, señor?

—¡Por supuesto! ¿Qué ocurre?

—Es referente a un *peregrini*, en concreto al optio de la segunda turma, se hace llamar Marco Macrino, como usted, señor, y se ha autoproclamado decurión de la II turma no siendo ciudadano romano.

—Claro, ese es su nombre y no es *peregrini*, es ciudadano de Roma de pleno derecho.

—¿Lo conoce, señor?

—¡Cómo no lo voy a conocer, es mi hijo! Y aparte de autoproclamarse decurión, ¿te ha ocasionado algún problema?

—¡Su hijo! Nin… Ninguno, señor, él y sus hombres han luchado… bi, bi, bien…, mu muy bien, si no ordena ninguna cosa más, señor. —El decurio tragó saliva y se levantó de la silla como un resorte, mientras gotas de sudor recorrían las arrugas de su cara.

—Decurión, antes de irte quiero decirte una cosa: el enemigo en el campo de batalla no diferencia a un *peregrini* de un romano a pesar de lo que digan las leyes; todos servimos al mismo emperador y todos pertenecemos a Roma y esos *peregrini* a lo mejor algún día pueden salvarte la vida; te lo digo como experiencia propia… Ahora puedes retirarte.

—¡A la orden, señor! —El decurio extendió el brazo en señal de saludo y dio media vuelta saliendo de la tienda; ya en el exterior su mirada se cruzó con la de Mael, que era el segundo en dar novedades.

—Señor, se presenta el optio…

—Déjate de saludos y siéntate y explícame eso de que te has autoproclamado decurión. —Los dos hacía tiempo que no se veían. Mael se fijó en el rostro de su padre; las arrugas se habían hecho más pronunciadas y en su pelo predominaba más, no solo en las sienes, el color blanco.

—Señor, el decurión Sabino había caído herido en la batalla y me acaban de informar cuando venía para aquí que ha muerto y, al ser el segundo al mando, como indica el reglamento, ocupé su lugar comandando la segunda turma. Yo creo, señor, que he obrado correctamente.

—Por supuesto, has actuado como debías; pobre Sabino, era buen soldado y mejor persona.

—¿Ordena alguna cosa más, señor?

—Sí, abre ese arcón.

Mael se levantó de la silla y se dirigió adonde se encontraba el arcón. Se agachó y con la mano derecha deslizó el chirriante pasador que liberaba la

tapa del desvencijado arcón; luego la abrió dejándola caer hacia atrás; en su interior protegido por una descolorida manta relucían un casco con penacho transversal de crin de caballo y sobre él una retorcida vara de vid. El cilurnigo se quedó agachado, mirando a su padre, mientras el *praefectus alae* permanecía sentado con los codos apoyados sobre la mesa y las manos entrelazadas, donde apoyaba la barbilla.

—¿Qué, te gusta? ¡Pues cógelo, es para ti! Ahora tengo que nombrar un nuevo oficial de la II turma del ala II Asturum y tiene que tener un buen casco que indique su rango, y quién mejor que tú para portarlo. Te deseo buena suerte, y que te proteja como me protegió a mí.

—¡Señor, gracias, pero solamente aceptaré el cargo con una condición!

—¡Empezamos bien! ¿Qué condición es esa? —le preguntó sobresaltado el *praefectus*, poniéndose de pie.

—Nada que todo un *praefectus alae* no pueda hacer, que el optio César sea transferido a mi turma.

—Bueno, decurión. Marco Macrino Longus, creo que con el poder que me ha otorgado el emperador, algo se podrá hacer, ja, ja, ja. —Los dos se fundieron en una gran carcajada.

Los años pasaron lentamente y la II Asturum fue enviada a la ciudad de Carnuntum, capital de la provincia romana de Panonia, para reforzar a la legión XV Apollinaris, que se encontraba allí acantonada, y donde varias tribus se habían rebelado contra el Imperio. El caluroso mes Sextilis había llegado a su fin dando paso al September. A la hora *tertia* varios correos imperiales partieron de Roma al galope con orden de que la noticia que portaban tenía que llegar rápidamente hasta el más recóndito lugar del Imperio. Desde lo alto de una de las torres de piedra que protegían la *porta pretoria* un centinela dio la voz de que se acercaba un jinete al galope, y por su forma de cabalgar no había duda de que era un correo. Los centinelas rápidamente abrieron la enorme puerta, dejando pasar al jinete que, tirando fuertemente de las riendas, hizo frenar al sudoroso caballo estrepitosamente.

—Tengo un correo urgente para entregarle al legado —dijo el jinete con voz entrecortada. El optio de guardia dio orden a un legionario que lo

acompañara, el cual partió a paso ligero hasta llegar al edificio donde se encontraba el pretorio, donde dos centinelas de la decimoquinta hacían guardia. Al oír los cascos del caballo y gente hablar, el aburrido centurión que estaba de guardia optó por levantarse de la silla y rascándose sus partes se acercó hasta la puerta, en donde se encontró con un jinete con cara de cansancio y lleno de polvo.

—¡Traigo un correo urgente para el legado de la decimoquinta! —le dijo el jinete mientras extendía el brazo en señal de saludo.

—De acuerdo, dámelo; yo se lo entregaré —le contestó el corpulento centurión.

—Lo siento, señor, es un correo imperial y tengo que entregárselo en mano. —El ruido metálico de los clavos de las *caligae* del centurión resonaban en el pasillo que separaba el cuerpo de guardia del pretorio, el centurión tocó a la puerta a la vez que la abría.

—¿Da su permiso, señor? —preguntó el centurión.

—¿Qué ocurre? —le respondió el *legatus* con voz nasal, el cual permanecía con el cuerpo encorvado y la cabeza tapada con una toalla, inhalando los vapores de unas plantas medicinales que salían de una pequeña palangana.

—Perdone, señor, ha llegado un correo imperial y…

—¿Imperial? Hazlo que pase —le respondió el *legatus* que, irguiéndose, se puso la toalla sobre el cuello. El centurión corrió hasta la puerta de guardia donde esperaba el correo. El ruido metálico de las *caligae* de ambos volvieron a resonar en el pasillo. El joven jinete saludó militarmente al legado, luego de su *capsa* de cuero que portaba al pecho, sacó un rollo de pergamino y se lo entregó al legado, este lo cogió por el *umbilicus* de madera y lo desenrolló.

—¡Por todos los dioses! —dijo tirando la toalla al suelo, para después dejarse caer sobre el cojín rojo relleno de plumas, que protegía su trasero de la dura madera del *solium*—.Que den de comer y beber a este hombre y que toquen llamada de oficiales, los quiero ver formados rápidamente. ¿Entendido?

El centurión y el joven correo salieron corriendo de la sala, mientras el legado dejó el pergamino sobre la mesa y, apoyando los codos sobre ella, puso las manos sobre su despoblada y sudorosa cabeza, quedándose mirando al busto de mármol blanco del emperador Augusto que reposaba sobre una columna del mejor alabastro traído de Florentia. El legado volvió a desenrollar el pergamino, fijándose solamente donde decía:

Mortuus est Caesar Divi Filius Augustus

—¡Petronio! —gritó el legado.

—¿Me llamaba, dómine? —contestó el esclavo presentándose a la carrera.

—¡Claro que te he llamado! ¿Hay algún Petronio más por aquí? ¡Anda y ayúdame a vestirme! —Rápidamente, el legado portaba su *lorica musculata* de cuero teñido de blanco con incrustaciones doradas y, mientras el legado

se la acomodaba, el esclavo se dedicaba a la ardua tarea de anudar a la cintura el *cinticulus* color escarlata que indicaba su rango de *legatus legionis*, mientras en el exterior los cornicines tocaban llamada con el consiguiente revuelo en el campamento.

—Si es tan amable de estirar el brazo, dómine —le decía el esclavo mientras le colocaba el *paludamentum* sobre el mismo.

—¿Has visto en qué dirección volaban hoy los pájaros? —le preguntó el legado a Petronio mirando al techo.

—¡No, señor! ¿Le preocupa algo? —respondió el esclavo.

—¡Nada que te incumba, y en cuanto me vaya, haz el favor de recoger todo esto, que parece un *contubernium* de la tropa!

—¡Sí, mi dómine! —respondió el esclavo haciendo una ligera inclinación de cabeza.

Después de rezar ante el pequeño altar que presidía la sala, el legado, acompañado por su guardia personal, salió del pretorio en dirección hacia la *via principalis* del campamento, donde estaban ya formados, centuriones, *primus pilus*, decuriones, *praefectus* y tribunos, mientras llegaban los más retrasados el legado se fijó en que, cuanto más alto era el grado que ostentaban, más gorda era su barriga.

—¡Todos formados, señor! —le dijo uno de los tribunos saludándolo con el brazo extendido para después ponerse a su derecha, mientras la tropa, que se olía algo raro, se reunía en pequeños grupos para ver qué ocurría.

—¡Decimoquinta! —gritó el legado con su voz nasal—. Tengo malas noticias que daros. —El legado sacó un pequeño orario que llevaba guardado en una de sus muñequeras de cuero teñidas de blanco y se sonó su moqueante nariz—. Nuestro Imperator Caesar Augustus ha muerto. —Un «ohhh» recorrió todo el campamento.

—¿Qué ha dicho? —preguntó un legionario de origen galo a su compañero que fisgaba agazapado detrás de un enorme tonel que hacía de aljibe de agua.

—¡Que ha muerto el emperador!

—¿Y quién nos pagará ahora?

—¡Cállate la boca de una puta vez, que no me dejas oír nada! —le respondió el legionario dándole un codazo al galo.

—¿Y quién es el nuevo emperador? —preguntó uno de los tribunos, al cual el legado fulminó con la mirada.

—Gracias por preguntar, tribuno —le respondió el legado con tono irónico—. El nuevo emperador al cual guardaremos fidelidad es Tiberius Lulius Caesar.

—Viva el emperador Tiberio —gritó el tribuno, que se encontraba a la derecha del legado.

—¡Viva, viva! —gritaron a la vez todos los mandos.

Después de leer en toda su totalidad el pergamino, el *legatus* mandó romper filas, no sin antes decir a sus mandos que informaran a la tropa de lo sucedido. Mael entró en su tienda que compartía con su segundo al mando, el optio César, al cual encontró sentado sobre su camastro cortando con un pequeño cuchillo un trozo de carne seca.

—Llegas a tiempo para comer algo. No traerás un poco de vino, por casualidad…

—¡Pues no! No vengo de la *tabernae* precisamente.

—¿Qué ha ocurrido con tanto alboroto? —le preguntó César mientras el astur se quitaba el pesado casco.

—¡Ha muerto el emperador! —El germano escupió en el suelo el trozo de carne que tenía en la boca.

—¡Mal asunto!

—¿Por qué? Pondrán a otro y en paz, además le tienes que estar agradecido, al parecer, según nos ha dicho el legado, en su testamento consta que nos deja trescientos sestercios a cada legionario, y Tiberio algo más nos mandará supongo, para tener contentas a las legiones, ya que a los pretorianos les deja mil sestercios a cada uno.

—¡Malditos! Hijos de puta, esos pretorianos solo saben presumir y encima siempre les toca la mejor parte. Ya verás cuando se entere la tropa, lo que te decía: problemas. ¿Y quién cojones es Tiberio?

—Al que desde ahora le debes fidelidad, es nuestro nuevo emperador.

—Ya verás cómo no tardando nos arma alguna gorda.

—¿Por qué nos la va a armar?

—Pues mira, muy sencillo: Augusto tendría las arcas llenas de oro y este querrá tenerlas aún más. ¿Y cómo se llenan? Pues tocándonos, ya sabes —dijo el germano cogiéndose sus partes con su enorme mano—. Y no tardando mucho verás cómo estamos metidos en otra conquista, pobre Augusto, después de tantos años sirviéndole, ¿no te da un poco de pena?

—¡A mí, ninguna! Y eso que a mi tribu y a los demás astures nos jodió bien jodidos, mi madre, a pesar de lo que sufrió por su culpa, nunca me inculcó odio hacia los romanos; al contrario, si estoy aquí fue porque ella lo quiso, si no sería uno de aquellos infelices que se cortaron los pulgares para no ser reclutados, ellos son el futuro, me dijo…. ¡Pobre, ¿qué habrá sido de ella?, ya casi ni recuerdo su cara! —El cilurnigo, que aún permanecía con el casco en la mano, lo dejó caer sobre el camastro.

—¿Y a ti?

—Amigo decurio, ninguna, por su culpa llevo desde los dieciséis años en este puto ejército; aún se me revuelven las tripas al acordarme de cuando esos cabrones romanos me reclutaron y me separaron de mi hogar y, si te sirve de consuelo, yo tampoco recuerdo el rostro de mi madre ni el de mi hermano… Hay que joderse cómo han pasado los años, amigo; ¿te acuerdas de que un día me dijiste que el destino te tenía algo grande preparado para ti?

—¡Claro que me acuerdo, fue el día que acabamos con aquellos mercenarios que nos robaron los caballos; menuda escabechina armamos!

—¡Estarás contento entonces con lo que te tenía preparado el destino, has llegado a decurión de la caballería imperial, acertaste a no haberte dado la vuelta para el castro como yo te decía!…

—Pues estás equivocado, lo que el destino me tenía preparado fue encontrarme con una muchacha un día en Asturica Augusta que me regaló un par de calcetines.

—¡Amigo! Las mujeres suelen traer problemas; yo creo que el destino en vez de premiarte te ha castigado; tendrías que haberte ido para el castro, ¡ja,

ja, ja! Bueno, iré a ver si encuentro un poco de vino y brindaremos los dos por esa muchacha, que me parece que fue por la que armaste aquel follón tan gordo en Asturica Augusta. Por cierto, ¿tiene nombre?

—¡Sí lo tiene, se llama Lúa!

—¡Pues brindaremos por Lúa y por el emperador! ¿Cómo dices que se llama el nuevo?

—¡Tiberio! Tiberio Julio César.

—Tócate los cojones, otro Julio César, pero ¿estos romanos no sabrán ponerse otro nombre? —respondió el germano a la vez que agachaba la cabeza para salir de la tienda.

Capitulum

XIV

El nuevo emperador no tardó mucho en poner al mando de sus legiones a hombres de su confianza; por eso, un día lluvioso, una centuria de pretorianos llegó después de un largo viaje a las puertas de la amurallada ciudad de Carnuntum.

—¡Abrid la puerta! —gritó un pretoriano montado sobre un robusto poni landés originario de la provincia gala de Aquitania; rápidamente la enorme puerta de dos hojas se abrió empujada por dos legionarios, dejando expedita la entrada donde el centurión de guardia se puso en el medio con el brazo levantado, impidiéndoles el paso.

—¡Quítate del medio, palurdo, si no quieres pasar el resto de tus días en una mazmorra! —le gritó el pretoriano mientras lo empujaba con el pecho del caballo.

—No puedo dejaros pasar si no me decís… —Sin dejarle acabar la frase, el pretoriano desenvainó su *gladius*, no con buenas intenciones.

—¡Pretoriano, envaina el arma y discúlpate! —dijo un jinete que se protegía de la lluvia con una *paenula*, el cual se aproximó al centurión y, echando hacia atrás la mojada capucha, dejó ver su rostro.

—¡Perdónalo, centurión! Soy el nuevo *legatus legionis* y espero que todos cumplan con su deber, como lo has hecho tú y ahora da orden para que nos acompañe alguien hasta las dependencias del legado…

Rápidamente, un optio de la guardia los acompañó hasta el edificio donde varios pretorianos descabalgaron de sus caballos desarmando a los centinelas, así como al centurión de guardia, que custodiaban el pretorio, que, cogidos por sorpresa, no sabían qué ocurría, el legado, ayudado por uno de su guardia personal, descabalgó y corriendo se puso a resguardo en el interior del edificio en el que entró dando golpes en el suelo con sus botas

de cuero teñidas de rojo para sacudirse el barro, rápidamente varios pretorianos lo acompañaron por el pasillo con sus silenciosas *caligae speculatores* exentas de clavos en la suela para impedir su molesto ruido por los suelos de palacio, abrieron sin contemplaciones la puerta bruscamente haciendo que sus dos hojas chocaran estruendosamente contra la pared y donde sin mediar palabra dos fornidos pretorianos se pusieron a ambos lados, el legado que se encontraba escribiendo sobre un pergamino sentado tras la mesa levantó la cabeza sobresaltado.

—¿Qué significa esto? —preguntó.

—¡Maldita lluvia! Nunca me acostumbraré a estos climas, no os asustéis. Soy el nuevo *legatus*, mi nombre es Quinto Veranius, el emperador Tiberio que los dioses protejan me ha ordenado comandar la…

—¡Decimoquinta, señor! —contestó rápidamente uno de los pretorianos ante el lapsus del *legatus*, que esperaba la respuesta con la mano levantada, chasqueando los dedos.

—¡Gracias! Esa, la decimoquinta Apollinaris, era la preferida de nuestro difunto emperador Augusto… ¡Ah, se me olvida! Ahí tenéis las órdenes firmadas y selladas por el emperador Tiberio y ratificadas por el Senado. —El pretoriano, a una indicación del *legatus*, tiró sobre la mesa un rollo con las órdenes imperiales.

El depuesto legado ni tan siquiera las miró; se levantó de su *solium* y cogiendo su orario se sonó su moqueante nariz. Días después se comentaba por el campamento que se le había visto salir junto con sus tribunos por la puerta pretoria, aunque también se comentaba que unos lugareños habían visto flotando río abajo los cadáveres de varios romanos.

El nuevo *legatus* después de instalarse fue llamando a su pretorio a todos los mandos de la decimoquinta, entre ellos los de las tropas auxiliares, para conocerlos y darles las nuevas órdenes.

—Se presenta el *praefectus alae* Marco Macrino al mando del ala II Asturum, señor. —Al oír el nombre, el legado que permanecía sentado tras la mesa que hasta hace poco ocupaba su anterior dueño, levantó rápidamente la cabeza, dejando ver su cara perfectamente rasurada y, al

verla el *praefectus*, le dio un vuelco el corazón, pues no contaba con encontrarse nuevamente con el sobrino de Venarius, de cuya barriga no guardaba buen recuerdo…

—¡Marco Macrino! Ese nombre me suena.

—Señor, le creía en el Senado.

—El mismo Senado y el emperador me asignaron este puesto.

—¿Qué tal le fue por Lucus Augusti?

—Bien, y por lo que veo a ti también, si no recuerdo mal, llevabas caballos a Asturica, ¿verdad?, y ahora eres todo un *praefectus alae*.

—No puedo quejarme, señor.

—Menos mal, porque hasta ahora solo he oído quejas; en vez de legionarios, parece que trato con mujeres del mercado.

El *legatus* se levantó y de una pequeña mesa situada al lado del busto de mármol del emperador Augusto, el cual estaba tapado con un paño negro, cogió una jarra de brillante plata y vertió vino en dos copas.

—Toma, brindemos por el emperador Tiberio. —Los dos saborearon el rico caldo con deleite.

—Bueno, ¿verdad? Este *mulsum* lo hice transportar sobre una mula desde Roma, con orden de pena de muerte si alguien se acercaba a ella, ja, ja, ja. —Se rieron los dos.

—Bueno, dentro de poco empezará, según palabras de mi amigo el proconsul la construcción del anfiteatro. Quiere que la ciudad no tenga nada que envidiar a Roma, pero primero tenemos que acabar con las revueltas; el emperador quiere tener las fronteras seguras para luego poder disponer de las legiones para la gran conquista.

—¿La gran conquista, señor?

—Sí, serás de los primeros en saberlo; invadiremos Britania, cosa que no pudo hacer ni Julio César ni el divino Augusto, pero que lo haremos nosotros; según dicen hay grandes minas de oro para engrandecer aún más el Imperio, por eso no tardando mucho la decimoquinta y tus turmas saldremos en busca de esos panonios y de una vez por todas los aniquilaremos para luego regresar triunfantes a Roma.

—¿Ha vuelto a saber algo de su tío? —le preguntó el *praefectus* cambiando totalmente la conversación.

—¿Qué…? ¿A mi tío? Pues no he tenido tiempo de preocuparme de cosas familiares; han pasado muchos años y ya era viejo; supongo que ya habrá fallecido y, ahora que me lo recordáis, lo único que sé es que si me ha dejado algo en su testamento, hasta ahora no me ha llegado nada —le respondió el *legatus* rascándose la nuca—. Bueno, ¿cuento contigo para acabar con esos cabrones?

—¡Por supuesto, señor!

—De acuerdo,entonces puedes irte; y recuerda: Veranius no olvida al que le sirve bien.

El *praefectus* levantó el brazo en señal de saludo y dando media vuelta marcialmente salió de la sala, cuando llegó a la calle inspiró fuertemente por la nariz, llenando de aire los pulmones para después lentamente exhalarlo, mientras se decía para sí:

—¡Maldito hijo de puta, eres igual de miserable que tu tío!

Una fría mañana del mes Martius, mes de Marte, dios de la guerra, tal como había dicho el legado y vaticinado César, la XV legión, junto a la II Asturum, se situaba después de varios días de viaje en formación de combate sobre la helada llanura panonia a escasas dos leguas del poblado rebelde, que se encontraba escondido en un pequeño bosque y rodeado por tierras de labor cubiertas por gran cantidad de almiares de hierba seca, la legión se posicionó haciéndose el silencio, solo roto por el tintineo de cientos de *cingulum* y demás pertrechos metálicos que chocaban entre sí movidos por una helada brisa que cortaba la piel, el calor que desprendían los sudorosos cuerpos de los legionarios y cabalgaduras hacían ascender hacia el cielo una inmensa nube de vaho. Se acercaba la hora cuarta cuando el cornicen tocó avance. Toda la legión volvió nuevamente a ponerse en marcha, haciendo resquebrajar con sus *caligae* la escarcha que cubría el suelo y que el sol, ya varios días agazapado entre las nubes, no lograba derretir. La legión volvió a pararse a una distancia prudencial del alcance de las flechas enemigas. Mael se situaba en el flanco izquierdo con su turma;

en primera línea se encontraba el *praefectus alae* y, a su lado, Auledo, que portaba el *vexillum*, el astur espoleó al caballo hasta ponerse al lado del *praefectus*, indicándole con el dedo índice la dirección por donde se aproximaba el *legatus* con su guardia personal y estandartes flameando al viento. No tardaron en llegar hasta donde se encontraba formada parte de la II Asturum.

—¿A qué debemos tan grata visita? —le preguntó el *praefectus* saludándolo con el brazo extendido.

—Me gusta revisar mis tropas antes del combate. Quiero que vean que su general está con ellos —le respondió el *legatus* echando sobre el hombro izquierdo el *paludamentum* color escarlata.

—¡Bonito caballo montáis, legado! —le volvió a preguntar con tono adulador el jefe de ala quincuagenaria.

—Es un regalo de un rico comerciante de óleum que conocí hace años en Hispalis —le respondió el legado a la vez que daba unas palmadas en el cuello al negro purasangre. Mientras el alto mando conversaba sobre el plan de ataque, el signifer que siempre acompañaba al legado portando el *signum*, ataviado con su característica piel de oso, acarició la nalga del asturcón sobre el cual montaba Mael; el animal irguió sus orejas y movió su larga cola de un lado al otro.

—Estos sí que son buenos caballos, verdad, decurión? —preguntó el signifer en un latín con un acento que le resultó familiar a Mael.

—¿Tú eres astur?

—¡Claro! Un astur transmontano no olvida por muchos años que lleve fuera de su tierra el porte de un asturcón.

—Es un honor conocer a todo un signifer y además astur; mi nombre es Mael, decurión de la II Asturum. —Los dos, uno montado sobre el caballo y el otro a pie, se estrecharon fuertemente la mano.

—Lo siento, tengo que dejarte; el legado no espera; supongo que nos volveremos a ver si salimos bien de esta.

El signifer dio media vuelta y levantando el *signum* esperó a que el legado llegara a su altura para incorporarse al puesto de mando, desde el

cual el legado dirigiría la batalla.

—Señor, no me gusta nada la situación, no saldrán a campo abierto como creo que piensa el *legatus*, habrá que ir a sacarlos y los dioses sabrán lo que nos tienen preparado ahí dentro. ¿Por qué no se queda en retaguardia? —le dijo el decurión de la II turma al *praefectus alae*.

—¿Qué lo dices, como hijo que se preocupa por su padre? ¿O como decurión que cree que no podré resolver la situación? Si es la primera, te lo agradezco que te preocupes por mí; no hemos hablado mucho de padre a hijo últimamente y espero que en lo sucesivo lo hagamos más a menudo. Si es la segunda, todo legionario, sin importar el rango que ostente, tiene que obedecer las órdenes, sean las que sean, si no, no existiría Roma —le respondió el *praefectus* sin quitar la vista del horizonte. Mael tiró de la rienda derecha, haciendo que el caballo diera la vuelta para ponerse al mando de su turma sin contestar; no quería demostrar ante los demás que se preocupaba por su padre. Los centuriones con su atronadora voz dieron orden de avanzar a varias centurias de *hastati* que fueron recibidas por una nube de flechas lanzadas desde detrás de los almiares de hierba seca.

—¡*Scutum* arriba, protegeos! —gritaron los centuriones mientras un repiqueteo de impactos sobre la madera inundó la llanura, antes de que le diera tiempo al enemigo a lanzar más flechas, los hastati cargaron con fuerza hostigados por las retorcidas varas de vid que portaban los centuriones, que se clavaban en sus riñones haciendo que el enemigo retrocediera intentando ponerse a salvo en el interior del poblado, entonces los *pilum* traspasaron las primeras espaldas dejando sobre la fría hierba los primeros cadáveres, algunos daban la vuelta y se enfrentaban a los legionarios blandiendo utensilios de labranza, que poco podían hacer ante los mortíferos *gladius*, un jinete llegó al galope con órdenes del legado: la II Asturum tenía que atacar el poblado por ambos flancos.

—¡A la carga! —gritó el *praefectus alae* Marco Macrino, todas las turmas se pusieron en marcha al trote sobre sus asturcones con sus *spathas* en alto, listas para matar y protegidos por sus ovalados escudos. Al poco tiempo todo había acabado, los gritos de euforia dieron paso a los gemidos

de dolor; el poblado había sido arrasado para honor del *legatus*, pronto un correo salió a todo galope en dirección a Roma para informar al senado que la legión decimoquinta al mando del legado Quinto Veranius había acabado tras una cruel batalla con los insurgentes panonios, devolviendo la paz a la provincia. Las chozas del poblado habían sido incendiadas, iluminando como gigantescas antorchas la oscuridad que poco a poco se iba cerniendo sobre la llanura. Mael y César observaban desde lo alto de sus cabalgaduras cómo dos legionarios se peleaban por conseguir el preciado botín de guerra consistente en un corpulento ganso que como buen panonio les hacía frente.

—¿Fue necesario mover a toda una legión para esto? —preguntó el germano malhumorado mientras escupía en el suelo.

—¡Optio! Nuestro lema es obedecer, siempre obedecer —le respondió el astur a la vez que espoleaba al caballo.

Las *buccinas* sonaron indicando el reagrupamiento de las tropas para volver al campamento construido a marchas forzadas sobre la llanura y protegido por una profunda fosa, y ante la falta de arbolado para construir una empalizada se utilizaron los puntiagudos *sudis*.

—Hemos tenido suerte, señor; nuestra turma no ha sufrido bajas —le decía César al decurión dejándose caer cansado sobre el camastro de campaña.

—¡El *praefectus* no ha regresado al campamento! —gritó Auledo con voz entrecortada, que había entrado abriendo violentamente el faldón de la tienda.

—Estará en el cuerpo de guardia, dando novedades —respondió César.

—Ya he estado allí y no lo han visto. —A Mael se le puso un nudo en el estómago.

—¿No es tu misión protegerlo? —le preguntó el astur.

—Sí, pero lo perdí de vista en la batalla; yo creía que se habría ido para el campamento, lo siento —respondió el *vesillariux*.

—¡Ordena que traigan mi caballo, rápido!

—¿A dónde vas?, quizás esté con el legado festejando la victoria. Además, es de noche y no te dejarán salir. —Alucio llegó con el caballo, el

cual resopló, y nada más oírlo, Mael salió de la tienda y de un salto montó sobre el negro asturcón, que se levantó sobre sus patas traseras para luego salir al galope en dirección a la *porta pretoria*, donde se encontró con un centinela que le impedía el paso haciendo ademanes con los brazos.

—Alto, alto, no puedes salir del campamento —gritaba el centinela, que tenía que apartarse para no ser arrollado por el caballo que salía a galope tendido. El cilurnigo llegó al campo de batalla, donde los rescoldos de las incendiadas chozas con su rojiza luz aún iluminaban tenuemente la noche. El nauseabundo olor a carne quemada como el que despedían los cadáveres destripados le produjo que su estómago se contrajera produciéndole una desagradable arcada; a pesar del frío reinante, el sudor resbalaba de su frente recorriendo todas las arrugas de su curtida cara, mientras en su cabeza una voz le decía: «No te preocupes, está con el legado celebrando la victoria; no le ha podido pasar nada; es un experto jinete. No has mirado en el *valetudinarium*, quizá este herido», haciéndole subir la moral. Unas luces que se movían en lo que había sido el campo de batalla llamaron su atención y se dirigió hacia ellas. Cuando llegó, se encontró con un hombre en cuclillas que al ver al astur gritó a la vez que se ponía de pie dando un salto:

—¡Aggggg, joder, qué susto me has dado! ¿Qué haces aquí? —le preguntó el hombre, que recogía cascos, armas y demás pertrechos de los cadáveres y los transportaba sobre un carro tirado por un burro, iluminado por dos antorchas sujetas a los varales.

—No es la primera vez que un enemigo herido se levanta y tengo que rematarlo, je, je, je. —Se reía el hombre, moviendo de un lado al otro la mano derecha donde sujetaba una pequeña daga.

—No pretenderás quitarme el negocio; tengo permiso del alto mando. —El hombre se acercó al carro con intención de coger algún arma para hacer frente al intruso, donde la luz dejó ver su verrugosa mancha color vino que le cubría media cara, así como sus manos llenas de sangre.

—¡No quiero quitarte ningún negocio, solo quiero que me dejes una de esas antorchas, quiero encontrar a un compañero!

—¿Un compañero? Ya sé lo que pretendes, no tendrá ese compañero un enorme anillo de oro sobre su dedo o una bolsa llena de monedas sujeta al *cingulum*. —Sin mediar palabra, los clavos de la *caligae* del astur se estamparon en la cara del hombre, el cual retrocedió hacia atrás, moviendo los brazos, buscando dónde asirse, yendo a caer entre las tripas de un rebelde panonio.

—¡Maldito buitre! —le dijo el cilurnigo que, desmontando rápidamente del caballo, lo cogió con la mano izquierda por el pecho levantándolo del suelo mientras con la derecha le propinaba un puñetazo en la cara que lo dejó sin sentido, luego cogió una de las antorchas en una mano mientras en la otra portaba las riendas del caballo y a pie se dirigió en dirección al poblado donde más o menos creía que había actuado su unidad, sus *caligae* costaba trabajo moverlas al quedar pegadas en la coagulada sangre que encharcaba el suelo, cuando movía la antorcha de un lado a otro fijándose en los desfigurados rostros de los cadáveres, veía brillar los ojos de las alimañas que huían gruñendo asustadas dejando a medias su festín, al llegar a un pequeño huerto cerca del poblado, Mael sintió que su corazón latía fuertemente y que un sudor frío empapaba todo su cuerpo, al ver entre la oscuridad la silueta de un jinete que yacía en el suelo montado sobre su caballo, el astur, nervioso, soltó las riendas de su asturcón y acercándose al jinete lo iluminó con la antorcha.

—¡No, no, malditos hijos de puta, lo habéis matado! —El muchacho fuerte de la tribu de los cilurnigos cayó llorando de rodillas sobre la helada hierva, maldiciendo a los dioses, maldiciendo a Roma; todo aquello de que un legionario imperial no llora nunca, quedó olvidado al ver el cuerpo inerte de su padre.

César tiró fuertemente de la cincha de cuero para asegurar el *corniculum* al vientre del asturcón, para luego de un salto montar sobre él, para luego al trote llegar a la puerta pretoria.

—¿Ha salido por aquí un jinete al galope? —le preguntó César al centinela que le cerraba el paso.

—¡Sí! Y ya he dado parte al centurión de guardia; le va a caer el pelo

cuando regrese —le respondió el centinela.

—¡Pues hazte a un lado, tengo orden de ir a capturarlo! —mintió el germano.

—No puedo dejarte salir sin comunicárselo al centurión; dime nombre y unidad.

El germano espoleó al caballo, saliendo al galope mientras gritaba:

—¡Mi nombre es César, Julio César! —El centinela tuvo que echarse a un lado por segunda vez en la noche para no ser arrollado.

—¡No se me olvidará tu nombre, tarde o temprano tendrás que volver, Julio…, maldito cabrón! —El centinela dio una patada al aire de rabia al pensar que lo había engañado dándole un nombre falso. El germano llegó al galope al campo de batalla, donde pudo ver a lo lejos el resplandor de unas antorchas; se dirigió primero a la más lejana; cuando llegó pudo ver que estaba atada sobre un carro tirado por un burro rodeado de cadáveres y uno parecía que estaba vivo aún, pues gemía el optio sin prestarle atención; cogió la antorcha y se dirigió hacia el otro haz de luz, donde encontró arrodillado sobre la hierba a Mael.

—Muchacho, ¿cuánto tiempo llevas aquí?

—¡Lo han matado, esos hijos de puta lo han matado!

César levantó la antorcha que iluminó el cuerpo de un hombre que yacía en el suelo, el cual vestía una capa con dos pieles de zorro sobre los hombros.

—Lo siento mucho, amigo, si te sirve de consuelo, no creo que a él le hubiera gustado haber tenido otra forma de morir; ha sido un soldado toda su vida y ha muerto cumpliendo con su deber en el campo de batalla —le decía el germano mientras le ponía la mano cariñosamente sobre el hombro.

—Ayúdame, tenemos que llevárnoslo de aquí —le dijo el astur mientras clavaba la antorcha en el suelo.

—¿Llevárnoslo? Sabes que no se pueden llevar cadáveres al campamento —le respondió el germano.

—Lo llevaré, aunque sea lo último que haga en mi vida.

—¡De acuerdo!

El germano puso su pie sobre la vara de madera y tirando con fuerza con las manos la rompió a la altura del pecho del caballo, para luego tirar por la punta ensangrentada que sobresalía por la zona lumbar, dejando libre el cuerpo del *praefectus alae* del ala quingenaria II Asturum, luego entre los dos lo depositaron sobre el *corniculum* del caballo de Mael.

—Mira, este debe de ser el que lo mató, pero el *praefectus* le abrió la cabeza antes de morir. Los cabrones se mantienen agachados con la lanza sobre la hierba y apoyan la parte trasera sobre una piedra o hendidura del terreno; cuando ven llegar al caballo al galope la levantan a media altura ensartando caballo, jinete y todo lo que encuentra a su paso. Ahí tienes dónde hizo tope la lanza —le decía César al cilurnigo mientras miraba al panonio que yacía en el suelo con la cabeza destrozada.

El centinela vislumbró a lo lejos la zigzagueante luz de una antorcha que se acercaba; pronto un caballo transportando dos jinetes y otro con un bulto que colgaba por ambos lados llegaron a la *porta pretoria*.

—¡Hombre, si es Julio César en persona! —les dijo con chulería el centinela que se acercaba a mirar lo que transportaban en el otro caballo.

—Pero ¿qué cojones traéis aquí? ¡No será lo que me imagino!

—¡Ni se te ocurra tocarlo, si no quieres que te abra en canal! —le gritó Mael echando mano a la empuñadura de su *spatha*.

—¡Sabéis que no se pueden introducir cadáveres en el campamento!

—¿Qué ocurre aquí con tantas voces? —dijo de malos modos el centurión de guardia que venía acompañado por cuatro legionarios.

—¡Estos dos son los que salieron al galope, señor! —indicaba moviendo el dedo índice el centinela.

—¿Queréis explicarme qué significa todo esto y rogar que la historia sea convincente? —les preguntó el centurión, amenazándolos con su vara de vid.

—Soy el decurión Marco Macrino del ala II Asturum y este es mi optio César.

—Hasta ahí todo muy bien. ¿Y este fiambre?

—Este fiambre, como decís, es el cadáver del *praefectus alae* Marco

Macrino, que ha muerto hoy en la batalla.

—¿Cómo es que os llamáis igual?

—Tú tendrías que saberlo; es cosa frecuente que en Roma un hijo tenga el mismo nombre que su padre. ¿Entiendes ahora que no quiere dejarlo pudrirse sobre la hierba? —le respondió el germano, indicando con el brazo extendido la dirección del campo de batalla.

—¡Te pido perdón, no sabía!… —respondió el centurión haciendo chocar la vara contra el casco en señal de saludo—. La guerra nos hace perder… ¿Tú me entiendes, decurión? Pero tendréis que enterrarlo aquí fuera; sabéis de sobra que las órdenes impiden introducir cadáveres en el campamento.

—Es un prefecto de Roma y como tal será incinerado —le recriminó el astur.

—¡De acuerdo! Mañana temprano me encargaré de que os traigan leña de intendencia para que hagáis una pira.

—Gracias, centurión.

—¡A ver! No tenéis nada que hacer. Se acabó la comedia, todos a sus puestos —gritó el centurión moviendo amenazante la vara de mando.

—¿No va a detenerlos, señor? —preguntó el centinela.

—¡No! No voy a detenerlos y espero que alguien, si me muero en el campo de batalla, impida que mi cuerpo sea comido por las alimañas —le respondió el centurión mientras le pegaba una patada en el culo al centinela.

Después de pasar toda la noche velándolo, Mael y César depositaron el cadáver envuelto con su capa sobre la pira de leña que unos legionarios por orden del centurión habían traído a lomos de dos mulas, le quitaron el *signaculum* y, según las creencias romanas, le introdujeron en su boca una moneda para pagar al barquero Caronte, que lo llevaría al más allá; luego, mientras el fuego iba consumiendo el cuerpo del *praefectus*, Mael conversaba con el germano recordando cosas sobre su padre.

—Esta batalla me dio mala espina ya antes de su comienzo y, al verlo preparándose para el combate, le pedí que se quedara en retaguardia; no tenía necesidad de luchar, para eso estamos nosotros —comentaba el astur

mientras limpiaba con su capa el *signaculum* de su padre.

—Igual obedecía alguna orden del hijo, de puta, del legado; yo los vi hablando a los dos —respondió el germano.

—Recuerdo que nos decía que no se es équite hasta que jinete y caballo formen una sola persona, y así murieron jinete y caballo juntos.

—Por eso, dentro de lo que cabe, tienes que estar contento; además, gracias a ti pudo disfrutar de una segunda vida; si no llegas a estar en aquel bosque cerca de Lucus Asturum habría muerto a manos de los mercenarios de Veranius.

—Aquello lo marcó mucho, pensar que lo podían haber matado por unos caballos, por eso me adoptó, para agradecerme lo que había hecho. La verdad es que no hablamos mucho de padre a hijo, quizás porque lo apreciaba más como amigo que como padre. Es difícil llamar a alguien padre sin haber tenido con él un vínculo familiar, sin embargo, a ti te aprecio como a un hermano cascarrabias. —Los dos, germano y astur, de pueblos tan distantes, pero pertenecientes al mismo Imperio, se fundieron en un largo abrazo. La pira se fue consumiendo poco a poco, quedando solamente cenizas que el viento iba esparciendo por la inmensa llanura panonia. Mael recogió un puñado de ceniza y la guardó en una pequeña bolsa de cuero que ató a su *cingulum*, marchando acto seguido hacia el campamento en cuya puerta los esperaba un centurión de la guardia pretoriana.

—Ruego me acompañéis; el legado quiere veros —les dijo el centurión, que lucía una canosa barba perfectamente recortada.

Mael y César llegaron cansados y demacrados a la tienda *praetorium*, sobre sus caras y brazos todavía eran visibles las manchas de sangre de la batalla, no como los inmaculados pretorianos que hacían guardia. Rápidamente, un sirviente los invitó a entrar.

—¡Sentaos! —dijo el *legatus* sin mirarlos, el cual, vestido con una impoluta túnica blanca, revolvía con un atizador de hierro los rescoldos de un brasero—. Hace frío afuera, verdad —les preguntó el *legatus* mientras se sentaba; los dos équites afirmaron a la vez con sus cabezas.

—Ya me han informado de la pérdida del *praefectus alae*, hombre valiente donde los haya y apreciado por la familia Veranius como él también lo era de ella, pues siempre me preguntaba por la salud de mi apreciado tío y sé que él lo tenía también en buena estima. *Sit tibi terra levis!*

Extrañados por las palabras del legado, César y el astur se miraron de reojo.

—No sabía que tuviera un hijo adoptivo y que formara parte también de la II Asturum. ¿A quién de los dos debo dar el pésame? —preguntó el legado moviendo el dedo índice de un lado y al otro.

—¡A mí, señor! Perdón por no presentarme; soy el decurión Marco Macrino y mi compañero es mi optio Julio César; los dos pertenecemos a la II Asturum —le respondió el astur poniéndose de pie, mientras ponía sobre la mesa el *signaculum* del fallecido…

—Julio César, bonito nombre —respondió el legado esbozando una sonrisa, mientras miraba las rubias trenzas del germano.

—Bueno, decurión Marco, tu padre, que ya estará en los Campos Elíseos, puede estar orgulloso de su hijo.

—¿Por qué, señor?

—Comprendo que era tu padre, pero no es muy usual que un decurión salga de noche sin previo permiso a buscar un cadáver al campo de batalla, sin importarle el castigo que ello conlleva, pero bueno, el emperador es benevolente y está orgulloso de sus tropas auxiliares.

—Lo he hecho porque era mi superior, un *praefectus alae* de Roma, no por ser mi padre. No se merecía después de tantos años sirviendo a Roma que su cuerpo fuera devorado por los buitres, y hubiera hecho lo mismo si el caído en la batalla hubiera sido usted.

—¡Gracias, decurión, pero espero que los dioses me permitan vivir algunos años más! Sé que tienes ciudadanía romana como te corresponde al ser hijo del *praefectus* pero de qué tribu eres realmente?

—Soy astur transmontano de la tribu de los cilurnigos, señor.

—¡Así que transmontano! No tengo grato recuerdo de aquellas húmedas

tierras de elevadas montañas en las que hace tiempo estuve de paso y donde precisamente conocí a tu padre, entonces decurión, si no recuerdo mal, de la X Gemina. Mañana yo mismo daré orden para que todos los bienes del difunto se pongan a tu nombre como heredero de pleno derecho que eres.

—¡Gracias, señor!

—Bueno, diles a tus soldados que el emperador Tiberio está orgulloso del trabajo realizado por el ala II Asturum… Ah, se me olvidaba: el puesto de *praefectus alae* lo ocupará un centurión de mi guardia pretoriana de momento, y ahora podéis retiraros y, por favor, daros un baño; oléis peor que una piara de cerdos.

Los dos équites saludaron extendiendo el brazo para después dar media vuelta en dirección a la puerta de salida, pero cuando estaban a punto de salir por ella, la voz del legado los paró en seco:

—¡Decurión Marco!

—¡Señor! —respondió marcialmente el transmontano, dando media vuelta.

—¡Toma! —le dijo el *legatus* Veranius, lanzándole por el aire el *signaculum*.

—Supongo que a tu padre le habría hecho ilusión que tú lo conservaras.

El cilurnigo alzó los brazos, cogiendo con las dos manos al vuelo el desgastado cordón de cuero donde colgaba la chapa de identificación que tantos años había portado al cuello su padre y sobre la que podía leerse: MARCUS MACRINO PROCULOS LEG X.

—¡Gracias, señor!

Los dos salieron cabizbajos de la tienda en dirección a su *contubernium*. Cuando llegaron, antes de entrar, Mael levantó la cabeza para mirar al cielo, donde pudo ver en lo alto cómo los buitres dando círculos impulsados por el viento oteaban el campamento, viniéndole a la memoria las palabras que le había dicho su padre la primera vez que los vio allá en las grandes montañas astures: «Los hijos de puta son los encargados de limpiar de cadáveres el campo de batalla; si algún día tienes el honor de luchar en alguna y, al acabar, los ves dando vueltas en el cielo, puedes dar gracias a

los dioses, pues estarás vivo».

Astur y germano llegaron a la monumental puerta de entrada de la ciudad de Carnuntum con intención de disfrutar de un merecido permiso, cuando unas voces les hicieron mirar hacia el alto de la muralla.

—¡Él os perdonaráááá! —gritaba un hombre mientras caía desde lo alto de la muralla de la que había sido arrojado; su cuerpo se estrelló contra la enorme roca que como una gigantesca raíz sustentaba la muralla, dejándola teñida de sangre.

—¿Por qué tiran a ese hombre? —preguntó Mael al joven legionario que hacía guardia en la entrada de la ciudad, el cual lo saludó poniéndose firme.

—¡Ha sido condenado a muerte, señor! —le respondió el legionario.

—¿Y sabes qué ha hecho?

—¡Al parecer pertenece a una nueva secta que pregona que solo hay un único dios y que nos salvará a todos, pero a este se le debió de olvidar venir a salvarlo, je, je, je! —le respondió el legionario riéndose.

—¿Otro, dios? Si consiguiéramos reunir a todos los dioses que existen por el Imperio, esta ciudad quedaría pequeña para acomodarlos —contestó con ironía el germano, mientras otro ajusticiado caía a plomo, haciendo que el crujir de sus huesos retumbara en el fondo de la muralla.

—¡Lo que no es normal es que ajusticien a un hombre por creer en un solo dios y no se ajusticie a los que creen en varios! —dijo el astur.

—¡O a los que se follan a la mujer del vecino! Ay, Mael, Mael, no escarmientas, ¡esto es Roma! ¡Ya te lo dijeron hace años cuando le diste de beber a aquel crucificado! ¿Te acuerdas? —le recriminó el germano.

—¡Sí, sí me acuerdo! ¡Bueno, que pases buena guardia, legionario! —le dijo el decurión, dándole una palmada en el hombro.

—¡Gracias, señor! —respondió el centinela.

Oficial y suboficial cruzaron la puerta y no habían andado tan siquiera unos pasos cuando Mael se paró en seco, rascándose la barbilla.

—¡Optio! ¡Esos pobres hombres dicen que solo hay un dios! Y si fuera verdad, ¿qué haríamos con todos los demás? —preguntó el astur.

—¡Decurión, buena pregunta! ¿Qué te parece ponerlos a todos a trabajar en las minas o incorporarlos a las legiones, pero a una que se encuentre en lo más recóndito del Imperio? Así, dejarían de tocar los cojones. ¿Y ahora vas a dejar de hablar de los dioses de una puta vez o quieres acabar como el de la muralla?

La ciudad era un ir y venir de gentes y ruidosos carros que estrellaban sus ruedas sobre el adoquinado suelo transportando infinidad de mercancías, de caballerías que hacían resonar sus cascos y, sobre todo, de voces y risas de legionarios a los cuales la ciudad los recibía con los brazos abiertos; gracias a ellos y a sus dineros se pagaban los impuestos que repercutían en magníficas obras para la ciudad y, por supuesto, para incrementar las arcas de Roma.

—Eh, soldados, ¿buscáis putas? Sé dónde se encuentran las mejores de la ciudad; por una moneda os llevaré hasta allí —les decía un joven muchacho que no tendría más de once años, vestido con una roñosa túnica, y que había aparecido a su lado como arte de magia.

—¡Toma, no hace falta que nos lleves a ningún sitio, gástalo en comer y vete para casa! —le dijo Mael mientras le entregaba una moneda que el muchacho cogió rápidamente para perderse después a la carrera entre las estrechas callejuelas.

—¿Casa? Estos muchachos no tienen casa ni padre ni madre, los proxenetas les dan un trozo de pan y los tienen de criados y a veces para cosas peores, y si no se mueren de hambre, dentro de unos años serán mercenarios al servicio de estos hijos de perra que te rajarán la barriga por unas monedas…

—¡Esto es Roma, amigo! —dijo el astur con ironía.

—Dejémonos de Roma, dioses y proxenetas, y busquemos dónde echar un trago; tengo la garganta seca —dijo el germano mientras cogía por el hombro al decurio.

Llegaron a una tasca donde grabado sobre la pared podía leerse *poculum plenum* y donde encontraron a una mujer sentada sobre el suelo mientras sus manos permanecían en alto atadas a una argolla donde se ataban las

caballerías. César se aproximó hacia ella y, cogiéndola por la barbilla, le levantó suavemente la cabeza; unos tristes ojos azules se cruzaron con los del germano, al gigantón se le erizó el vello de todo su cuerpo, cosa que no le había sucedido nunca antes al mirar a una mujer.

—No temas, no te haré ningún daño. —Mael sacó su *pugio* y cortó las cuerdas, dejando libre a la mujer, que rápidamente se frotó con las manos las raspadas muñecas mientras se acurrucaba sobre la pared.

—Aunque servimos a Roma, de donde procedo, no hacemos esto a las mujeres, así que tranquila, con nosotros estás a salvo —le dijo el astur, poniéndose de cuclillas ante ella. César entró en la tasca, donde fuere recibido por un fuerte olor a vino mezclado con sudor y ajo; el local, lleno de humo que despedían varios braseros y lucernas, estaba repleto de legionarios que reían y vociferaban sin prestar atención a la entrada del optio.

—¿Quién, cojones, ha atado a esa mujer como si fuera una caballería? —La atronadora voz del gigantón germano retumbó en la sala, donde se hizo el silencio.

—¡Yo! ¿Quién lo pregunta? —respondió un hombre que no vestía ropa militar y que permanecía apoyado sobre el mostrador.

—¡Como veo que eres tan valiente, te lo voy a decir: uno que te va a partir la cara!

—¡Cuidado, amigo! Esa mujer es una rebelde panonia y se la he comprado legalmente a uno de tus putos legionarios y buenos denarios; me ha costado, así que hago con ella lo que me dé la gana; es mi esclava, así que lárgate y déjame en paz.

—¡Te recuerdo que esta tierra que pisas es Panonia!

—Sí, pero los rebeldes son ajusticiados, así que puede estarme agradecido de que la haya comprado.

—¿Cuánto has pagado por ella? Yo te doy el doble.

—Por lo que veo y por lo que huelo eres de caballería; te gustaría llevarla cogida por la cintura a lomos de tu caballo, ¿verdad?, pues lo siento, no está en venta; y vuelvo a decírtelo: déjame en paz —le dijo el

hombre volviendo la cara hacia el mostrador.

—¡Entonces tendré que matarte! —le dijo el germano mientras los demás legionarios, armando un gran guirigay, se apartaban, haciendo sitio para la pelea.

—¡No tengo armas, solo soy un comerciante de lana! —El germano se quitó su *tahalí* que cruzado al pecho sujetaba su *spatha* así como el *cingulum* de donde colgaba su *pugio* y lo depositó ruidosamente sobre una mesa.

—Ahora estamos igual —dijo César poniendo los brazos en cruz para mostrarle que estaba desarmado.

Entonces el comerciante cogió la copa de barro que descansaba sobre el mugriento mostrador, tirándosela con fuerza contra el germano, la cual impactó contra el brazo del optio rompiéndose en pequeños pedazos que cayeron sobre el suelo. Rápidamente, el comerciante echó su mano hacia la parte trasera de su cinturón, de donde sacó una brillante y puntiaguda daga.

—¿Así que no tenías armas? Maldito hijo de puta.

—No creas todo lo que te digan, legionario; cuando te mate te cortaré esas rubias coletas y se las regalaré a la esclava —le decía el comerciante mientras se movía de un lado al otro, blandiendo sobre su mano derecha la brillante daga, cuando de repente un *pugio* surcó el aire clavándose con fuerza en el cuello del comerciante, el cual dejó caer su daga al suelo y, poniendo los ojos en blanco, cayó de bruces al suelo, como cae una puerta sin bisagras…

—¡A ver, esta mujer tiene sed!

Todos quedaron boquiabiertos al ver entrar al decurión que se aproximó al cadáver, le dio la vuelta, luego extrajo su *pugio*, lo limpió en las ropas del comerciante y lo enfundó rápidamente, mientras César salía con una jarra de barro con agua que le había preparado el asustado dueño de la tasca, que se limpiaba el sudor de su despoblada cabeza con la mano.

—Toma esta moneda para que te deshagas de esta escoria y esta otra para que invites a estos legionarios.

Mael tiró las monedas que sonaron metálicamente sobre el mostrador

mientras un griterío de voces se adueñaba de nuevo de la tasca.

—¿Y ahora qué tienes pensado hacer con ella, ¡amigo!? —le preguntó el astur al germano, que permanecía agachado dándole agua a la mujer, mientras Mael sujetaba en sus manos el *cingulum* y el *tahalí* del germano que había dejado sobre la mesa.

—Buscaremos una posada y la dejaré allí; por el camino ya se me ocurrirá algo, y gracias por la ayuda, pero me hubiera gustado partirle el cuello a ese maldito comercial de lanas.

—No quería que estropearas tus delicadas manos y ya sabes que a mí me gusta solventar los problemas rápido.

—¡Ya, ya veo!

César esperó a que la mujer se tranquilizara, luego la ayudó a levantarse del suelo. Los dos équites se miraron uno al otro asombrados ante la belleza de la mujer, alta, de cabellos rubios, tez blanca y ojos azules como el cielo.

—Mi nombre es Julio… Bueno, mi nombre es Homérico y soy de una tribu de Germania, y este tan feo es mi jefe; su nombre es Mael, es de la tribu de los cilurnigos y su tierra está muy, muy lejos de aquí.

Ante las explicaciones del germano, la mujer esbozó una pequeña sonrisa.

—Vamos a llevarte a un lugar seguro y allí pensaremos algo, ahora si prefieres irte, puedes hacerlo; eres libre.

—No tengo a dónde ir, primero quiero daros las gracias; mi nombre es Deolinda y no soy panonia, soy germana como tú. Los panonios me secuestraron al igual que a otras mujeres en incursiones que hacían al otro lado del río; ahora iban a casarme con el viejo rey cuando vuestras tropas atacaron el poblado.

—Bueno, puedes estar tranquila; el reyecito ha pasado a mejor vida, al igual que el cabrón que te compró.

Los tres llegaron a una casa de piedra de dos plantas dedicada al hospedaje, donde el optio Homérico tocó a la puerta haciendo vibrar las tablas y tras la cual no de muy buen humor ladraba un perro.

—¿Quién llama? —preguntó una voz femenina.

—Gente de bien, necesitamos una habitación —respondió el germano un poco apartado por si salía el can. La puerta se abrió asomando la cabeza de una joven muchacha, mientras el perro refunfuñaba enseñando el hocico por la parte baja de la puerta…

—Esperen un momento; ataré al perro y enseguida les abro.

Pasado un tiempo la puerta se abrió, entrando los tres.

—Siéntense, por favor, enseguida les atenderán. El único que se sentó fue el gigantón germano sobre una rústica silla de entrelazado mimbre que con su peso hizo que maullara igual que si le hubiera pisado el rabo a un gato, haciendo que los tres se miraran unos a otros asombrados. —Un hombre gordo al que le costaba trabajo respirar apareció bamboleándose de detrás de una cortina.

—¿En qué puedo ayudaros? —preguntó el hombre apoyando sus manos sobre su inmensa barriga.

—¡Necesitamos una habitación para varios días! —le respondió el germano.

—¡Si eres tan amable de acompañarme! —le dijo el hombre a César, apartándole con la mano la cortina; el germano se levantó rápidamente de la inestable silla, chocando con sus manos las rodillas para pasar a la otra sala, donde la cortina, al quedar suelta, rozó su espalda—. Veo que sois oficiales de nuestro glorioso ejército, pero esta es una casa seria y no permito la entrada de prostitutas en mis habitaciones, así que os ruego que vayáis a hacer vuestras orgías a otro sitio —le dijo el hombre en voz baja. El optio agachó la cabeza y se rascó la nuca con la mano derecha para luego apretarla con rabia.

—Amigo, acabamos de salvar a esa mujer de ser esclavizada por un hijo de puta mercader de lanas, solo pretendemos que se quede aquí unos días sola, no pretendemos hacer ninguna orgía, cosa que a lo mejor tú estás más acostumbrado a hacer con niñas —le dijo el germano en voz baja, indicando con el pulgar por encima del hombro la dirección de la sala contigua—. ¡Y ahora dime si tienes habitación o no! —preguntó malhumorado el optio.

—Perdonadme, soldado, siendo así os procuraré una habitación, y el

pago sería por anticipado. —El gigantón sacó de una pequeña bolsa de cuero que portaba atada al *cingulum* varias monedas de plata y se las entregó al hombre, que extendió la mano rápidamente.

—¿Servirá con eso?

—¡Por supuesto, la niña le enseñará la habitación y no os preocupéis, que estará bien atendida! —El hombre inclinó reverencialmente la cabeza para luego chocar dos veces las manos una contra otra, diciendo—. ¡Domicia, acompaña a la mujer a la habitación de arriba, que es la más soleada!

Mael no había visto nunca así a su amigo; por primera vez el gigantón, además de haber pronunciado su verdadero nombre a una desconocida, había sido capaz él solo de resolver un problema, como si hubiera pasado de ser niño a hombre en un corto espacio de tiempo. El astur se dio cuenta de que su amigo se había enamorado *ipso facto* de aquella mujer, como le ocurrió a él en Asturica Augusta, y que sus vidas cambiarían desde ahora por completo. El decurión abrió la puerta silenciosamente y salió de la sala, dejándolos solos, donde los dos quedaron de pie, mirándose uno al otro.

—Debajo de este uniforme que huele a humo y a caballo se encuentra un hombre que está cansado de luchar, me falta poco para que me licencien y antes de morirme me gustaría formar una familia y que tú si quieres formaras parte de ella. He dejado pagada tu manutención por varios días. Nadie te molestará; aprovecha para descansar y comer. Yo volveré a verte en unos días, si aún estás aquí, te construiré una choza y te juro que nadie jamás te volverá a hacer daño. Ahora, si no estás, yo no me interpondré y entenderé perfectamente que quieras ser libre.

El cilurnigo descabalgó de su caballo, un precioso asturcón de largas crines que eran movidas por un fuerte viento que hacía días azotaba la llanura; por las venas del animal, aunque nacido lejos de su tierra, aún fluía sangre astur al no haber sido cruzado con otras razas.

—¿En qué puedo ayudarte, soldado? —le preguntó el cantero, dejando el cincel sobre la piedra que estaba esculpiendo. El hombre de pequeña estatura y cara surcada por profundas arrugas tenía la peculiaridad de tener

el brazo derecho más musculado que el izquierdo.

—¡Necesito encargaros una estela funeraria! —le respondió el astur.

—De acuerdo; entremos dentro, donde los martillos nos dejarán hablar tranquilos.

El cantero se secó el sudor con el brazo mientras se dirigían hacia una destartalada casa de piedra; al pasar al lado de un tenderete cubierto por un techo de paja, observó que otro cantero perfilaba con su cincel sobre la dura piedra la figura de un signifer ataviado con su característica piel de oso y en cuyo epitafio podía leerse la procedencia del mismo, astur transmontano de la tribu de los orniacos. Mael se paró mirándolo con tristeza.

—¿Os gusta? Mandó construirla su sucesor en el cargo. Debían de ser buenos amigos —le dijo el cantero mientras pasaba su callosa mano sobre el áspero monumento.

—¡Tuve el honor de conocerlo en el campo de batalla! —respondió el astur con voz triste.

—¡El pobre era muy joven para dejar este mundo!

—¡En la guerra, ni preguntamos ni te preguntan la edad a la hora de asestarte una estocada! —respondió Mael. Pasaron al interior de la casa, iluminada míseramente por un rayo de sol que penetraba a través de un pequeño ventanuco.

—¡Pero siéntate si eres tan amable! —le dijo el cantero mientras soplaba fuertemente sobre una silla, produciendo una nube de polvo que después de un tiempo fue poco a poco asentándose nuevamente por el mobiliario. Mael se sentó sobre la limpia silla haciéndola rechinar…—. Como habrás observado, nuestros trabajos son de primera calidad; los clientes quieren que el material perdure en el tiempo y qué mejor piedra que la de nuestras canteras. Si puedes decirme más o menos lo que deseas, haremos un boceto rápidamente. —El hombre cogió de una estantería un polvoriento pergamino y lo desenrolló sobre la mesa, haciendo que los dos estornudaran a la vez.

Una orden imperial había llegado desde Roma; la noticia pasó de boca en boca rápidamente por todo el campamento. El emperador Tiberio

licenciaba a todos los veteranos de la decimoquinta y tropas auxiliares, entre ellos los de la II Asturum, la cual se regeneraría con sangre nueva reclutada en las provincias del Imperio para iniciar la conquista de Britania. Habían pasado muchos años desde aquel día que dejaron atrás las murallas de Noega, los pelos que se quedaban atrapados en el interior del casco ya no eran negros como al principio sino blancos; lo que parecía que nunca iba a llegar, por fin llegó; muchos fueron los que se quedaron atrás con sus cuerpos sobre el campo de batalla devorados por los buitres y las alimañas y que nunca nadie reclamara; ellos fueron los que contribuyeron a hacer grande a Roma. Por fin, las luchas, el frío, el calor y el hambre quedarían atrás; el mes Martius había comenzado de nuevo, pero esta vez no indicaba el comienzo de la guerra, sino el comienzo de la vuelta a casa.

Mael, después de despedirse con gran tristeza de Humerico y de Deolinda, arreó a sus dos caballos y a su mula hacia las afueras de la ciudad, donde se paró a dar el último adiós a una estela funeraria que descansaba sobre la cuneta de la Via Sucinaria y en cuya base crecía una mata de aromático romero… Allí había depositado anteriormente las pocas cenizas que guardaba de su padre en una pequeña y renegrida bolsa de cuero que siempre llevaba colgada del cinturón. Tallada sobre la piedra arenisca, podía verse la silueta de un jinete montado sobre un caballo, portando sobre su *lorica amata*, *torques* y *phalerae* y que en su epitafio decía:

M. MACRINI PROCULOS!
PRAEFECTUS ALAE II ASTURUN.
BONUS MILITOR ET MELIUS PATER QUI VIXIT ANNOS LVI
FILIO EX CILURNIGORUN TRIB ERIGIO

AQUI YACEN LAS CENIZAS DE MARCO MACRINO PROCULOS
PRAEFECTUS ALAE II ASTURUN
BUEN SOLDADO Y MEJOR PADRE QUE VIVIO 56 AÑOS
SU HIJO DE LA GENS DE LOS CILURNIGOS ERIGIO

En una nave romana del tipo *onerariae* que había zarpado de la ciudad gala de Lapurdo y después de haber hecho una breve escala en Portus Victoriae finalizaba por fin su singladura por el bravo Cantabricus Oceanus llevando en su panza un cargamento de ánforas y tinajas repletas de codiciada posca, el veterano patrón a la vez que ordenaba a la tripulación arriar la vela, manejaba con pericia el enorme *gubernaculum* con la intención de abarloar la nave lo más cercana posible a la pasarela de madera que hacía de muelle, a la cual rápidamente dos de sus tripulantes saltaron provistos de dos robustas varas con las que haciendo fuerza sobre la borda impedían que la nave topetara sin control sobre el endeble muelle. Cuando la nave quedó por fin perfectamente amarrada por unas potentes maromas de esparto al muelle, el patrón se dirigió a popa donde sobre la cubierta dormía un hombre tapado con una descolorida capa.

—¡Eh, amigo, hemos llegado a nuestro destino! —le gritó el patrón mientras le propinaba una pequeña patada en la espalda; el hombre, asustado, apartó la capa y levantándose rápidamente echó mano a la empuñadura de su arma.

—¡Tranquilo, hombre, que nadie va a hacerte daño! —dijo asustado el patrón que con las manos levantadas daba unos pasos atrás.

—Perdóname; no era mi intención asustarte —respondió el viajero.

—Olvídalo, sé cómo te sientes; yo también serví en la armada imperial muchos años —le dijo el patrón, enseñándole su musculado bíceps, sobre el cual tatuada en tinta azul podía verse una medusa—. Veinticinco años pasé sirviendo de *miles classicus* y, como tú, me ha costado mucho acostumbrarme a la vida civil. ¿Cuántos años has servido tú, legionario? —preguntó el patrón.

—¡Demasiados! —contestó el hombre que con ganas de pisar tierra firme cogió las alforjas que reposaban sobre la cubierta y encogiendo el cuello las acomodó sobre el hombro izquierdo; luego cogió el pesado macuto de cuero y levantándolo con fuerza lo puso sobre el hombro derecho.

Armado con *spatha* de caballería y calzando unas desgastadas *caligae* militares, desembarcó no sin antes darle las gracias al patrón que desde la cubierta le deseó suerte. Luego cruzó la larga y vibrante pasarela que, salvando por encima marismas y salinas, llevaba desde el fondeadero al cerro donde se encontraba situada la amurallada ciudad. Cuando llegó a tierra firme, fue recibido por un fuerte olor a pescado, el cual varias mujeres transportaban sobre sus cabezas en cestos de mimbre hacia la pequeña factoría donde se producía el rico y caro *garum*. Cantidad de ánforas de barro descansaban perfectamente apiladas apoyadas sobre la muralla, la cual era sobrevolada por infinidad de chillonas gaviotas en busca de despojos de pescado. El viajero se dirigió hacia la puerta de entrada a la ciudad, donde pudo observar que una de sus torres estaba aún a medio construir, abrazada por varios andamios sobre los cuales varios hombres trabajaban, dando voces, colocando ordenadamente las enormes piedras.

—¡Muchacho! ¿Sabes dónde puedo encontrar una casa donde pueda hospedarme? —le preguntó el viajero a un jovenzuelo que salía por la puerta y que encogiendo los hombros siguió su camino sin contestarle.

—¡Romano! Si me das una moneda yo te indicaré donde hay una —le dijo un desaliñado hombre que, sentado en el suelo, pedía limosna. El viajero puso su petate en el suelo y de una pequeña bolsa que pendía de su cinturón sacó una moneda para entregársela al pordiosero, el cual rápidamente extendió su mano derecha a la que le faltaba el dedo pulgar.

—¡Enséñame la palma de la otra mano! —le dijo el viajero.

—¿Para qué quieres verla? —respondió el pedigüeño, guardándose las manos debajo de los sobacos.

—Si me la enseñas, te daré otra moneda. El pordiosero rápidamente se la enseñó; no todos los días se ganaban monedas por enseñar las manos. El viajero la observó, viendo que también le faltaba el dedo pulgar.

—¿Cuál es tu nombre?

—¿Mi nombre? Hace tanto tiempo que nadie me llama por mi nombre que casi ni lo recuerdo. A la gente le gusta más insultarme, pero si tanto te interesa por otra moneda te lo diré.

—¡De acuerdo! —dijo el recien llegado, mientras el pordiosero abría desmesuradamente los ojos al ver que el hombre de piernas arqueadas sacaba nuevamente otra moneda.

—¡Bricio! Mi nombre es Bricio, señor —dijo en voz alta, extendiendo la mano con la palma hacia arriba.

—Tú eres cilurnigo, ¿verdad? —El pordiosero, al oír aquella palabra, sintió un escalofrío que lo hizo arrastrar su espalda por la pared en la que estaba apoyado hasta ponerse de pie.

—¡Por todos los robles sagrados! ¿Quién eres que sabe que soy cilurnigo?

—¿No me reconoces? Mi nombre es Mael; hace años que me fui del poblado junto a otros reclutados por los romanos.

—¿Mael, Mael? ¡Claro que te recuerdo; jugábamos juntos con Auledo y Belarmo, han pasado ya muchos años! ¿Sabes algo de ellos? Pero perdona, no quiero hacerte perder el tiempo; es mejor que te marches. Nadie quiere hablar con un pordiosero.

—Ven, comeremos algo, luego ya me dirás dónde puedo hospedarme, tú y yo tenemos muchas cosas de que hablar.

—No puedo ir contigo, la gente me conoce y no permiten que entre en ningún sitio; te lo agradezco, con estas monedas que me has dado tengo bastante; vete, no quiero que tengas problemas por mi culpa.

—Déjate de tonterías y acompáñame —le dijo Mael mientras echaba sobre el hombro el pesado macuto. Los dos, observados por la gente de malas maneras, se encaminaron por una empinada calle donde, al lado de un pequeño templo erigido al dios Portuno, protector de pescadores y marineros, y donde varias mujeres dejaban en su base sus ofrendas representadas en pequeñas figuritas de madera y cera, encontraron una *popina* llamada *Aureun et Sardinis*.

—Entremos aquí, mis tripas ya no aguantan más —dijo Mael riéndose; los dos se sentaron en sendos taburetes y mientras Mael limpiaba la mesa de restos de migas con la mano tirándolas al suelo, Bricio miraba cabizbajo a un lado y al otro. Rápidamente, el dueño de la tasca, un hombre de pequeña

estatura y pobladas cejas, salió de detrás del mostrador portando sobre su hombro un roñoso trapo y de dos zancadas se aproximó a la mesa hacia el lado donde se encontraba Mael.

—¿Ese individuo que está ahí sentado viene contigo, romano? —le preguntó el dueño de malas maneras, señalando al pordiosero con el dedo pulgar.

—¡Sí! ¿Hay algún problema? —le respondió el astur mientras acomodaba a la cintura su *spatha*.

—Aquí no atendemos a carroña como esa, así que haz el favor de llevártelo de aquí y de paso deja la puerta abierta para que salga este pestilente olor. —Bricio rápidamente hizo intención de levantarse, pero la fuerte mano de Mael le cogió el brazo haciéndolo que se sentara nuevamente, y sin mediar palabra agarró por los testículos al dueño de la tasca, apretándoselos con fuerza y haciéndolo que se agachara hasta dejar la cara a la altura de la del astur…

—Voy a decirte una cosa. Yo no soy romano, soy cilurnigo, y si eres tan amable te rogaría que le pidieras perdón a mi amigo y luego nos traes algo de comer y beber. ¿Qué tienes? ——le dijo el astur, apretando un poco más las partes del hombrecillo.

—Puuuuedo serviiiros po-potaje de pessscado o de verdu-duras, tam-también tengo quessso y mi-miel —le respondió el dueño con la cara colorada de dolor.

—¿Y qué es lo que falta? —le recriminó el astur.

—Perrrrdón, perrrdónnn.

El astur soltó la mano y el hombre salió corriendo con el cuerpo encorvado y con las manos sobre sus doloridas partes hacia el mostrador. Rápidamente, cogió de una estantería dos cuencos y de una de las humeantes ánforas empotradas en el mostrador, vertió con la ayuda de un renegrido cazo de madera el caliente caldo.

—Aquí tenéis, señor; espero que os guste; ahora mismo os traen una jarra de delicioso vino, y se me olvidó deciros que en el piso superior podréis disfrutar de las mejores mujeres de la ciudad, los marineros

marchan encantados con sus servicios —dijo el tabernero sin parar de hacer reverencias.

—Y dime, ¿qué tal por el poblado? —preguntó el emérito decurión, sin hacerle caso al tabernero.

—¿Poblado? Ya hace años que no existe, los romanos nos hicieron la vida imposible; tenía que haberme ido con vosotros —respondió Bilio cogiendo rápidamente el cuenco.

—Las hemos pasado putas, amigo, no ha sido un paseo triunfal.

—¿Y sabes lo que ha sido quedarse aquí, sin pulgares?; la mayoría de los que se los cortaron se suicidaron tirándose por el acantilado, menos yo, que soy un cobarde, primero por no ir con vosotros y segundo por no tener el suficiente valor para suicidarme, y mira en lo que me he convertido, en el hazmerreír de todos.

—Lo siento, no era mi intención ofenderte; a todos de una manera u otra nos ha tocado sufrir, pero de ahora en adelante las cosas van a cambiar, ya lo verás. Te voy a proponer una cosa; mi intención era establecerme en Asturica Augusta, pero pensándolo bien, creo que me quedaré por aquí. Me corresponde por mis servicios prestados a Roma unas tierras y necesito gente con ganas de trabajar. ¿Te apetecería unirte a mí?

—Me gustaría, pero me parece que sería un estorbo. ¡Mírame! ¿Tú crees que yo podría trabajar la tierra? —respondió Bricio, que poniendo el cuenco sobre la mesa le enseñó las manos.

—No tendrías que trabajar la tierra, serías llamémoslo administrador. Roma también tiene que recompensarte, ¿no te parece?; buscaremos un lugar con buenos pastos y nos dedicaremos a la cría de asturcones; el ejército paga bien por ellos y ten por seguro que a partir de hoy si aceptas mi proposición no volverás ni a pasar hambre ni a dormir en la calle. ¿Aceptas?

—¡Por todos los robles sagrados, claro que acepto, cualquiera le dice que no a un cilurnigo! —contestó Bricio tapando rápidamente la entrepierna con sus manos.

Después de llenar la barriga y hospedarse, entraron en una tienda de

lanas, donde Mael compró una túnica y un poncho que entregó a Bricio. Luego, entre risas, se dirigieron en dirección a los baños públicos cimentados sobre unas altas rocas al lado del mar y protegidos por las sólidas murallas. Antes de entrar, se pararon en un pequeño jardín cerca de la entrada, donde varias aras erigidas por soldados y ricos dómines llamaron la atención a Bricio.

—Nunca supe lo que quieren decir esos signos; tú, después de haber pasado tanto tiempo con los romanos, ¿sabrías decírmelo? —preguntó Bricio, indicando una de las aras sobre la cual reposaban a modo de ofrenda pequeños ramos de flores y derretidas velas.

—Cuenta que un tal Tito Pompeio Peregriniano da las gracias a la divinidad Fortuna Balnearia por haberlo curado a él o a algún familiar. ¿Te suena el nombre?

—Claro, a quién no, es un rico comerciante dueño de la factoría de salazones que se encuentra a las afueras; suele darme alguna moneda cuando pasa por la puerta y debe de tener miedo a que le roben y quedar arruinado porque siempre va acompañado por gente armada. ¿Te das cuenta?, dioses, diosas, divinidades, estos romanos dejan constancia de todo lo que hacen en piedra para que perdure durante años y años, y nuestra cultura y nuestros dioses se han difuminado como lo hace el humo de una hoguera cuando asciende hacia el cielo; cuando pase el tiempo nadie se acordará de nosotros.

—Bueno, no nos pongamos tristes, nosotros no tenemos la culpa, entremos a darnos un baño y verás cómo después las cosas se verán mejor.

Bricio se quedó boquiabierto con sus ropas nuevas dobladas debajo del brazo, mirando la puerta custodiada a ambos lados por sendas columnas de mármol blanco, sobre las que descansaba un friso tallado con imágenes del dios Neptuno y delante de la cual había pasado muchas veces sin prestarle atención y, sin embargo, hoy le parecía enorme.

—Vamos, hombre, no tengas miedo, todo lo que nos puede pasar es que nos mojemos —le dijo Mael dándole una palmada en el hombro.

Entraron al recibidor iluminado tenuemente por los rayos de sol que

penetraban por varios ventanales protegidos por el transparente y caro *Lapis Specularis* en el centro del mismo, la estatua de un gran pez vertía un cantarín chorro de agua que después de salir por su boca caía a un pequeño estanque, después de pagar un esclavo les hizo entrega a cada uno de una áspera toalla y un pringoso recipiente con aceite, luego pasaron al *apodyterium* donde dejaron sus pertenencias en una hornacina excavada en la pared de la cual colgaban varios *strigilis* para quitar la roña acumulada y otros utensilios de limpieza personal, ya desnudos pasaron al *frigidarium* donde un joven muchacho recogía de la superficie del agua, ayudado de una fina red sujeta a un largo palo, pelos de diversas partes del cuerpo, mocos, escupitajos y demás efluvios que flotaban en las frías aguas. Bricio, que no quitaba ojo a las pinturas de las paredes donde podían verse diosas de tersos pechos surgiendo de las encabritadas aguas de algún océano, metió su sucio pie en el agua por primera vez en muchos años; un escalofrío recorrió todo su cuerpo de abajo a arriba y sin poder evitarlo se orinó por las piernas. Miró alrededor muerto de vergüenza por si lo había visto alguien, y sin pensárselo dos veces, se metió bufando en el agua, donde rápidamente sus dientes empezaron a castañear.

—Igual te gusta más que pasemos al *tepidarium* —le dijo con sorna Mael, que no le quitaba ojo.

—¡Al *tepidar*…, sí, sí, me parece bien! —contestó Bricio, que permanecía temblando metido en el agua, con los brazos cruzados sobre el pecho y las manos apretando los hombros.

Ya con mejor semblante y después de un tiempo en las templadas aguas, pasaron al caliente *caldarium*, donde relajadamente hablaron.

— Voy a decirte una cosa y que no te parezca mal: ¿los administradores tienen que hacer esto muy a menudo?

—Ja, ja, ja, no, hombre, no, tranquilo, solo cuando veamos que la gente se aparta de nosotros apretándose las narices, ¿así mejor?

—¡Correcto, porque estas costumbres romanas no están hechas para mí!

—¡Y cambiando de tema! ¿Sabes algo que me puedas contarme de mi madre?

—Tu madre, al igual que todos los demás, nos quedamos muertos en vida cuando os vimos salir por las murallas. Ese día nos cambió a todos. De ella no puedo decirte nada, y, si te sirve de consuelo, de la mía tampoco; lo que sí puedo decirte es que los cabrones de los romanos llegaron derribando nuestras chozas para construir las suyas de piedra, relegándonos a nosotros a los peores sitios. Al druida, por enfrentarse a ellos, le cortaron la cabeza y la colgaron de la muralla hasta que la devoraron por completo los cuervos y las gaviotas.

—¿Y el jefe tribal? —preguntó Mael.

—A ese le perdí la pista; luego los muy cabrones se apoderaron de nuestras fraguas, dejando a nuestra gente sin trabajo, y el que protestaba era llevado, encadenado, a las minas. Después empezó la construcción de esta nueva ciudad, adonde todos poco a poco se fueron trasladando, dejando el poblado abandonado; bueno, también alguno y alguna se fueron a trabajar a la *domus*. ¿Te acuerdas del cabrón de Veranius, que nos robaba de todo?

—¡Claro que me acuerdo! ¡Un día de estos te contaré una historia que te va a gustar!

—Y ahora que lo digo, desde que os marchasteis, recuerdo que nunca más volvieron los mercenarios a cobrar los impuestos. Pero bueno, eso es el pasado; lo que importa es el presente, así que hoy cuando te oí decir «cilurnigo» me dio un vuelco el corazón; es posible que solamente quedemos tú y yo.

—Bueno, todos los que nos marchamos reclutados tuvimos la suerte de pertenecer juntos en la misma ala de caballería llamada II Asturum, y hemos hecho todas las atrocidades que te puedas imaginar en nombre del Imperio, pero bueno, esa es otra historia que te contaré también otro día. Biegino y Eutimio al licenciarse se enrolaron en una secta que pregona que solo hay un dios y que todos somos iguales, y es posible que sigan vivos, aunque lo dudo. Le he dado vueltas a la cabeza muchas veces y pretender quitarles el puesto a los dioses, sacerdotes y pontífices lo veo difícil, tanto que muchos ya han pagado con sus vidas tal osadía.

—También por aquí los hay y más de los que te piensas; se hacen llamar

«cristianos» y se reconocen entre ellos porque marcan en las paredes el signo de un pez. No sabes las cosas que se oyen cuando los demás piensan que no existes —susurró Bricio poniendo la mano delante de la boca para que no lo oyera nadie.

—Bueno, déjemelos en paz, a mí no me molestan. Bilio murió en un accidente; a Belarmo lo asesinó un hijo de puta númida, uno de piel negra que venía con los romanos el día que nos reclutaron. ¿Te acuerdas?

—¡No! Pero ahora que lo nombras, a la madre de Belarmo también la asesinaron; decían que la mató un optio manco. ¿Y los demás? —preguntó Bricio.

—¿Un optio manco? —respondió el astur, quedando un momento pensativo—. ¿Los demás? Ah, sí, a Auledo le tuvieron que cortar una pierna y no he vuelto a saber más de él; quizá siga vivo. Dolfo, Alucio y Aravo corrieron peor suerte; los pobres murieron en el campo de batalla luchando por el Imperio y, por último, Abieno se iba a venir conmigo, pero luego se arrepintió y optó por quedarse a trabajar las tierras panonias, así que es posible que quedemos solo seis cilurnigos y, como no tengamos descendencia, pronto con nosotros se acabará la tribu, y ahora ¿qué te parece si nos cortan el pelo?, si vamos a ser empresarios, habrá que tener buen aspecto —dijo Mael dando una palmada sobre la caliente agua.

—¡Se nos olvidan las mujeres! —le respondió Bricio echando las arrugadas manos a la cabeza—. Sé que algunas se casaron con hombres de otras tribus y se marcharon con ellos para otros castros y supongo que tendrían hijos, así que alguno más quedará por ahí.

Después de asearse, el irreconocible Bricio y Mael iniciaron viaje hacia Noega en un carro tirado por dos mulas que habían alquilado; al salir por la puerta de la ciudad vieron a un hombre que, sentado en el suelo y apoyado sobre unas sucias tinajas, pedía limosna con lastimosa voz.

—Por favor, ¿puedes parar el carro? —dijo Bricio.

—¡Sooooo! —gritó Mael tirando hacia su pecho de las riendas haciendo que las orejudas mulas se pararan, momento que aprovechó Bricio para echar pie a tierra, y aproximándose al pordiosero le entregó las monedas

que le había dado Mael y que desde aquel momento por miedo a perderlas las había mantenido apretadas entre sus cuatro dedos de su mano izquierda.

—¡Toma, con esto comerás caliente varios días!

—¡Gracias, dómine, rezaré a los dioses para que nunca tengas que pasar hambre!

—¡Amigo! ¡Guárdate los rezos para ti! ¡Y no soy ningún dómine!

—¡Perdona, no era mi intención! ¿Tu voz me suena de algo? ¿Quién eres?

—¡Un cilurnigo que por fin ha encontrado a un amigo!

Después de cruzar el estrecho istmo que unía el cerro con la tierra astur, se dirigieron por la calzada marcada paralelamente por el ir y venir de cantidad de chirriantes carros, que, tirados por yuntas de bueyes, transportaban desde las distantes canteras las pesadas piedras de arenisca con las que se construía la nueva ciudad. Después de un largo trecho bordeando marismas y putrefactas ciénagas llenas de mosquitos, llegaron a un cruce de caminos donde tomaron la antigua calzada que llevaba al castro, ya desprovista en gran parte de la capa de zahorra y en muchos sitios cubierta de piedras y maleza que la hacían prácticamente intransitable.

—¿Crees quee lleegaremooos con eel carrooo? —preguntó Bricio con voz entrecortada a la vez que rebotaba arriba y abajo sobre la tabla que hacía de pescante.

—¡Yaa lo creo que llegaamos! Me dijoo el mulero que sus muulas eran las mejoores del imperioo y más lee vale, ja, ja, ja —contestó Mael que, entre risas y rebotes, sujetaba las riendas fuertemente.

Y así, entre bache y bache y traqueteo y más traqueteo, llegaron por fin a la península donde se encontraba el que había sido su hogar: ¡Noega! Al llegar la primera mirada fue hacia el roble sagrado el cual había sido talado por los romanos para construir con él unas robustas bigas, pero alrededor de su enorme tocón nuevas ramas brotaban resistiéndose a morir, la muralla a la que habían quitado piedras para la construcción de nuevas edificaciones estaba cubierta de zarzas al igual que el foso, llegaron a la pequeña planicie donde antes estaban sus cabañas y que ahora casas de piedra con el techo de

teja derruido ocupaban su lugar, al lado de una de ellas dos hombres en cuclillas se calentaban al calor de una pequeña hoguera y uno de ellos, asustado al ver el carro aproximarse, se levantó rápidamente esgrimiendo en la mano derecha un oxidado cuchillo.

—¡Eh, vosotros! ¿Qué venís a hacer aquí? —preguntó de malas maneras el portador del cuchillo, poniéndose de pie.

—¡Eso mismo os pregunto yo, no tenéis pinta de ser de por aquí! —respondió Mael apartando la capa hacia un lado, dejando libre la empuñadura de su *spatha*.

—¡Mira, listillo! No tenemos por qué darte explicaciones, pero ya que te empeñas, te las vamos a dar. Esta mierda de pueblo nos pertenece; nos lo ha entregado por los servicios prestados el emperador Tiberio al cual hemos hecho muy, muy, rico, ¿verdad, Cecilio?

—¡Verdad! —contestó el otro sin levantarse del suelo—. Y ahora que ya sabéis lo que hacemos aquí, tú y tu amiguito podéis bajaros del carro y salir por donde habéis llegado, entregándonos primero el dinero que lleváis, el carro, las mulas y tu arma que disimuladamente escondes —dijo Cecilio poniéndose de pie lentamente, dejando ver los grilletes que atenazaban sus muñecas.

—Ten cuidado, Mael, esta gente es peligrosa, son esclavos huidos de alguna mina, es mejor que hagamos lo que nos dicen —dijo en voz baja Bricio mientras Mael le daba palmadas sobre el muslo para calmarlo.

—Mira, nosotros no queremos enfadar al emperador que amablemente os ha entregado este pueblo, así que no hay nada más que hablar, te entregaremos lo que pides, pero con una condición —le respondió Mael dejando caer las riendas.

—Ja, ja, ja, ¿qué condición, pardillo?

—¡Que tienes que venir a buscarlo!

Cecilio, hombre delgado de largas barbas y vestido con una harapienta túnica, cogió del suelo una de las ramas que aún no había consumido la hoguera y se dirigió amenazante hacia Mael, moviéndola de un lado a otro mientras su compañero se reía nerviosamente. Cuando Cecilio llegó a un

paso del cilurnigo que se encontraba sentado en el pescante, este desenfundó rápidamente su arma, la cual describió en el aire media circunferencia, sesgando a su paso limpiamente frente, ojo, nariz y boca del hombre que chillando soltó la rama y echando las manos a la sangrante herida cayó al suelo de rodillas, momento que aprovechó el emérito decurión, que, tirándose del carro, le asestó una estocada en el estómago.

—¡Maldito hijo de puta! —bramó el otro hombre, que echando el brazo hacia atrás, lanzó el cuchillo, el cual salió en busca de la espalda de Mael, que se encontraba sacando el arma de las tripas de Cecilio.

—¡Mael, cuidado! —gritó Bricio, que de pie sobre el pescante del carro se abalanzó sobre su amigo para apartarlo de la trayectoria del cuchillo, cosa que hizo, pero no pudo evitar que la oxidada punta se clavara debajo de su omoplato, haciéndolo caer de bruces al suelo como un fardo de hierba, dejando teñida de sangre la recién estrenada túnica.

—¡Bricio, Bricio! —gritó Mael dándole la vuelta mientras el compañero de Cecilio escapaba corriendo tras las derruidas murallas; rápidamente el cilurnigo se quitó el *focale* para intentar taponar la herida, pero ya era imposible.

—¡Amigo, cuídate porque ahora tú serás el último cilurni…! —dijo entre gorgoritos de sangre por última vez Bricio.

Mael clavó con rabia su arma en el suelo y miró al cielo gris con los ojos llenos de lágrimas, donde las blancas gaviotas planeaban mecidas por el viento casi sobre el mismo lugar donde le había prometido a su madre que un día volvería, era como si hubieran permanecido años paradas esperando a que cumpliera su promesa, lo que tenía que haber sido un día feliz se había tornado en tragedia, por culpa de dos evadidos, después de pasar un tiempo acariciando lentamente los cabellos de su inerte amigo, Mael se quitó la capa y cuidadosamente envolvió el cadáver en ella dejando solamente al aire los pies, luego con una de las bridas del carro lo ató fuertemente, levantó el cuerpo del suelo y llevándolo en brazos se acercó hasta el borde del acantilado donde mirando al este podía verse a lo lejos el humo de las hogueras que envolvía el cielo de la nueva ciudad llamada

Gigia. Allí de pie Mael se dio cuenta de que no le había introducido una moneda en la boca para pagar al barquero Caronte, como había hecho con su padre y algunos compañeros muertos en combate, pero ellos eran romanos, así que mejor implorar una plegaria a los dioses de su tribu, una que cuando eran niños siempre recitaba el druida. Tragó saliva, asentó fuertemente los pies en el suelo y, cuando se dispuso a gritarla solemnemente a los cuatro vientos, solo consiguió pronunciar dos palabras. Había pasado tanto tiempo, que ya no se acordaba, si la oración era en honor a los muertos o para que los niños crecieran sanos o para que hubiera buena cosecha. Además, ¿para qué serviría? Los dioses, tanto romanos como astures, nunca lo ayudaron; al contrario, permitieron que le cortaran los pulgares, dejándolo inútil de por vida y que viviera siempre en la pobreza, ahora que iba a ser un próspero administrador; así que diciéndole solamente «¡adiós, amigo!», lo dejo caer al mar, donde posiblemente Deva, diosa del agua, cuidaría de él mejor que lo hicieron los dioses de la tierra.

—¡Arre, mulas! Aquí ya no hacemos nada; como decía mi madre, Roma es el futuro, aunque a su paso lo destruya todo. Después del viaje de regreso a la ciudad, Mael se dirigió cabizbajo a entregar el carro y las mulas que anteriormente habían alquilado, luego andando bajó en dirección a la posada por las empinadas y estrechas calles donde los clavos de sus desgastadas *caligae* retumbaban sobre las paredes de los pequeños edificios, llegó a una pequeña plazoleta donde le llamó la atención un edificio de dos plantas en cuya planta baja sobre la pared entre cinturones de cuero, pieles curtidas y cinchas para caballo pendía una tabla sobre dos argollas de una fina y oxidada barra de hierro, que, mecida por la suave brisa que llegaba del mar, emitía un melancólico chirrido y sobre la cual en unas letras pintadas de negro podía leerse: Guarnicionería Lúa.

Glosario

Aurum Vicesimarium: Impuesto que se tenía que pagar al darle la libertad a un esclavo.

Aestas: Verano o estío.

Atriense: Esclavo de mayor confianza en la casa, equivalente a un capataz.

Aureun et sardinis: La sardina dorada nombre de la tasca.

Asturcon: Caballo de pequeño tamaño que habita en las montañas de Asturias.

Autumnus: Otoño.

Asturica Augusta: Actual ciudad de Astorga (León).

Asturia- Nombre dado por los romanos a Asturias.

Architectus: Arquitecto.

Aureus: Moneda romana.

Aquilifer: Portador del estandarte de una legión.

Ala Quingenaria: Unidad auxiliar de caballería compuesta por unos quinientos hombres.

Alminares: Almacén de paja al aire libre, en Asturias recibe el nombre de balagares.

Atrium: Patio de una casa romana (Domus)

Aljaba-Caja donde se portaban las flechas bien colgadas del caballo o del hombro.

Buccinas: Instrumento musical de viento con el cual se daban las ordenes.

Bonorun Possesio Secumdum Tabulas: Se concedía al que presentara un testamento provisto de los sellos correspondientes.

Bracara Augusta: Actual ciudad de Braga (Portugal).

Balneum: Baño de una villa romana.

Bracale: Pantalones de cuero que llegaban hasta las rodillas usados por los jinetes.

Caldarium: Sala para el baño caliente.

Castrum: Campamento militar.

Casta Pretoria: Cuartel de la guardia pretoriana en Roma.

Cubiculum: Dormitorio de una casa romana.

Cernudos: Dios celta.

Catedra: Sillón con brazos y respaldo.

Corniculum: Silla de montar exenta de estribos.

Centurion: Oficial de las legiones romanas con mando sobre una centuria.

Cernunnos-Dios celta de la fertilidad

Castor y Polux: Hijos de Zeus.

Carruca Dormitoria: Carro de cuatro ruedas que permitía al viajero por su comodidad dormir en su interior.

Cisiarius: Conductor de carros.

Cornicen: Militar encargado de tocar el cornu y buccinas.

Cohortes viguilium: Equivalentes al cuerpo de bomberos y policia nocturna actual.

Cincticulus: Especie de cinturón color escarlata que portaban los jefes de estado mayor en la cintura.

Cingulum: Cinturón que portaban los legionarios donde colgaban sus armas.

Conventus: Partido jurídico de una provincia.

Cantabricus Oceanus: Mar Cantábrico.

Cornum: Instrumento de viento para dar órdenes.

Caligae: Sandalias de cuero con remaches metálicos en su suela que calzaban los legionarios.

Caligae Speculatores: Sandalias de cuero sin remaches metálicos que portaba la guardia pretoriana en palacio.

Cilurnigos: Pobladores de Noega

Conquistor: Militar encargado de reclutar.

Contubernium: Tienda o habitación donde convivían ocho legionarios.

Cognomen: Tercer nombre que especificaba a la familia que se pertenecía.

Cohors Equitata: Unidad del ejército romano compuesto por infantería y caballería

Cohorte Urbanae: Tropas de elite encargadas de la seguridad de Roma.

Clipeus: Escudo ovalado que portaba la caballería.

Capsa-Caja cilindrica para el transporte de documentos.

Dolabra: Herramienta a modo de pico y hacha que usaba la infantería para cavar trincheras.

Decuria: Grupo de diez soldados de caballería al mando de un decurión.

Denarius: Moneda de plata.

Decurio-Decurion: Oficial de caballería

Domus- Viviendas de las familias de un cierto nivel económico

Domine: Dueño y señor de la gran casa.

Eburones: Tribu de origen belga.

Ealayk allaena: Maldito seas, en lengua árabe.

Emerita Augusta: Actual ciudad de Mérida (Badajoz)

Equite: Jinete.

Estrigilo: Instrumento metálico con el cual los romanos se quitaban la roña del cuerpo mientras se bañaban.

Furca: Apero de labranza con mago de madera y acabada en cuatro dientes de hierro.

Fons Sacrata: Posiblemente la ciudad de Fonsagrada (Lugo).

Fossa: Foso que se construía alrededor del campamento para su defensa.

Folucus: Brasero finamente decorado.

Flagrun: Látigo

Fornice: Habitación donde se realizaba el acto sexual en los lupanares.

Fustuarium: Era la sentencia por la cual los propios compañeros apaleaban hasta la muerte a un desertor de su propia centuria.

Frigidarium: Lugar donde se tomaban baños fríos en las termas.

Falcata: Espada Ibera de un solo filo curvo.

Gladius: Espada usada por la infantería legionaria.

Gallaecia: Actual Galicia

Gorum: Salsa fermentada de pescado muy apreciada por las gentes pudientes.

Gubernaculum: Timón de una embarcación romana.

Horreum: Granero

Hastati: Legionarios que ocupaban la primera línea de batalla, eran también los más jóvenes e inexpertos.

Igniarium: Instrumento de hierro que entruchándolo contra el pedernal salían chispas para hacer fuego.

Impedimentun: Todo material que obstaculizaba la marcha de una legión.

Impluvium: Estanque donde se recogía el agua de lluvia en una casa (domus)

Klinai o kline: Sillón largo donde recostados sobre el lado izquierdo comían los pudientes romanos.

Lapurdo: Actual ciudad francesa de Bayona.

Latrinae Publicae: Letrinas públicas

Lapis Specularis: Piedra de yeso translucida que los romanos usaban a modo de cristal el mas famoso se optenia en las minas Hispanas de Segrobrida.

Lorica segmentata: Armadura de placas metálicas.

Lorica escamata: Armadura de placas metálicas a modo de escamas.

Lorica Amata: Armadura de cota de malla usual en las tropas de caballería.

Lorica Mosculata: Armadura de cuero o metal que reproducía la musculatura del pecho que portaban los altos oficiales

Longus: Persona alta

Legatus Legionis: Jefe máximo de una legión

Legatus: General de una legión.

Lupanar: Prostíbulo.

Lucus Asturum: Actual cuidad de Lugo de Llanera (Asturias)

Lucus Augusti: Actual cuidad de Lugo.

Lug: Dios celta

Lustatio: Ceremonia donde se sacrificaban reses.

Legio: Actual ciudad de León

Lancea: Pequeña lanza de caballería.

Liberto: Esclavo que se le había concedido la libertad.

La Carisa: Vía que atraviesa de sur a norte la cordillera cantábrica debe su nombre al general romano Publio Carisio.

Luggones: Tribu Astur

Lucerna-Pequeña lampara que funcionaba con aceite y una mecha.

Mauretania: Provincia romana del norte de África que ocupaba los estados de Marruecos y Argelia

Mansio. Lugar para pasar la noche a cubierto (fonda)

Mons Medullius. Monte donde se celebró la gran batalla entre romanos y cántabros no se sabe con exactitud su ubicación.

Mutatio: Casa de postas para cambiar caballos y descansar.

Mons Vindius: Nombre dado aún monte perteneciente a la cordillera cantábrica, quizás los picos de Europa.

Mulsul: Vino mezclado con miel.

Martius: Actual mes de marzo.

Miliarium: Columna cilíndrica de piedra que indicaba la distancia a cada mil pasos.

Miles Classicus: Infante de marina.

Molosos: Perros de gran tamaño parecidos a los dogos actuales.

Misso Causaria: Licencia honrosa para aquellos que hubieran sufrido heridas incapacitantes.

Numidia-Provincia romana hoy Tunez y Argelia

Onerariae: Tipo de nave de carga romana.

Optio: Suboficial que servía al centurión o decurión.

Optio Stratorum: Suboficial de la policía militar.

Optio Custodiarm: Suboficial a cargo de la guardia.

Optio Equitum: Suboficial de caballería romana

Optio Candidatus: Suboficial a la espera de ser ascendido a un rango superior.

Oppidum Noega: Nombre dado por los romanos al castro de Noega (Campa de Torres) Gijón.

Oecus: Gran sala de una casa normalmente pavimentada con un gran mosaico echo con teselas.

Orario: Pañuelo para secarse el sudor.

Ovetum: Nombre que se le da en la novela a la actual ciudad de Oviedo (Asturias) aunque su fundación data del 761.

Patagium: Cinturón que se ponían las mujeres debajo del pecho sobre la stola.

Palla: Manto con el que se cubrían las mujeres la cabeza y hombros cuando se encontraban en la calle.

Patricia: Nombre por el que se conocían las mujeres nobles.

Portorium: Impuesto por el tráfico de mercancías.

Peristylium: Patio con columnas de una villa romana (domus)

Pater Familias: Padre de la familia dueño y señor.

Phalerae: Condecoración, consistente en un disco de plata que se portaba en el pecho de la armadura.

Pila muralia o sudis: Viga de madera acabada en afiladas puntas por ambos extremos que servía para la defensa del campamento.

Praetorium: Tienda del general dentro del campamento.

Praefectus cohortis: Oficial al mando de un ala auxiliar de caballería.

Praefectus castrorum: Oficial al mando de una legión.

Prandium: Desayuno ,los legionarios hacían dos comidas una por la mañana y otra la mas importante la cena.

Poltronos:Los que se cortaban los pulgares para quedar exentos del servicio militar.

Peregrini: Así se les llamaba a las gentes no nacidas en Roma, pertenecientes a las provincias Imperiales.

Poculum plenun: Nombre de la tasca, La copa llena.

Pugio: Puñal que portaban los legionarios.

Popina: Taberna y casa de comida caliente.

Portus Victoriae: Posiblemente la actual Santander.

Porta principalis sinistra: Puerta de un campamento o fortaleza izquierda.

Porta principalis: Puerta principal de un campamento o fortaleza.

Porta decumana: Puerta opuesta a la puerta principal.

Paludamentum: Capa color escarlata que portaban los generales.

Proconsul: Gobernador de una provincia.

Paenula: Prenda a tipo de poncho para protegerse del frio y lluvia.

Primus pilus: Era el centurión con más experiencia y ocupaba el puesto de la primera centuria y de la primera cohorte, mandando sobre los demás centuriones.

Pilum: Lanza que portaba la infantería legionaria.

Rio Melsos: Rio Nalón.

Raeda: Carreta de cuatro ruedas para el transporte de personas.

Rufus: Persona pelirroja.

Sacramentum: Juramento de lealtad al Emperador.

Sarcina: Bolsa de cuero donde transportaban los legionarios sus enseres personales.

Semestri tribunata: Servicio militar que tenían que hacer los tribunos de Marzo a Octubre.

Signum: Enseña de los ejércitos de Roma podía representar a un águila o una mano abierta sobre el cual se juraba fidelidad al centurión y era portado por el signifer.

Signifer: Suboficial encargado de llevar el signum.

Sit libi terra livis: Que la tierra te sea ligera equivalente hoy en día a Descanse en paz.

Subura: Barrio de Roma

Scutum:Escudo que portaba la infantería legionaria.

Soleae: Sandalia para andar por casa utilizada por las clases pudientes.

Spatha: Espada utilizada por la caballería más larga que el gladius.

Stylus: Instrumento puntiagudo utilizado para la escritura sobre las tablillas enceradas del cual proviene el nombre de estilográfica.

Stipendium: Paga que recibían los legionarios.

Subligaculum: Ropa interior que utilizaban los romanos a modo de tapa rabos.

Sextilis: Sexto mes del calendario romano a partir de la muerte del Emperador Augusto pasó a llamarse en su honor Agosto.

Solium: Silla con respaldo.

Signaculum: Placa de identificación que llevaban los legionarios colgada al

cuello.

Strigilis: Instrumento metálico en forma de oz para quitar la roña del cuerpo.

Triclinium: Comedor de una villa romana donde se utilizaban tres klinai.

Tarraconensis: Provincia romana en Hispania a la cual pertenecían los astures.

Tabelion: Equivalente actual a un notario.

Tablinium: Salón de recepción y despacho.

Triumphator: Entrar triunfante de una batalla.

Testamentum: Testamento

Tempus aestivum: Parte más calurosa del verano, estío.

Torque: Condecoración y collar que llevaban al cuello los druidas.

Turma: Escuadrón de caballería formado por treinta jinetes.

Tiro: Recluta.

Tahali: Cinta de cuero que se portaba cruzada al pecho y en la cual se colgaban las espadas.

Tablillas: Tablilla de madera encerada donde se escribía a modo de pizarra con un stylus.

Tapetum: Manta que se ponía debajo de la silla de montar para proteger de roces al caballo.

Tribuno: Oficial de una legión o del senado.

Ubi est oppidum-Donde esta el pueblo.

Umbiculus: Cilindro de madera donde se enrollaban los pergaminos

Vestibulum: Vestíbulo de una casa.

Vexillun: Estandarte donde podía verse el número y emblema de una legión.

Vexillarius: Porta estandarte

Vallum: Terraplén de tierra para defender el campamento y donde en la parte alta se ponían los pila muralia.

Vitis: Bara de vid que portaban los centuriones y decuriones.

Vindunius: Dios celta

Valentudenarium: Hospital